

LOS
quemados



Zoé Oldenbourg

se

Zoé Oldenbourg, reconocida como una de las grandes medievalistas francesas y, además, una de las grandes autoras de novela histórica de ese país, estaba en una disposición inmejorable para ofrecer la gran novela sobre los cátaros y el catarismo, temas que también había abordado desde el punto de vista de la investigación histórica. Si *Las ciudades carnales* era un gran fresco sobre la cruzada albigense, narrada desde la perspectiva de un caballero católico fiel al conde de Toulouse, *Los Quemados* concentra

la historia de una familia cátara durante el mismo período histórico, adoptando su punto de vista. Unos personaje sólidamente contruidos, un profundo conocimiento de la época y de las costumbres cátaras y una excelente recreación de ambientes y acontecimientos son algunos de los elementos que han convertido *Los Quemados* en la más famosa y estremecedora novela sobre el mundo cátaro y su desaparición.



Zoé Oldenbourg

Los quemados

ePub r1.0

Hechadelluvia 03.01.14

Título original: *Les Brûlés*

Zoé Oldenbourg, 1960

Traducción: Mari Carmen Llerena

Editor digital: Hechadelluvia

ePub base r1.0



Nota de la autora

Es ésta una obra de imaginación. Ninguno de los personajes que aparecen en ella ha existido realmente (con la excepción de uno: Bernard de Simorre, que fue el obispo cátaro de Carcasona a principios del siglo XIII. La autora se ha esforzado por respetar el espíritu de la religión cátara, basándose en los pocos datos que se han conservado. De aquellas gentes, que fueron sobre todo grandes predicadores, no ha llegado a nosotros discurso ni escrito alguno). Los

hechos descritos se ajustan a la realidad histórica.

No se trata de una crónica ni de un fresco histórico. La acción transcurre al margen de la historia, que le sirve de telón de fondo, y los acontecimientos históricos propiamente dichos se dejan voluntariamente en sombra (a parte de la entrada del conde en Tolosa). Importa muy poco que el lector los conozca. La lucha llevada a cabo por los personajes se sitúa fuera del tiempo.

Esta novela describe la resistencia de los cátaros a la persecución de la cual fueron objeto durante y después de la cruzada de los albigenses. No toda la

resistencia, sino algunos de sus aspectos.

Más en concreto, cuenta la historia de Ricord y de Arsen, de Aicart y de Renaud, de Gentiane y de Bérenger.

Combatientes anónimos, miembros de una Iglesia muerta hoy y que a sus ojos era la única verdadera. No nos corresponde discutir el valor de esta religión, ni sus posibilidades de supervivencia, etcétera; basta con saber que hubo gente que creyó en ella con toda su alma, y que sus sacerdotes (salvo unas cuatro o cinco excepciones, si se busca a fondo) prefirieron todos el martirio a la abjuración.

Esta novela es un martirologio. De ahí su carácter unilateral. En otra novela contaré las miserias y las esperanzas de otros combatientes: los que sólo pedían vivir. Para los candidatos a la hoguera, la ruta está trazada por adelantado, para ellos no hay más que un solo Bien y un solo Mal. Para tratar de comprender lo que fue su vida, hay que aceptar de antemano el universo en el cual vivieron. En el inextricable conflicto de lealtades y de intereses contradictorios de la guerra de los albigenses, los quemados son los que nunca pueden escoger. No son los vencedores de una causa perdida: no luchan por una

«causa», sino por lo que, a sus ojos, nunca puede ser vencido.

Son vencedores. La otra parte del díptico tratará de la historia de los vencidos.

Z. Oldenbourg.

PRIMERA PARTE

I. RAYMOND DE RIBEYRE

Los castellanos de Montgeil, en el país de Sault, eran personas tan creyentes que no iban nunca a la iglesia. De sus hijos, sólo el mayor estaba bautizado.

Si algún viajero que se dirigiese de Limoux a Foix dando un rodeo por el valle del Blau preguntaba a los campesinos cómo eran los propietarios de la pequeña torre que dominaba la ribera desde lo alto, se enteraba de que

los señores de Montgeil seguían la vida buena; y los que no temían subir el incómodo sendero por el cual se accedía a esta casa siempre eran bien recibidos, ya fuesen ricos o pobres.

Montgeil, a decir verdad, no era un castillo, sino sencillamente una casa fortificada y bien situada, bastante deteriorada por otro lado, pues el amo actual del lugar tenía otras preocupaciones que el mantenimiento de los muros.

Ricord de Montgeil era el cazador más capaz de la región, a pesar de tener más de cuarenta y cinco años. Recorría el país a pie, solo o con sus tres mozos,

vestido siempre con su jubón de cuero y tachones de cobre, de quince años de antigüedad e impregnado de grasa como un pergamino, y con la cabeza descubierta tanto en invierno como en verano; los que se cruzaban con él le saludaban con respeto, ni más ni menos que si hubiera poseído tres castillos. No tenía disputas con nadie, él mismo ayudaba a los campesinos a cazar furtivamente en sus tierras, no entregaba a la justicia a los ladrones ni a los vagabundos, y no exigía el servicio de prestación más que en casos de urgencia, como una sequía o el vencimiento de una deuda.

Ricord tenía cinco hijos vivos: cuatro chicos y una chica. Mientras que los muchachos recorrían los campos, la joven permanecía en casa, ayudando a su madre en los quehaceres domésticos, pues en Montgeil no había más mujeres que las amas y dos criadas entradas en años.

Gentiane y su madre vivían en lo alto de la torre. La casa, en realidad, sólo comprendía esa torre y dos cobertizos de piedra sin pulir. Una estacada flanqueaba la torre, al norte, al este y al oeste.

El monte de enfrente estaba cubierto de abetos negros. Los primeros rayos

del sol no surgían por detrás de la cima hasta que el cielo perdía su color rosado y todos los habitantes de la casa llevaban mucho rato en pie. Cuando Gentiane se despertaba (y era madrugadora), su madre ya había terminado sus oraciones y encendía el fuego en la sala común.

—Cuando te cases —decía la madre—, yo me iré de casa.

Gentiane no quería casarse. Diversos pequeños propietarios del valle ya la habían pedido para sus hijos; tenía diecisiete años. Era morena de cabello y de piel, pero alta y hermosa, con los ojos color de cielo gris.

La madre y la hija se parecían, y la madre, a pesar de sus cuarenta años, seguía siendo una de las mujeres más guapas del valle. Arsen de Cadéjac era una mujer piadosa, que pasaba más tiempo cuidando de los enfermos y visitando a los pobres que ocupada en la casa. No llevaba a su hija en sus visitas, por temor a los malos encuentros. Gentiane no se aburría: tascaba el freno. No siempre es fácil ser hija de padres creyentes; la joven sabía leer, acompañaba a sus padres a los sermones todos los meses, trabajaba duro y pensaba todo el día. Y los pensamientos de una joven de diecisiete años son más

vivos e invasores que las malas hierbas.

A menudo, Ricord partía una hora antes del alba y no volvía hasta la noche, o hasta el día siguiente. Cuando los hombres traían su sangriento botín, Arsen y Gentiane se instalaban cerca del hogar con las criadas, desplumaban las aves, picaban la carne para los patés y aderezaban las piernas de cordero y los perniles para ahumarlos. Con sus cacerías, Ricord no sólo alimentaba a todos los habitantes de la casa, sino a media aldea. Arsen, ante cada animal muerto, se sentía en el deber de pedir perdón, y llevaba a cabo su trabajo en silencio, con los labios apretados,

pensando con nostalgia en el tiempo en que ya no tendría que hacerlo.

Los cuatro hijos de Ricord poseían un caballo cada uno; en ello residía su riqueza y su tormento, pues para alimentar y mantener a sus monturas necesitaban recorrer las tierras sin cesar en busca de dinero. ¿Dónde puede hallar dinero un muchacho pobre y libre? Lo que uno ganaba en el juego, el otro lo perdía; empeñaban los arneses, los retiraban, los vendían de nuevo, los compraban, y los cuatro caballos se alimentaban en las cuadras de la tierra de Foix, pues a los cuatro hermanos no les faltaban amigos. Como nunca se

separaban, los llamaban los cuatro hijos Aymon.

Al igual que su padre, eran esbeltos, secos, morenos, y su sonrisa descubría unos dientes blancos y fuertes como los de los caballos jóvenes. Llevaban las mismas ropas grises tanto en invierno como en verano, ceñían sus finas cinturas con correas a guisa de cinturones, y se sentían los iguales de los jóvenes más ricos del país.

Imbert, el menor, a veces subía a Gentiane a la grupa de su caballo para llevarla a casa de los vecinos; nadie se escandalizaba de ver salir a la joven sin su madre, todos los señores del valle

eran más o menos primos entre sí. Los jóvenes se instalaban sobre la paja, cerca del hogar, y las doncellas cantaban a coro o por turnos; la voz de Gentiane era la más grave y la más ardiente.

Un día, Guillaume, el segundo hijo del señor de Frémiac, le dijo:

—Vuestros bellos ojos hacen que no pueda comer ni dormir. Si mi padre os pide a sire Ricord, ¿me querríais?

Gentiane vaciló un instante. Los ojos de Guillaume estaban tan abatidos que sintió lástima.

—¡Ah! Ya lo sé —repuso él—, lo sé muy bien. No queréis ser de ningún hombre para salvar vuestra alma. Os da

igual que se pierda la mía.

—Guillaume, creo que no os amo lo bastante para olvidar mi pudor a causa de vos.

Aquella misma noche, Gentiane le confesó a su madre:

—Guillaume de Frémiaac ha pedido mi mano. ¿Qué he de contestarle?

—¿He de decírtelo yo? —De pie ante el lecho, Arsen desenredaba sus largos cabellos antes de trenzarlos de nuevo, para pasar la noche—. Yo no te apuro, pero estás en edad de tomar marido.

En sus grandes ojos castaños ardía un fuego intenso, como el de los

rescoldos que anidan bajo el carbón.

—Que sepas que no me iré de esta casa mientras estés tú. No te dejaré mientras no tengas casa y un marido que te defienda.

Tendida sobre el jergón cubierto de pieles, Gentiane no lograba conciliar el sueño. Su madre, sentada en el baúl bajo la lamparilla de aceite, leía un gran libro abierto sobre sus rodillas, y la joven veía sus labios moverse y sus ojos cerrarse de vez en cuando, como si repitiera de memoria lo que acababa de leer. Luego, la mirada ardiente de sus grandes ojos se volvía a clavar en las páginas del libro. La luz de la lámpara

sólo alumbraba las dos páginas blancas, la mancha también blanca de la camisa, su larga mano y un lado de la cabeza inclinada. Hacía frío. Por la noche, Arsen permanecía todo el tiempo en camisa y descalza.

* * *

Era una mañana tan brumosa que desde la puerta no se veían las estacas de la empalizada; no había ni montaña, ni valle, ni bosque, nada más que aquella neblina lechosa que dejaba adivinar un sol muy cercano. Detrás de la grada que se entreveía apenas entre las sombras de dos cobertizos, resonó el

cuerno.

Los dos viajeros que llegaban a pie sin más equipaje que sus alforjas y sus bastones cruzaron el patio como largas sombras negras y silenciosas; los mozos, y luego los amos, flexionaron las rodillas a su paso. Les condujeron a la estancia baja de la torre, donde el fuego de gruesos leños ardía en un hogar grande como una cabaña de campesino. También allí reinaba la neblina, luminosa y amarillenta a causa de las llamas de la chimenea.

Las mujeres corrieron a por manteles limpios y vasijas de agua templada; los hombres se llevaron

deprisa las piernas de cordero preparadas para la comida de la mañana y las escondieron en la bodega. Ricord fue a buscar dos pellejos del mejor vino de sus viñas y Arsen descolgó dos salmones ahumados y puso tortas de trigo blanco a calentar ante el fuego.

Los dos hombres, después de lavarse, rezaron sus oraciones en un rincón cerca de la ventana, donde, por discreción, les dejaron solos.

En casas como las de Ricord no necesitaban prepararse la comida ellos mismos; no les servirían un pastel o una sopa que contuviese una sola gota de leche o de manteca.

Después de la comida, la neblina se levantó lentamente, despejando el valle; las montañas seguían sumergidas en el vapor blanco y, más abajo, el río parecía una larga nube de humo. Por el camino que serpenteaba a lo largo de la pendiente, se veían ya, a un cuarto de legua, las gentes de la aldea vecina, que caminaban hacia la torre de Ricord; las buenas noticias circulan con rapidez.

El mayor de los dos hombres, Raymond de Ribeyre, era diácono desde hacía varios años; aún no era anciano, tenía unos cincuenta años. Su atuendo negro le hacía parecer pálido, y tenía los cabellos más rubios que grises, tan

ensortijados que hubiera podido creerse que se los rizaba expresamente. Su rostro era muy fino, parecía moldeado por algún espíritu celeste y no por la vulgar naturaleza. Se sabía que su madre, una mujer muy piadosa, le había alimentado desde su nacimiento con leche de almendras, miel y caldos vegetales; en su vida, nada impuro había tocado sus labios. A causa de aquello, su piel, aunque firme y sana, tenía la transparencia del alabastro. Sus ojos, de un azul de espliego, eran grandes y límpidos como los de un niño.

Arsen le había oído predicar muchas veces, pero aquélla era la primera que

él se dignaba a pedirle hospitalidad. Cuando ella le comunicó su alegría, respondió:

—Hermana, llegan tiempos en que no será ninguna alegría recibirnos, sino un duelo y un peligro.

—¿Cuándo vendrán esos tiempos? —preguntó ella.

—Ya llegan, pero no sabemos el día ni la hora. El Anticristo se arma poderosamente contra la Iglesia de Cristo y se aproxima para marcar a los fieles con su signo. En ese tiempo, se oirá un gran clamor en Roma y profundos lamentos, pues Raquel llorará a sus hijos y no querrá que la consuelen.

Hermana, Raquel es la Iglesia, y sus hijos, los fieles. Y el Anticristo le quitará sus almas, pues las tentaciones serán grandes y diversas y no les veo fin.

—La cosecha es abundante —dijo Arsen—, y hay pocos cosechadores. Decidnos lo que hemos de hacer para prepararnos ante esas grandes tentaciones.

—Que los que están en Judea huyan a las montañas, que quien esté en el campo no vuelva atrás en busca de su manto.

Arsen bajó los ojos, entristecida.

—¿Y qué palabras dirigiréis a los

servidores que quieran quedarse, con la lámpara encendida, a esperar la llegada del maestro?

El hombre no respondió. Se acercó a la chimenea, se sentó sobre la paja y se puso a contemplar las llamas que prendían en la leña húmeda. Tenía el rostro impasible; no parpadeaba, pero sus ojos reflejaban tanto dolor que Gentiane, de pie junto al fuego, se llevó las manos a la frente y se echó a llorar.

Por respeto, nadie osó pedir al venerable huésped que tomara asiento; su compañero se levantó del banco y se acercó también al fuego, poniendo mucho cuidado en no rozar a Gentiane al

pasar. Al verla llorar, le preguntó a media voz la razón de sus lágrimas.

—Mirad —le dijo ella, señalando con los ojos el rostro del maestro—, ¿se ha visto nunca un dolor semejante? Si él se aflige, ¿quién no va a llorar?

—Tened cuidado —advirtió el hombre, frunciendo el entrecejo—, ésas son lágrimas frívolas, pues vos no conocéis ni la causa ni el objeto de su dolor. Sois como un niño que grita porque oye gritar.

—Desearía tanto no ser como un niño... —declaró Gentiane, con amargura.

—La voluntad no basta —contestó el

hombre. Pero al echar una mirada al hermoso rostro de la joven, tembloroso y empapado en lágrimas, pensó que tal vez se tratara de un alma elegida. Y añadió, con voz impasible en la que, sin embargo, se percibía cierto calor—: Está escrito: llamad y os abrirán. Nunca se prohíbe llamar.

En general, evitaba hablar con mujeres; pero aquélla, con sus ropas bastas y su mirada directa, parecía casi exenta de los defectos de su sexo.

—No se puede llamar al vacío — dijo Gentiane—, Hay que encontrar la puerta justa.

—Estoy seguro de que vos la

encontraréis.

Ella miró el fuego, sin atreverse, por modestia, a volver la cabeza hacia quien hablaba.

—¡Ay! —suspiró—, ¡si estuvierais en lo cierto, monseñor!

El hombre de negro, para cortar en seco aquella conversación, se alejó de la chimenea y fue a apoyarse a la chambrana de la puerta que daba al patio. Se quedó allí, con los brazos cruzados, mirando la bruma que avanzaba lentamente por las copas de los abetos más cercanos. No tenía costumbre de hablar cuando su compañero rezaba o meditaba;

aguardaba, como un mozo aguarda en silencio el despertar de su amo.

Aicart de la Cadière todavía era joven; se acercaba a los treinta años, y no representaba en absoluto su edad a causa de su extrema delgadez. Era alto, esbelto y más vigoroso de lo que se pudiese creer a primera vista. Su rostro tenía una belleza severa pero noble, de las que se ven en los gentil-hombres catalanes (era catalán por su línea materna), y sus ojos, grandes y castaños, más bien soñadores, le dificultaban las relaciones con las personas del otro sexo. Pero como era, por así decirlo, la sombra, el guardián y el brazo derecho

del venerable Raymond, casi no disponía de tiempo para ocuparse de las almas de los fieles; hacía sobre todo la función de secretario.

El patio ya estaba lleno de visitantes. Aicart se dijo: «Todos no cabrán en la sala». Salió y dio la orden de encender un fuego; el sermón se celebraría en el exterior.

Raymond de Ribeyre, pues, predicó en el patio. El aire era helado; los hombres y mujeres, en pie o sentados sobre haces de leña seca, se arropaban con sus mantos. Los jóvenes alimentaban el fuego, rama a rama, para impedir que se apagara. Raymond, encaramado a un

grueso tronco de roble talado, derecho y rígido como una estatua, hablaba, hablaba con su voz un tanto monótona, pero sonora y bonita. Su rostro claro, dorado por el fuego, parecía una llama que vacila sobre un largo cirio negro.

Hablaba del versículo 37 del capítulo séptimo del Evangelio según San Juan:

—En el último día de la fiesta, que era el más solemne, Jesús, puesto de pie, exclamó con voz fuerte: «Quien tenga sed, venga a mí y beba. Quien cree en mí, como ha dicho la escritura: ríos de agua viva correrán de su seno». Esto lo dijo refiriéndose al espíritu que

habían de recibir los que creyeran en él.

Raymond de Ribeyre hablaba de la sed saciada, saciada incesantemente, y del agua viva más pura que el cristal, más brillante que el diamante, más fresca que el rocío de la mañana; de esa agua de la que nunca se bebe bastante, pues la sed se convierte en un gozo que renace sin cesar, y la fuente del corazón no deja de manar. Y para esa sed no hay sosiego, pues el alma unida al espíritu es como la planta que siempre necesita sol y sube hacia él y crece y se extiende, y produce semillas en su momento; es como el fuego que consume su alimento y lo deja parecido al sol; y ya no puede

vivir más que creciendo y buscando a su amor más alimentos...

Caía la noche. La hoguera empezaba a proyectar largas sombras negras en las paredes de la torre e inundaba de luz rojiza las caras de los que se encontraban cerca del fuego; los oyentes se apretaban unos contra otros, para estar más cerca del hombre que hablaba y para calentarse.

Cuando el sermón tocó a su fin, los fieles desfilaron durante una hora larga para recibir su bendición. Como no podían partir aquella noche, se instalaron en los cobertizos, en los cuartos de la torre y en el patio,

alrededor del fuego, compartiendo las provisiones que habían llevado consigo, en silencio o hablando a media voz. La voz de Raymond parecía seguir flotando en el aire, comunicaba una paz que nadie tenía el valor de turbar.

El sol se había puesto hacía mucho rato y los dos visitantes sólo aceptaron un poco de pan empapado en agua; Ricord y su familia quisieron imitarles, por respeto; Raymond les respondió con suavidad que a su compañero y a él les bastaba con ayunar ellos solos, sin sufrir la carga de causar a sus anfitriones incomodidades inútiles. Era un hombre cortés y de humor afable, y lamentaba el

fervor indiscreto que le había impulsado a tener a su grey al aire libre, con riesgo de hacerles coger sabañones y malas toses. Aicart, que delante de su maestro apenas levantaba la voz en público, osó, con todo, hacerle observar que el espíritu pasaba por delante del cuerpo.

—No siempre —contradijo Raymond, con su sonrisa ligera como un rayo de sol fugitivo—; no siempre, amigo mío, ni mucho menos: cuando un niño llora de hambre, ¿vais a alimentarlo con sermones? Y muchos fieles son todavía niños de espíritu. Quien lo olvida falta a la caridad.

Aicart respondió sólo con una

sonrisa que cruzó de largas arrugas verticales sus delgadas mejillas; una sonrisa a la vez contrita y confiada que decía mucho sobre la amistad que unía a los dos hombres.

—Señor —dijo Gentiane de repente, muy sonrojada pero decidida—, todo el rato que habéis hablado no he sentido frío, sino un gran calor en el corazón. Sin duda, soy ignorante de espíritu, pero creo que podría alimentarme de sermones toda la vida.

—Pues yo he tenido frío —contestó el diácono, no sin cierta malicia—. Mi sangre es vieja, y la vuestra joven.

—Perdonad a mi hija —intervino

Arsen, confusa—. No he sabido enseñarle buenas maneras.

—Está escrito: «Padres, no entristezcáis a vuestros hijos». Vuestra hija ha hablado según el corazón.

Gentiane, ayudada por las dos criadas, sirvió en las escudillas la sopa de guisantes; ella se había prometido no comer nada aquella noche, tenía mucha hambre, pero se sentía ligera como una pluma. Veía ante sus ojos el rostro resplandeciente de Raymond y sus ojos azules ahítos de luz, y pensaba en el agua viva que brilla como el diamante.

—Se acerca el momento —decía Arsen al diácono— en que podremos

entrar en probación y vestir el hábito, si la Iglesia nos juzga dignos de ello. Por mi parte, espero a que mi hija esté asentada, y mi marido dejará la casa a nuestro hijo mayor cuando hayamos pagado nuestra deuda a la Iglesia.

Desde la muerte de su hermano, Ricord no siempre lograba pagar el legado de quinientos sueldos que éste había prometido a los buenos hombres; le quedaba por pagar todavía ochenta sueldos, y en tierras de montaña el dinero escasea.

—¿Habéis encontrado, al menos, un marido de buena familia y creyente para vuestra hija?

—No faltarían maridos así —
suspiró la anfitriona—, pero mi hija los
ha rechazado a todos.

El compañero de Raymond preguntó
si no era una lástima empujar a la joven
hacia un estado inferior.

—El dinero no es problema —
declaró—. Mi tía, doña Adalays, la
aceptaría de buena gana sin dote en la
casa que tiene en Foix durante un tiempo
de probación, si es que la muchacha lo
deseara y mi hermano Raymond
aprobase mi propuesta.

—¿Qué puedo aprobar yo, el último
de los hombres según la carne? —
replicó Raymond de Ribeyre, sin

levantar los ojos, lo que significaba una llamada al orden para el discípulo.

—¡Ah! Sé muy bien que ella lo desearía fácilmente, monseñor — contestó Arsen—. Sin embargo, como está escrito, hay que preguntarse durante mucho tiempo si uno no marcha al campo con cinco mil hombres contra un ejército de diez mil; antes que exponerse a la vergüenza, más vale enviar emisarios al enemigo. Así lo hizo mi santa madre por mí. Muchas jóvenes confunden su orgullo natural con el deseo de Dios.

—Hablad, Aicart, amigo mío — pidió entonces Raymond, con una voz

algo cansada pero vibrante de ternura; se reprochaba el dominarle excesivamente, pero si tenía que hacer caso a Aicart, la casa de su tía Adalays debía de ser tan grande como la ciudad de Foix, tanto ardía el joven en deseos de salvar almas.

«Quién sabe —pensó el diácono—, me hago viejo, tal vez él conozca a los jóvenes mejor que yo...».

Aicart habló de los peligros de un vínculo que corría el riesgo de perder a la vez el cuerpo y el alma, y de causar la perdición de almas jóvenes; un alma todavía nueva se vuelve hacia Dios con más ardor y aprende con mayor

docilidad las lecciones del espíritu. Es cruel empujar a una joven al matrimonio contra su deseo.

—¡Ay, monseñor! —dijo lentamente Arsen—, los deseos de las muchachas son como las flores del manzano. ¡No es ese deseo el que hay que sentir por Dios!

Gentiane escuchaba, sentada en las sombras, sobre el suelo, detrás del banco. «¿Por qué tengo que esperar a la vejez para conocer el verdadero júbilo? —pensaba—, ¿De qué me servirá el espíritu de Dios cuando esté ajada, decrepita y mustia?...». Lloraba, porque la belleza celestial del rostro y de las

palabras de Raymond le penetraba el corazón, y se decía: «¿Qué no lograría yo, si recibiese el conocimiento del espíritu?». ».

Aquella misma noche, en su alcoba, cayó a las rodillas de su madre y lloró largo rato, y sollozó y suplicó. La madre también lloraba, en silencio.

—Madre, ¿tan indigna soy de una vida buena?

Sentada sobre su baúl, bajo la lamparilla, Arsen permanecía quieta, con las manos juntas sobre las rodillas, los grandes ojos abiertos y llenos de lágrimas como los de un ciervo de los bosques.

—Yo deseo que seas feliz —
murmuró—, con un marido que te ame y
hermosos hijos. Sin duda, es un deseo
culpable, pero es tan fuerte que mi
corazón no puede luchar contra él.
Querida mía, tengo miedo por ti de la
vida que deseas, creo que te conozco
demasiado bien. Si alguna vez entraras
en una vía semejante para arrepentirte a
continuación, ciertamente más valdría
que no hubieses nacido nunca.

—No soy cobarde —dijo Gentiane
—; el miedo no me hará renunciar a lo
que quiero.

—Gentiane, si no soportas el tiempo
de probación y te mandan a casa, ¿no

guardarás rencor contra ti misma o bien (lo que es mucho peor) contra Dios y la iglesia?

—Si me mandaran a casa me mataría.

—¿Y puedo yo consentir en exponerte a semejante sufrimiento? —preguntó Arsen, asustada.

—Madre, el sufrimiento ya existe, ¡ya ha llegado! ¿Quién sabe si mañana caerá un rayo sobre nuestra casa? ¡Y yo moriré antes de beber de la fuente de la vida! ¡La muerte no me da miedo, pero no quiero vivir en la ignorancia, como los animales silvestres! ¿En qué seré mejor que los animales, si no tengo lugar

alguno en el espíritu?

—Ve, entonces —aceptó la madre, con voz entrecortada—; antes que verte llorar más, me arrancaría el corazón con un cuchillo. Vete, déjanos, mi loca paloma salvaje. El corazón me dice que tu vida no está allí, pero el corazón de una madre está cegado por la piedad y yo no sé nada más de ti. Mañana hablaré con tu padre y con los santos varones. Creo que el señor Aicart hablará en favor de tu causa.

Ricord, según su costumbre, habló poco. No es que tuviera un talante taciturno, sino que su modestia natural le impedía levantar la voz delante de

hombres investidos por el espíritu santo, pues él era un pecador. Creía que no correspondía a un hombre hablar de materias que conocía mal, y dejaba a su mujer el cuidado de interpretar su pensamiento. Estaba triste. No pensaba que el momento de separarse de su hija llegaría tan pronto, y de aquella manera.

* * *

Ricord y sus vecinos acompañaron a los dos viajeros hasta Chalabre. Ricord prestó al diácono su único caballo, que él mismo llevó de las riendas: el honor le pertenecía por derecho, como amo de la casa donde se había recibido a los

buenos hombres. El compañero de Raymond obtuvo el caballo del señor de Frémiac.

Incluso los viajeros que tenían los caballos disponibles caminaban a pie, para demostrar su respeto a los siervos de Dios. El cortejo avanzaba por el valle. Por el sendero que corría junto al río, unos campesinos acababan de arrojar paja Cresca bajo las patas de los caballos, algunos llegaban a extender sobre el suelo sus capas de lana; no cada día el diácono Raymond visitaba aquellas tierras. Tenía tal reputación que incluso entre los católicos se le consideraba un santo varón.

Al desmontar de los caballos, a la entrada del burgo de Chalabre, los dos hombres tuvieron que bendecir una vez más a todos los fieles, por turno; en su fuero interno, Aicart consideraba que perdían mucho tiempo de esa manera; pues cada uno debía arrodillarse y prosternarse tres veces, según la regla. Raymond de Ribeyre no temía perder tiempo, siempre iba con retraso. A veces, en la reunión más solemne se hacía esperar durante dos horas, pues los fieles se pegaban a él como moscas a un tarro de miel, y era de un talante excesivamente paciente.

—Jamás olvidaré este día, monseñor

—dijo Ricord—. Pedid a Dios que me haga digno de servir a la Iglesia.

Con la mano, se aguantaba los cabellos que el viento le despeinaba y echaba por encima de su cabeza; tenía uno de esos semblantes graves que sólo sonrían con la mirada, pero la felicidad que irradiaban sus ojos era sencilla y franca y le rejuvenecía diez años. Ya había olvidado completamente a su hija, sus preocupaciones domésticas; sólo era el hombre que había tenido la suerte de acompañar al diácono y prestarle su caballo.

—Que Dios haga de ti un buen cristiano. Satanás nos prepara profundos

padecimientos. Cuídate de sucumbir a la tentación... Ya sabes a qué tentación me refiero.

—Monseñor, que se me seque la mano antes que...

—No hables así —dijo el diácono con una triste sonrisa—. Un día, lo lamentarás.

El baile y los primeros burgueses del lugar acudieron a recibir a los dos hombres de negro y los condujeron a la iglesia, un edificio secularizado hacía mucho tiempo, donde las imágenes de santos habían sido cuidadosamente encaladas y del que se habían retirado

las cruces. Allí, Raymond podía predicar sin temor a profanar su ministerio.

La jornada de los dos hombres estuvo muy ocupada: en el burgo había dos enfermos graves que reclamaban el bautismo, y muchos fieles inquietos por el rumor de la guerra y deseosos de oír los consejos del diácono. A éstos, Raymond les contestaba lo mismo que había dicho a Ricord: cuidaos de sucumbir a la tentación. Por la noche, a pesar de los ruegos del baile de Chalabre, Raymond de Ribeyre y su compañero dejaron el burgo.

—Hermanos y amigos, no creáis que

es por desprecio o por falta de afecto para con vosotros: el Señor me ha hecho saber que no debo entretenerme aquí. Por el amor de Dios, os lo suplico, no nos acompañéis más de media legua, esta noche no necesitamos ni guías ni guardia.

—Monseñor, si habéis oído hablar de algún traidor, o de algún bandido vendido a los católicos, sabed que en nuestra tierra semejantes gentes nada pueden contra vos.

—Amigos, nunca he temido a ese tipo de gente. El domingo, sin ir más lejos, hablé en una asamblea en la que participaban clérigos y abades; y nunca

me apartaría diez pasos de mi camino por miedo a los enemigos de nuestra Iglesia. ¡Que Dios os guarde de creerme desconfiado! Sé que en vuestra tierra se honra dignamente la fe de Cristo desde los tiempos de nuestros antepasados.

Hacía una noche fría. El fuego crepitaba sobre las ramas secas y hacía que el cielo sembrado de estrellas pareciese negro; y del vasto paisaje nocturno que se extendía a los pies de los dos hombres no se veía más que algunos pinos iluminados por la hoguera.

Aicart sabía hacer fuego para todo

momento y con todo tipo de madera: a su amo le gustaba dormir al raso; en las casas se ahogaba, nunca tenía bastante aire, ni bastante espacio, necesitaba rezar bajo el cielo abierto. Preferiblemente, en las alturas, lejos de todo lugar habitado.

—¿Os impongo una penitencia demasiado dura, amigo mío? —(Jamás decía «hermano», ni «compañero», siempre «amigo» mío). ¿Una penitencia? Un gracia, más bien. Desde su juventud, Aicart había aprendido a entender el terrible gozo de aquellas noches solitarias, al frío, en silencio... con el cuerpo agotado por el cansancio y el

hambre y el sueño combatido; el alma enajenada por el vértigo a los grandes espacios negros poblados de espíritus sin voz y sin forma.

Encendían el fuego; si la sed era demasiado imperiosa bebían un poco de agua de la cantimplora, aunque ello supone una falta a la regla de la que es preciso purificarse de antemano, por medio de oraciones tan largas que a veces uno olvida su sed. Hacía años que Raymond había tomado la costumbre de no manchar sus labios con ninguna bebida ni alimento desde el ocaso hasta la salida del sol. El hambre es la mejor amiga del cuerpo; cuando uno está unido

a ella de por vida, ya no teme gran cosa en este mundo.

Compañeros del pan sobresustancial, del agua espiritual, del hábito místico y del fuego celeste, sombras entre los vivos, adultos entre los niños de espíritu...

—Oh, vida eternamente sobresaltada, vida abrasada por los fuegos de Pentecostés, ofrecida de una vez por todas: desde el día en que se recibe la ordenación, ni siquiera en el sueño se cierran los ojos. La noche es luz. De la vida secreta, animal y cálida que todo hombre lleva en sí y que lo separa de los demás, ya nada nos queda.

Hombres públicos, expuestos a la mirada de Dios y de los hombres, día y noche.

Raymond rezaba, en pie, con los brazos levantados, apoyado en el tronco de un pino. Podía permanecer así durante horas; era delicado y friolero, pero no sentía el alcance del frío cuando rezaba; le podrían golpear y no notaría el golpe, quemarle con carbón incandescente y no rechistaría. Brutalmente alumbrado por el fuego, su rostro se desprendía tanto de su apariencia carnal que parecía modelado por las llamas... La boca entreabierta, los ojos desmesuradamente dilatados,

todos los músculos temblorosos e inmóviles al tiempo, tensos como si fueran a romperse... ¿Cómo soportaba alguien tan frágil ese esfuerzo, que se repetía cada noche? Aquel día, su plegaria era más dolorosa que de costumbre, y más intensa; manaban lágrimas de sus ojos y la frente sudaba hasta tal punto que tenía las cejas empapadas. Aicart, que todavía no había alcanzado el conocimiento de una oración semejante, permanecía clavado en el sitio, sin aliento, sin pensar, tensándose para mantenerse derecho, como si un viento demasiado fuerte le curvase los hombros.

El fuego moría; había que avivarlo con ramitas y hojas secas, luego con ramas cortadas. El hombre, en pie, seguía rezando, con los labios extendidos en una extraña sonrisa, serena como la de un muerto. Sus ojos resplandecían intensamente. «... Maestro, yo moriría por vos, maestro, no puedo soportar veros sufrir. Habladme, maestro, contadme el dolor que tanto os atormenta...». Aicart sabía mejor que nadie lo que había de júbilo oculto en los ojos de Raymond; pero todavía más que por su júbilo le amaba por su dolor, por ese dolor del que él era el único testigo y que era como un

secreto entre su maestro y él. Sobre todo en los últimos tiempos. «¿Puede ser que los rumores de guerra turben así a un hombre como él?». Aicart miraba el fuego que se reavivaba con alegría y hacía recorrer llamitas azules y amarillas entre las ramas. Ahora baila, y sube, ha encontrado alimento, crece, se convierte en un estandarte de luz. «La vida —pensaba Aicart—, ésta es la imagen de la vida; una llama alimentada sin cesar, destruyéndose y destruyendo su alimento. Amiga y enemiga: amiga en apariencia de aquéllos que no se comprometen a fondo; acerco la mano y su calor es agradable, la sumerjo y el

dolor me traspasa hasta el corazón...
"No renegarás de tu fe por temor a la muerte en el fuego, en el agua, ni a ninguna otra muerte." En el tiempo de probación del noviciado, uno piensa en ello con la alegría que la juventud encuentra en el peligro, se pone a prueba en secreto, extendiendo el brazo sobre un ascua en llamas... dolor desmedido, voluptuosidad del orgullo y de los sentidos. Vanidad de la niñez.

»Antes de recibir el bautismo todavía tienes elección. Una vez consolado, te conviertes en un hombre que ya no tiene poder sobre su propia vida, un cuerpo entregado a la regla

como ese leño se entrega al fuego. El cuerpo se acostumbra a todo, salvo a la muerte en el fuego tal vez, pero una vez en él es demasiado tarde para retroceder. ¿Quién sabe? Todo puede llegar».

Aicart se decía que las noticias de la cruzada que se preparaba en el norte volvían a algunos católicos ofensivos y arrogantes; empezaban a mostrarse altivos, a jurarle a uno la hoguera por una palabra más alta que otra. ¡Un buen argumento, y digno en efecto de los paganos que son!

Raymond dormía como un cadáver: rígido, exangüe; no se le veía respirar. A

veces, Aicart creía que el alma abandonaba realmente a aquel débil despojo para regresar en el momento que deseara volverse a servirse de él. Con toda certeza, si es verdad que las almas bienaventuradas se reencarnan a veces, no para la expiación de los pecados sino por amor hacia los hermanos desposeídos, el alma de Raymond debía de ser de aquéllas: en ocho años de compañerismo, Aicart no había podido encontrar en su maestro ninguna imperfección, sino, en todo caso, su excesiva paciencia con respecto al mal. ¿No trataba el propio Jesús a los fariseos de hipócritas? «¿Acaso soy yo

Jesús?»), replicaba Raymond.

Por ese motivo, Aicart velaba junto a su maestro hasta el agotamiento de sus fuerzas, y a veces acercaba la mano al brasero para no quedarse dormido. Aparte de él, pensaba que Pedro, Santiago y Juan habían sido hombres bastante pobres (antes de su bautismo con el fuego), pues pudieron dormirse en el monte de los Olivos.

Echado sobre la tierra fría, los brazos cruzados detrás de la cabeza, Aicart contemplaba el perfil del diácono dormido, iluminado por el fulgor rojizo del fuego que moría. Los rizos de sus largos cabellos ensortijados, pegados a

la frente y a la mejilla, concedían a aquella cabeza sin edad un aire juvenil, casi gracioso. Una barba de tres días cubría de sombra el mentón y el labio superior, recordando de forma inesperada que el venerable Raymond también era un hombre como los demás, obligado a emplear la navaja. El frío era intenso y el aire puro, en el cielo las estrellas palidecían; Aicart cerró los ojos, repentinamente vencido por el sueño. No había nada que temer, podía contar con Raymond para que le despertara a la hora de la oración matutina; incluso durmiendo sabía qué hora era, como las bestias y los pájaros.

A la salida del sol, Aicart vio, a los pies de la ladera, unos veinte hombres y mujeres de Chalabre, sentados en grupitos en el pinar joven, a varios centenares de pasos del lugar donde los buenos hombres habían pasado la noche. Aquellas gentes debieron de seguirles de lejos y los encontraron gracias al fuego; debieron de velar y rezar allí, sin atreverse a encender un fuego para ellos por miedo a descubrir su presencia...

—Hermano, ¿no iréis a hablarles?
¡Me parece que se lo merecen!

—No lo necesitan —respondió Raymond, despacio—. Venid, pasemos por este bosque para que no sepan qué

camino tomamos.

—¿Podéis marcharos sin decir una sola palabra a unas gentes que han dado prueba de una fe semejante?

El semblante del diácono era impasible, casi duro.

—Esta generación busca señales —dijo—. Pongo a Dios por testigo de que no quiero ser una señal para ellos. Lo que tenía que decirles, se lo dije ayer, no he predicado para las paredes. En realidad, si su fe es como vos la creéis, ya no me necesitan.

—Normalmente, mostráis más paciencia con personas que lo merecen menos —observó Aicart.

—Aicart, amigo mío, ¿no estáis diciéndoos acaso: «Soy el compañero de una antorcha de la Iglesia, de un hombre tan glorificado por Dios que sólo le queda hacer que le lleven vivo al cielo en un carro de fuego, como el falso profeta Elías»...? Es así como los esclavos de la bestia honran a sus jefes. No toméis mis palabras por amargura ni burla, pues en verdad os quiero más de lo que he querido nunca a ninguna criatura: por el amor de Dios, no glorifiquéis en vuestro corazón a quienes no merecen que se les glorifique, pues un día lo pagaréis caro.

Aicart caminaba delante, sin decir

palabra, apartando con la punta del bastón las ramas bajas que amenazaban con rozar el rostro de su amigo. No se sentía herido, tenía merecido el reproche. Tres meses antes, durante una reunión general de los hermanos de la Iglesia de Cristo, se trató de la creación de una nueva diócesis para la región de Foix; el proyecto se abandonó a causa de la amenaza de la guerra, y también porque los obispos de Tolosa y Carcasona, monseñor Gaulcem y monseñor Bernard, muy ancianos ambos, podían entristecerse con aquella decisión: al fin y al cabo, los fieles de la región de Foix no tenían nada que

reprocharles, pero deseaban un obispo propio por motivos de comodidad y de prestigio; decían que en su tierra la verdadera fe se había establecido y honrado antes. En fin, en un momento dado, algunos hermanos, y no los menos, habían pensado en Raymond de Ribeyre, que era originario de Foix y, a pesar de su relativa juventud, célebre por sus virtudes cristianas. Aquel día, Raymond le había dicho a su compañero: «Si deseáis verme obispo, ¿por qué no ibais a desear verme papa? Todavía no os habéis liberado de las apetencias carnales». ¿Y quién sí, a los treinta años? Cuando se vive según la regla, la

concupiscencia natural se convierte en ambición o en pasión por la controversia. «... ¡El germen de los fariseos y de los saduceos, amigo mío! —decía Raymond—. Los sacerdotes católicos que llevan una vida impura no son, ni de lejos, los peores».

—«Ay, maestro —respondió entonces Aicart—, es por amor a la Iglesia que desearía yo veros obispo, ¿qué otro hombre serviría a la Iglesia mejor que vos? ¿Acaso viven nuestros obispos en palacios? ¿Visten hábitos dorados? ¿Hacen que milicias armadas recojan sus diezmos?».

—Hermano, ¿por qué os habéis

negado a hablar a esas gentes de Chalabre, mientras que en Montgeil acabáis de pasar la noche en casa de un hombre casado, padre de familia y antiguo soldado?

—Su mujer es un alma elegida —dijo Raymond—, La veo destinada a grandes glorias. Pero por muy pecadores que sean los fieles, su hospitalidad es siempre un honor demasiado grande para nosotros. Amigo mío, viene el tiempo en que tendremos que decirles: allá adonde vamos, no podréis seguirnos. ¡Y esta separación será tan dolorosa que hay días que desearía no haber nacido nunca!

—¿Hermano! —exclamó Aicart, trastornado—, ¿hasta ese punto sufrís? ¿Qué tememos? ¿Persecuciones? En todo tiempo las ha habido. ¿Acaso no crece diariamente la fe de los fieles? ¿No honran la Iglesia los príncipes y barones de nuestra tierra? Hemos oído hablar bastante de la guerra, ¿en Carcasona, en Limoux, en Termes y en Lavaur!..., la guerra siempre es mejor que la peste. Si osan hacer esta cruzada contra los cristianos, ¿no desenmascararán a la Ramera de una vez por todas? ¿No habrá llegado el día en que le arranquen las vestiduras por fin, como dicen las Escrituras?

—No me consoléis, no soy ningún niño —dijo Raymond con tierna tristeza —, Aicart, amigo mío, que mi debilidad no sea motivo de escándalo para vos. Solamente los hijos de la Ramera pueden creerse siempre fuertes. Engañados por las mentiras de la carne se toman por criaturas de Dios.

»¿Decís que la desenmascararán? ¡Ay de nosotros, si esperamos sacar provecho del duelo público, y ser los buitres que engordan devorando los cadáveres! ¿También vos intentáis atraer a las almas por el odio de nuestros enemigos, y no por medio del amor a Cristo? ¡Ciertamente, esas almas estarán

más perdidas que si permaneciesen bajo el yugo de Babilonia!

—Hermano, esas palabras son duras y amargas —protestó Aicart—, Es justo odiar el mal.

—Aicart, no se nos permite matar a una rata, ¿y habláis de odiar a hombres? Pues quien dice «odio el mal» se engaña profundamente; no ve el mal, sino solamente los hombres a quienes cree malos. Por decir injurias a nuestros hermanos nos llevarán ante el sanedrín, por tratarlos de insensatos nos entregarán a la gehena del fuego. Ya que a nosotros, que hemos aceptado su ley, se nos aplicarán al pie de la letra todas

las palabras del Señor. Ese juicio es justo, pero el odio nunca es justo.

—Vuestras palabras son difíciles de comprender —dijo Aicart, con la cabeza baja—. Pedidle a Dios que me ilumine por medio de su santo espíritu, pues mi conocimiento es demasiado imperfecto y no puedo aprobar las palabras que me decís.

II. LOS LLAMADOS

Gentiane no se mostraba ardiente en la plegaria ni en la lectura. Le gustaba cantar; siempre era la primera en subir al granero, en bajar a la bodega, en atizar el fuego. Cuando su madre salía con ella a recoger hierbas, la joven reunía cestos enteros de bayas y de champiñones, siempre le parecía que no encontraba suficientes. Ahora quería abrazar el gozo de la vida eterna porque nada más bello se había ofrecido todavía a su deseo.

En espera del día de su partida, a veces se quedaba pensativa y dejaba caer la aguja o el libro; en esos momentos sus mejillas ardían y sus ojos se volvían claros como el agua de roca, y estaba tan guapa que las dos ancianas criadas se quedaban sin aliento y se decían: «Ahora no hay duda de que el Señor la ha designado para que sea el honor de su casa». Guillaume de Frémiac, que la amaba, no osó volver a hablarle de matrimonio. «Qué más hubiera podido pedir —le decía Ricord—. Aunque, ¿qué van a hacer un padre y una madre si un alma ha oído la llamada de Dios? Un día, también tú oirás su

llamada»).

En cuanto a Ricord, había oído la llamada quince años antes, y no lo olvidaría en absoluto.

Los cuatro hermanos regresaron a casa al principio de Cuaresma y acompañaron a sus padres y a su hermana a Foix. La despedida fue alegre, como conviene, pues la joven tendría ocasión de vivir una vida buena. Doña Adalays, superiora de la comunidad, la recibió con júbilo.

—Dichosa tú, que has recibido el deseo de sabiduría, hija bienamada. No pienses más en tus defectos, que no son nada, sino en el amor de Dios, que lo es

todo. Tal vez algún día la Iglesia te juzgue digna de una vida cristiana.

Gentiane besó a su padre y a sus hermanos, pero ante su madre se echó a llorar.

—Pronto dejaré el mundo —le dijo Arsen—, Sólo volverás a verme vestida con el hábito negro.

—Que me ocurra lo mismo a mí, madre. Pedidle a Dios que yo acceda a ese honor.

—Debo decirle «que se haga tu voluntad», y no «que se haga la voluntad de mi hija». Al amor de Dios por tu alma nada puedo añadir ni quitar. Sólo tengo mi amor, que es poca cosa.

—Era mucho para mí, ¡cuánto pierdo al no volver a ver vuestro bello rostro! Si Dios nos promete centuplicarlo, ¡cuán grande debe de ser el gozo que nos da!

—Es ciertamente grande —dijo Arsen—, pero no como lo imaginamos. ¿Sabrás reconocerlo cuando llegue como un ladrón?

Los cuatro hijos de Ricord debían quedarse unas semanas más en Foix; acompañaron a sus padres en el camino de regreso dos leguas largas. Los cuatro se disputaban el honor de llevar a la madre en su caballo. A pesar de sus continuas ausencias, los muchachos —

Sicart, Olivier, Renaud e Imbert— eran buenos hijos; estaban orgullosos de su madre como otros lo están de la dama a la que sirven. Para unos muchachos pobres el gozo del amor es un lujo más inaccesible que una armadura de caballero. Eran buenos creyentes, y los hijos de Ricord podían presumir al menos de una madre célebre en todo el país por su piedad. También ellos eran piadosos a su manera; a menudo tenían trifulcas con compañeros católicos o considerados tales, odiaban cordialmente a los tonsurados y desmontaban del caballo en cuanto divisaban a un cristiano.

Arsen no se preocupaba por sus muchachos, robustos y tranquilos. La pobreza no es ningún vicio cuando se acepta de buen talante. Sicart cumplía veintitrés años y soñaba con tomar esposa el día que su madre dejara la casa.

Al verles a los cuatro volver a montar y alejarse, Arsen sintió una profunda angustia en el corazón. Pensaba en lo que le había dicho el diácono Raymond y lo que se hablaba en la aldea. No había duda alguna de que aquella vez el Anticristo preparaba un fuerte golpe contra la Iglesia de Dios; y en la llanura el verano siguiente sería un

verano de guerra. «Béziers y Carcasona quedan lejos —decían—, y muy astuto será el enemigo que suba hasta aquí. Muy frívolos, más bien, son quienes así se tranquilizan, ya que el caballo tarda dos días en hacer ese viaje, la paloma un día y el pensamiento de Satanás menos de una hora.

»El Anticristo enviará cientos de miles de sus siervos provistos de armas mortales y marcados con el signo de la cruz, y éstos no sólo traerán la muerte de los cuerpos carnales, sino esos demonios que se llaman odio, crueldad y miedo, y dominarán las almas de muchos fieles. Mis hijos son altos, fuertes y

hábiles en el manejo del arco y la jabalina, y no tienen yelmo ni coraza para protegerse. ¡Ay, que Dios proteja sus tiernos corazones de la cólera y sus pechos de las lanzas del enemigo!».

—Mujer —dijo Ricord—, ¿son las repercusiones de la guerra las que te entristecen? ¿Acaso a nosotros se nos avecina alguna guerra? Nuestros hijos son libres y no deben servicio a nadie.

—¡Gracias a Dios no lo deben! —exclamó Arsen, sacudiendo su cabeza morena—. Pero les hemos enseñado el oficio de las armas porque tal es la servidumbre de nuestra condición en esta vida. Y ese oficio es una gran

tentación. Sé que esta guerra no será como las otras, y que muchos sucumbirán.

Los dos esposos se habían sentado sobre un montón de piedras, a la sombra de un inmenso olivo. Su caballo pacía en la cuesta del prado. Detrás de la extensa colina cubierta de viñedos y de campos negros, las montañas se elevaban, más azules a medida que se acercaban al horizonte; el cielo, sobre ellas, era claro, y a través del follaje gris del árbol se volvía de un azul casi intenso. Arsen recitó la oración, luego deshizo su hatillo, donde llevaba pan para el camino y unos higos secos.

—¿Cuántas comidas nos quedan por compartir así? —preguntó Ricord—. Ahora nuestra hija está en buenas manos, y no debemos permanecer más tiempo juntos.

Estaba triste, y los higos que tomaba de la mano abierta de su esposa le parecían mejores que el jengibre cocido en miel. Con cuarenta años, ella tenía la belleza de un fruto maduro: su rostro era terso y firme, las niñas de sus ojos eran color avellana y miel rojiza, y sus cejas como dos colas de armiño. Era tan hermosa que a veces, aun tras cinco años de vida pura, Ricord se veía turbado por pensamientos de amor

carnal. «Cuando estemos separados, cuando nuestras manos no puedan tocarse ya, cuando tengamos que saludarnos de lejos como extraños, ¿quién sabe si el recuerdo de nuestro largo amor nos permitirá dormir por la noche?».

—Me parece, Ricord —repuso la mujer—, que he llegado a la cima de una alta montaña hacia la que camino desde mi infancia, paso a paso. Todavía crecen algunas flores y hierbas, y cuando las miro me late el corazón como no ha latido nunca por los grandes manzanos de mi niñez. Desde donde estoy distingo altas montañas cubiertas de nieve que

brillan como el sol; al bajar la cabeza, veo los valles, las aldeas y los bosques, y todo me parece tan pequeño que los cubriría con la sombra de mi mano; tengo vértigo y nunca jamás podré bajar. Y si subo, el sol me quemará y la nieve me helará; mi corazón se encoge de miedo. Tengo que abandonarlo todo para dejar las manos libres, y mi alma se siente profundamente desamparada, pues estoy unida a ti como la raíz a la tierra de la que se nutre.

—No te apremio —dijo Ricord con suavidad—. Quédate en casa el tiempo que te haga falta para prepararte dignamente para la nueva vida. Yo

también necesitaré sin duda más de un año para pagar mi deuda y para arreglar las cuestiones de la herencia. Ahora podrás vivir en la torre tan sola como un prisionero en su celda, y así, permaneciendo bajo el mismo techo, perderemos poco a poco la costumbre de vernos.

—¡Ojalá fuese un hombre! — exclamó Arsen—. Hubieran podido darme a ti como compañero de camino. Y sin embargo no lo lamento; si fuera un hombre no te habría conocido como te conozco, ni amado como te amo.

* * *

Los caminos de salvación son extraños. Ricord, en su juventud, tenía tan mala reputación que los padres de Arsen lloraron de pena el día de los esponsales de su hija. Tenía un talante pendenciero, altivo, siempre dispuesto a sacar el puñal o a lanzar el guante a la cara de alguien. La pasión que sintió por Arsen fue tan repentina que nadie la creyó duradera, salvo la propia Arsen. Este matrimonio fue mejor que muchos otros, aunque, con todo, en absoluto perfecto, ya que los esposos estaban unidos por un amor intenso hasta el sufrimiento; y sin ser nunca infieles ni celosos, se torturaban hasta el punto de

desear la muerte diez veces al día. En seis años tuvieron cinco hijos, todos guapos y fuertes. Después, cuando tenía unos treinta años, Dios visitó a Ricord de un modo particularmente cruel.

Estaba de paso por Carcasona con varios de sus amigos y primos, junto a los cuales tenía que rendir homenaje al vizconde de aquella ciudad por la riqueza de su tierra. Aquel día debía llevarse a cabo una ejecución en la plaza mayor, y se había reunido una gran multitud. Los hombres de Montgeil, a caballo, veían el espectáculo mejor que nadie, y por curiosidad se detuvieron cerca del porche de un edificio a veinte

pasos del patíbulo.

El hombre era un bandido peligroso, convicto por asesinatos, violaciones y sacrilegios graves, y también su muerte sería dura. Lo condujeron con las manos y los pies trabados por una cadena, y la muchedumbre le arrojaba piedras y desperdicios a su paso. Al pie del patíbulo le esperaba un sacerdote con una cruz. El verdugo y sus ayudantes comprobaron el eje de la rueda y prepararon las tenazas y el plomo que calentaban en un caldero sobre un trípode. El hombre no escuchaba al sacerdote, miraba a los verdugos pensativo, boquiabierto; parecía

intimidado como un niño a quien van a pegar con una vara. Le desataron antes de hacerle subir las escaleras, hizo una amplia señal de la cruz y luego se aproximó a los verdugos, con la cabeza baja, dócil como un buey de camino al matadero.

Ricord hubiera deseado volver la cabeza, pero no podía apartar la vista del rostro del hombre. El bandido era alto y robusto, y estaba curtido por el dolor, no era la primera vez que subía a un cadalso: tenía las aletas de la nariz arrancadas, la mejilla derecha y los hombros marcados con un hierro al rojo vivo. Al principio sólo gruñó, con los

dientes apretados. Luego, cuando el plomo fundido tocó las heridas abiertas por las tenazas en los muslos y los brazos, las fuerzas le abandonaron y gritó con voz animal, con la cabeza echada hacia atrás. Gritó tan fuerte que resultaba increíble que un ser vivo pudiese bramar así más de diez minutos sin morir. Atado a la rueda, no dejaba de gritar, y a cada vuelta de la rueda Ricord veía pasar la cabeza de cabello gris, ensangrentada, echada hacia atrás, con la boca abierta y los ojos inmensos, pavorosos, suplicantes, unos ojos que gritaban: «Deteneos, ¿qué me hacéis? ¿Por qué?...». Y los brazos y las

piernas, con los huesos rotos, pendían, como sacos de carne negra y sangrienta, de los cuatro lados de la rueda.

La boca azulada chillaba y los ojos extraviados parecían pedir ayuda; y Ricord no sabía lo que le pasaba ni por qué la cara del hombre torturado se aureolaba con una luz roja y se le acercaba. Tenía los músculos y los nervios del cuerpo tan tensos que creía oírlos vibrar como cuerdas a punto de romperse. Una voz, sonora como un clarín, gritaba:

—¡Perdón, hermano! ¡Hermano!
¡Perdónanos, hermano! —Tardó unos instantes en darse cuenta de que era él

quien gritaba. Uno de sus primos le agarró del brazo y le dijo:

—Estás loco.

Entonces, Ricord fue presa realmente de lo que, más tarde, llamarían su locura. Avanzó entre la multitud, a caballo como iba, con riesgo de pisotear a mujeres y niños, y con los brazos levantados gritó:

—¡Deteneos, idos todos! ¡Es vuestro padre, es vuestro hermano a quien tratan así! ¡Cómo hacen semejante cosa a una criatura humana!

Hablaba con una voz de trueno que cubría los redobles del tambor, los gritos del ajusticiado y las campanadas

de la iglesia. Por unos instantes, todo calló, la rueda se detuvo, los verdugos bajaron sus palos. Ricord tuvo una visión que duró un abrir y cerrar de ojos: todos los que se hallaban reunidos en aquella plaza tenían el corazón y las entrañas abrasados por un fuego devorador, pues el fuego de compasión que le quemaba a él se había apoderado de ellos por un momento.

Hizo dar media vuelta a su caballo y salió de la ciudad sin mirar a nadie; los soldados que flanqueaban el portón no se atrevieron a detenerle ni a preguntarle su nombre, tan intenso era el fuego que ardía en sus ojos. Cabalgó largo rato sin

preocuparse por su montura. Le parecía que era la cólera lo que le impulsaba a huir de aquel modo, a merced de los caminos pedregosos que llevaban hacia Corbières; tenía la boca y la garganta secas como si llevara dos días sin beber. Bajo una roca negra coronada de abetos, notó vacilar al caballo sobre sus patas y sólo tuvo tiempo de saltar al suelo, a un barranco lleno de zarzas; el animal se hundió a su lado y estuvo a punto de aplastarle; tras dos sobresaltos, dejó caer la cabeza en las ramas secas.

Ante aquel precioso animal al que había matado por su locura, Ricord pudo por fin llorar, y lloró mucho rato, con la

cabeza hundida en el largo cuello nervudo del caballo.

Durante dos días Ricord erró por la montaña, y el tercer día divisó un pueblo fortificado en lo alto de un peñasco y subió a pedir pan. Cuando volvió a casa, al cabo de tres semanas de ausencia, sus hijos no le reconocieron; por cuánto había adelgazado y cuán ojeroso estaba, con los ojos ardientes por la fiebre.

—Vamos —le dijo Arsen—, tus primos me han contado lo ocurrido, y si te toman por loco es que ellos mismos no tienen muy buen juicio. Dios fue quien te habló aquel día.

—No sé si fue Dios, vida mía, pero

ahora ya no hallo reposo. Durante treinta años mi corazón ha dormido en la ignorancia, y el despertar es tan duro que hubiera preferido la muerte. Te diré algo que no te gustará: nunca, ni por ti ni por nadie, he sentido el amor que me abraza el corazón por ese hermano mío que torturaron el otro día, y por quienes son como él. Las bestias se comen entre sí, pero el hombre es peor, ya que el mal que alberga no tiene límites ni nombre. Y tu rostro me parece menos bello desde que sé lo que se le puede hacer al rostro de un hombre. Si soporto todavía la vida, es porque siento que mi propia muerte será parecida, si no más dura.

Pues es tan grande la fuerza del mal en este mundo que el hombre que aspira a encontrar el bien en él es un traidor a sus hermanos y a Dios.

—Lo que me dices es duro —replicó Arsen—, ¿Por qué amas más que a mí a un malhechor que ha matado a inocentes? ¿Y por qué quieres tú, que eres inocente, morir como un criminal?

—Hermana, no hay inocentes ni criminales ante Dios, sino sólo almas perdidas. Y no me preocupo por mi alma, pues ahora me supone una carga; ¿qué importa que se salve, si hay otras que se pierden? ¿Te gustaría comer a la mesa del rey, sabiendo que tus hijos se

mueren de hambre?

—Ten confianza en Dios, Ricord. Él dijo: «No perdería a uno solo de los que me ha dado el Padre. Sólo los hijos de perdición se perderán». ¿Quién sabe si ese hombre que viste no era uno de ellos?

—Si lo fuera, Arsen, mi corazón no hubiese ardido como lo hizo. ¿Por qué crees que crucificaron al ladrón bueno? Por robos y asesinatos. Pero a él se le apareció Jesús, clavado en una cruz semejante a la suya; y el hermano que vi el otro día no tenía a su lado más que un sacerdote cómplice de los verdugos.

—¿Sería acaso posible, Ricord —

preguntó la joven—, que todos los ladrones tuvieran en el momento de su muerte a Jesús clavado en la cruz junto a ellos? Ha aparecido en el mundo una sola vez.

—Vino para encender el fuego en la tierra. Y ese fuego me quema las entrañas de tal forma que mi sed nunca se saciará. Pues soy un hombre ignorante; y por mucho que me dejara arrancar la piel pulgada a pulgada, nada aprendería que disminuyese la angustia de uno solo de mis hermanos. Y como no lo habría aprendido, no podría vivir.

A partir de aquel día Ricord

renunció al oficio de las armas, no se dejó ver por ciudades y castillos con el fin de evitar las tentaciones de la cólera, pues su corazón ardía de cólera contra quienes tienen el poder de hacer el mal. Al llegar la primavera fue a consultar al venerable Guillaume, que era obispo de Carcasona por la Iglesia de los herejes. Se quedó en su casa diez días, ayunando y rezando, y luego el obispo le concedió audiencia. Monseñor Guillaume le aconsejó que viviera según las leyes del siglo hasta la mayoría de edad de sus hijos, a fin de probar su fidelidad primero en las pequeñas cosas, como está escrito en el Evangelio.

Para Ricord, aquello fue un profundo sufrimiento.

—Quien tolera el mal sin decir nada, ¿no es más culpable que los propios criminales, que actúan por ignorancia?

—Una mujer pone un puñado de levadura por tres medidas de harina — contestò el obispo—, ¿mete el pan a cocer enseguida, a continuación? Si lo hiciera, nadie querría comer su pan. ¿Qué son diez o veinte años para Dios?

—Si observo las leyes creadas por Satanás, ¿acaso no soy también yo esclavo de Satanás? —dijo Ricord.

—Hijo, todos le servimos, a cada bocanada de aire que respiramos, puesto

que nuestro cuerpo es obra suya. Resígnate, todavía te queda mucho dinero que gastarte con las prostitutas, que se llaman cólera, impaciencia, ignorancia y presunción. Cuando tu miseria y el hambre de bienes espirituales te carcoman hasta la médula, sólo entonces tendrás verdadero deseo de volverte hacia el Padre.

Ricord aún no tenía hambre de bienes espirituales. Le devoraba otra hambre: un hambre de piedad por los miserables que sus ojos desengañados le mostraban a cada paso. Al regreso de Carcasona dio su caballo a un mendigo cojo, la capa a una anciana medio

desnuda, los zapatos a un muchacho con los pies llenos de llagas. Sabía que aquello no era nada, se sentía como un hombre que ve cómo las nubes de avispas y de mosquitos devoran vivo a su amigo y que logra matar a uno o dos insectos... Los demás seguían allí, bullendo sobre el cuerpo ajusticiado. E, impotente de rabia, Ricord cayó sobre las piedras del camino y lloró. Pensó en los niños torturados por los bandidos, en las mujeres violadas, en los ancianos a quienes sus hijos dejan morir de hambre, en los campesinos colgados por cazar furtivamente, en los leprosos, en los mutilados. La miseria del cuerpo

desfigura el alma y la aleja tanto de Dios que corre el riesgo de no volver a encontrarlo nunca.

Volvió a casa y su mujer no le preguntó dónde ni cómo había perdido su segundo caballo. Al enterarse de la decisión del obispo, lloró con él.

—Ya que es así, vida mía, comprometámonos uno con el otro a dedicarnos al servicio de Dios desde el mismo día en que Gentiane se case, y vivamos a partir de hoy como hermanos, sin preocuparnos por nuestros bienes más que en lo necesario para que nuestros hijos no mueran de hambre.

—¿Y qué importa, Arsen, que

nuestra vida sea buena a los ojos del mundo? —dijo el hombre con amargura—. Bebamos y divirtámonos; ni uno solo de los niños que se mueren de hambre en este momento sobre el estiércol sentirán aflicción ni consuelo por ello. ¿Por qué no he de saquear las abadías e iglesias donde se acumulan tanto oro, piedras preciosas y hermosas telas, y trigo y vino, que bastarían para alimentar a todos los pobres del país durante cincuenta años? ¿Por qué no he de matar con mis propias manos a los embusteros que privan al pobre de la semejanza de Dios al venderles la salvación a cambio de dinero?

—Ricord, las fuerzas del mal son de todas formas dueñas del mundo. Jesucristo no dijo: «Matad y saquead», sino «un samaritano que pasaba por allí vio al herido».

—Él vio uno y yo veo millares. Me parece que mi ojo penetra las murallas, ve a veinte leguas de distancia. Me parece que mato a todos aquéllos a quienes no socorro; ni más ni menos que si viera matar a nuestros hijos sin mover un dedo por defenderlos.

—Vida mía —dijo Arsen, prorrumpiendo en sollozos—, veo que ya no sientes ningún amor por mí.

Era tanta la tristeza de Ricord que

creía no sentir amor, en efecto, sino únicamente compasión por aquella mujer joven y guapa a quien condenaba a una vida tan austera. Sin embargo, el tiempo pasó: seis meses, luego un año, y Ricord volvió a su lugar en el lecho de su mujer, pues todavía era joven y no conseguía ahuyentar al demonio de su sangre. Una oscura noche de verano, acudió a su encuentro al granero donde ella dormía entonces, y buscó el camino hacia el jergón, pisando los montones de espliego seco, la lana cardada y las telas teñidas; el olor de las hierbas era fuerte como un vino picante. Arsen le recibió con tal gozo que fue como si diez soles

iluminaran la noche para ellos.

—¡Que nuestro pecado le sea imputado a quien sedujo a los ángeles! Amor mío, agotémoslo hasta consumirnos, pues nuestro amor es ciertamente tan fuerte como el viento del sur y las mareas. ¿Quién puede luchar? Dejemos que pase sobre nosotros sin lamentarnos.

—Arsen, quisiera que esta noche no acabase jamás, ya que mañana nos encontraremos como éramos ayer, y a partir de ahora tendremos dos almas y dos deseos que combatirán incesantemente. ¿Se puede aspirar a dos bienes contrarios entre sí? Y sin

embargo mi corazón los desea ambos con igual fuerza.

—Llegará el día en que ya no me desees.

—¡Que no llegue jamás ese día! Ese día, aunque viva, estaré muerto.

—Que llegue ese día, Ricord. Nada podrá separarnos.

Durante diez años siguieron viviendo como marido y mujer, y se consumían en un trabajo más duro que el de los campesinos, pues tenían pesadas cargas y trataban de vivir cristianamente. La tierra les pertenecía, pero no tomaban de las aceitunas ni del

centeno ni de la lana de sus ovejas más que lo necesario para vivir, y aun así con frecuencia los daban, porque siempre se encontraba gente que lo pidiera. Por necesidad como por caridad cristiana, Ricord se enganchaba a veces al arado para ayudar a un campesino enfermo, y cuando era época recogía las aceitunas y metía él mismo la mano en el lagar.

Los muchachos crecían salvajes como lobatos, y el padre dedicaba la mitad de su tiempo a enseñarles a tirar con el arco, a manejar la lanza, y montaban por turnos el único caballo de la cuadra. No es que Ricord quisiera

enseñarles el oficio de las armas, pero no conocía otro, y algún día los niños tendrían que ganarse la vida. El año que el menor de los cuatro cumplió quince, Ricord vendió por dinero su vino y las aceitunas de la temporada, pidió prestados cincuenta sueldos a su hermano y compró cuatro caballos. Después de aquello, los muchachos miraron a su padre como si fuera Jesucristo en persona. No eran chicos ingratos; todo don de sus padres era para ellos como un regalo de rey, no estaban acostumbrados.

Sin embargo, a Gentiane, la más joven de los cinco y la única niña, los

padres la trataban, sin poder evitarlo, como si se lo debieran todo. Arsen perdió, en su primera infancia, los cuatro hijos que tuvo después de la conversión de su marido. Trabajaba tan duramente que los niños venían al mundo pequeños y enclenques, y a ella le faltaba leche. La ternura por esos seres perdidos tan temprano se volcaba en Gentiane; además, pensaba sin cesar: «El día de su boda será el de nuestra separación». A causa de ello, quería a la niña más todavía. Cuando cumplió doce años, Arsen se la llevó consigo al granero de lo alto de la torre, y Ricord no volvió a acudir al lecho en el que en

adelante su sitio estaría ocupado.

Desde aquel día, su pasión por la caza creció hasta convertirse en una obsesión. No se cansaba de decirse que toda aquella caza servía para alimentar a quienes no podían procurarse solos pan o carne, que no cazaba por placer. El buen hombre que le aconsejaba le decía:

—Nos purificamos gradualmente; es mejor no matar nunca, pero más vale matar animales que a hombres, más vale cazar que darse al comercio carnal. Así, sustituyes un pecado mayor por otro menor.

El anciano no sabía qué angustias y

qué placeres puede sentir un hombre al acorralar una presa, al disparar, al degollar a un animal jadeante. En realidad, Ricord a veces sentía compasión por las bestias, y en alguna ocasión había llevado a casa un cervatillo herido o un osezo cuya madre acababa de matar. Su corazón estaba herido para siempre por la piedad, aunque no sabía separarla del gusto por la sangre y, en algunos momentos, se sentía como un hombre perdido, tan confusa era su vida hecha de plegaria, de renuncia y de placeres salvajes que eran los únicos que le devolvían a sí mismo.

Arsen le había adelantado por el buen camino, leía mucho y meditaba sobre las Santas Escrituras mientras hilaba o pelaba las verduras. A menudo hablaban de ello.

—Mujer, ¿por qué no seguí al maestro el día que se me apareció en el más desheredado de sus hermanos? Nuestro obispo, como los de la Babilonia romana, escucha la voz de la sabiduría del mundo. Tengo más de cuarenta años, y los vínculos que me unen a los bienes carnales son más fuertes que antes.

—¿Acaso confiarías más en un hombre como tú que en otro nacido del

espíritu y elegido por la Iglesia? Te mandó a casa porque todavía no habías saciado tu sed de pecado. El día que él designó, entrarás en la Iglesia, y tu obediencia se tendrá en cuenta.

—No sé si llegará ese día, Arsen. Puede que muera antes, puede que me esperen otros padecimientos. Una voz me dice: «Has matado animales indefensos, un día te llevarán a matar a hombres».

—¡Dios te guarde de ello! — exclamó Arsen—. ¡Dios te guarde, no digas eso, es una tentación! Tu edad avanza, y se acerca el día en que nada más deberemos a este mundo. Eres un

hombre libre, nadie puede obligarte a luchar.

Arsen pensaba a menudo en la parábola de la perla. Ella había encontrado aquella perla de gran valor sin saber cómo, una noche de invierno que, tras velar a una enferma, subía el sendero que llevaba a casa. Los gemidos de la mujer seguían resonando en sus oídos, estaba cansada y tenía frío, y pensaba en el fuego que ardía en la chimenea.

Al límite de sus fuerzas, se sentó sobre un pedrusco y pensó: «No avanzaré más, aunque me muera de

frío». El viento helado la abofeteaba, intentaba arrancarle la capa. Se echó a llorar. Luego le pareció que ya no sentía su cuerpo. Había alguien allí, a su lado, alguien tan grande que ella habría podido apoyarse en su mano para franquear el precipicio que la separaba del otro lado del valle. Sin ver nada delante de sí más que las copas de algunos abetos y la niebla gris, se sentía en presencia de una belleza tal que ni los rostros de sus hijos ni la luz del sol sobre la nieve de la montaña podían dar idea de ella. Entendía que el dolor no podía alcanzar aquella belleza, que el mal estaba fuera, en otro mundo.

Se levantó y echó a andar hasta la puerta de su casa, y era tan feliz que no podía pensar en nada. Cruzó el patio, sus dos perros saltaban a su alrededor y le lamían las manos y la cara; les sonrió. No era capaz de guardarse su felicidad para ella sola. En la sala había tres pobres, dos castellanos vecinos y Gentiane. Todos la miraron como si vieran una aparición, por la palidez de su rostro y la luz que había en sus ojos; ella no sabía nada. Sirvió la cena, habló, pero le parecía que sus palabras salían de una boca ajena.

Por la noche, en su alcoba, no pudo explicar nada a su hija; se quedó mucho

rato delante de la lámpara de aceite, contemplando la piedra gris de la pared. El semblante del Amado estaba trazado allí, sin forma, sin color, pues en realidad no era más que piedra gris. Pero ella lo veía, y sabía que Él ya no la olvidaría.

Desde aquel día, la ternura que sentía por su marido y sus hijos se hizo más dolorosa y más ferviente; como si hubiera descubierto que estaban hechos de una materia tan efímera como los pétalos de las flores. La belleza que intuyó con el corazón era sólida como un bloque de mármol tan grande como el cielo; ¡las cosas terrestres eran todas tan

débiles a su lado! «Y el viento pasa por encima y las huellas ya no se encuentran...». Ahora esperaba el día del gran retiro, sin ver en ello renuncia ni júbilo; sabía que debía llegar como el árbol ha de traer su fruto, ¿es ese esfuerzo doloroso para un árbol, o gozoso? ¿Quién lo sabrá nunca? El fruto ha de venir. ¿Por qué? Corresponde decirlo a quien lo ha creado.

Y sin embargo el dolor de dejar a los seres queridos es profundo y da miedo como la muerte, y con frecuencia a Arsen se le encogía el corazón.

La casa parecía vacía sin Gentiane.

Los dos esposos se sentaron a la mesa con sus criados, que desde hacía tiempo eran compañeros de trabajo, y algunos huéspedes de paso. La anciana sirvienta llevó el vino, el pan y la sopa de habas, y Ricord cortó el pan con su gran cuchillo y dejó una rebanada aparte, para su hija ausente. Nunca había entendido cuánto la quería; volvía incesantemente los ojos hacia la puerta, como si esperara verla entrar, con sus mechadas despeinadas y las mejillas enrojecidas por el viento.

Su vecino y pariente, Isarn de Cadéjac, le dijo:

—No estéis triste; ya se sabe cómo

es el deseo de una joven. Dentro de diez meses, volverá, y la próxima primavera la casaréis.

—¡Ay! —exclamó Ricord, sacudiendo su cabeza, enjuta y morena —, ¡Dios lo quiera!

Aquellas palabras se le escaparon como un grito de sufrimiento; no hubiera querido pronunciarlas, le parecían impías.

Charlaron. Hablaron de las cruzadas que se preparaba en el norte. Hacía tiempo que sabían lo grandes que son la insolencia de los emisarios del papa y su orgullo insaciable; ya estaban acostumbrados. Sin embargo, el papa

que residía en Roma desde hacía diez años era una evidente encarnación del espíritu del Mal, y su fuerza era temible. Había seducido a príncipes y barones con mentiras para que se lanzaran contra la Iglesia de Dios. Había predicado tanto y escrito tantas cartas que Felipe, el rey de Francia, permitió a sus vasallos que tomaran la cruz contra sus iguales; como primo hermano del conde de Tolosa, no supo impedir semejante villanía.

—Amigos, este papa es realmente fuerte. Levanta ejércitos a los que no paga prometiéndoles bienes que no le pertenecen. ¿Acaso la locura de los

católicos no es grande, al seguir obedeciendo a un papa que empuja a las almas a la perdición al declarar que el asesinato es una obra pía?

—Hay católicos —dijo Isarn de Cadéjac— que son como los obreros que tienen un mal amo: si aman su oficio, piden a Dios que el amo sea sustituido por otro y continúan su trabajo. No están más locos que otros; les han educado en esa fe.

—De todas formas —replicó Ricord—, no hay que tener la cabeza muy bien puesta para cometer asesinatos por amor a la fe.

—Es que las gentes del norte —

repuso Pierre de Frémiac— son crédulas y fáciles de manejar, están llenas de todo tipo de supersticiones. Les gusta tanto la guerra que quien mata mayor número de paganos en Tierra Santa se considera el mejor cristiano.

—¡Ah, ellos sí que son paganos! — exclamó Arsen—, ¿qué se les puede pedir? La voluntad de la carne es la que les guía, el orgullo y el gusto por el botín. Muchos hombres que no son del norte ni católicos hacen lo mismo. Es una desgracia tanto para ellos como para nosotros.

—Os atormentáis porque nuestros hijos son mayores —dijo Ricord—.

¿Tan fuertes los creéis? Sólo vienen por cuarenta días. ¿Qué gran ciudad se puede tomar en cuarenta días? Carcasona y Béziers tienen víveres para seis meses y buenas guarniciones.

—Las ciudades resistirán bien — declaró Isarn—, pero en los campos habrá miseria; si realmente traen diez mil hombres, como dicen, los estragos serán terribles, se perderá tanto en ganado, viñas y cosechas que los pueblos de allende los montes quedarán empobrecidos durante tres años.

—Las guerras son como el granizo y la peste —manifestó Arsen—, Hay que dejarlos pasar. ¡Ojalá no induzcan a

demasiadas almas a la tentación!

Aquella noche, Ricord y Arsen hablaron mucho rato sobre la decisión que deberían tomar.

—Si la niña cambia de idea algún día o no la consideran suficientemente fuerte, ¿volverá aquí para quedarse a cargo de su hermano mayor? Sicart es buen chico, pero es demasiado joven para guiarla, sobre todo después de un sufrimiento semejante.

—Vida mía —dijo Ricord—, daría mucho porque te quedaras todavía a mi lado, pero haz lo que tu corazón desee. Yo, por si nos vuelven a mandar a la

niña, quiero permanecer en casa y esperar que se confirme en su vocación.

—Ay, Ricord, sabes muy bien que lo que temo son los ardides de la carne que retrocede ante el sacrificio; temo dejarte tanto como un viajero que parte por mar teme dejar su tierra natal. No renunciaré al mundo si tú no lo haces al mismo tiempo que yo, no daré ni un solo paso hacia Dios sin ti.

Ambos decidieron aguardar al final del tiempo de probación de su hija. Ninguno de ellos podía creerse que Gentiane hubiera dejado el mundo para siempre.

III. LOS QUEMADOS

En el convento de las buenas damas de Foix, Gentiane aprendía a leer las Escrituras según la regla y a interpretarlas según la tradición de la Iglesia. Sobre todo aprendía a endurecerse de alma y cuerpo para ser un día digna de soportar las pruebas de la vida cristiana. Durante el día, tenía que barrer las habitaciones, frotar el embaldosado, lavar las escudillas; por la noche, meditar y rezar. Si se dormía, la mandaban de nuevo al dormitorio

común, lo cual era una humillación tan cruel que la joven no volvía a encontrar placer en el sueño. Si mostraba indicios de tener hambre le daban pan; condenada así a reconocer públicamente su debilidad, ella cogía el pan con horror.

Después de dos meses de aquella vida, doña Adalays la hizo acudir ante ella y le dijo:

—Os hemos observado mucho: sois orgullosa, indócil y obstinada. Más os valdría regresar a casa de vuestros padres.

Sus compañeras habían advertido a Gentiane que decían lo mismo a todas

las muchachas durante los primeros tiempos de probación. Ella contestó:

—Señora, preferiría quedarme toda la vida empleada en limpiar las letrinas y barrer el patio.

—¿Tanto odio tenéis a vuestros padres? —preguntó la mujer—. ¿Queréis que crea que son personas impías y perversas?

—¡Ay, no os burléis, señora, tened piedad de mí! Tengo un deseo tan grande de la vida verdadera que hasta mis padres, con todo lo buenos y justos que son, no representan para mí nada más que sombras. ¡Pedidle a Dios que me ayude a superar los vicios de mi

naturaleza!

La anciana consintió en cuidarla, sin prometerle nada para el porvenir, únicamente, decía, porque Gentiane había entrado en la casa con la aprobación de monseñor Raymond de Ribeyre. En realidad, consideraba a la joven capaz de convertirse en una excelente cristiana.

Hacia el final de mayo, Raymond de Ribeyre pasó de nuevo por Foix y fue a predicar al convento de mujeres. Gentiane se sorprendió al ver cuánto había cambiado en unos meses: no había envejecido, pero sus rasgos se habían afilado, los ojos agrandado y tenía el

rostro más transparente que nunca. Habló mucho rato a las muchachas del inmenso e irremplazable tesoro de la virginidad del alma y del cuerpo, fuente de toda fuerza y de toda virtud. Con sólo mirarle, se le podía creer. Su propia fuerza no se parecía a la de los demás hombres, aunque fueran grandes predicadores o cristianos probados en espíritu. De su cuerpo intacto emanaba esa paz que se percibe en los ojos de los niños pequeños.

—El hombre o la mujer —decía— que ni en acto ni en pensamiento ha faltado nunca a la castidad, ya tiene medio triunfo sobre Satanás y ha vuelto

inoperante la obra de muerte para la cual se creó nuestro cuerpo. Queridas hijas, glorias distintas han sido prometidas a diversos elegidos, a cada uno según los dones que ha recibido y ha hecho fructificar. No obstante, ninguna es más bella ni más envidiable que la prometida a los ciento cuarenta y cuatro mil: sólo ellos sabrán cantar el Nuevo Cántico ante el cordero; y nadie aparte de ellos aprenderá jamás ese cántico celeste, tal como dice el Evangelio de San Juan.

»¡Cuánto hemos de meditar, queridas mías, sobre la grandeza de este don que, una vez perdido, nos priva para toda la

eternidad de una ciencia única, del conocimiento del Nuevo Cántico! Pues aun cuando seamos investidos por el don de profecía y el don de lenguas, por el don de la predicación y el de la fe que mueve montañas, nada de ello nos hará capaces de aprender el Cántico, ni de seguir al cordero por dondequiera que vaya.

»Al crear nuestro cuerpo del limo de la tierra, Satanás no concluyó su obra; el alma sufre la ley del espíritu malvado a la manera de un prisionero, no de un cómplice. Si bien la voluntad de la carne la empuja constantemente hacia el mal, es libre mientras el cuerpo no selle

el pacto con su creador al cumplir la obra de muerte que lo rebaja al rango de los animales. Sin embargo, no creáis, queridas mías, que la pureza del cuerpo es en sí misma una buena obra: no es más que la señal visible de la verdadera pureza. Es necesaria, pero no suficiente, pues nuestros pensamientos también son carne, y su poder es tal que basta una mirada para cometer adulterio, y los pensamientos nos mancillan más que el contacto carnal, tal como dicen las Escrituras. Sed semejantes a los aprendices de un oficio. No saben si llegarán a maestros, sólo saben que están seguros de no llegar jamás si no

hacen el trabajo como se debe.

Gentiane escuchaba y se interrogaba de buena fe, pero no logró descubrir en su corazón ningún pensamiento impuro. «Dios —pensaba—, ¡ojalá pueda conservar así mi libertad toda la vida! Aunque para ello tenga que desfigurarme, afeitarme la cabeza... No dejaré esta casa mientras no reciba el bautismo del espíritu». Raymond de Ribeyre la reconoció y le sonrió. Le preguntó si no añoraba demasiado a sus padres.

—Monseñor, no doy ningún valor a los afectos carnales.

Él contestó con benignidad:

—Es propio de vuestra edad.

Y ella creyó percibir una sombra de reproche en su voz.

—Hermano —dijo Aicart a su compañero—, ¿creéis que esta joven se convertirá algún día en una buena cristiana?

—Una niña —declaró Raymond—, Al fin y al cabo, ¿no recibimos la llamada nosotros también durante la niñez?

Durante la niñez... Aicart hizo sus estudios en el seminario herético de Carcasona, como sus hermanos, como la mayoría de sus compañeros de juegos. A los quince años anunció a sus padres

que quería entregarse a Dios; su madre, con la ligereza propia de las mujeres, ya esperaba verle obispo, o cuando menos diácono. Él no supo renunciar, y dejó de formar parte de los ciento cuarenta y cuatro mil de los que acababa de hablar el maestro en su sermón; pero la gracia de Dios había sido más fuerte.

En el grupo, tan agradable a la vista, de las jóvenes postulantes en hábito gris y toquilla clara, Gentiane destacaba por su altura y por su esbeltez de muchacho. Aicart la seguía con mirada pensativa, diciéndose que la naturaleza modela a veces criaturas que dan una idea de lo que deberían de ser los ángeles si

tuvieran un cuerpo visible: despojados de las apariencias del sexo, débiles, duros y orgullosos. Tal vez aquella virgen estuviera destinada a brillar entre sus hermanas como el diamante entre las perlas de la corona.

—En realidad —manifestó Raymond al salir del convento—, las mujeres tienen una ventaja sobre nosotros, amigo mío: Dios les ahorra la tentación de dedicarse al oficio de matador. ¡Cuántos jóvenes he visto en el seminario de esta ciudad dispuestos a abandonar el servicio a Dios, impulsados por una falsa idea del honor!

—La guerra no llegará nunca a su

país —repuso Aicart—. ¿Qué harían los franceses en esta tierra pobre y difícil de tomar? ¿Acaso no sabemos que esas gentes están más hambrientas de botín que de indulgencias?

—¡Quiera Dios que les puedan desarmar a precio de oro! —dijo Raymond—. Pues su ejército ya se prepara para ponerse en camino, y si el conde de Tolosa cree poder detenerlos con promesas, se equivoca completamente; ya podéis ofrecerle todos vuestros bienes al soldado, que siempre creerá que por la fuerza puede obtener más.

En la ciudad se hablaba del ejército cruzado. Se sabía que era numeroso y lleno de peregrinos civiles; resultaba poco verosímil que pudiera llevar a cabo un largo asedio, en pleno verano. Si el vizconde no conseguía detenerlo antes, se instalaría delante de Béziers y los alrededores de aquella ciudad tendrían que padecer. En el Carcassés, las ciudades y las plazas fuertes estaban tan atestadas de ganado y de refugiados que apenas se podía circular a caballo, por lo cual había que pensar que la gente se tomaba al pie de la letra todas las amenazas de los clérigos.

En la propia Foix, en la plaza de la iglesia, un monje blanco todavía joven y animado por la santa cólera arengaba a la multitud prediciendo innumerables desgracias para los impíos. Raymond y Aicart, con varios hermanos de Foix, se adelantaron por el atrio para escuchar el sermón, pues el hombre era un predicador célebre que ya había causado en Carcasona dos o tres conversiones bastante lamentables.

—Estoy entre vosotros —decía—, como el profeta Elías en medio de los idólatras y de los sacerdotes de Baal: ¡solo, es verdad, pero fortalecido por el apoyo del Señor todopoderoso! —(No

estaba solo: el convento de los hermanos blancos de la ciudad era rico y gozaba de respeto. Con todo, necesitaba valor para hablar como lo hacía)—. Para castigar la incredulidad del faraón, el Señor envió antaño las diez plagas de Egipto, y el país de los enemigos del Dios verdadero quedó inmerso en la desolación. Para castigar las abominaciones de Jezabel, el Señor envió la sequía a Israel, ¡y los sacerdotes de Baal ofrecieron sacrificios en vano! Ved aquí, hermanos, a estos sacerdotes de Baal con el alma más negra que sus hábitos, que me escuchan con arrogancia, pero con el

corazón tembloroso. ¿Tendrán sus falsas oraciones el poder de desviar de nuestra tierra la tempestad a punto de desatarse, el ímpetu de las aguas, las trompetas del juicio de Dios? ¡La milicia santa de los guerreros de Cristo, protegidos por la cruz del Salvador, portadores de espadas resplandecientes, ebrios de cólera divina, avanzan en este momento a lo largo del Ródano, y sus banderas se extienden sobre diez leguas y sus barcas cubren el río!

»Vosotros, ciegos desventurados que habéis puesto la confianza en estos falsos apóstoles, en esos abastecedores del infierno, vedlos, miradlos: ¿acaso

esperáis socorro de sus débiles manos, llenas de bendiciones ilusorias? Ya puede la impía Jezabel —(Hablabá, sin atreverse a nombrarla, de la hermana del conde de Foix)— prometerles su apoyo y repartir su fortuna; son hábiles en apoderarse de oro y plata, pero hace seis meses, hace un año que suplican a su maestro, me refiero a Satanás, que enturbie los espíritus de los cristianos y siembre la discordia en el campo de los cruzados, y ¿qué han obtenido? El ejército de Cristo se ha reunido, se ha preparado para el combate en la oración, y ahora avanza, como una inmensa columna de fuego, como las

olas del diluvio, ¡dispuesto a abreviar la tierra que reniega de Dios con el vino de la cólera divina!

»¡Oh, santa embriaguez, embriaguez terrible, oh vino de la cólera, oh ríos de sangre que vais a inundar las calles y las plazas, a teñir de rojo el agua de los torrentes! Vosotros decís: el azote no nos tocará, nosotros estamos al abrigo... ¡Insensatos! ¿Cuántos de vosotros tenéis parientes y amigos en las provincias amenazadas? ¡Insensatos! El fuego celestial, una vez encendido, se propagará; ¡las mentiras y los falsos juramentos de vuestros condes y barones no os protegerán!

»¡Que los sacerdotes de Baal os digan si tienen el poder de desviar de vosotros esta plaga! Veis, yo levanto las manos al cielo... sin temor, Señor, con humildad, con confianza, con certidumbre... El fuego celestial ya está encendido, se acerca, listo para abrazar a los falsos profetas. Miradlos —el predicador señalaba con la mano al grupo de hombres de negro, que escuchaban impasibles y desdeñosos—, ¡miradlos, incrédulos! ¡Ya veo la llama que devorará su carne consagrada a Satanás, sobre sus cabezas, rodeando sus cuerpos, penetrando en sus entrañas! No escapará ni uno, lo reclamo sobre

ellos, lo invoco, los condeno al abrazo eterno, por el poder del Espíritu Santo, con el cual me invistieron, indigno de mí, el día de mi ordenación. Sí, me invistieron realmente, de verdad, ungido y consagrado, por voluntad de la Santa Iglesia, la única iglesia verdadera, la iglesia de los apóstoles, de los confesores y los mártires, Esposa de Cristo y cuerpo místico de Jesús.

»Impostores y seductores, raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira celestial? Ahí estáis, ante mí, mudos y temblorosos, sin levantar la voz. Ahí estáis, mansos y temerosos de pronto, más humildes que palomas,

diciendo: "¿Acaso hacen la guerra a hombres como nosotros?", ¡mientras que no hace mucho tiempo vuestras blasfemias, vuestros sacrilegios y vuestras palabras violentas ponían el país en fuego y sangre y provocaban el escándalo entre vuestros propios fieles! ¡Cómo podéis incitar a la gente a hacer pedazos las santas cruces de Dios y a mancillar los altares de las iglesias con sus excrementos!

Guillaume de Ventenac, uno de los diáconos de la tierra de Ariége, avanzó hacia el monje y se quejó de que no resulta fácil hablar cuando a uno no le dejan meter baza.

—Pero por lo demás —añadió—, no nos costaría refutar las numerosas herejías y falsedades que llenan vuestro discurso del principio al fin. El dios que invocáis no es el verdadero Dios, el padre de los buenos espíritus, sino un dios perverso, sediento de sangre y de asesinatos; ¡y es una horrible blasfemia decir que Nuestro Señor Jesucristo ha adorado jamás a ese dios!

—¡Para seducir al pueblo —gritó el monje— os servís del santísimo nombre de Nuestro Señor Jesucristo como de un hábito robado! En realidad, lo adoráis con las palabras, pero vuestro verdadero maestro es Manés. ¡Pues no

encontraréis ni un solo pasaje en las Escrituras que diga que Nuestro Señor haya tenido al dios de la antigua ley por un demonio!

—Vuestras palabras os juzgan — dijo Guillaume—; muestran claramente que no servís al dios de caridad. El pueblo que nos escucha es testigo de ello. ¿Acaso es decente atribuir al Padre celestial sentimientos tan viles como la cólera, y hablar de su embriaguez? ¿Acaso era el profeta Elías, a quien os comparáis, mejor que un verdugo, tras matar con su propia mano a cuatrocientos cincuenta sacerdotes del Baal? Dios, que no desea la muerte de

nadie, ¿puede complacerse ante los ríos de sangre de que nos habláis? ¿Qué es el fuego celestial que nos prometéis a nosotros, si no un simple fuego de leña y maderos, encendido por pecadores que se regocijan ante los sufrimientos de sus semejantes?

—Con esos razonamientos —arguyó el monje con desdén— es fácil engañar al pueblo; os habéis hecho los maestros de la Providencia y de las voluntades de Dios. Os burláis y blasfemáis sobre los divinos misterios, simplificáis tanto los secretos del amor divino que los pregonáis a la menor ocasión. Sin embargo, no decís palabra a vuestros

fieles de vuestros propios misterios, os los guardáis para vosotros solos; ¡y os hallaríais en un aprieto si tuvierais que explicarnos cómo una sola alma puede emplear diversos cuerpos, y dónde se encuentran los espíritus celestes que hacéis descender sobre los elegidos de vuestra Iglesia por imposición de las manos, y cuál era la naturaleza del cuerpo aparente de Nuestro Señor, y cómo tuvo Dios dos hijos y Satán dos hijas!

—Escuchadme, Pierre Bernard — solicitó Aicart aproximándose al hombre blanco—, ahora no es momento de abordar tan altas materias. Me parece

que vos nos habláis del ejército que llamáis de Cristo y que se acerca para reducir a sangre y fuego esta tierra que es la vuestra. A nosotros, a quienes llamáis los sacerdotes del Baal, nos reprocháis el no haber sabido detener esta plaga con nuestros rezos. No obstante, ¿por qué no decís a estas gentes que nos escuchan que, con vuestros rezos, en cambio, habéis invocado a ese ejército, con las intrigas de vuestros obispos, con las cartas de vuestro papa, con las prédicas de vuestros monjes y las falsas promesas de perdón? Me parece, por tanto, que no es a nosotros, sino a vosotros a quien

debería acusar el pueblo.

—Cuando un médico amputa un brazo gangrenado, no hay que acusarlo a él, sino a la gangrena.

—Si habláis de gangrena, ¿qué buscáis, tan lejos? —dijo Aicart. A pesar de toda su buena voluntad, ya no lograba dominar su disgusto—. Mientras vuestros obispos pasan el tiempo cazando y vendiendo las cargas al mejor postor; mientras los abades hacen trabajar al pobre sin pagarle y le quitan su tierra; mientras vuestros sacerdotes viven con mujeres, se embriagan de vino y no pronuncian un sermón al año, ¿osáis tratarnos a nosotros de miembros

gangrenados?

—¿Hasta cuándo, señor —exclamó el monje, llevándose las manos a la frente—, tendremos que soportar los ultrajes de los impíos? ¡Tomad, arrancadme el hábito, lapidadme como vuestros semejantes hicieron con el bienaventurado san Esteban! Estoy dispuesto al sacrificio. Señor, aquí tienes a tu amada Esposa que yace en el suelo abucheada, burlada, herida, con las vestiduras a jirones y sangrando por mil llagas, ¡como el viajero atacado por los malhechores en el camino entre Jerusalén y Jericó! ¡Señor, ved aquí a sus agresores, que la insultan con la

cabeza alta, se ríen de sus sufrimientos, la abruman con los nombres más viles y osan reprocharle miserias de las cuales ellos son la única causa! ¡Tened piedad, Señor, de vuestra Iglesia en esta tierra, burlada y humillada por los fariseos como Cristo en la cruz!

»Falsos profetas, ¿quién, si no vosotros, ha debilitado la fe en Dios en nuestra tierra, ha quitado a los pobres el consuelo de los sacramentos, quién ha desacreditado a nuestros sacerdotes y nuestros obispos con calumnias infames, ha abusado de las almas simples con una falsa sabiduría inspirada por el demonio? Vosotros que les habéis dicho:

"Seréis como dioses, conoceréis el Bien y el Mal...", y habéis puesto a su alcance, para desasosegarlos, secretos que no pueden entender; ¡vosotros que nos habéis tratado de idólatras porque veneramos con humildad las reliquias y las santas imágenes que nos hablan de Dios, mientras hacéis caer a los fieles en una idolatría peor al hacer que os adoren a vosotros mismos! ¡Sabed que no os tememos, pues el purísimo cuerpo de Nuestro Señor, ofrecido e inmolado cada día por los pecados del mundo, es el buen samaritano que salva a nuestra Iglesia de vuestros ataques y la hará triunfar por los siglos de los siglos!

—¿Y por qué necesitáis, entonces —
intervino Aicart—, llamar en vuestra
ayuda a los ejércitos del norte? ¿Son
también los cruzados de los que habláis
buenos samaritanos? ¿Acaso es nuestra
sangre, de la que parecen tan sedientos,
ese aceite y ese vino que precisáis para
curar vuestras llagas? ¿Nos acusáis a
nosotros de los desórdenes de vuestra
Iglesia? Dios sabe que nunca hemos
impuesto nuestra fe por la fuerza de las
armas, ni corrompido las almas con
dinero y honores; ¡si muchos fieles nos
han creído, es porque vuestra Iglesia
hablaba en contra de ella misma y nos
daba la razón! Y vos, Pierre Bernard, lo

sabéis tan bien que hace poco no osabais dejaros ver por las calles de Carcasona en hábito de clérigo y sin sombrero. ¿Es que cuando vos hicisteis profesión en el convento de los hermanos cistercienses vuestra Iglesia se volvió de pronto santa y pura?

—Ciertamente —exclamó el monje, cruzando los brazos—, ¡cómo se puede juzgar entre nosotros a quien no juzgó a la adúltera! Quien esté sin pecado que tire la primera piedra. No pretendemos estar sin pecado, y vosotros tenéis el orgullo de consideraros sin pecado; con ello engañáis a las almas crédulas, ¡y ya sabemos a qué atenernos en cuanto a

vuestra pretendida pureza! No podéis precisamente vos, Aicart, reprochar a nuestros sacerdotes su lujuria, pues es bien sabido que vos y vuestros iguales os entregáis en secreto entre vosotros al pecado de Sodoma, ¡y ahí reside el misterio de vuestra castidad! Sabemos que vosotros, que llamáis a nuestra Iglesia la madre de las fornicaciones, atraéis a los fieles permitiéndoles vivir en el libertinaje y en los vicios más vergonzosos, ¡pues con ese propósito profesáis el desprecio por el sacramento del matrimonio!

—¡Sólo el espíritu de prostitución que anima a todos los hijos de la gran

Ramera puede inspirar semejantes palabras! —dijo Aicart, retrocediendo un paso—. Alegraos, Pierre Bernard, de que, por respeto a nosotros, las gentes que nos escuchan no os arrojen piedras a la cara.

—Venid —le dijo Raymond, tomándole por la mano—. Dejemos a este desgraciado. ¿Por qué encolerizarse por injurias tan banales?

—¡Ay, hermano! —exclamó Aicart, con los labios aún trémulos y los ojos brillantes—, no es por la injuria en sí; es que a ese hombre lo conocí en mi juventud, nuestros padres son vecinos. ¿Tenía que creer precisamente él esas

infamias que se cuentan sobre nosotros? Hay que pensar que la ribalda pudre profundamente todo lo que toca; el hombre que la sirve sólo puede vivir ya de la mentira. Odian el nombre y la vida de Jesucristo y apenas lo emplean todavía como pantalla para esconder su juego.

—Otro tanto dicen ellos de nosotros —repuso Raymond—, No penséis más en ellos, pues os induce a tentación. Dios me ha concedido la gracia de ver que sus almas, aunque ignorantes y mancilladas por la marca de la bestia, a veces son bellas y capaces de hallar en otra vida el camino de la salvación. Si

uno de vuestros fieles fuera hijo de una prostituta, ¿le aconsejaríais que escupiera al rostro de su madre, que la echara de su casa a patadas? Oremos por que el espíritu de Jehová no se apodere a su vez de nosotros y no nos haga semejantes a la sal que ha perdido su sabor.

Aicart pensaba en el «vino de la cólera de Dios» y en las siete copas derramadas por los ángeles. «¡Señor! Los tiempos todavía no se han cumplido, la siega acaba de empezar. ¡Que la Iglesia de Cristo salga más fuerte que antes de este trance!».

A principios de junio, Sicart fue a ver a sus padres, y aquella visita no se pareció a las anteriores: el joven vestía ropa nueva, tenía los cabellos bien cortados y parecía nervioso. Apenas pudo comer, se reía muy alto y respondía indirectamente a las preguntas. Por la noche, dijo que quería quedarse a solas con su madre.

—He hecho una cosa —explicó— por la que padre podría enfadarse. Habladle por mí. Y cuando digo por mí, hablo también en nombre de mis hermanos, pues ya sabéis que juramos

que jamás nos separaríamos.

—Sabes bien —dijo la madre— que está prohibido jurar.

El joven hizo un gesto de impaciencia.

—No se trata de eso, madre. Mirad, la semana que viene partimos para Carcasona. El barón de Saissac nos ha tomado en su mesnada. Somos mayores.

Parecía encolerizado. Sin embargo, Arsen lo percibió avergonzado y casi temeroso; aquellos muchachos hubieran saltado de un precipicio antes que disgustar a su padre.

—Sicart —le dijo—, ¿has reflexionado? Con esta guerra que se

avecina, la mesnada del barón de Saissac corre el riesgo de ser una de las primeras en la brecha, ya que ese caballero pertenece a la guarnición de Carcasona.

El joven dirigió hacia su madre unos ojos asombrados.

—¡Precisamente, madre! Por eso. No es para ganar dinero.

Arsen se puso muy pálida.

—Sabes muy bien que quien toma la espada fenecerá por la espada. No te han atacado, ¿por qué has de acudir frente al pecado?

—El vizconde necesita hombres — dijo Sicart—. Nuestra tierra depende de

él.

—Pero sabes —replicó Arsen— que ya tu abuelo se desvinculó del servicio de armas cuando repartieron la tierra. El vizconde tiene derechos sobre la tierra, pero nuestros cuerpos no dependen de nadie.

—Es mucho más honroso luchar. Madre, no querréis que los franceses vengan a imponer la ley en nuestra tierra y a decirnos lo que debemos creer o no. Mirad, ya están en camino, y entre ellos los hay que vienen de tierras que están a más de cien leguas de aquí; ¿no hemos de esperarles nosotros, lanza en mano, en nuestro propio país? ¿Tenemos que

dejar que crean que somos más débiles que ellos?

—¿Tanto te preocupa lo que piensen de ti los franceses? —inquirió la madre, con desdén—. ¿Y porque ellos hagan el mal quieres tú imitarles para no ser menos?

—¡Pero si son ellos quienes nos atacan! —replicó el joven, un poco molesto.

Arsen le miró con ternura.

—Eres joven, Sicart. Si tu corazón te dice que tu deber está ahí, sigue la voz de tu corazón. Pero has de saber que si actúas por vanagloria, te sitúas por debajo de los cruzados, que acuden a

luchar por ignorancia.

Sicart bajó los ojos y reflexionó.

—No, nunca estaré por debajo de ellos. Tengo amigos que piensan como yo. Los hombres que se defienden siempre tienen la razón; nosotros no hemos atacado a nadie. Ellos están atacando a hombres de nuestra tierra y de nuestra fe.

Arsen suspiró.

—Hablaré con tu padre. Él es un hombre, os dará la razón.

Sicart no reconocía todos sus motivos; estaba enamorado de una dama cuyo marido era un caballero de Carcassés muy valiente, y Sicart quería

granjearse la estima de ese señor. Además, la dama todavía seguía la antigua religión, iba a misa, y Sicart quería demostrarle que las gentes de la fe herética no eran menos arrojadas que las demás.

Ricord le dejó marchar sin reprocharle nada, pero pesaroso.

—Lástima que tus hermanos no hayan venido contigo —se lamentó—. Aunque, gracias a Dios, esta guerra no será larga; no tendréis que romper muchas lanzas.

SEGUNDA PARTE

Aquella guerra no fue larga, en efecto; sin embargo, fue tal que otras cien guerras, en diez años, no habrían causado tanto duelo, daño ni miedo. En su obra se ve lo que puede la fuerza del demonio cuando se le concede libre curso, pues en realidad aquello no fue una guerra: no se hace la guerra contra la tempestad, contra las langostas, contra las jaurías de perros rabiosos, sino que uno huye si puede, golpea cuando le es posible, todas las

puertas están abiertas a los asesinos de mujeres y niños, todos los privilegios adquiridos por adelantado; al menos tanto tiempo como el horror de la sangre inocente siga fresca, pues puede llegar el tiempo en que nada asombre ya a nadie.

Para gran terror de Béziers, el cielo se volvió negro y el sol color sangre. De Montpellier a Tolosa, de Perpiñán a Foix, la gran ola de estupor aterrador pasó y se retiró lentamente, dejando muchos corazones desolados para siempre. La guerra no había finalizado, empezaba. El ejército enemigo ya no estaba allí. Dejaba en su lugar un

miedo mayor todavía que el odio, y a un nuevo vizconde encargado de llevar aquellas tierras en nombre del papa de Roma.

¿Quién osará ir contra esa bestia? Se alimenta de carne humana, sacia su sed con sangre, donde pone el pie la tierra se pudre, su aliento apesta el aire a cien leguas a la redonda. Pero llega el día en que se darán cuenta de que el enemigo también es un hombre, y de que se le puede matar.

I. PRIMERAS TENTACIONES Y PRIMERAS PROBACIONES

Arsen vivía unos días tristes, sola en casa con su criada, que se había hecho demasiado anciana para trabajar. Los mozos estaban en la vendimia, Ricord en la ciudad, con sus primos y cuñados; de sus hijos tenía pocas noticias, los sabía vivos y retirados en Corbières con su

señor.

Varias veces había acogido a familias de refugiados del norte que cruzaban las montañas para huir a Cataluña.

—¿Llegará la guerra hasta aquí?

—¿Quién sabe, con esta gente? En primavera, volverán a traer un nuevo ejército...

—¿Y qué puede un ejército por desfiladeros de montaña?

Los hombres no decían nada, las damas y doncellas sacudían la cabeza.

—¿Lo que puede hacer! Después de lo que han hecho ya... Tomar una ciudad fortificada en un día y no dejar a una

sola criatura con vida; está claro que el diablo les ayuda.

—¿Qué dice el noble Raymond?

—Está en su retiro, en Laurac; os pide que recéis y permanezcáis quietos. Con la ayuda de Dios, piensa visitar el lugar este invierno.

«¡Ay! —pensaba Arsen—, ¡si al menos pudiera ver el semblante y oír la voz de ese hombre bienaventurado! ¡Si el espíritu que hay en él pudiera fortalecer mi alma! ¿Podrá continuar sus predicaciones en estos días en que el Anticristo acorrala como perros a los siervos de Dios?». Y le entraban deseos de dirigirse a Laurac. En Laurac tenía

una tía que había tomado el hábito en una casa de mujeres creyentes, la casa que había escogido ella como lugar de su probación.

Tenía buenas noticias de Gentiane: la joven soportaba alegremente ayunos, trabajos y veladas nocturnas. «A lo mejor me equivoqué —pensaba la madre—, tal vez tenía vocación». Pero vivía con el corazón angustiado, y por la noche leía y releía los Salmos, preparándose para grandes sufrimientos. Y el sufrimiento llegó del lado que menos esperaba. Ricord regresó a casa un día de octubre, frío y soleado, brillante como la hoja de una espada

nueva. Venía callado y tranquilo. Llevaba meses así, abatido hasta tal punto que su mujer le creía aquejado por una enfermedad de postración. Ya no salía a cazar, no trabajaba, y pasaba el tiempo en la ciudad con sus amigos o en el granero, leyendo las Escrituras. En aquella ocasión todavía estaba más sosegado que de costumbre; sus grandes ojos abiertos parecían fijos en algo asombroso o terrible. «¿Le habrá hablado Dios?», pensaba Arsen. Pero pronto supo que no era Dios. Cuando subió a su alcoba, al anochecer, le vio entrar. Resuelto, rígido, con la cabeza alta, como si fuese al combate. Ella bajó

la lamparilla de aceite y cerró el gran libro abierto sobre sus rodillas. Se miraron durante un instante; luego, con un gesto brusco, Ricord cayó de rodillas delante de su mujer y golpeó con la frente la cubierta de madera de cedro del libro santo. Dijo:

—Amor mío, vida mía, vengo a decirte que nuestros caminos no están hechos para volver a encontrarse, ni en este mundo ni en el otro. Ve adonde te lleve tu deseo sin pensar ya en mí. Que los pecados que te he hecho cometer no te sean jamás imputados. Ya no somos compañeros. ¡Dime solamente que me amarás siempre como a un hermano,

haga lo que haga!

Arsen no hizo ni un gesto, sólo sus manos se crisparon un poco más sobre el libro.

—¿Y qué podrías hacer para que dejara de amarte? —preguntó.

—Vuelvo al ejército, Arsen. Mi mano es fuerte, mi brazo rápido y mi vista está bien ejercitada. Si mi cuerpo sirve aún para algo, que sea para destruir a quienes hacen el mal, pues mi alma está de todas formas perdida para Dios.

Arsen depositó el Evangelio sobre el baúl y se levantó.

—¡Blasfemas, Ricord, tu alma no

está perdida! Como compañera tuya, no dejaré que te destruyas, ¡antes pasarás sobre mi cadáver! ¡No irás a mancharte el corazón y las manos con un trabajo que el primer bandido haría mejor que tú por diez sueldos a la semana!

—Nadie hará ese trabajo mejor que yo —dijo Ricord, sombrío—. Querida, cuando nuestros hijos fueron a luchar no les dijiste nada.

—No era lo mismo, Ricord. Ellos son jóvenes, sus almas son ignorantes, la tuya no lo es. Cristo rezó por los que no sabían lo que hacían, no rezó por Judas.

Entonces, Ricord se levantó también y tomó a su mujer por los hombros.

—¿Y quién eres tú, para tratarme de Judas? ¿Quién te ha dicho que mi razón no vale tanto como la tuya? Hace quince años que intento comprender los caminos de Dios. Y después de lo que he visto y oído ahora, he entendido que para el hombre hecho de carne el odio es bueno, pues no odiar el mal es quererlo. Y si yo viera a un soldado violarte, sentiría placer en abrirle la cabeza... ¿Y qué puedo hacer si está en ello mi locura, y si amo igual que te amo a ti a todas esas mujeres violadas, a todos esos niños degollados, a todos esos ancianos arrojados por la ventana al paso de los caballos? Sentiría más

placer al matar a quien hace daño a los niños del que tú puedas sentir jamás al leer las Santas Escrituras.

—Ricord, ¿eres tú quien habla? ¿Te crees más fuerte que el demonio si tomas las armas del demonio? Sólo se servirá de ti para aumentar el mal. Pues el Enemigo se las compone siempre para engañarnos de tal forma que la sangre que se derrama es siempre sangre inocente. Mira, los papas, los obispos, los reyes quedan siempre al abrigo de los golpes, porque el demonio protege a los suyos; y él sabrá guiar tu mano de manera que te lleve a matar hombres que la gracia pudiera haber tocado.

—¡La gracia de Dios no tocará nunca a los que llevan la cruz! Los que han visto lo ocurrido y no han vuelto las armas contra sus jefes, y no se han ido al desierto a llorar el resto de sus vidas... y continúan llevando sobre el pecho esa señal infame, y están orgullosos de ello... ¡esos ya no son hombres y no tienen nada que perder!

—¿Quién eres tú para sondear los caminos de Dios? ¿Acaso no lo predijo? ¿No nos advirtió? «Os perseguirán en mi nombre, llegará el día en que todo el que os mate creará servir a Dios...». Y dijo: «Bienaventurados los perseguidos por la justicia».

—Mujer, una artimaña te inspira esa falta de amor. ¿He hablado yo de los perseguidos por la justicia? Ésos son bienaventurados, en efecto, pero las pobres ancianas que iban a misa, y los niños, y los hombres que no pensaban día y noche más que en ganarse el pan, a todos los que no son bienaventurados y que nunca han pensado en la justicia, ¿puede tratárseles acaso peor que a animales de matanza? ¿Qué he de decir a los que no quieren más que una cosa, que les protejan contra los asesinos? Les diré: si yo solo pudiera matar a todos los malditos, lo haría; no escapará ni tino de los que vea.

—Ricord, acuérdate del apaleado de Carcasona. Tuviste piedad de él, y sin embargo ese hombre había matado a inocentes.

—Mujer, ¿has acabado con tus malas razones? ¿Vi acaso a ese hombre tranquilo y protegido con una cota de mallas, rodeado de compañeros de armas, bendito por los obispos? Él no creía ganarse el paraíso al hacer lo que hacía. Sin embargo, al hacer daño a unos hombres que tienen el corazón envilecido hasta el extremo de tomar el mal por el bien, se les hace un bien.

—¿Quién te ha hecho juez? La ignorancia del hombre no tiene límites.

¿Ves? Tú también tomas el mal por bien, ¿qué puedes esperar de esos hombres del norte que nunca han tenido ocasión de oír la voz del espíritu? Cuando Jesús dijo: «Mi reino no está en este mundo», lo condenó todo en el mundo menos el amor. Prohibió a sus propios ángeles que arrancasen la cizaña, ¡y los ángeles ven más claro que nosotros!

—Los tiempos se cumplen —repuso Ricord—. Dentro de poco, los más ignorantes verán claro. Arsen, tú que curas las heridas de los enfermos sabes bien que al proteger los cuerpos se protegen las almas; y contra esos hombres, que son peores que los

escorpiones y que las serpientes, hay que luchar con las armas que se tiene a mano. Y si los encuentro, y si puedo, me gustaría, en vez de matarlos, cortarles las manos y reventarles los ojos para que no puedan hacer más daño.

—¡Vete, no quiero volver a verte! — gritó Arsen, prorrumpiendo en sollozos —. ¡Renaces en el cuerpo de un ciego, de un sordo, del bastardo de un monje, de un verdugo! Quieres que tu alma, que tanto he amado, se me haga horrible a la vista. Pues Dios juzga las almas de los asesinados, pero el alma de Caín es juzgada por la sangre de su hermano. El pecado de los hermanos que mates caerá

sobre ti, y te volverás semejante a ellos.

—Ya he hecho el sacrificio de mi alma, Arsen. Acuérdate del hombre que amaste hace tiempo. Si me transformo hasta el punto que tengas que odiarme, me resultará duro. Pero no tanto como ver lo que hacen y quedarme de brazos cruzados.

—Vete, haz lo que quieras, si tu alma es tan pobre que la visión de la sangre despierta en ella el deseo de sangre. Vete a ladrar con los perros. Vete, ya que el demonio ha sabido atraparte en su trampa, yo no tengo nada más que decirte.

—Abrázame una última vez, Arsen.

Tal vez me maten, tal vez no vuelva a ver tu rostro.

Ella rodeó con los brazos el cuello del hombre y apoyó sus labios sobre su mejilla rugosa y seca.

—Perdona mis duras palabras, ni siquiera Dios tiene derecho a condenar, ¿cómo puedo condenarte yo? Ojalá Dios nos reúna un día a tu pesar. Mañana mismo me iré de aquí y ya no seré tu mujer. ¡Qué difícil me resultará hacer sola el camino que teníamos que hacer juntos!

Ricord se arrodilló aún una vez delante de ella y partió.

Al día siguiente, Arsen abandonó la casa, sola y a pie, con pan y aceitunas para el camino y los únicos objetos de valor que poseía: un collar de plata heredado de su madre, un alfiler de amatistas y un par de pulseras incrustadas de esmalte. Una dote de mujer pobre, y que le daba un poco de vergüenza; hasta entonces nunca había vivido de regalos de los demás.

Treinta leguas significaban dos días de marcha. La lluvia, el viento, el camino rocoso donde las piedras resbalan bajo el pie. Desde que el país estaba en guerra, Arsen temía encuentros

peligrosos, pues la tristeza había debilitado su corazón. Caminaba por los senderos del bosque, por las pistas de los cazadores; conocía bien la región. Y para engañar al cansancio, se aplicaba en recitar mentalmente los fragmentos del libro santo que había aprendido de memoria. Rezaba: «Que mi pensamiento muera, que olvide todas las demás palabras, pues no son nada. Señor, que sois lo único vivo, verdadero y bueno, tened piedad de nosotros, que no somos más que falsedad; fuera de vuestra verdad, no somos nada, libradnos de la tentación de buscaros lejos de vos.

Cuando el universo entero diga que

mentisteis y que el mal es demasiado grande para vencerlo con el amor; cuando hasta los ángeles del cielo bajen a decirme que os habéis equivocado, haced que nunca, ni con un solo latido del corazón, os traicione. Señor amado, no rezo por mí, sino por no mancillar nunca vuestra pureza; Señor, vuestra santa ley es más fuerte que todas las miserias de todos los hombres que han vivido y vivirán hasta la consumación de los siglos. Como una tela de araña frente al sol es nuestro mundo frente a la verdad de vuestro amor.

Intentaba no pensar en Ricord, pero le dolía el corazón. «Alma débil y de

poca fe, Ricord, casa abatida sobre la arena... La lluvia ha caído y los torrentes han llegado, los vientos han soplado y han abatido esa casa. ¡Ah!, en esta tierra, ni en ninguna otra, se han visto jamás esos torrentes y ese viento. ¿Quién te arrojará la piedra? Ricord, tú que aspirabas al rango de discípulo, mírate, vuelto materia y entregado a los azares de la carne que no conoce más que su propia ley. Ay, pena mía, que sea como el cansancio de mis piernas, el dolor de riñones, carnal como toda pena es carnal; en Dios no hay penas».

En Laurac, adonde llegó después de

seis días de caminata, recibieron a Arsen como a una hermana esperada durante mucho tiempo. Sin embargo, y a pesar de su gran cortesía, las piadosas damas no pudieron ocultar el gran desasosiego al que las había arrastrado aquella guerra.

—Pensáis que llegáis a un remanso de paz, hija —le dijo doña Agnès de Roquevidal, superiora de la comunidad—, y llegáis a la casa de las tribulaciones.

—Poco me importa, señora —repuso Arsen—. En el Señor todo es alegría. ¿Me aceptaréis algún día entre vuestras hermanas?

—La Iglesia lo decidirá —declaró doña Agnès.

Después se felicitó de ver a una mujer guapa y en plenas facultades mostrar tanto deseo por la vida buena, sin esperar a la vejez como hacían las demás.

—Los tiempos son duros, y necesitaremos mujeres capaces de soportar todas las fatigas y todos los peligros. Desde hace mucho tiempo —añadió la santa mujer— oímos hablar de vuestra vida honesta, y sabemos que vos y vuestro esposo dais ejemplo de las más apreciables virtudes. No creo que sea necesaria una probación larga para

una mujer como vos. Puedo deciros esto porque sé que no sois orgullosa.

Arsen se deshizo en lágrimas.

—No, señora, no tengo razón alguna para estar orgullosa, aunque antes lo estaba.

Y contó la ruptura con su marido y la tentación a la que había sucumbido.

—No sois la única, hija mía. Las hay que pasan trances más duros: una de las nuestras tiene un hermano que se ha adherido a los siervos del Anticristo. Recordad que nosotras no debemos culpar a nadie, pues Jesús dijo: «Yo no juzgo a nadie». No olvidéis que afligirse por los pecados del prójimo ya es

juzgarlo.

Arsen se hincó de rodillas en el suelo y besó el faldón del hábito de la anciana. Luego se retiró a la celda de su tía para comenzar allí la preparación al santo bautismo. Durante más de seis semanas, vivió en soledad y silencio, sin recibir noticia alguna del exterior, alimentándose de pan de centeno y de agua colorada con vino.

Su tía, doña Serrone, vivía en la práctica de la oración silenciosa, y no hablaba con nadie más que para decir sí o no. Habitaba en la casa de las mujeres de Laurac desde hacía más de veinte años, y era profundamente venerada. Se

trataba de una anciana alta y esbelta, de cabello todavía negro, pero tan seca que parecía que, a su muerte, los gusanos no encontrarían nada que comer en aquel cuerpo de piel extendida sobre los huesos, sin abultamientos y sin arrugas. Arsen no se atrevía a dirigirle la palabra y se esforzaba por pasar inadvertida. Pero percibía la presencia del espíritu que moraba en la anciana como se siente el calor del fuego. Pasaba horas enteras de rodillas, recitando en voz baja el Padrenuestro; su compañera, vestida de negro, arrodillada a tres pasos de ella, se recitaba la misma oración mentalmente, y Arsen aprendía de ella

más de lo que había aprendido de numerosos sermones y de largos discursos, pues la mirada de los ojos grises de su tía ya no era una mirada de criatura humana; había Otro que miraba por sus ojos, tan llenos de severa compasión y de inconsciente majestad que era evidentísimo que doña Serrone había olvidado hacía tiempo hasta su propia existencia.

«Ay, señor —pensaba Arsen—, el día en que el Espíritu Santo entre en este cuerpo miserable, ¿no moriré yo, como Ananias y Safira, que recibieron el espíritu sin ser dignos de ello? Como ellos quisieron guardar para sí parte de

sus bienes, guardo yo en mi corazón amores terrenales. Mi bienaventurada tía ya era viuda cuando se entregó a Dios».

Arsen se olvidó de contar los días; sabía solamente que, a su despertar, el cielo estaba cada día más blanco, y que doña Serrone se entretenía a veces junto a la ventana de la celda para contemplar las nubes blancas, rosas y grises por encima de la muralla de la ciudad. El cielo ya era primaveral.

—Querida tía, ¿veis presagios o señales en las nubes del cielo?

—No —respondió la anciana.

—Tía, ¿será duro para nosotras el año que empieza?

—Sí.

—¿Echaremos pronto al enemigo de nuestras tierras?

—No.

«¡Ay! Dios, ¿qué puedo hacer para evitar pensar en las cosas terrenas? En mis hijos, que tal vez van a luchar, en Ricord... ¡Señor, que no llegue nunca esta primavera, si ha de traernos desgracias!».

El día del equinoccio, Raymond de Ribeyre fue a predicar a la casa de doña Agnès. Acudió un número tan grande de gente que tuvo que predicar fuera a pesar del mal tiempo; hacía mucho

viento, los postigos golpeteaban, las tejas caían. Sólo para bendecir a los fieles Raymond pasó dos horas en la puerta de la casa. Habló de los sufrimientos infligidos a la Iglesia por las fuerzas del mal, y demostró, citando las Escrituras, que aquellos tiempos habían sido anunciados y que no había que perder la serenidad por ellos. Aicart estaba en pie a su lado, con los ojos bajos, mordiéndose los labios como un hombre que sufre.

Por la noche, doña Agnès presentó la nueva postulante al predicador, que pareció contento de volver a verla. Arsen le miró, sorprendida y

emocionada: el hombre ya no llevaba su hábito negro y, vestido de marrón y con un gorro de lana en la cabeza, tenía un aspecto extraño; se diría que era un plato de oro fino dejado sobre una mesa de cocina. Se lo dijo; le conocía desde hacía bastante tiempo para permitirse esas palabras familiares.

Él contestó:

—Entonces tendré que
embadurnarme la cara con hollín. —
Sonreía, pero sus ojos estaban tristes—.
Hay que guardarse de sucumbir a la
tentación del martirio. Los fieles no
precisan de nuestro hábito negro. Así,
como nos veis, hemos pasado por

ciudades y castillos donde han puesto precio a nuestras cabezas.

—No es posible que no os hayan reconocido —dijo Arsen.

Él volvió a sonreír, esta vez con alegría.

—Los que nos han reconocido no han dicho nada. Es preciso que dé testimonio de ello con el fin de incitar a los fieles a la caridad: nos hemos encontrado con sacerdotes y monjes de Carcasona y de Limoux que han fingido que no nos veían.

Después suspiró y se volvió, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Fue tan inesperado que Arsen no se atrevió a

preguntarle la causa de su tristeza. El hombre sacudió la cabeza.

—¿Para qué ocultarlo? —repuso—. Me dirigí a Carcasona por las necesidades de mi ministerio, pero también para estar presente en los últimos momentos de mi hermana según la carne. No pude llegar hasta ella, y me enteré de que murió sin haber recibido el bautismo. Por culpa mía, porque sabían que era mi hermana y la vigilaron muy de cerca en su lecho de muerte; ninguno de nuestros hermanos en Cristo se pudo aproximar a ella.

—Os comprendo —dijo Arsen—, pero os creía liberado de afectos

carnales.

—No somos perfectos; queremos más a quienes se nos ha permitido conocer de más cerca... Era una mujer piadosa, que esperaba con ardor el día en que la muerte la hiciese digna por fin de comulgar con el espíritu. Hermana, el dolor que siento por ella lo siento por todas las que se encontrarán en el mismo caso. Y serán muchas.

Permaneció unos minutos rezando y luego anunció a Arsen que la Iglesia la juzgaba digna de recibir el santo bautismo y que tenía que empezar el ayuno aquella misma noche, pues la ceremonia se celebraría al cabo de tres

días.

Durante tres días, Arsen ayunó y veló en un cuarto de la torrecilla, sola, sin más compañía que la luz del sol. No sentía alegría, Dios la aceptaba en sí negando su presencia; pero al mismo tiempo se sentía vacía de todo pensamiento terreno, le parecía no haber amado nunca a su marido ni a sus hijos, no haber sentido lástima por las miserias de los demás. Estaba sola en el mundo, y como una virgen loca se encontraba allí, en plena noche, llamando a una puerta cerrada. Y detrás de la puerta sonaban los cánticos de júbilo del banquete nupcial.

«¡Señor, Señor, abridme!».

«No te conozco, no te he conocido nunca. Tu lámpara está apagada, los cerrojos están echados, tú no asistirás al misterio de mi alegría».

«Señor, me importa poco no verla, ¿he de necesitarme yo, si no me necesitáis vos? Aquí estoy, echada en un sepulcro con seis pies de tierra encima de mí, la gran luz que vos sois no disminuirá jamás. Todo lo que no sois vos es polvo y vanidad, ¡que desaparezca yo para siempre, que mi cuerpo y mi alma no hayan existido nunca, puesto que no son vos, Señor, puesto que no son nada! Puesto que el

único dolor del mundo es vuestra ausencia, que se destruya todo lo que no es vuestro. Aquí estoy, sola en la noche, ya no os pido que me abráis la puerta, lo que os pertenece para siempre está junto a vos desde el principio de los siglos».

El día en que dos mujeres vestidas de negro fueron a buscarla para llevarla a la gran sala de la casa, Arsen permaneció callada, triste como si la condujeran a la muerte. Pero cuando vio la sala entera iluminada de cirios, la mesa cubierta con un mantel blanco y los fieles reunidos para recibirla en la Iglesia, entendió lo que querían decir los Hechos de los Apóstoles cuando

hablaban de las lenguas de fuego de Pentecostés. Oía a Raymond de Ribeyre hablarle, respondía y no era su voz la que contestaba. Le parecía que se encontraba en medio de un torbellino de llamas, y su corazón ardía con tanta intensidad que casi tenía la sensación de despedir calor, como una antorcha. Aquello ocurrió en el momento en que Raymond le puso el Evangelio sobre la cabeza.

Al intercambiar el beso de paz con doña Agnès, con doña Serrone y con las demás damas presentes, todavía le costaba moverse en el interior del hábito invisible de púrpura y fuego con el que

acababan de vestirla.

Es extraño volverse semejante a una lámpara encendida, contener la llama incorruptible y ser criatura de carne y de sangre transformada en templo de Dios. Templo imperfecto y frágil, aunque ¿qué importa, si en esta tierra Dios no puede tener otro? Arsen se pasó lo que quedaba del día rezando, arrodillada delante de una de las ventanas de la sala. Miraba los tejados de la ciudad, la muralla, y detrás las vastas colinas cubiertas de viñas y de campos negros y coronadas de bosques. Tenía la mente vacía de pensamientos, pero sus ojos leían en las líneas conocidas del

paisaje, en la inclinación de los tejados de bálago y la piedra de las paredes, el dolor inmenso, insaciable, de un mundo que se deshacía, se pudría, se consumía sin fin por aquel mal terrible que es la ausencia de Dios. Le pareció ver, a través del espacio y el tiempo, almas, miles de almas torturadas hasta la muerte por aquella ausencia, parecidas todas a niños golpeados hasta sangrar, ahogados en el lodo... Y ni siquiera sintió tristeza, pues en ese momento le parecía que el fuego ya se había encendido en la tierra, y que los tiempos se habían cumplido. Y que había llegado el momento en que el conocimiento de

Dios llenaba toda el alma como el agua llena el mar.

—Hermana —le dijo aquella noche doña Agnès—, bendecimos todas al Señor por el gran favor con que os ha honrado, y nos gustaría teneros mucho tiempo a nuestro lado. Pero los tiempos han cambiado, y seréis llamada a otro lugar. Nuestra casa os servirá siempre de refugio en caso de peligro, si Dios permite que esta ciudad se salve de la guerra.

—¿Adónde seré llamada, madre?

—El señor Raymond os lo dirá. Tendréis por compañera a nuestra hermana Fabrisse, que en otro tiempo

fue viuda del señor de Brézilhac. Que Dios os dé a ambas comprensión y que no os separe jamás, si no con la muerte del cuerpo.

Arsén se inclinó sin decir nada y se retiró. Apenas conocía a Fabrisse de Brézilhac. Era una mujer de su edad, rubia, alta y delgada como un cirio, dotada de una bella voz. Aquella noche se encontraron en el refectorio, se prosternaron una ante la otra y se besaron tres veces en las mejillas. Fabrisse parecía feliz como una mujer que ve a su hermana después de una larga ausencia; era una persona muy amable.

—¡Ali! Tendremos que reforzarnos el calzado, pues creo que estamos condenadas a la vida del judío errante durante más de un año —dijo.

Arsen contestó que nada le gustaba tanto como aquella vida; las dos hablaban tal que si se tratara de un viaje de placer. Tan poderosas son las costumbres del mundo que, en aquel día solemne entre todos, Arsen se oyó cruzar con su compañera aquellas palabras frívolas y ni siquiera se sorprendió. ¿Qué podía hacer o decir ahora que no estuviera cien leguas por debajo de aquel otro universo del que formaba parte sin merecerlo? Se sentía

extrañamente libre, una cáscara vaciada de su fruto. Lo que había en su lugar ya no era ella, no sabía qué era.

—Hermanas —dijo Raymond de Ribeyre—, si me atreviera podría repetir las palabras del Salvador: os envío como a ovejas entre los lobos. No soy yo quien os manda, pero tengo órdenes de nuestro amado señor y obispo, monseñor Bernard, que se toma muy a pecho el desamparo de los fieles en esta región. Los peligros del siglo nos han obligado a renunciar a nuestra vestidura, que era la señal visible de nuestra vocación. Estáis vestidas como mujeres sencillas, de artesanos, vosotras

que en el mundo erais nobles. No veáis en ello motivo de vejación, hermanas, sino una gracia de Dios y una señal enviada a nuestra ignorancia: no es la vana pompa de un hábito la que hace que atraigamos a nuestros hermanos, sino la fuerza del Espíritu Santo que está en nosotros. Seamos semejantes en todo a aquellos hacia quien nos llama Dios. Hilaréis y tejeréis en los talleres, labraréis la tierra con los campesinos, arrullaréis a sus hijos, llevaréis sus cargas. Seréis las criadas de los más humildes, curaréis a las prostitutas y llevaréis comida a las leprosas. Lo haréis en secreto, en lo posible, para no

llamar la atención. Pues no olvidéis que ahora vuestra vida es preciosa, y que adonde seáis enviadas no habrá nadie aparte de vosotras que confiera el Espíritu Santo a los moribundos.

•—¿Es ésa la tarea de las mujeres? —preguntó Arsen—, ¿puede pedirnos eso monseñor el obispo?

—Es la tarea de todo cristiano, hermana, puesto que, como dijo el apóstol, ya no hay hombres y mujeres, ni judíos y griegos, sino todos uno en Cristo. En realidad, estas palabras nos dicen que desde el día que recibís el Espíritu no sois mujeres, como tampoco yo soy un hombre. Y si la apariencia del

sexo y el respeto por las antiguas costumbres conceden al hombre un privilegio en el ministerio sagrado, no hay en ello una fe impuesta por Cristo, pues la salvación de las almas pasa delante de todo lo demás. Se dice por estas tierras: «Donde no pasa la mosca, pasará la mosquita». Vos sois expertas en los cuidados que hay que dar a los enfermos, os dejarán acercaros más fácilmente a las mujeres en peligro de muerte. El don del Espíritu que se os ha ofrecido es pleno e íntegro, pues Dios no da con medida. ¡Id, y que el Señor os preserve del sacrilegio de dudar de vuestro porvenir!

—¿Y adónde tenemos que ir, monseñor? —preguntó Fabrisse.

—Id primero a Castres; pararáis en casa de Guillaume el curtidor. Allí hallaréis amigos que os dirán adonde dirigiros.

Las dos mujeres partieron, con las alforjas sobre los hombros y el bastón en la mano, vestidas con sencillos vestidos grises que les llegaban apenas al tobillo, y tocadas con pañoletas blancas. Fabrisse entonaba cánticos con melodías de canciones populares. La primera noche tuvieron que resguardarse en una granja abandonada. Fabrisse cayó sobre el suelo cubierto de paja mohosa y

se echó a llorar.

—Animaos, hermana —le dijo Arsen—, La caminata os ha cansado.

—¡Ay! No lloro de cansancio —contestó Fabrisse—, sino al pensar que no volveré a ver la casa donde he vivido, ni a mis demás hermanas. Debía marcharme, me había encariñado demasiado. Vos y yo tendremos que sufrir un duro calvario, pues la carne es débil y para nosotras todavía más débil que para quienes desconocen a Dios; ellos se consuelan con las ilusiones del corazón. Sabed que el frío, el hambre y el miedo son tentaciones peores que el orgullo y la lujuria.

Arsen creía conocer ya el cansancio y el hambre, y se sorprendió ante las palabras de su compañera. Pronto descubrió que eran ciertas: es duro sufrir hambre y miedo cuando una sabe que no volverá a casa a comer, que ya no hay paredes que la amparen. Ni un respiro, ni una parada, los amigos os reciben con alegría pero no os tienen con ellos más de dos días seguidos, hasta los pobres desconfían a veces de vosotras; dos mujeres que no se separan nunca son sospechosas, en algunos barrios había que vivir separadas y encontrarse a escondidas, de noche. De Castres enviaron a las dos mujeres a

Carcasona, pues los franceses ocupaban totalmente la ciudad y ninguno de los buenos hombres del lugar podía permanecer allí más que unos días, y a escondidas. Y la miseria era grande, sobre todo en los arrabales, medio demolidos durante el asedio del último verano.

Mucha gente caía en sus antiguos errores, a falta de pastores y por temor del enemigo; muchos morían sin penitencia, y los pobres, por las desgracias de la guerra, se habían entregado al pecado. Arsen conocía bien la miseria del campo; la de la ciudad era peor, pues por un pedazo de pan las

mujeres se vendían a los soldados y los hombres se convertían en ladrones o delatores.

De abril a junio pasaron por la ciudad batallones de cruzados, que se renovaban sin cesar; tantas banderas de todos los países, tantos escudos pintados y tantas bellas armaduras, tantos caballos de raza de arneses de vivos colores, tantos hermosos yelmos con penachos y lanzas con confalones, que Arsen tenía el corazón encogido ante toda aquella juventud que se arrastraba hacia el crimen incentivada por el fasto mundano. Veía pasar por las calles a

aquellos mozos airosos, algunos parecidos a sus hijos; entraban en las casas a buscar mujeres, volcaban los puestos de los mercaderes o rompían las ventanas a golpes, con piedras, por placer, como niños. A uno de ellos, que un día intentó abrazarla, le dijo:

—¿Querías que trataran así a tu madre? —y, como tenía lágrimas en los ojos y una mirada severa, él la dejó; ella añadió—: Siento gran piedad por tu alma.

Él le preguntó si tenía hijos, si tenían qué comer. ¡Ay!, miseria, ¿pueden corromper así a las almas ignorantes? Aquellas pobres gentes, en su tierra,

nunca han oído hablar de salvación, son inocentes como los animales, ¿quién los llevará hasta Dios?

—Es posible —dijo Fabrisse— que quienes les matan no les hagan daño alguno en realidad. Cuando un hombre se ha rebajado tanto, la muerte le impide al menos perderse todavía más.

Arsen meneó la cabeza.

—No. Un tejido sucio no se blanquea ensuciándolo aún más. No se mata el mal con el mal.

Lo decía, pero por momentos le asaltaba la tentación de la duda. «Demasiado dolor, demasiada miseria, demasiado miedo; ¡ay!, ojalá recojan

quienes nos han traído la guerra lo que han sembrado, nosotros nada les hemos hecho, vinieron para robar y quemar, para matar a las gentes y perder las almas mediante el miedo. Nosotros nada les hemos hecho, nuestros hombres no han ido a su tierra a violar a sus mujeres, burlarse de su fe, quemar a sus obispos y a sus sacerdotes como montones de basura, nosotros nada les hemos pedido, su papa ya nos hacía bastante daño sin ellos...».

—Fabrisse.

—¿Sí, hermana?

Las dos mujeres dormían aquella noche en un henil, en lo alto de una

cuadra. El propietario de las cuadras, un hombre caritativo, las había ocultado allí; empezaban a conocerlas en el barrio.

—Fabrisse, no os habré despertado, al menos...

—No tengo sueño. Continuamente me parece oír ruidos de pasos, abajo.

—¡Ah, no! Son los caballos. Fabrisse, me asalta un pensamiento: el noble Raymond nos dijo que debíamos ser semejantes a aquellos hacia quienes nos llama Dios, ¿verdad? Sin embargo, no sólo nos parecemos a ellos por las ropas, empezamos a pensar como ellos. Al menos yo pienso a menudo como

ellos. ¿Creéis que Dios nos pide también eso?

Fabrisse, con la cara pegada a una rendija entre dos tablas, observaba la calle desierta, donde la luna se deslizaba entre dos negros lienzos de muralla e iluminaba el letrero de un matarife. Detrás de los aguilonos de los tejados de tejas plateadas y negras una luz hermosa se elevaba hacia el cielo; aquella noche había fiesta en el palacio del obispo.

—Arsen, hermana, ¿cómo podemos saberlo? ¿Cómo podemos saber lo que Dios quiere de nosotras ahora? Él está tanto en nuestros pensamientos como en

nuestro cuerpo: no son éstos más puros que la sangre o el sudor. Aparte de la plegaria y las Escrituras, ninguna palabra es buena de verdad. ¿Por qué preocuparnos?

«En efecto —pensó Arsen—, ¿por qué preocuparse? Pues nada somos. —Recordaba a las mujeres que habían recibido de su mano el sacramento supremo y que habían muerto reconciliadas con Dios—, Oh, hermanas amadas, soy la más débil de todas y la menos digna; puesto que Dios ha hecho de mí la copa de la que os da a beber la vida, sabrá guardarme de mancillas demasiado graves».

—Fabrisse —dijo—, tengo miedo de que no nos deje salir de aquí mañana.

—¿Y adónde iremos? Tal vez la calle esté vigilada.

—Pasaremos por el patio trasero. Este hombre se arriesga mucho al albergarnos.

—No tanto como nosotras —dijo Fabrisse con amargura—. Tenéis razón, no tenemos derecho.

Partieron al alba. Permanecieron diez días en casa de un creyente que se había hecho muy amigo de los cruzados para engañarles, frotando el embaldosado y fregando platos, mientras aguardaban la llegada de un mensajero

de Laurac. Pero no llegó. La familia y los amigos del amo de la casa acudían a verlas y se encerraban con ellas en las alcobas para venerarlas y escuchar sus consejos. Los hombres hablaban de guerra y decían que el conde de Tolosa y el rey de Aragón no tardarían en llegar con sus ejércitos para echar a los franceses.

Fue allí donde Arsen tuvo, por primera vez aquel invierno, noticias de Ricord. Le contaron que un señor de Montgeil, a la cabeza de una cuadrilla de mercenarios españoles, atacaba a grupos aislados de cruzados. «Según dicen, no se le ha escapado ni uno».

Arsen hizo lo posible por ocultar su tristeza. No se atrevió a decir que se trataba de su marido, tanto más porque todo el mundo alababa en gran medida la conducta de Ricord.

—Fabrisse, el tiempo pasa, cada día se pierden muchas almas por las armas y el pecado, y nosotras permanecemos aquí, descansando. Hay que salir. Si la ciudad se vuelve demasiado peligrosa, subiremos hacia el norte y seguiremos a los ejércitos. Hay tantos vagabundos por el camino que nadie nos prestará atención.

—¿Acaso queréis que dejemos que nos violen? —respondió Fabrisse—. Ni

siquiera tenemos derecho a llevar cuchillos para defendernos. ¿Queréis arriesgaros a ver el Libro Santo pisoteado por los borrachos?

Así era Fabrisse, siempre temerosa en apariencia, pero en realidad más audaz que muchas otras. Se reía al embadurnarse el rostro, demasiado blanco, con arcilla rojiza y ceniza, sin lograr dar a su maquillaje el aspecto de un bronceado.

—Al fin y al cabo —decía—, ya no es asunto nuestro. Es Dios quien ha de velar por nosotras.

A lo largo del verano recorrieron los

campos devastados; exhaustas, con el corazón sangrante, a menudo más ocupadas en salvar su vida que en ayudar al prójimo. Hombres colgados en las ramas de los olivos, mujeres enloquecidas, niños abandonados, ganado destripado... Campos quemados, viñedos arrancados de cuajo, castillos y burgos desiertos y ennegrecidos por el humo, la profunda tristeza de la guerra. ¡Ah! Esto no acabará todavía este año, han traído tantos hombres, y de tantas tierras, los hay incluso que vienen de Alemania y de Flandes, y que tienen un lenguaje tan duro que no se entiende palabra de lo que dicen. Han traído

salteadores de caminos, tunantes, navarros y brabanzones, como si de esa calaña no hubiera ya bastante en el país. Una nube de langostas no hubiera hecho más daños; y habría causado menos pecados.

Nunca se vieron tantos hombres sin ojos, sin manos y sin pies; éstos son difíciles de curar, gritan y blasfeman y piden que se les dé muerte. Tantos niños abandonados al borde de los caminos, no se les puede recoger a todos, a algunos se los comen vivos los buitres.

* * *

En torno a Minerve el campamento

del enemigo se extendía de tal forma que cubría el campo de tiendas blancas y de colores, de caballos y máquinas, de fogatas; de lejos, se habría dicho que se trataba de la gran feria de Beaucaier. ¡Ay! Los narbonenses, traidores que se unieron a los buitres de cruces rojas; para vengarse de los minerveses vendieron sus almas al demonio. Delante de Minerve había un gran fuego encendido que se veía de lejos, en el campo, y que se olía todavía más, pues el humo era acre y amargo, ¡ay! ¡Ojalá quemase ese humo por mucho tiempo los ojos y las entrañas de los verdugos!

Nunca se oyeron tales gritos, tal

clamor, tales chillidos; el fuego devoró a más de cien criaturas vivas. Aquel día, Arsen y Fabrisse estuvieron al pie de la colina, mezcladas entre la multitud de campesinos y fugitivos, que lloraban en voz alta, olvidando el temor al soldado. ¡Padres y madres nuestros, santos bienaventurados, con qué cruel martirio estos malditos os arrancan de nosotros! Fabrisse y Arsen también lloraban: «¡Padre Nuestro, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en la tierra, que tus justos no sean más víctimas del demonio!»». A Raymond de Ribeyre lo quemaron aquel día, con muchos otros cristianos. Aicart, su compañero,

ausente debido a una misión que cumplía en Lauraguais, no compartió su martirio.

En un claro del bosque de Ventajou, Aicart reunió a una multitud de fieles, cuatro días después de la quema. Estaba envejecido, más delgado, y sus ojos, en la cara demacrada, eran como dos agujeros abiertos en un muro de piedra.

—¡Hermanos, no hay piedad para los demonios! Dios nos ha concedido la gracia, en nuestros tiempos turbios, de revelarnos una señal visible de las almas malditas: la cruz roja que llevan en el pecho es la marca roja que el demonio imprime en los suyos.

Hermanos, un alma perdida, degradada por sus pecados, puede sufrir a veces la terrible desgracia de renacer en el cuerpo de un animal; por tanto, y en la medida de lo posible, hay que respetar toda vida. Pero habéis de saber que jamás alma creada por Dios puede encontrarse en un cruzado, pues han llegado los tiempos en que la bestia revela por fin su marca infalible, ¡y esos hombres son realmente criaturas del diablo con apariencia humana!

»Si la mirada de sus ojos o la hermosura de sus rostros os turban, sabed que sólo se trata de una trampa, pues el demonio es hábil engañando a

los justos. Dios no nos prohibió aplastar a las serpientes, ¡y cuántos de esos seres no son peores que las serpientes! No sólo son vil materia, sino la encarnación misma del espíritu del Mal.

Arsen se levantó y pidió la palabra.

—Monseñor Aicart —dijo—, no hablo por mí misma, sino por el espíritu que habla en mí como en vos. Si interpreto mal su voz, sed indulgentes con la imperfección de la carne, hermanos. El demonio, que es hábil en engañarnos, puede engañar también a las almas ignorantes haciéndolas llevar esta marca visible que, al fin y al cabo, no es más que un trozo de trapo rojo, y no un

signo sobrenatural. Y aunque lo que decís fuese cierto, hermano Aicart, la sangre que derraman esos cuerpos malditos es del mismo color que la sangre de los justos, y los gritos de dolor de esos hombres son los mismos que los gritos de los justos; y decirles que matar es una buena obra es poner a las almas en gran peligro. Los hombres ya matan bastante sin que se lo digamos nosotros.

—Mi hermana venerada habla como una mujer —repuso Aicart—. Yo no mataría a nadie con mis manos, porque la regla me lo prohíbe. ¡Pero quien pueda manejar las armas y perdone a un

solo cruzado ha de saber que se hace culpable de la mala muerte de diez de sus hermanos!

—Tened cuidado —manifestó Arsen —, es el dolor carnal causado por la muerte de vuestro compañero y nuestro amado señor Raymond el que inspira esas duras palabras. Jesús dijo: «Mi reino no es de este mundo», y vos intentáis actuar como si fuera de este mundo y nosotros pudiésemos establecerlo por la fuerza en este mundo.

—Hermana, Jesús quiso hacernos entender, llorando por Jerusalén, que es legítimo llorar por una ciudad terrenal si hay justos que moran en ella. ¡Dios es

testigo de que no son lágrimas de la carne las que lloro por nuestras ciudades profanadas y martirizadas! ¡Dios es testigo de que el dolor por la pérdida de mi amigo no es la única causa de mi tristeza, ni de esta dureza que os escandaliza! Pues nosotros hemos hecho la promesa de no temer la muerte en el fuego, y no debemos temerla por nuestros amigos más que por nosotros mismos. Pero a los fieles que nos piden consejo hemos de decirles que combatir el mal con la violencia es un pecado menor que consentir el mal por cobardía. ¡Pues para las almas que todavía no han recibido la luz no hay

término medio entre las dos!

—Que Dios os proteja, hermano Aicart —repuso Arsen, inclinándose—. Hay diversas moradas en la casa del Padre, y ninguno ve la verdad completa excepto el hijo de Dios que está en los cielos.

Aicart partió el pan aquella noche y lo bendijo, y muchos fieles comieron su parte regándola con lágrimas.

—Ánimo —decía Aicart—, monseñor Bernard, nuestro obispo, que Dios ha salvado de manos de los bandidos, pronto os enviará nuevos pastores. Recordad lo que se dijo de la Iglesia: las fuerzas del infierno no

prevalecerán contra ella. Por ciento cincuenta cristianos quemados llegarán mil más. ¡Y la madre de las fornicaciones que se embriaga con la sangre de los mártires prepara en este momento un sortilegio tan terrible que vuestros corazones se estremecerían si osarais imaginarlo! Jesús dijo: «Que vuestros corazones no se turben», y también: «He vencido al mundo». Si él ha vencido al mundo, es porque está escrito por toda la eternidad que la Iglesia debe triunfar. Y los tiempos se acercan.

Antes de dejar el lugar para tomar el camino a Tolosa, Aicart se despidió de

Arsen y de su compañera.

—Hermanas, no sabría deciros cómo sangra mi corazón y lo trastornada que está mi carne. El martirio de nuestros hermanos ha quitado a este mundo tanta luz resplandeciente que quedamos como sumergidos en tinieblas. Pero si el dolor ha podido arrancarme gritos que os han escandalizado, no creo haber pecado gravemente contra el espíritu. Pues incluso en este mundo hay unas causas más justas que otras, y para las almas no purificadas hay grados de pecado. Hermana Arsen, pasé por Foix esta primavera y vi a vuestra hija, a quien he encontrado progresando en

discernimiento y en dones del espíritu, y dispuesta a recibir pronto el santo bautismo. Me suplicó que os pidiese vuestra bendición para ese día.

Arsen se llevó las manos al corazón, pues le faltó el aliento.

—¿La veréis, pues? ¡Ay, ojalá pudiera acompañaros! ¡Ay! Decidle que le doy mi bendición para el hambre y el frío, para el miedo y las lágrimas, para todas las tristezas de una vida sin esperanza; pues según las leyes de la carne no hay esperanza para nosotras. Ella nació de mi carne y es su carne lo que amo en ella, contra la piedad de mis entrañas no puedo hacer nada, ¡no le

deseo la vida que llevo yo! Pero que Dios nos conceda que nos encontremos algún día donde ya no haya madres e hijos, ni maridos y esposas, ni amigos y enemigos, sino Cristo solo en todos.

Aquella noche, en una choza de leñadores abandonada, Arsen lloró en los brazos de Fabrisse, pues las palabras de Aicart habían abierto las heridas que creía curadas.

—Estamos locas —dijo Fabrisse—, ¡realmente de encierro! Tememos esta vida para nuestros hijos como la más grande de las desgracias, y para nosotras no queríamos ninguna otra. ¿Habéis olvidado que la sabiduría de

Dios es locura para los hombres, y no solamente en palabra y en imagen?

—¡Ay! Si es locura —manifestó Arsen—, seamos locas hasta el extremo. En esta tormenta de sangre, de fuego y de angustia mortales cantemos de júbilo, pues si es verdad que Dios ha vencido al mundo, ¿quién lo dirá, si no nosotras?

Y que las mujeres que se lamentan sobre las tumbas frescas olviden sus lágrimas y nos sigan; el amor no tiene límites cuando se sabe locura, ¡hay bastantes niños por los caminos para todas las madres que han perdido los suyos! Yo estoy muerta para quienes fueron mi marido y mis hijos, querría no

haberlos conocido nunca.

Las dos mujeres pasaron todo el invierno en la ciudad de Limoux, donde un burgués les dio una casa para alojar a los huérfanos y los mutilados. Se escondían, hacían la tarea de la última de las criadas para que no las descubrieran. Más tarde las denunciaron, y tuvieron el tiempo justo para huir de la ciudad, envueltas en capas de hombre. «Dios, si no se nos permite siquiera la caridad, ¿adónde iremos?».

—En los tiempos en que no habíamos recibido el espíritu —dijo

Fabrisse—, podíamos engañar al mundo, ir a misa, comer carne, y entonces nadie podía impedirnos que ayudáramos a los pobres. Hay que creer, pues, que a los ojos de Dios la verdad y la fidelidad pasan por delante de todo lo demás. Nosotras no hemos abandonado a los que sufren; su confianza en nosotras nos importa más que un pedazo de pan. Ellos saben que nos han echado por nuestra fe.

—¿Iremos a vivir a salvo, al abrigo de las murallas de un castillo o retiradas en las montañas, mientras que los pobres de Dios están expuestos todos los días al capricho de los soldados? Nunca

dejaré esta tierra. Incluso si vivimos en los bosques encontraremos gentes a quienes socorrer, fieles a quienes reunir para leer las Santas Escrituras.

—Sí —aceptó Fabrisse—, pero tendremos que cambiar de sitio con frecuencia. Aún tenemos suerte de que el invierno haya terminado.

II. LA CAZA DE CRUCES ROJAS

Los quince hombres, agazapados detrás de grandes bloques rocosos suspendidos encima del camino, se ataban las polainas y engrasaban las cuerdas de sus arcos y ballestas. Estaban negros por el sol y el polvo, pero vestidos con buenas cotas francesas y provistos de armas nuevas y lustrosas. Algunos llevaban al cuello o a la cintura fajas de color, otros lucían pendientes o las mangas

bordadas. Su jefe era el peor vestido de todos: un jubón de cuero muy raído, calzas toscamente remendadas y en la cabeza un pedazo de tela gris anudado a guisa de sombrero. Sobre la frente le caían unos bucles de cabellos negros y grises, y su rostro delgado y duro parecía esculpido en un viejo roble. Sus ojos, negrísimos, vivísimos, estaban rodeados por grandes ojeras oscuras.

Echado panza abajo sobre la roca, observaba el camino, que describía una pronunciada curva a quinientos pies de allí: se trataba de un camino bastante estrecho, que dominaba una pendiente cubierta de pedruscos y algunos abetos.

Cuando vio aparecer a dos caballeros de yelmos brillantes y largas hopalandas claras, hizo una señal con la mano a sus hombres y volvió a quedarse inmóvil como un perro que acecha la caza. El grupo avanzó. Eran unos diez hombres a caballo y muchos a pie, la mayoría con una cruz roja cosida en el pecho.

—Compañeros —dijo Ricord—, son unos cuarenta, y nosotros quince. Tirad primero sobre los hombres de a pie, que nadie falle el suyo. Yo me encargo de espantar a los caballos. Una vez hayamos tirado las flechas, echémonos encima de ellos, no se nos ha de escapar ni uno.

Flechas y ballestas silbaron y el valle se llenó de gritos y de relinchos; los emboscados empujaron las rocas y lanzaron sobre el camino grandes bloques de piedra. Tres de los caballeros rodaron por la cuesta hacia el torrente; los caballos de los demás se encabritaron donde estaban, pisoteando a los heridos. Los muchachos de Ricord eran antiguos soldados y conocían bien su oficio; al verlos gritar y blandir los mazos, todo hombre creía encontrarse delante de diablos salidos del infierno. De cuarenta hombres se pudieron salvar media docena, rodando por el valle y escondiéndose detrás de las rocas. A los

demás les mataron, a unos de una cuchillada y a otros de un mazazo. Como les cogieron por sorpresa, apenas tuvieron tiempo de defenderse. Más de una cabeza quedó tan aplastada que ya no se veía en ella rastro alguno de la cara, y más de un cuerpo tan pisoteado que el jubón de nudillos que debía protegerlo quedó inservible.

Salvaron a cuatro de los caballos y los llevaron aparte. Los vencedores se curaban las heridas y se limpiaban la sangre que les había salpicado la cara y las manos.

—A los que han huido les encontraremos por la orilla. Primero

tomo yo mi parte del botín y luego les desnudáis.

Con la punta del puñal, rápidamente, descosió las cruces rojas manchadas de sangre y las arrancó de las túnicas blancas y grises que cubren las cotas de mallas. Reunía así veintisiete cruces, y se las metió bajo el jubón, contra su pecho. Después, los soldados desvistieron a los cadáveres y amontonaron las armas y armaduras en buen estado sobre el lomo de los caballos.

Llevaban mucho tiempo sin una caza tan buena: habitualmente eran grupos de ocho o diez como mucho. Aquella vez

Ricord había matado ocho con sus propias manos.

—El botín es bueno, amigos, pero no hay que olvidar a los fugitivos. Concedámosles la corona del martirio para que no sientan celos de sus amigos. Al menos tres de ellos iban heridos, no pueden haber ido muy lejos.

—Este —dijo uno de los soldados, cogiendo por los pies a un cadáver para tirarlo rodando por la cuesta— era buen mozo, me hubiera gustado tenerle en mi compañía, ¡se ha defendido bien!

—El lobo también se defiende bien —contestó Ricord.

El muerto era muy joven, no tendría

mucho más de veinte años. Ricord se acordó de que antes, a veces, sentía lástima por los animales que mataba.

Al cabo de ocho días cayeron sobre un grupito armado que escoltaba a un obispo a lomos de una mula blanca y a cuatro monjes. Mataron primero a los soldados, al abad le cortaron dos cruces de través en la cara y una en la tonsura, luego le ataron por los pies a la cola de la mula. Los monjes, temblorosos, aguardaban su turno y recitaban oraciones. A Ricord no le gustaba ver torturar a nadie por mero placer, aunque fueran monjes, y ordenó a sus soldados

que colgaran a aquellos miserables cuanto antes. Los cuatro hombres, al darse cuenta de que les ahorrabán el tormento, parecieron felices, pero pidieron una prórroga para rezar sus oraciones.

—¿Con qué fin? —dijo Ricord—. Vuestras falsas oraciones no os salvarán. Si vuestro dios fuera verdadero, seríais mártires de vuestra fe y no necesitaríais oraciones.

Colgaron a tres de los monjes, el cuarto permaneció todo el rato de rodillas y parecía no ver ni oír nada. Tenía un semblante hermoso y una mirada tierna, y Ricord pensó que aquel

hombre podía no estar condenado.

—Hermano —le dijo—, ¿estás ciego? ¿Acaso no ves que tu fe conduce a los hombres al asesinato y al pecado?

—La tuya también —respondió el monje—, puesto que acabo de verte matar a tus semejantes. Déjame rezar.

Ricord admiró la dignidad de aquel hombre ante la muerte, pues se dio perfecta cuenta de que aquel valor no era de origen demoníaco.

—Deja mi fe en paz. No eres digno de hablar de ella, ni yo tampoco. No obstante, podría perdonarte y llevarte con hombres que sabrían guiarte hacia la verdadera luz.

El monje dijo de nuevo:

—Déjame rezar en paz, ya que no me queda mucho tiempo de vida.

«¡Ay! ¿Por qué —pensó Ricord—, por qué le he dirigido la palabra? ¿He de verle colgado a él también, junto a los demás? —Sabía que era deshonroso tratar de convertir a un hombre por miedo a la muerte—, ¡Ay! ¿No es preferible para este desgraciado morir ahora que vivir en una fe execrable? Jamás se convertirá, después de ver lo que ha visto».

El monje seguía rezando, con la cabeza levantada hacia el cielo, el cuello estirado. Ricord se acercó a él y

de un movimiento brusco con el puñal lo degolló, diciéndose:

—No sufrirá.

La sangre roja brotó a raudales e inundó el hábito de basta lana blanca; el rostro, con la boca entreabierta, permaneció sereno, apenas sorprendido.

Nunca después lamentó Ricord aquel gesto; más bien se acordaría de él como de un acto de misericordia. Y sin embargo, la tristeza que le corroía el corazón se hizo más profunda a partir de aquel día. «Dicen que de nada le sirve a un hombre conquistar el universo si pierde el alma —pensaba—. Dios sabe que nunca he querido conquistar para mí

ni siquiera el valor de un botón, quería proteger a los débiles y defender a los inocentes, y por ello es legítimo que pierda el alma. Entonces, ¿por qué pensar en mi alma me pone triste como si perdiera a un amigo?

La vida que llevaba, pronto haría dos años, no era triste, pero a veces resultaba dura para un hombre que había esperado merecer un día el nombre de cristiano. Lo que tenía que hacer no se aprendía en las Santas Escrituras. Había escogido a compañeros dignos de la horca en cualquier otro tiempo que no fuera la guerra, y les había prometido todo el botín, hasta el último sueldo;

aquellos muchachos eran soldados de profesión, y mataban por el placer de matar, necesitaba a personas como ellos. Sabía bien que no luchaba por el honor, sino por exterminar el mayor número de enemigos posible. De cazador de animales se había convertido en cazador de hombres; no hay guerra leal contra la caza mayor. Veinte veces vio la muerte de cerca, pues en ocasiones cometía el error de atacar a los buenos soldados; y nunca quiso tomar una cota de mallas para sí, ni siquiera un jubón de nudillos. A causa de esta locura gustaba a sus hombres, que lo creían protegido por un sortilegio. «Que no se diga que me

aprovecho del botín, no soy un bandido ni un saqueador. Que no se diga que he querido proteger mi cuerpo, atacaré a los lobos vestido con un jubón de caza; si el asesinato es obra del diablo, el diablo sabrá protegerme». Y el diablo le protegía, en efecto: en cincuenta ataques sólo le hirieron seis veces, bastante levemente.

Inspiraba temor a sus compañeros y se hacía respetar. Pero a fuerza de vivir con ellos notaba que su corazón se hacía duro como el casco de un caballo. Como eran malas personas, él se decía: «Tengo que servirme de ellos para el trabajo que he de hacer». Y poco a poco

comprendía que su indiferencia ante la muerte (la de ellos como la de otros) es una costumbre poderosa que deforma el alma como el ejercicio de un oficio duro deforma el cuerpo. Sentía que se volvía parecido a ellos, y peor, pues ellos tenían la inocencia de los animales, y lo que más les gustaba era el vino y la ropa bonita; una vez borrachos podían tanto reventar los ojos a un herido como llorar pensando en su madre. Ricord recordaba las palabras de Arsen: «Rezó por los que no saben lo que hacen, no rezó por Judas».

Pasaba por momentos de tristeza insoportable que sólo podía calmar con

el placer de matar. Sabía que sus hombres le admiraban y lo servían con devoción porque le consideraban el más feroz entre ellos; pues incluso en aquella cofradía maldita el honor pasaba por delante del dinero, y su honor consistía en ser crueles.

Después de la derrota del conde de Tolosa el trabajo se hizo más difícil, ya que los cruzados ocupaban la mayor parte del territorio y comenzaban a conocer al adversario. El gran ejército se había marchado, los que quedaban eran prudentes y valerosos, y ejercitados en la guerra de emboscadas. En las

aldeas y los campos, el obispo y Aimon de Montfort, el nuevo vizconde, proclamaron que se daría una prima de cinco marcos a quien cogiese a un jefe de cuadrilla, vivo o muerto.

Ricord dijo a sus hombres:

—El invierno será duro y tendremos que escondernos en el bosque. ¿De qué viviréis? Los clérigos viajan poco y con buena escolta, no podemos contar con un buen botín. Id y encontraréis señores que os paguen una soldada.

—Podemos ir a Foix y a Tolosa —le respondieron—, a Gascuña o a Aragón o a Carcasona, a las cruzadas; nos pagarán bien en todas partes. Pero con vos

podemos decir que hacemos un buen trabajo. Al mando de un hombre como vos, el conde de Foix podría poner una compañía de doscientos aragoneses.

Ricord se decía que tal vez algún día llegaría a aquello. No obstante, le repugnaba sacar provecho de su pecado, y caer otra vez en las tentaciones mundanas de su juventud. A veces buscaba refugio en los castillos donde los cruzados todavía no habían metido a sus hombres; le recibían bien, le consideraban un valiente. La esposa y la hija del amo le servían a la mesa. Le pedían que contara sus hazañas, pero él prefería callar.

—A muchos hombres les gustaría hacer lo que hacéis vos, pero tienen mujer e hijos. Los que han abandonado el país con sus familias han actuado sagazmente; pero han dejado a sus siervos y vasallos a merced del invasor. Vos, que no sois de la tierra, sois más libre.

—No os puedo culpar de haberos sometido —decía Ricord—. No es ninguna vergüenza clavar un puñal por la espalda a enemigos de esta calaña. La próxima primavera, cuando el rey de Aragón y el conde de Tolosa reúnan a sus tropas, sabremos unirnos y actuar de forma que no quede ni un francés en

nuestra tierra.

Al hablar así con hombres de su rango, Ricord empezaba a darse cuenta de que olvidaba por qué luchaba; era como un soldado de oficio, para quien la mayor preocupación es matar al mayor número de enemigos posible, y sentía ganas de alardear de las decenas y decenas de cruces rojas que conservaba como único botín. ¿Luchaba por defender a los pobres o para recoger un centenar de cruces más? No se puede pensar en dos cosas a la vez, él debía pensar en matar.

Un día de noviembre, cuando le invadía una tristeza infinita (ya que

llevaba tiempo sin encontrar cruzados), el leñador que le hospedaba fue a decirle que en un bosque de Minerve, a una legua de allí, se escondían dos santas mujeres. Ricord acudió con las gentes de la aldea al lugar donde aquellas mujeres reunían a los fieles para la plegaria. Esperaba purificarse el alma con su presencia, no se le presentaba con frecuencia la ocasión de rezar. Después de las quemas de Minerve y Lavaur, los buenos hombres que habían sobrevivido tenían que esconderse, sus refugios sólo se revelaban a personas de confianza.

En un claro, junto a un gran fuego de

ramas secas, las dos mujeres se hallaban en pie y bendecían por orden a los fieles que llegaban a prosternarse ante ellas. Derechas y esbeltas con sus largas capas marrones, no parecían ancianas; Ricord esperó su turno con los ojos bajos. De pronto, el sonido de una voz conocida le hizo levantar la cabeza; la más alta de las dos mujeres se ajustaba el capuchón que le había caído hacia atrás, descubriendo su rostro. «Cómo se parece a Arsen —pensó Ricord—. Puede que sea su tía». Y al acercarse la reconoció.

En realidad no había envejecido, pero su rostro reseco, curtido, parecía

ahora de otra materia: así habría sido, sin duda, el rostro de Juan Evangelista o de todo bienaventurado a quien la voluntad de Dios hubiera permitido vivir mil años. ¡Ah! Ni siquiera mil años, sino una eternidad separaban aquellos labios de los labios que antaño recibían y daban besos. Muerta para siempre, devorada por el Espíritu, ni madre ni mujer, sino templo de Dios.

«Esos ojos me verán y no me reconocerán». Se acercó a ella y se postró a su vez. No tenía nada que decir aparte de las palabras de la veneración.

—Pedid a Dios que haga de mí un buen cristiano y que me conduzca a una

buena muerte.

Arsen levantó su delgada mano morena y agrietada y sus labios se estremecieron.

—Que Dios haga de ti un buen cristiano y que te conduzca a una buena muerte.

Había unos cincuenta hombres y mujeres reunidos alrededor del fuego; las dos mujeres, en pie sobre un pedrusco, recitaban a turnos versículos del Evangelio. Decían:

—Yo soy la viña y mi Padre el viñador.

—Todo sarmiento que está en mí y no da fruto, lo arranca; y todo sarmiento

que da fruto, lo poda, con el fin de que dé aún más frutos.

—Vosotros ya sois puros a causa de la palabra que os he anunciado.

—Vivid en mí y yo viviré en vosotros.

—Como el sarmiento no puede por sí solo dar fruto si no permanece unido a la cepa, tampoco vosotros podéis, si no vivís en mí.

—Yo soy la cepa, vosotros los sarmientos...

—... Si alguien no vive en mí, se arroja fuera como el sarmiento y se seca; luego recogen los sarmientos, los arrojan al fuego y se queman... —

Cuando Arsen pronunció aquellas últimas palabras, notó que le faltaba la voz; rompió en sollozos y levantó las dos manos por encima de la cabeza—. ¡Ay, hermanos, amigos! ¡Dios es testigo de que no soy yo quien llora ahora, sino el que está en mí! ¡Por todos los que no han vivido en él, por todos los que nuestros crueles tiempos han arrancado de él, por los que se han secado y se queman! ¡Pues ese fuego no puede apagarse, y el sarmiento quemado ya no dará frutos! ¡Hermanos, amigos, el dolor de Dios por las almas perdidas es mayor que el de la madre que ve torturar a su hijo! ¡Pues Él es alegría sin fin, pero

para nuestro mundo su rostro es dolor,
mil soles no son nada para El al precio
de un alma que se pierde!

»Cuando veáis al enemigo cubrir la
tierra de lodo y de sangre, morad en
Jesucristo. Aquí abajo no hay más
justicia que la del demonio, ni otra
verdad que la del demonio, ni otra
sabiduría que la del demonio. En verdad
os digo: Dios no es de este mundo,
nunca lo ha sido y nunca lo será.
¡Hermanos, hermanas, Dios es una
locura tal que jamás la concibió un
hombre de la tierra, Dios es amor
insensato, amor devorador, amor sin
límites, amor sin razón, para nuestros

corazones de piedra y de lodo es una locura tal que preferimos morir a soportarla!

Hablaba así, mirando al frente, por encima de las llamas, y con las manos levantadas y juntas como si estuviera colgada de una cuerda invisible suspendida por los aires.

—Hermanos y hermanas, sé que mis palabras son duras, pero ¿con qué derecho os hablaría yo de otro modo, si así es la verdad? Si buscáis otra cosa que la locura de Dios, acudid a aquéllos que os prometen la salvación por un poco de dinero, de pan sin levadura y de obediencia servil. ¡Su locura en realidad

es mayor, pero es a la medida de este mundo! Si queréis juzgar según las leyes de este mundo, id hacia ellos, pues de corazón ya estáis con ellos.

Sus ojos derramaban lágrimas, tenía las mejillas cubiertas y la boca mojada. Entre los asistentes, la mayoría de las mujeres lloraban, algunos hombres también. Ricord pensaba: «Más me hubiera valido verla muerta y enterrada.

A una muerta le habría hablado llorando sobre su tumba, ¿qué le puedo decir a esa mujer, en cambio?.

Fabrisse entonaba cánticos con su voz fuerte, un poco quebrada por el frío, pero aún bonita; los hombres y mujeres

respondían a coro. La noche fue larga, hubo que añadir más de un haz de zarzas al fuego. El cielo palidecía lentamente y las largas sombras negras de los abetos empezaban a distinguirse. Las dos mujeres, agotadas, ateridas de frío y como descompuestas por el sueño, se calentaban las manos junto a la hoguera, mezcladas con un grupo de campesinas, mientras esperaban la hora de recitar las oraciones matinales.

Ricord aguardó aún mucho rato, pues todos tenían consejos que pedirles a las buenas mujeres, uno para un enfermo, otro para un duelo excesivamente cruel o un caso de

conciencia. Pero hacia el mediodía, pidieron que las dejaran solas para rezar en paz.

Ricord pensaba: «¿Qué tengo que decirle?». Ni siquiera le apetecía hablarle, pero el recuerdo de sus hijos y de los veinticinco años de vida en común le obligaba a quedarse. Se acercó a las dos mujeres y, después de doblar la rodilla y recibir la bendición, pidió el favor de hablarles después de sus oraciones.

—¡Ay! Mi amigo más querido —dijo Arsen—, ¡hace tanto tiempo que rezo por tener la alegría de volver a verte! (Cuando te he reconocido, esta noche,

mi corazón ha saltado como un ciervo alcanzado por una flecha, tenía mucho miedo de no volver a verte y ya casi no confiaba en ello. Ésta es Fabrisse, la compañera que Dios me ha dado; su familia es de Lauraguais y en otro tiempo ella estuvo casada con Guillaume de Brézilhac. ¡Que Dios conceda a todo el mundo un compañero de viaje tan bueno!

Fabrisse se echó a reír, con su risita un tanto seca, pero tierna, y dijo que doña Arsen era la primera montañesa que había conocido con quien resultaba fácil convivir.

—Habitualmente, los de vuestra

tierra nos miran como a gentes mundanas y frívolas, y no se equivocan.

Ricord se dijo que aquella mujer era mundana, desde luego, era graciosa y todavía podía gustar, y sintió una profunda lástima. «Son dos mujeres dignas de los mayores honores y ante las cuales los reyes deberían postrarse — pensó—, y las persiguen como a perras rabiosas, y si las cogen no las matarán como perras...».

—Arsen —dijo—, nos separamos con tristeza, y es para mí un gran honor que me recibas con alegría. Todo ser humano busca hacer el bien a su manera y según la luz que ha recibido de Dios.

Esta noche has llorado por mi alma; pero si es verdad que el amor de Dios es locura, no juzgues a los locos.

»Dios sabe que no es ésta la vida que deseaba yo para ti, ni para la que tú te preparabas. ¿Quieres que te vea arrastrada por las calles, con una cuerda al cuello? ¿Quieres que te vea rodeada de leña y retorciéndote de dolor entre las llamas? Si todavía te queda algún respeto por mí, deja estas tierras y vete a las montañas, donde los cristianos están amparados y viven en sus casas.

»La vida ya me es lo bastante cruel. Han puesto precio a mi cabeza, ya no encuentro soldados y no tengo ni un

sueldo. Me juré seguir luchando mientras me quedaran fuerzas en los brazos. Pero por ponerlos a resguardo a tu compañera y a ti dejaré esta tierra. En compañía de un hombre seréis menos sospechosas y estaréis más protegidas, y no mentirás si dices que soy tu marido.

—No —respondió Arsen—, Agradecemos tu bondad, pero seremos más útiles aquí.

—Yo también —repuso Ricord con dulzura— soy más útil aquí de lo que podría ser en una tropa regular. Arsen, escucha, he pasado por Foix y por Tolosa, por Perpiñán y por Barcelona, y he visto a muchos hombres dispuestos a

luchar. Aparte del conde de Foix, todos los que podrían levantar un arma temen que les excomulguen o esperan que las cosas se arreglen por sí solas. Nuestros hijos se pasan el tiempo en las salas de guardia y los patios de los castillos, tascando el freno y jugando a dados y escuchando las noticias... En esta tierra, todo hombre que no quiere servir al enemigo no puede servir a nadie y lucha por su cuenta. Por eso me toman por un bandido, pero en mi conciencia no tengo nada que reprocharme.

Arsen permanecía sentada en un tronco, con la cabeza baja y las manos juntas sobre las rodillas, y Fabrisse, en

pie al lado del fuego que se apagaba, arrojaba ramitas y hojas muertas. El sol brillaba alegremente aquel día, las sombras de los pinos lanzaban largas estrías azules sobre la hierba gris y pisoteada del claro.

—¿Por qué no me hablas? — preguntó Ricord—. ¿Tan duramente me juzgas?

Arsen le dirigió una larga mirada pensativa. Parecía no haberle oído.

—Tienes el cabello gris —habló por fin, con una voz casi tierna.

—¿Qué tiene que ver mi cabello con lo que decía?

—Nada. Antes me gustaba tanto

peinarlo, y ya no debo ni rozarlo con la mano. ¡Cómo esperábamos ese tiempo del cabello gris! Y ese tiempo ha llegado y nos ha traído tribulaciones, amargura y miseria.

—Tú has encontrado la paz —dijo Ricord.

Ella sonrió y paseó lentamente la mirada por el claro desierto, el montón de cenizas negras, el sendero cenagoso...

—Cuando estamos solas —relató—, mantenemos el fuego toda la noche por miedo a los lobos, vigilamos por turnos. Y al oír ruido en el bosquecillo, nos decimos: «Dios quiera que sólo sea un

lobo». ¿No está dicho que la paz de Dios supera toda comprensión? La verdad es que yo no la comprendo. El espíritu nos lleva donde quiere, pero nuestra alma se queda sola y desnuda ante la tristeza y el dolor. Pues la piedad es como un brebaje de fuego que quema las entrañas, y no hay remedio contra este ardor.

—¿Quién lo sabe mejor que yo? He perdido la razón. ¿Quieres que me quede en el bosque con vosotras, que os siga para protegeros?

—No, Ricord. Tu corazón ha elegido otra vía. Amigo mío, si para salvar la vida de muchos inocentes tuviera que

prostituirme con un verdugo, tú no lo hubieras aprobado. Tú cometes una falta cien veces más grave y que te destruye de una forma más irremediable. Sin embargo, las leyes de este mundo son tan crueles que tal vez valga más hacer el mal, si tu alma está tan ciega para ver bien. Pues apenas un hombre de cada cien mil no está ciego. Y de cien mil maneras de prostituirse al demonio, la tuya tal vez no sea la peor.

—Vamos —protestó Ricord, levantándose—, sé bien que no es la peor. No quiero oír tus duras palabras. De nuestro pasado amor no queda nada, tenemos el cabello gris y nuestros hijos

nos han olvidado. Apenas me acuerdo del placer que me daba tu cuerpo... desde hace años no he puesto la mano sobre una mujer, siempre te he sido fiel. Este vínculo que creímos tan sólido no es más que un vínculo de carne, han bastado dos años de separación, y los sufrimientos que no hemos vivido juntos nos han vuelto extraños el uno para el otro.

»Arsen, llevo aquí, en este talego atado a la cintura, tela roja con la cual coserte un gran manto, si alguien uniera todas estas cruces trozo a trozo: cada una la gané al precio de la vida de un hombre. Acuérdate también de sentir

piEDAD por éstos, no les he matado con alegría. Pero si encuentro a otros y puedo matarlos, lo haré con más alegría, porque te he visto, y al pensar en el daño que pueden hacerte sentiré mayor fuerza que antes.

Se arrodilló y la mujer extendió la mano sobre su cabeza.

—Que Dios haga de ti un buen cristiano y te conduzca a una buena muerte.

Luego se arrodilló delante de Fabrisse, que le dijo las mismas palabras. Se marchó, pensativo, triste, preguntándose casi si había soñado.

El sendero, pisoteado el día antes

por decenas de pies, estaba desierto. Cruzado por riachuelos y grandes bloques de piedra, avanzaba entre rocas cubiertas de musgo y zarzas y se perdía de nuevo en el interior del bosque de pinos; quedaba una legua larga de caminata hasta la aldea. Ricord pensó que, en resumidas cuentas, el acceso al refugio de las dos mujeres era bastante fácil; bastaba una cuadrilla de paso, una vuelta de inspección, un delator... Había un clérigo en la aldea, un anciano, un hombre del lugar pero poco querido, pues se sabía que rezaba en secreto por la victoria de los cruzados. «Ese hombre —pensó Ricord— puede denunciarlas si

tiene ocasión; también puede no hacerlo. Si lo desea, el miedo no le retendrá; abandonará el lugar con los soldados, y encontrará un sitio en Carcasona o Narbona. ¿Hay que castigarle por adelantado por un crimen que quizá no piensa siquiera cometer?

»Arsen —pensaba—, yo la llamaba mi paloma y mi amada. El corazón se me ha secado tanto que el único amor de mi vida me parece ahora un juego de niño... Y si me la entregaran como era a los veinte años, la miraría como miro este pedrusco cubierto de musgo negro. Soy viejo. La cólera y la lástima me han comido las entrañas. No siento por ella

más que piedad, pues fui yo quien la sedujo y la empujó a esta dura vía; las mujeres son más frágiles que nosotros, se ha quemado como una mosca sobre una vela en el fuego cruel del amor.

»Por su alma no puedo hacer nada, está en otro mundo. ¡Pero que muera yo de una muerte vergonzosa si no puedo proteger del ultraje su noble cuerpo usado y afligido! Y si se tiene que derramar sangre, que no sea la suya.

»Al llegar a la cabaña del leñador, tomó al hombre aparte y le dijo:

—Amas tu tierra, puesto que albergas a un hombre como yo. Ven conmigo, dame una de tus hachas y toma

la otra, y vamos a la aldea, a la plaza de la fuente. Veremos si los hombres de aquí son valientes o si tienen que llevar faldas como las mujeres.

—A los hombres de aquí —dijo el leñador— nunca les han gustado los saqueadores y los traidores.

De pie sobre la gran tabla que cubría el pozo, Ricord blandió el hacha en el aire como una bandera y gritó:

—Que todos los que estén a favor de los franceses y los clérigos digan su nombre, ¡tengo que hablarles! Y los que no estén a favor de ellos, que escuchen lo que tengo que decirles: ¡soy Ricord de Montgeil, quien me entregue se hará

rico, pero no por mucho tiempo! ¡Y quien me siga será pobre y perseguido, pero no por mucho tiempo! Dicen que soy un salteador de caminos, pero habéis de saber que nunca he cogido un solo sueldo para mí, ni he atacado a nadie si no a los enemigos del país. Quiero que sepáis que soy pariente de una de las mujeres que viven en el bosque, y que soy de su fe, como mi padre y mi abuelo lo fueron antes que yo, ¡y que siempre he amado más a los pobres que a los ricos, a los débiles que a los fuertes!

»El enemigo tiene caballos y máquinas, lanzas y escudos, espadas y

ballestas; tiene cotas de mallas, yelmos, corazas y guantes de hierro; tiene las murallas de nuestros castillos, graneros llenos de nuestro trigo y bodegas llenas de vino de nuestras viñas, y de mujeres de nuestras aldeas y nuestros burgos. ¡Están tan bien alimentados y tan bien protegidos que no hay que maravillarse si luchan bien! ¡Los que no tienen más que su pecho y sus brazos, éstos son los verdaderos hombres, y cuando pelean, no lo hacen por jugar! Hermanos, cuando ellos son diez, nosotros cien; cuando ellos son cien, nosotros mil, somos más fuertes que ellos. ¡Quien no tenga hacha que coja una guadaña, quien

no tenga guadaña que coja un cuchillo, quien no tenga cuchillo que coja un garrote, que llene sus alforjas de piedras!

»¡Ellos están a salvo en los castillos, pero que sepan que no siempre es seguro que salgan, metámosles tanto miedo en el cuerpo que se vean obligados a desenvainar la espada delante de cada roca y de cada zarza! Y que se vayan a su tierra y se lleven a sus abades y a sus obispos y a todos los demás bebedores de sangre: ¡pues tal como beben en recuerdo la sangre de Nuestro Salvador, beben en realidad la sangre de nuestros hermanos!

»¡Vosotros, que me miráis, vosotros, que sois hombres más jóvenes que yo! Muchachos que no tenéis veinte pelos de barba en el mentón, que vivís en casas y encendéis fuego todos los días. Y dejáis que vivan en pleno bosque unas mujeres lo bastante mayores para ser vuestras madres, ¡y tan santas que una sola de sus lágrimas vale más que toda vuestra sangre! ¿Acaso sois peores que animales? ¿Acaso la vida que es buena para esas mujeres no es lo bastante buena para vosotros?

»Las tareas del verano han terminado, la siega, y las vendimias, y la cosecha de aceitunas. ¡No os quedéis

parados, la veda está abierta, que quienes aman su país no dejen que se lo coman vivo ante sus ojos! Dios y Jesucristo están con nosotros, no quieren que se mate a mujeres ni a niños, ni que se agravie a los pobres. Quien me siga no perderá el tiempo, ni la pena.

Aquel día Ricord reunió a treinta hombres y mandó recoger hachas, arcos, hoces, martillos de herrería, y horcas y guadañas. Se decidió que la cuadrilla se marcharía de la aldea e iría a acampar en el bosque cerca del camino de Tolosa. Allí podrían cazar a los exploradores y a los rezagados, y a los correos del ejército.

Las gentes de la aldea eran soldados muy pobres, un solo mercenario español valía lo que diez de ellos. Pero tenían buena voluntad, y también rabia: aquella misma noche, masacraron al viejo clérigo y a su familia en su casa.

III. LOS DE LA IGLESIA MILITANTE

Al año siguiente, Arsen y Fabrisse bajaron hacia el sur y llegaron a Mirepoix, guiadas por unos enviados del obispo. Necesitaban ese descanso, estaban agotadas y profundamente abatidas por el espectáculo de las miserias con que convivían y por las malas noticias. Pues parecía que el demonio triunfaba en la tierra, y que era

bastante fuerte para arrebatarse a las almas perdidas toda posibilidad de salvación. En Lavaur había quemado a más de cuatrocientos cristianos, en Cassés, cerca de cien al mismo tiempo, y de los que habían apresado y quemado en Carcasona y en otras ciudades ni siquiera se hablaba ya. Las montañas ya no eran refugio seguro; la ciudad de Foix estaba superpoblada, llena de hombres de armas; los conventos de hombres y de mujeres habían tenido que exiliarse y refugiarse en castillos y grutas acondicionadas.

En el castillo de Mirepoix, donde el obispo Bernard había convocado a

todos sus cristianos de Carcassés, localizados por sus emisarios, solamente cerca de trescientas personas se habían presentado en la reunión, más los hombres de armas y los caballeros de la región, y una cantidad bastante elevada de fieles, a los que, sin embargo, se les aconsejaba no demorarse demasiado rato en la plaza. No convenía llamar la atención de las tropas cruzadas que circulaban por la zona.

Fue larga la lista de nombres que el obispo y su hijo mayor leyeron a sus hermanos supervivientes para darles a conocer el estado de la Iglesia de

Carcassés en aquel cuarto año de guerra.

—... Éramos más de mil —decía el obispo—, y se consideraba justamente a nuestra Iglesia la más fuerte del país (no lo digo con el propósito de glorificarnos a expensas de nuestros hermanos de Tolosa y Albi). En el presente, contando con los recién llegados, apenas somos cuatrocientos. Hermanos, guardémonos de ordenar apresuradamente a fieles cuya fe no esté lo bastante probada. El ardor de los postulantes, por admirable que sea, no es una garantía de fe auténtica, en nuestros tiempos conmocionados.

»Guardémonos de ordenar a quienes,

mal instruidos en la fe y en la ciencia de Dios, podrían olvidar la enseñanza verdadera y caer en la herejía. Creyendo servir a Dios, servirían al demonio y profanarían la pureza de la doctrina de la Iglesia con las imaginaciones de su corazón. Que ninguno de vosotros diga: "El Espíritu Santo que me fue conferido habla por mi boca", pues el espíritu habla, en efecto, pero nosotros no sabemos cuándo ni cómo, puesto que está dicho: "Sopla donde quiere".

»El mundo os reconocerá como sus discípulos porque "os amaréis los unos a los otros". ¿Hablaban aquí el Señor del amor carnal que nos hace hoy derramar

lágrimas por los hermanos que nos han dejado? ¡Ni mucho menos! Hablaba del amor que une a los espíritus y las almas en Dios, una unión tan plena que ninguno conserva su pensamiento propio, sino que todos piensan la Palabra del Señor y se pierden en ella, ¡y se consumen en ella como la paja en el fuego!

»Él no rezó por el mundo, sino por aquéllos que están fuera del mundo. Hermanos míos, no creáis, como las almas simples, que sólo rezó por los elegidos que reciben el Espíritu Santo. Todas las almas, desde las más puras hasta las más perdidas, están fuera del mundo desde el principio de la

eternidad, y están destinadas a volver al seno del Padre. ¡Que ninguno de nosotros desprecie un alma todavía ignorante hasta el punto de anunciarle nada que no sea la pura doctrina de Jesús! Que nadie diga: esta ciencia es demasiado elevada para los pobres de espíritu, hay que llevarles a la salvación por otras vías indirectas. No hay más que una sola vía.

»Esta tentación siempre ha sido la más perniciosa de todas: fue la que causó la caída de Roma, por ella el demonio arrastró a nuestros antepasados a la idolatría. Entre vosotros, hay quien dice a sus fieles: "Vuestras almas se

salvarán porque lucháis por una causa justa". Y con esas palabras ponen a las almas en grave peligro. Pues nuestra causa es efectivamente buena y justa, pero el Apóstol dijo: "Aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha". ¡Que ninguno de vosotros se atreva a engañar a su hermano ignorante con una promesa de salvación por una obra carnal, por muy espléndida que sea, pues así es como actúan los que luchan contra nosotros!

»Ante ello reconocerá el mundo que sois sus discípulos; que su palabra resplandezca en vosotros, que sea

vuestro estandarte y vuestra espada, vuestro escudo y vuestra ropa, vuestro alimento, vuestro trabajo, vuestro reposo. Cumplid su palabra en primer lugar. No tengáis otro deseo ni otro propósito que dejaros penetrar por ella, revestiros, alimentaros con ella hasta que sea en vosotros manifiesta, si Dios lo permite; pues no conquistaréis a las almas con buenas palabras ni con buenas obras; pero si os convertís en ventanas por las cuales vuestros hermanos vean la luz de Dios, habréis ayudado al Padre a encontrar a sus hijos perdidos.

Al día siguiente, en la sala de armas

del castillo, a la luz de todos los cirios y antorchas que pudieron recoger en diez leguas a la redonda, el obispo ordenó a treinta postulantes, todos hombres y mujeres en edad madura. A los jóvenes les aconsejó regresar provisionalmente al mundo. Entre ellos se encontraba Gentiane de Montgeil.

Desde hacía más de tres años, Gentiane se preparaba para el día en que la recibirían entre los elegidos de Dios. No era perezosa ni frívola, pero le decían siempre que no estaba aún madura. Iba a cumplir veintidós años; después de tres años de ayunos y velas, se había quedado delgada y pálida, y

casi parecía un muchacho disfrazado. Por su mirada ardiente y viva, la llamaban *El Halcón*; sus madres espirituales decían: «Es una niña dotada, pero que todavía no ha sacado de sí todos sus demonios». El día en que la comunidad tuvo que abandonar Foix, Gentiane y tres de sus compañeras pidieron permiso para dirigirse a Mirepoix para asistir a la asamblea que convocaba el obispo de Carcasona; siempre le decían que no podía confirmarse en su fe sin la orden del obispo.

Al pensar en las desgracias que abrumaban a su tierra, Gentiane no

derramaba lágrimas como hacían sus amigas; se sorprendía ante la dureza de su corazón. Desde la noticia de la quema de Minerve, le atormentaba una visión: el rostro de su madre, con la piel sanguinolenta, hinchada, agrietada por las llamas, con la boca abierta, gritando... y esta visión no le causaba miedo ni tristeza, sino una especie de exaltación. Se endurecía el corazón y los sentidos con aquella imagen cruel; pensaba, con una alegría sombría y sorprendente: «Yo podría soportar eso, ¿qué no podría soportar yo? La copa de la que tenemos que beber y el bautismo con el que nos bautizarán. Tal como se

lo pidió a los santos apóstoles, nos lo pide a nosotros, bienaventurados los que responden: nosotros podemos. ¡Madre, tan dulce y tan tierna, que mi corazón no se turbe, pues tal vez sufras semejante martirio por Dios! Mientras yo suba a la hoguera, cantaré».

El día que supo que el obispo pedía a las jóvenes y a los muchachos que volvieran al mundo, Gentiane lloró por primera vez en tres años. Ese mismo día se enteró de que su madre estaba presente en la asamblea, entre las demás mujeres venidas de Carcassés. Los postulantes se alojaban en los graneros del castillo y sólo veían a los elegidos

de lejos, durante las ceremonias, y Gentiane no era indiscreta ni curiosa.

Fue Aicart (promovido recientemente a la dignidad de diácono) quien, al saber la violencia de la pesadumbre de la joven, juzgó adecuado decirle que su madre estaba allí.

—Monseñor —dijo Gentiane—, vos fuisteis el primero en animarme a tomar la buena vía, ¡hace tiempo que ayudasteis a decidirse a mi madre y al noble Raymond a dejarme seguir mi vocación! ¡No tenéis derecho a abandonarme, debéis intervenir en mi favor ante monseñor el obispo! ¡Él no nos conoce, nos juzga por la edad, pero

Dios puede llamar a un alma a cualquier edad, incluso en la cuna, en el vientre de su madre, como dicen los Salmos! Vos me conocéis, tenéis que hablar por mí.

Había caído de rodillas y, con la cabeza echada hacia atrás, buscaba ávidamente con los ojos el rostro del hombre que se volvía para no dejar que le conmoviera la lástima.

—Hija mía, ¿quién soy yo para oponerme a las decisiones de monseñor el obispo? Entre los diáconos, soy el más joven y el menos digno. En realidad, yo no os conozco; es a las madres de vuestra comunidad a quienes corresponde hablar por vos.

—¡Señor Aicart, sin vos tal vez no hubiera dejado el mundo! ¡Tened cuidado, no seáis el portador del escándalo, el que hubiera hecho mejor en arrojarse al agua con una rueda de molino al cuello! ¡Sin vos, tal vez estaría en el mundo, casada, me hubiese resignado hace mucho tiempo! ¡Obligarme a renunciar hoy a mi deseo es más cruel que arrancarme los senos con unas tenazas calentadas al rojo vivo!

Ante aquellas palabras inmodestas, Aicart notó palpitar su corazón, y la sangre le subió al rostro con tal violencia que se quedó aturdido un instante; él no llegaba a los treinta y

cinco años y la joven era bastante guapa. Hacía tiempo que se creía libre de tentaciones semejantes, y se asustó; su primer pensamiento fue decir: «¡Fuera de aquí, eres un demonio!». Luego se dominó, no tenía derecho a escandalizar a un alma ignorante y pura. Dijo a media voz:

—Lo que te hace hablar así no es un verdadero deseo de caridad.

—¡Ay! No quería heriros — respondió Gentiane, en un impulso y con un asombro cándido—. Pensaba que nada os podía herir. No os reprocho nada, quiero que os apiadéis de mí.

—Ya os he dicho que vuestra

venerable madre está aquí. Deberíais hablar con ella.

—Sabéis muy bien que he renunciado a los afectos carnales. ¿Qué puede hacer mi madre? Ella nunca quiso creer en mi vocación. Vos sois diácono y tenéis mayor poder... Considerad que corréis el riesgo de condenarme si me rechazáis. ¿Adónde iré? Mis hermanos son soldados, mi padre lucha con los albigenses, mi madre se ha entregado a Dios y no puede llevarme consigo.

Aicart no dijo nada. Gentiane pensó: «Ánimo. Lo he conmovido. Está dudando». Trataba de adivinar los pensamientos de aquel hombre: se

hallaba delante de ella, en pie, derecho, con los brazos cruzados sobre el pecho, los ojos bajos, los labios tirantes. Se sorprendió de no haberse fijado nunca todavía en lo guapo que era. Incluso así, severo, tenso, ausente, su rostro invitaba a pensar en el de uno de los tres jóvenes, en la hoguera, recibiendo los reproches de Nabucodonosor. «¿Hasta ese punto me considera indigna de la salvación?».

Por fin, le preguntó:

—¿Por qué os quedáis así, sin responderme nada?

Él se estremeció; tenía que hacer un esfuerzo por mantener los párpados

cerrados.

—No me habléis más —repuso—. No puedo hacer nada por vos.

—¡No! —gritó ella—. Veo que sentís piedad de mí. ¿No dijo el señor «llamad»?... Vos mismo me lo recordasteis hace tiempo, no lo he olvidado. ¿No dijo que no hay que tener miedo de importunar cuando se trata de obtener el pan celestial? Quiero ser como la viuda que agotó la paciencia del mal juez... Vos tenéis el derecho, y el poder, y la autoridad necesarios, podéis hacer que me admitan en la Iglesia. Preguntad a mis hermanas, ¡hace tres años que soy novicia y no he

incurrido en ninguna culpa!

—Os he dicho que no sigáis hablándome.

—Sin embargo, me escucháis. Sentís que no me falta razón. Monseñor, hay diversas moradas y diversas vías... ¿Es una falta el ser joven? ¿Es una falta desear ardientemente lo que toda alma debe desear? Sólo Dios conoce las almas, vos no podéis juzgarlas. Él me ha conducido a vos, no me rechazéis.

—Está bien —aceptó Aicart, con voz seca—. Hablaré de vos con monseñor el obispo. Id y no me importunéis más.

En realidad, Aicart se hacía así culpable, si no de una mentira, al menos de una palabra equívoca que se parecía a una promesa. Pidió audiencia a monseñor Bernard el mismo día y le habló de la doncella de Montgeil con toda la naturalidad que pudo: dijo que la creía sincera, pero exaltada, orgullosa y poco dotada para la vida del espíritu. No trató de negar el deseo carnal que le atraía hacia aquella joven, y suplicó al obispo que le impusiera una penitencia y un tiempo de retiro, puesto que no se sentía digno de ejercer el ministerio después de una caída tan vergonzosa.

El obispo le recomendó que se hiciera sangrar más a menudo y que no se detuviera en pensamientos fútiles, y dijo que encontraría una familia honesta y noble donde podrían colocar a la joven como criada o dama de compañía. Aicart creyó haber actuado de la mejor manera posible.

* * *

Arsen y Fabrisse vivían como en el paraíso desde hacía ocho días; les parecía que la vida de los elegidos junto a Dios debía de ser la imagen de aquella vida, hecha de oración en común, de encuentros con amigos, de meditación y

de lectura de la palabra divina. Tan grato resultaba a unos cuerpos cansados el reposo de una casa donde uno no tiene más preocupación que las horas de las oraciones y de las comidas en común.

Como peregrinos que llegan al término del viaje, los que habían llevado la vida dura de los bosques y los largos caminos se abandonaban hasta una despreocupación pueril. Qué importaban los mañanas, qué importaban siquiera las desgracias y miserias del exterior, pronto volverían a encontrarlos, que Dios tenga piedad de los corazones cansados.

Entre las varias decenas de mujeres

cristianas presentes en la asamblea, Fabrisse vio a cinco o seis de sus antiguas compañeras; se enteró también de la muerte de muchas otras. A doña Agnès y doña Serrone las habían quemado en Lavaur. Arsen lloró; y sin embargo no sentía verdadera aflicción. El corazón le sangraba desde hacía demasiado tiempo y por demasiados amigos, ya estaba embotado, y no pedía nada más que un poco de calor. Fabrisse tosía y escupía sangre, ella misma tenía dolores agudos en todos los miembros hasta el extremo de no poder dormir. Habían pasado por muchas casas, un día aquí, dos allá, pero con más frecuencia

en el bosque; siempre en la brecha, en pleno país ocupado. Resultaba que aquella vida era todavía más segura que la de las fortalezas: los bosques y las montañas no se toman al asalto.

—Fabrisse, hermana, antes de la guerra no sabíamos lo que era la verdadera felicidad. ¿Podíamos pensar, hace sólo dos meses, que nos volveríamos a ver en la iglesia y con nuestros hermanos, como antes? Es como si Dios nos recibiera en su paraíso.

—No hay mal que por bien no venga —dijo Fabrisse—. Cuando acabe la guerra, tal vez la echemos de menos.

—¡Ah! ¡Ojalá la echara de menos toda la vida, con tal de que acabase! A veces me parece que vos y yo no veremos el final.

Fabrisse suspiró y se pasó la mano por la frente cubierta de sudor.

—Mi mal no es peligroso, lo provoca el frío. El verano no está lejos ya.

Las buenas damas de Carcassés se alojaban en el antiguo taller de tejidos del castillo, transformado en gran dormitorio común. La mujer del señor, una persona piadosa, que tenía ella misma una hermana retirada en el convento de Foix, las servía todo lo bien

que podía, hacía que les llevaran continuamente conservas de pescado delicioso, tortas de miel y vinos añejos; a veces, pedía permiso para llevar a sus hijas y sus criadas, que se quedaban en el umbral, arrodilladas, y se comían con los ojos a las santas mujeres ocupadas en leer o en rezar oraciones. Arsen pensaba: «Un mes de esta vida acabaría por volvernos orgullosas. Aunque, ¿y qué? Sólo es el salario del obrero. ¿Dónde estaremos mañana?». Fabrisse y ella, como otras doce mujeres entre las más jóvenes, debían regresar a Carcassés; la Iglesia de esa tierra sufría tanto que los fieles corrían el riesgo de

volver a caer en la idolatría romana, a falta de pastores. Los que ya conocían el lugar estaban mejor preparados para reagrupar a los creyentes.

—Hoy la sencillez de la paloma ya no basta —dijo el obispo—, hay que poseer además la sagacidad de la serpiente, tal como lo prescribió el Señor. Para burlar mejor la vigilancia del demonio, viajaréis por grupos, dos hermanos con dos hermanas; y a cada lugar adonde vayáis os daréis a conocer no sólo bajo un nombre falso, sino al menos bajo un título o una cualidad conforme a las exigencias del mundo. Sed mercaderes ambulantes, obreros,

burgueses arruinados o artesanos sin trabajo, según lo que os parezca más verosímil. En realidad, no será mentir; no tendréis que fingir vosotros mismos, los fieles que os acojan lo dirán por vosotros. Cuando lo juzguéis necesario, tenéis licencia para separaros de vuestro hermano o vuestra hermana y de tomar a los ojos del mundo la apariencia de dos parejas casadas; pero en ese caso que cada uno se mantenga muy en contacto con su compañero y resida siempre en el mismo lugar que él, ciudad, castillo o aldea. Que ninguno de vosotros tome por sí solo la menor decisión, ya sea un desplazamiento, una reunión pública o el

consuelo de un moribundo, sin el consentimiento de su compañero; pues el Señor mandó a sus discípulos de dos en dos y les dijo: «Allí donde se reúnan dos o tres en mi nombre, yo estaré entre ellos», pero de un hombre o una mujer solos nunca dijo nada semejante. Si sois dos, representáis a la Iglesia, pero un hombre solo, por mucho que tenga todos los dones del espíritu, es semejante a un yunque sin martillo y a un arco sin flecha; a un hombre solo le cuesta mucho vencer su propia voluntad.

»Que los peligros y las necesidades de vuestro ministerio no os hagan transgredir la regla de la Iglesia: cuanto

más duros los tiempos, más estrictas las leyes que se nos imponen. ¡Que ninguno de vosotros, al intentar engañar la vigilancia del enemigo, se exponga al riesgo de intentar engañar también a Dios! Que nadie toque, ni aun con la punta de los dedos, un alimento impuro; y quien se vea obligado, por la apariencia, a llevar un cuchillo al cinto, que conserve el mango y la vaina y quite la hoja. Pues la regla es el principio de la obediencia, y quien peca contra la obediencia destruye su alma y hace inoperante el espíritu: y quien es conscientemente culpable de una sola falta a la regla ya ha destruido la regla

en su corazón.

Tranquilos, un tanto melancólicos, los viajeros se preparaban para la marcha. Las mujeres remendaban sus vestidos, los hombres se reparaban los zapatos. Las ropas que llevaron los fieles se distribuyeron entre los más ancianos, los regalos y el dinero se repartieron a partes iguales entre todos.

Ya llega el verano, gracias a Dios, ya no pasaremos frío. Ya llega el verano, ¿cuántas bandadas de buitres con cruces rojas nos traerá? La vigilia de la marcha, la señora del castillo fue a anunciarle a Arsen que estaba allí su

hija y que solicitaba hablar con ella.

—¡Ay! Entonces Dios me ha concedido esta alegría que ya no esperaba —dijo Arsen—. ¡Qué grande es su bondad conmigo! ¡Creía que mi hija estaba en las montañas, y la tenía a dos pasos!

Dejó caer la capa que zurcía y corrió a la puerta. Gentiane estaba allí, y ni tan siquiera tuvo tiempo de arrodillarse, pues su madre la estrechó entre sus brazos y le cubrió las mejillas y la frente de besos.

—¡Paloma mía, cuánto has crecido, qué guapa estás! Esta alegría es demasiado grande para mi corazón. ¡Tus

hermosos cabellos, tus ojos claros!
¿Esperabas tú encontrar aquí a tu
anciana madre?

Gentiane lloraba, sin saber si era de
alegría o de tristeza. Creía haber
endurecido su corazón, y con sólo oír
aquella voz que antes tanto quería, se
sentía volver a la niñez. Se soltó del
abrazo de su madre y se puso de
rodillas.

—Es verdad —repuso Arsen,
sonriente—, ahora puedo bendecirte.
Dime, ¿has hallado la felicidad?
¿Entrarás pronto en la Iglesia?

La joven se puso rígida y su mirada
se hizo dura.

—Madre, me envían otra vez al mundo.

—¡No por mucho tiempo, paloma! Cuando acabe esta guerra...

—¡Madre! —gritó Gentiane—, ¿es que no entendéis nada? Sacad a un pez del agua durante un cuarto de hora y morirá. Madre, quieren colocarme en la familia del señor de Chazès, que tiene el castillo por la zona de Castelbon. Para servir a su mujer y a sus hijas, yo que nunca he servido a nadie.

—La guerra ha obligado a muchas jóvenes nobles a vivir en casas de extraños —dijo Arsen—. Tus tíos abandonaron el país y ya no tienen casa;

me alegraré de saberte en un lugar tranquilo. Ya sabes el riesgo que corre una joven en tiempos de guerra.

—¡Madre! Lo que os hace hablar es un afecto carnal. Antiguamente, hubo vírgenes que dieron testimonio, plantaron cara a príncipes y convirtieron a infieles.

—Entonces hay que creer que en esos tiempos los hombres eran menos perversos. No sé cómo protegió Dios a esas vírgenes, pero sé demasiado bien cómo es la vida en una tierra donde reina el soldado. Has de sentirte feliz por haber encontrado personas caritativas que desean tenerte en su

familia. Me avergonzaría de ti si te atrevieras a lamentarte de tu suerte.

—¡Entonces, nunca dejaréis de avergonzaros de mí! Porque me lamento. Mi corazón ha ardido tanto en deseos de entrar en la Iglesia que ahora está totalmente consumido, y nada puede devolverle la vida, si no el sacramento que Dios ha prometido a quienes saben desearlo. Tal vez mi corazón no sea bueno, pero ¿quién tiene derecho a juzgar? Madre, durante tres años he vivido de esperanza, no me quedan fuerzas. ¿Acaso creen que el bautismo es únicamente para los que son como vos, para los que siempre han sido buenos y

puros? ¡De un ser indócil y duro puede hacer una criatura nueva, y no miento al decirlos que ya no soy más que una casa vacía lista para acoger siete demonios peores que el antiguo!

Madre e hija permanecían cerca de la puerta, sentadas encima de pacas de paja; las criadas y las visitantes entraban y salían, rozándolas con sus faldas. Gentiane hablaba alto, con su voz sonora que obligaba a las mujeres a detenerse y escuchar lo que decía. Ella no parecía verlas; tenía las mejillas encendidas y tiraba con impaciencia de las mechas de sus cabellos esparcidos sobre los hombros. Arsen, derecha y

tensa, cada vez crispaba más sus flacas manos en las rodillas. Lloraba.

—¡Ali! ¿He venido para ver vuestras lágrimas? —se lamentó Gentiane—. ¡Tenéis lágrimas por toda respuesta! ¿Acaso no habéis cambiado? ¿No ha hecho el espíritu otra mujer de vos? ¿No sabéis más que llorar, como cualquier madre, y quererme a salvo? Mañana os marcharéis, muy contenta de abandonarme a unos extraños, ¿creéis que lo habéis hecho todo por una joven cuando la dejáis bajo llave en un cofre como una pieza de oro?

—¿Qué quieres de mí? —preguntó la madre con voz entrecortada—,

¿Acaso soy Dios? ¿Qué puedo hacer para ayudarte? Ni siquiera soy ya tu madre, no soy nada tuyo. Según las leyes que reinan en la tierra desde la guerra, no tienes padres; tu padre y yo estamos los dos fuera de la ley. Eres libre de no obedecer a nadie.

—Madre, no quiero apesadumbraros, pero creo que a partir de ahora no puedo más que tomar las riendas yo sola.

Se decía que Aicart de la Cardière había recibido el diaconato por derecho de herencia: compañero de Raymond de Ribeyre durante diez años, le habían

nombrado diácono porque sus superiores querían honrar la memoria del difunto. Al menos, ésa era la opinión de los que no le querían. En realidad, pasaba por un hombre mediocrementemente dotado para la vida espiritual, pero vigoroso y combativo, y la dureza de los tiempos explicaba su nombramiento. Pero el título lo codiciaban hombres de más edad y más instruidos que él, que lamentaban ver al obispo resignado a no escatimar medios.

Por esa razón, Aicart y su compañero dejaron el castillo con ánimos poco cristianos; pensaban que había bastado con unos días de reposo

para ver renacer el antiguo espíritu de intriga y de discordia; y los hermanos que vivían al margen del peligro concedían más valor a las disputas teológicas y a las cuestiones de prelación que a la lucha contra Satanás.

Renaud, el compañero de Aicart, hombre de unos cincuenta años, alto de estatura, fuerte como un toro (había sido herrero en el mundo), era uno de esos predicadores de habla ruda y espíritu vivo a quienes se acusaba abiertamente de simpatía por la herejía de los Pobres de Lyon; la chusma también lo escuchaba de buen grado. Creía que en tiempos de guerra había que rechazar los

antiguos prejuicios y caminar de la mano de los leonistas.

—Porque —decía— si tienen el espíritu en el error, no así sus corazones. Satanás sabe mejor que nosotros reconocer a sus verdaderos enemigos, ¿acaso no es Roma tan dura con ellos como con nosotros?

Los dos hombres, acompañados por tres creyentes armados, se acercaban a Carcasona, donde tenían que detenerse con gran secreto. La noche era clara y el camino estaba desierto. Era peligroso caminar de día, Aicart era muy conocido en la tierra. Los tres hombres armados hablaban en voz baja por temor de

molestar las meditaciones de sus venerables compañeros. Aicart, con la cabeza levantada, observaba las estrellas para que no se le pasara la hora de la oración; y tenía el corazón tan triste que le hubiera gustado no tener que bajar nunca los ojos a tierra.

Desde hacía más de dos años, el corazón le sangraba y se negaba a curarse. Desde hacía más de dos años cada paso de su nuevo compañero le resultaba como un mazazo en la cabeza. Tenía que luchar duramente para no sentir odio contra aquel hombre respetable y bueno, pero demasiado diferente al amigo perdido. «El buey,

que es un animal, se deja morir de languidez cuando pierde a su compañero de yugo. A nosotros no se nos permite esa debilidad, ¡ojalá hubiera pasado por el fuego al mismo tiempo que él! Desde la juventud, él era el sol de mi vida, puedo contar las noches en que no he velado a su lado, las comidas que he tomado sin él. Su espíritu resplandece ahora entre los ángeles de Dios; pero es tanto el poder del demonio que de las mejores cosas puede hacer un veneno; por la gran amistad que sentía por él, mi amigo me ha herido, y quienes me lo han quitado han hecho de él mi peor enemigo, puesto que sufro tanto a causa

de él.

»Señor Dios, que tenéis piedad de las almas, que por temor a perderlas dejáis que subsista este mundo...

»Señor Dios, la sangre de los justos grita hacia vos en nuestros corazones heridos: dejáis subsistir una montaña de mal para salvar diez gotas de agua de bien, la medida no es igual, Señor, vuestra piedad es cruel.

»Por la fuerza del mal de la carne domina el espíritu. ¿Sabéis, Señor, lo fuerte que es la carne? El hombre a quien le arrancan las entrañas sólo le queda carne, aunque sea el más puro de los puros...

»—Hermano, es hora de rezar —
dijo Renaud—. Perdonad que
interrumpa vuestras meditaciones.

—Gracias, hermano. Perdonad mi
negligencia.

Los dos hombres se detuvieron; los
soldados los dejaron solos y fueron a
sentarse al terraplén que quedaba a
veinte pasos. Estaban reventados de
cansancio y miraban con un rencor lleno
de admiración a los dos buenos
hombres: después de dos horas de
marcha, éstos podían reanudar el camino
como si hubieran dormido toda la noche.
Piernas de acero, corazones de acero.
Ésos, si alguna vez los cogían, ya sabían

lo que les esperaba. Para entrar en Carcasona, hay que estar en la puerta del burgo antes del alba, cuando los centinelas prevenidos con antelación no hayan hecho el cambio...

Apartados del camino, al borde de un campo de tierra negra, los dos hombres arrodillados repetían la oración dominical y sus comentarios, prosternándose lentamente después de cada versículo; impasibles y solemnes como si se encontraran en una sala iluminada con cirios y llena de fieles.

Echados sobre la hierba, los soldados hablaban en voz baja para no dormirse.

—¿Al menos, estás seguro del centinela?

—Ya te digo que es mi cuñado. Su hija es novia de un mozo del norte desde el otoño pasado; un picardo. Mi cuñado dice: no hay mal que por bien no venga.

—Gracias a Dios, yo no tengo hijas. Todos los bastardos que esta guerra nos habrá dejado en los brazos... No se les puede ahogar a todos, ya no.

—Te diré una cosa, Guillaume: si mi cuñado pide al picardo que cierre los ojos cuando conviene, no se hace pagar por ello. Es él quien pone dinero, ¿entiendes?

—La moza ha de ser un rato

hermosa. Lo que no quita que en el lugar de tu cuñado me pasaría más de una noche afilando el puñal, para el día en que los nuestros retomen la ciudad.

—¡Vamos hombre! Vosotros dos. ¿No podéis hablar de cosas más apropiadas, mientras los buenos hombres rezan?

—Ah, sí, es pecado. La vida nunca es apropiada, en tiempos de guerra.

Los tres pensaban que los buenos hombres rezaban demasiado rato y que había que prepararse para dos leguas de marchas forzadas, para llegar a la hora. Conocían el desprecio a que se exponía el torpe guía que dejara que detuvieran a

aquellos hombres, aquellos desarmados que no podían mentir. El guía es el guardián de un tesoro de incalculable valor; el enemigo sólo mata los cuerpos, la muerte de un ministro de Dios priva a las almas de la salvación.

En Carcasona, Aicart y Renaud pudieron dar el bautismo del Espíritu a veinte enfermos graves. Algunos, por temor a no volver a hallar ocasión de purificarse y de tener una buena muerte, apresuraron ellos mismos su muerte negándose a que les curaran y a tomar alimentos, lo que escandalizó a algunos fieles. Aicart declaró que él no animaba tales prácticas, pero que toda alma era

libre de elegir su vía, una vez estaba unida a su sustancia celestial, y que la muerte del cuerpo era un mal menor que el pecado mortal.

Después de ocho días de idas y venidas nocturnas por los arrabales de la ciudad, de escaladas por las ventanas y tejados de los graneros, de prédicas en cocinas iluminadas por una sola vela, los dos hombres se marcharon de la ciudad. No era razonable que se entretuvieran más tiempo, ello retrasaba su llegada a la parroquia en el Minervois; un rico burgués de Carcasona había puesto a su disposición, por encarecimiento de

Aicart, una posesión donde tenía un aserradero.

Los predicadores partieron pues acompañados por el hijo de ese burgués, que debería hacer que les contrataran como serradores. Ellos no conocían el oficio; pero sabían que no trabajarían mucho con las manos.

Aquel verano, la cosecha fue abundante; por mucho que el temor al enemigo fuera muy grande, la familiaridad con el peligro hace a los hombres hábiles en el engaño. Hasta en los alrededores de los castillos ocupados se podían reunir centenares de fieles para los sermones públicos, en los

bosques, o en los caseríos abandonados. A los que antes de la guerra iban a misa no les gustaba que se lo recordaran, y clérigos y curas acudían a los sermones diciendo: «Nosotros no somos de vuestra fe, pero nos resulta demasiado duro servir a esos obispos. Han abandonado nuestra tierra a los extranjeros».

TERCERA PARTE

El gran sol que salió por el lado de los Pirineos se apagó en cuanto apareció, devorado por el dragón negro, y el lugar quedó sumido en unas tinieblas tales que en pleno día las personas caminaban como perdidas, sin saber qué camino tomar. La noche había descendido sobre sus corazones.

¿Por dónde llegará la salvación, ahora que el rey de Aragón ya no está para protegernos, y los demás reyes nos han abandonado a la Iglesia y a los

cruzados? Los señores extranjeros son como los lobos en la majada, la tierra que se les confía no es la suya, no piensan más que en arruinarla para enriquecerse. ¡Maldita la Iglesia que, según las leyes divinas, viene a violar las leyes humanas y arrebató a los legítimos amos los bienes que tenían de sus padres! Ni siquiera los paganos actúan así.

Éste es el juicio de Dios: el demonio golpea a quienes, con el corazón sincero, se dirigen contra él. Ha quedado manifiesto que el rey de Aragón y los hombres que cayeron con él en la batalla eran justos. ¡Honor a

*quienes la muerte ha escogido, piedad
para los vivos!.*

I. LA PASIÓN DE RICORD

El otoño cubre las colinas de oro y orín, y los valles de frías brumas. De cuatro campos apenas hay uno labrado, los demás permanecen grises y amarillos como la barba de un anciano. En las laderas, las viñas arrancadas, con las raíces al aire, negras y retorcidas, parecen un ejército de diablos petrificados en la carrera. Ni siquiera los soldados menos exigentes pueden ya

vivir en aquella tierra; y saquear las caravanas resulta difícil, los cruzados empiezan a conocerse también la región.

Ricord tenía ahora una tropa de doscientos hombres, y para alimentarles no podía contar con el burgués. El burgués se da perfecta cuenta de que le defienden, pero guarda el trigo en sus graneros y el dinero bajo llave. Y quitar el pan a quien no lo tendrá siquiera hasta Navidad no es de hombres honrados. El soldado también es un hombre, lleva una vida dura: en verano, batidas, emboscadas y caza de hombres, en invierno frío y hambre; si se deja coger, le despellejan vivo o le mutilan. Todo

obrero merece un salario, aunque no tenga las manos limpias.

—Yo, Ricord de Montgeil, he trabajado quince años con mis manos, he dado a los pobres el pan de mis hijos, la lana hilada y tejida por mi mujer, la caza que mataba... A menudo, cuando volvía de cazar, no llevaba nada con que alimentar a mi familia; decía: «Los pobres del valle lo necesitan más que nosotros». Y ahora, tras quince años de esa vida, me convierto en un ladrón, mando a mis hombres a buscarse comida donde la encuentren. Un hombre solo puede soñar con salvar su alma; pero Dios ha puesto en mí una cólera que

nada sacia; solo, nada soy, con mis hombres puedo hacer daño a los enemigos de nuestro país.

»A cuántos de los hombres que me siguieron he perdido ya... Cuántos han hallado una muerte cruel en las encrucijadas de los caminos o en las plazas de las ciudades. Sus cadáveres mutilados, colgados de los árboles, no nos dieron miedo. El soldado merece su salario, es un oficio duro el de jugar a los dados incesantemente con la muerte.

Por Navidad, Ricord mandó a su batallón que acampara en un bosque que no estaba lejos de una gruta donde

vivían dos santos eremitas. La fama de aquellos hombres era grande, pero hasta entonces Dios les había protegido; la gruta tenía un acceso difícil, y los caminos estaban vigilados por hombres de confianza. Entre los soldados de Ricord había buenos creyentes; y todo hombre, por muy bruto que sea, necesita purificar su alma durante el largo ayuno de Navidad.

Había que esperar el turno durante varios días y escalar la pared del peñasco por grupos reducidos, pues los fieles que aspiraban a ver a los buenos hombres eran numerosos; diseminados por el valle, encendían fuegos de leña

seca, asaban sus pescados y calentaban el vino. Los enfermos pasaban delante, y a los moribundos los llevaban sobre colchones atados a unas cuerdas.

Costaba respirar el aire de la cueva a causa del hedor de los cuerpos y de las ropas sucias; los eremitas tenían su celda en el hueco de una grieta del peñasco, donde había cirios encendidos noche y día, pues los dones de los fieles nunca les faltaban. Eran ancianos, de largos cabellos blancos y vestidos con hábitos negros; se decía que no habían salido de su celda desde hacía diez años. El mayor de los dos se había consagrado a la plegaria en silencio;

sólo el más joven hablaba con los fieles.

Estaba siempre sentado en un alto asiento de piedra, con las manos juntas sobre las rodillas; su rostro alargado, fino, cuidadosamente afeitado, parecía de cera oscura. Cuando hablaba, no miraba al fiel arrodillado a su lado, sino que mantenía los ojos fijos en la maciza cruz tallada en la pared de la roca.

—Hijo —decía—, Dios no nos ha puesto aquí para que juzguemos los asuntos del mundo. En esa ciencia, somos ignorantes. Me habláis de cosas que están lejos de nosotros. A los ojos de Dios, una guerra pierde tantas almas como una gran hambruna; la muerte del

rey no difiere en nada de la del último de los mendigos. Vos me habláis de los enemigos del país, pero Dios no tiene país, y tiene un solo enemigo. En realidad, los asuntos que os preocupan no tienen en sí verdad ni peso, y son semejantes a los castillos de guijarros y de barro que construyen los niños.

—Soy casi un anciano —repuso Ricord—. Sé demasiado bien cuáles son las desgracias que pierden las almas. La muerte y la cólera no son juegos de niños.

—Sí que lo son, hijo. Todas las cosas humanas son juegos de niños, y menos que eso: sombras de juegos. Pues

no hay ninguna verdad en el cuerpo ni en lo que tiene algo de él, pensamientos, pasiones y voluntad. Una única cosa es verdadera en el hombre: el dolor del alma que se agita y forcejea como un animal prisionero porque intenta unirse con el espíritu celestial que ha perdido. Y solamente en esto los hombres no son niños, pues toda alma inmortal es en sí más grande que el mundo, que es mortal. Como los niños son mayores que los castillos de barro, las almas son mayores que la vida de los hombres. Aquéllos luchan jugando y pisotean los castillos de sus compañeros, y lloran, y llaman a su madre; mas un alma inmortal

ya no puede perderse, como un bloque de mármol no puede fundirse en el agua.

—Si en el mal no hay verdad —dijo Ricord—, ¿por qué nos causa un dolor tan grande? ¿Acaso un inocente torturado hasta la muerte es un juego de niños?

—Todo es sombra y juego, hijo, salvo el grito del alma separada de Dios. Pues las manos del verdugo no son malas en sí, ni las tenazas, ni el hierro al rojo; no hay mal en el corazón del verdugo, que está hecho de la materia perecedera cuya ley es obedecer al demonio que la ha formado. Pero el dolor del alma ultrajada es como el grito

del niño hacia su padre, pues el niño acusa a su padre y se queja a él. ¿Tan ciego estás para dudar de la piedad del Padre?

—No —contestó Ricord, vacilante—. Pero si yo mismo, por propia voluntad, he causado la muerte de otros hombres, ¿qué suerte me depara Dios?

—La suerte del verdugo: largas tinieblas. El asesino y el lujurioso se castigan ellos mismos, pues rebajan con su violencia el alma al nivel del cuerpo, y la zambullen en un pozo negro donde pierde el poder de distinguir el bien del mal.

—Yo soy capaz de ver el mal.

—El mal está en todas partes, todo el mundo lo ve. En cuanto al bien, se encuentra en todo hombre como una ventanita recubierta de vaho, de polvo y de todo tipo de impurezas. Se ve tan poco que a menudo uno toma un objeto por otro y le embarga la confusión. No obstante, sobre esta pobre ventana, tú has bajado un grueso postigo de madera, apenas una pequeña rendija deja pasar un poco de luz. Las almas como la tuya son numerosas en nuestros tiempos.

Ricord volvió con sus hombres ensimismado e intranquilo; las palabras del anciano no le habían aportado

ningún consuelo, y ya no hallaba alegría alguna en la oración. Sentía una extraña amargura: si aquellos mismos a quienes defendía le trataban de verdugo y bandido, ¿qué le quedaba? No se veía cerca el final de la guerra, ya no podía encontrar refugio en los castillos, todos ocupados o sumisos. Más de un señor de la tierra, en su fuero interno, estaba de acuerdo con él, pero no vacilaba en tratarle de salteador de caminos. Ricord pensaba mucho menos en el final de la guerra que en no dejarse coger vivo.

A los cruzados no les quedaban ejércitos regulares con los que combatir en la región y perseguían a las bandas

que se escondían en los bosques. ¿Se puede prohibir a los soldados que saqueen, cuando no se les paga y tienen hambre? En el presente, a los cruzados no les costaba hacer hablar a las gentes de los pueblos.

—Pasaron por aquí hace dos días, volvieron a subir por el valle. Están acampados al otro lado del monte.

«En realidad, sentimos afecto por nuestras casas de barro y nuestros castillos de guijarros, Señor, por nuestro odio, Señor, que desde ahora será nuestro único bien. ¡Y más vale bajar el postigo de madera, y que ni el resplandor del día se filtre a través de

él! Pues mi corazón está viejo y cansado, ya no sabe amar más que la sangre de los verdugos de mi tierra; es un placer ver esa sangre, no tiene el color de la sangre inocente». Cerca de Moissac, dispersaron a la tropa de Ricord: más de cincuenta hombres muertos, otros veinte colgados de los árboles, pies y puños cortados. Entre los cruzados, solamente una decena de muertos, gente humilde; los demás tenían buenas cotas de mallas.

—¿Hacia dónde iremos ahora? Con los heridos, pronto nos encontrarán.

—Hermanos —dijo Ricord—, más vale una muerte rápida para algunos que

la tortura para todos. Matad a los que no puedan caminar, y que Dios tenga piedad de todos nosotros; es por Él por quien combatimos.

Apenas uno de cada tres soldados de Ricord se preocupaba todavía de Dios, los demás pensaban sobre todo en no dejar que les cogiesen. No importaba, estaban orgullosos de que les dijeran que eran soldados de Dios. Lo que quedaba de la tropa se retiró hacia el Minervés, esperando unirse a alguna compañía más fuerte y mejor armada.

«Señor, vos me llamasteis y yo vine. ¿Haréis que me arrepienta de mi

obediencia? Por seguimos he abandonado a mi hija, la he dejado sola y la he entregado a la tentación. ¿Cómo puedo ser digna de servirlos, si no he sabido preservar las almas de los seres que amaba?». Arsen lloraba con tanta frecuencia durante su oración que su compañera acabó por reprochárselo y decirle que confundía la plegaria con la complacencia de sí misma.

—¿Qué puedo hacer, hermana? Vivimos un tiempo de gran conmiseración. La naturaleza humana no ha muerto en nosotras, solamente está atenuada.

—¡Ay! Lo sé muy bien, la alegría en

Dios se paga cara. Yo también tuve mi tiempo de lágrimas, durante los primeros años de convento. El demonio de la aflicción estéril tiene una vida dura, pues toma la apariencia del amor al prójimo.

—¡Ah! El amor estéril —se lamentó Arsen—, el amor inútil. Es la espina de la carne de la que habla el apóstol. Es justo que pague el precio de mi vida carnal, pues no he olvidado sus placeres.

Ahora, las dos mujeres vivían en los talleres del gran aserradero. Las empleaban en diversos trabajos, como remendar la ropa y hacer la colada.

Cuando se iban de visita, siempre las acompañaban dos o tres hombres.

El obispo no se había equivocado al hacer caso a Aicart; el aserradero se convertía en una comunidad próspera, tranquila. Incluso poseía un capellán católico (clérigo convertido) y, los domingos, gran parte de los fieles se dirigían a la iglesia de la aldea vecina, para guardar las apariencias. Los visitantes eran demasiado numerosos, como los obreros torpes, pero no se podía contratar a ningún hombre sin el santo y seña. Un buen día el obispo en persona visitó el aserradero disfrazado de mercader de candelas; ese día, en

efecto, encendieron tantas candelas en el gran cobertizo de los tablones que ni en una iglesia en Nochebuena se ha visto una iluminación semejante. Se ordenaron tres nuevos ministros, y varios se confirmaron de nuevo; lo necesitaban en gran medida, los peligros de la guerra exponen a los cristianos a muchas tentaciones y faltas a la regla.

Arsen tuvo noticias de su hija por un hermano de Tolosa, y su corazón no hallaba paz. Las noticias no eran buenas: Gentiane había seguido hasta Tolosa a una de sus compañeras, hija de una viuda noble y rica; y en casa de esta dama, y entre la nobleza de la ciudad, la

joven se había granjeado una reputación no mala, pero sí dudosa. Se decía que el espíritu la visitaba, que caía en trances y decía palabras que algunos consideraban proféticas. El día de la batalla de Muret cayó en síncope, luego anunció la muerte del rey de Aragón y de muchos otros caballeros de los que nunca había oído hablar; y durante ocho días había permanecido en cama, sin poder comer y sangrando por la boca y la nariz; ella decía que moría por toda la sangre que se había derramado en esa batalla. A veces, hablaba en público, ante los amigos de la dama que la hospedaba. Como, en ese momento, el

obispo mandaba en la ciudad, y a menudo era objeto de los discursos de la joven, su situación era peligrosa. Cuanto más porque la noble dama se vanagloriaba de albergar a una elegida de Dios y no era de carácter reservado.

Arsen siempre había considerado las grandes ciudades como lugares de perdición, y Tolosa más que ninguna otra. Y temía mucho más por el alma que por el cuerpo de su hija, ya que había visto tanta miseria que el miedo por los cuerpos le parecía una niñería. El día en que se enteró de la muerte de su segundo hijo, Olivier, en Narbona, no halló fuerzas para llorar, agradeció a Dios que

le hubiera concedido una muerte digna y rápida; un corazón puro no pierde al morir su oportunidad de salvación. «¡Bendice a aquéllos a quienes la ignorancia no ha conducido al mal, y que renacerán para una vida más feliz! Mi hijo nunca sabrá cuántas miserias se le han ahorrado».

Un día, llegó un soldado al taller; estaba enfermo, la gangrena le carcomía el brazo derecho. Le habían perseguido dos noches, llegaba para morir como cristiano. Llevaba una carta de Ricord para su mujer.

Noble dama y muy venerada

compañera, no sé si habéis sabido que nuestro hijo Olivier recibió un tiro de ballesta en el ojo izquierdo, sobre las murallas de Narbona. Ya no le veremos nunca más, aunque pasemos diez años buscándole. Este duelo me resulta tan cruel que poco me falta para perder la razón. Querida hermana, he expuesto mi honor, mi alma y mi vida sin consideración con vos ni conmigo mismo, pero esperaba que la desgracia no tocara a nuestros hijos. Y que ellos vieran el fin de nuestras miserias y regresaran a nuestra casa.

No es mi cuerpo viejo y cansado el que Satanás se ha complacido en

destruir, sino el de mi hijo, joven y apuesto. Tengo buenas noticias de los otros tres, pero cuando se tienen buenas noticias de un soldado hay razones para temer las malas: si tienen buena reputación, es que se exponen mucho. No obstante, me alegro, pues ya que deben vivir en este mundo, es justo que vivan según la ley del honor.

Amiga queridísima, no sintáis temor ni pesadumbre por mí. El día en que perdía valor, Satanás me ha enviado este amargo consuelo: ¿cómo puedo renunciar al combate si tengo que vengar a mi hijo? Que Dios nos conceda un reencuentro después de esta guerra

maldita. En el gozo de ese día olvidaremos todas nuestras miserias, y aires de alegría cubrirán nuestra tierra como un manzano de flores en primavera. Nunca hubo una felicidad tal en nuestro país, lo habremos logrado con las lágrimas y la sangre, la medida está tan llena que la justicia de Dios no puede tardar mucho tiempo más.

Rezad, en vuestra altísima bondad, por vuestro fiel compañero y servidor.

Antes de morir, el soldado pudo ver a Arsen y hablarle de su esposo. Aquel hombre veneraba a Ricord igual que a un santo, y decía que jamás pudo haber

un jefe tan justo con sus hombres, ni más entregado a la causa de Dios; tan encarnizado contra el enemigo, ni más desinteresado, ni más sobrio, ni más casto, ni más curtido ante el peligro.

—Por un hombre así —dijo—, uno iría al agua y al fuego. Nunca ha hecho daño a nadie.

Arsen se asombró en su fuero interno, pues el soldado acababa de contarle cómo Ricord mataba a mazazos a los enemigos que caían del caballo y mandaba colgar o degollar a los monjes. Después, se dijo que aquel hombre tenía razón: la ceguera de la carne es tanta que al matar al enemigo no le vemos,

creemos que golpeamos a un muñeco de madera... «¡Quiera el cielo que tú seas así, Ricord, y que en tu corazón no hayas hecho daño a nadie!».

* * *

Aicart de la Cadière saboreaba sin reserva el placer de viajar solo, o al menos acompañado de un simple fiel. El compañerismo impuesto por Dios puede ser, según su imprevisible voluntad, un consuelo o un sufrimiento.

Hacía tiempo que el diácono se había resignado a ver en su nuevo compañero una cruz que debía soportar sin rechistar. No tenía nada que

reprocharle a Renaud, un hombre infatigable, de buen talante, modesto, bueno, un gran trabajador por la causa de Dios. Nunca habían cruzado palabras duras, miradas malintencionadas; habrían dado su vida el uno por el otro. Y no se querían. A veces bastaba con una verruga en el mentón, con una voz excesivamente fuerte, con una forma poco graciosa de sonarse. El diablo, que no podía coger a los elegidos por las tentaciones mayores, los obliga con pequeñas contrariedades que, repetidas cada día, acaban por volverse intolerables. Cuando no veía a Renaud, Aicart hacía justicia a sus altas

cualidades.

Iba a Tolosa, donde debía ver a varios hermanos y retomar el contacto con los fieles de la diócesis de Carcasona que la guerra había obligado a refugiarse en la gran ciudad. Se decía que esos fieles se habían extraviado de manera lamentable, ponían en duda la autoridad de los ministros locales, se negaban a pagar sus deudas y caían en la superstición venerando como reliquias las cenizas y los huesos de los mártires quemados.

Provisto de una carta del obispo que llevaba cosida dentro del cinturón, Aicart había emprendido el viaje

disfrazado de vendedor de trapo; el creyente que le servía de guía era un trapero de Tolosa. Aquellas mentiras por persona interpuesta ya no le causaban remordimientos: eran molestas en la medida que le exponían a faltas a la regla; en ese momento, se veía obligado a decir sus oraciones mentalmente, en pie, en medio de un grupo de viajeros que esperaban la barcaza para cruzar el Garona. Había allí mujeres, cuyo contacto tenía que evitar sin demasiada brusquedad, y hombres ebrios que cantaban una canción impúdica.

En el río, crecido plenamente por la

primavera, corrían aguas amarillas que cubrían los matorrales de la orilla y los sauces jóvenes; la barcaza avanzaba con esfuerzo, luchando contra la corriente. Aicart, sentado delante, sobre un montón de lonas, terminó su plegaria en un estado de espíritu que conocía demasiado y que se reprochaba con amargura. Se sentía observado y, sin tener verdaderamente miedo, era como prisionero de esa mirada hasta que tenía medio de asegurarse de que era una mirada amiga. Varias veces su rostro le había traicionado; pero en la ciudad, donde resulta más Fácil despistar a los perseguidores.

El hombre que le observaba no era en absoluto un traidor. Aicart pensó: «Habría hecho mejor cerciorándome antes». ¡Qué bien conocía esas miradas cargadas de veneración, sorprendidas al azar de los viajes en rostros desconocidos! Por más que se decía que su persona no tenía nada que ver, el placer que sentía no estaba totalmente exento de orgullo. El hombre que le había reconocido era delgado, fuerte, iba vestido con una saya pobre, de cuero; tenía la corta barba estriada de hilos blancos, y en sus ojos rodeados de arrugas profundas ardía una llama de felicidad; sin embargo, en ese rostro

doloroso la felicidad parecía el resplandor de un incendio en una casa quemada. Aicart sonrió para darle a entender que ya no rezaba.

El hombre se acercó a él, como por descuido, y dijo en voz baja, volviendo los ojos hacia la orilla inundada:

—Hay aquí cinco hombres, monseñor, que nos dejaríamos despedazar antes de permitir que tocaran uno solo de vuestros cabellos.

Aicart contestó, con media sonrisa:

—Mis cabellos no valen tanto, y no sé si vamos por el mismo camino.

—Nuestros caminos son los vuestros si nos concedéis el honor de escoltaros.

Aicart desconfiaba de los escoltas benévolos, que a menudo pecaban por exceso de celo. Aquéllos, además, parecían soldados vagabundos; les aconsejó que se preocupasen por su propia seguridad. Sin embargo, como su jefe era el famoso Ricord de Montgeil, que tanto había perseguido a los cruzados en el Carcasés, el diácono les permitió que le acompañasen una o dos leguas, para que no creyeran que desdeñaba su compañía.

Recordaba ahora al tal Ricord como un hombre de costumbres austeras, e instruido en la fe; prodigó entonces al anciano soldado los consuelos que sabía

que más le conmovieran. Era consciente de que la guerra había despertado un terrible gusto por la sangre en buen número de aquellos lobos convertidos en corderos por el amor de su fe; y había que tratar a esos hombres con dulzura, pues tenían el alma atormentada por una sed espiritual insaciable. Para tales hombres, el camino de regreso está cerrado, son como frutos caídos del árbol.

—Cuando rezáis a Dios, hermano, ¿qué le pedís en primer lugar? Que os conduzca a una buena muerte. Lo que significa que la vida nunca es buena, sólo la muerte puede ser buena o mala.

Hasta nuestro último día cargamos con este cuerpo que es mancilla y ofensa a Dios, como los leprosos cargan con sus úlceras; y por ello sólo la muerte es buena, pero una muerte que nos libre para siempre de la esclavitud de la carne. Ningún hombre debe estar tan desanimado para no esperar una muerte semejante. Ya que los méritos de una vida nada son, ni las buenas acciones ni los pensamientos piadosos; ante la deslumbrante pureza de Dios, la vida del santo está casi tan mancillada de pecados como la del criminal. La diferencia es tan pequeña, amigo, que ni siquiera el ojo de los ángeles la ha

discernido nunca. Sólo en el momento de la separación suprema nos hacemos libres de escoger entre la verdad y la mentira.

—No disponemos de una vida muy larga para prepararnos para esa elección —arguyó Ricord—, y muchos hombres, a causa de la guerra, están tan abrumados por los trabajos terrenales que apenas si tienen tiempo de rezar.

—Amigo, ningún ser humano ha entrevisto jamás el esplendor de la cosecha de las almas regeneradas que se elevará un día de esta tierra, semejante a un inmenso campo de trigo en que cada espiga será una estrella. Tanto los que

trabajan como los que siembran y los que siegan participarán de la alegría de ese día. Sin embargo, los que protegen el campo de las liebres y los jabalíes, ¿tendrán una recompensa menor? Ese día, el Señor les dirá: «Venid a mi izquierda, todos los que me visteis desnudo y ensangrentado y expuesto al cuchillo de los asesinos y levantasteis la espada para defenderme». Y ellos contestarán: «Señor, ¿cuándo te vimos bajo el cuchillo de los asesinos?». En verdad, éstos participarán del reposo igual que han participado de la pena.

—Monseñor —repuso Ricord—, esas promesas no están en las

Escrituras. Es vuestra bondad carnal la que os hace hablar así.

—No, amigo. Esas promesas están escritas con letras de sangre en esta misma tierra martirizada que pisan nuestros pies. Ya que el día en que los fariseos dijeron al Señor: «Prohíbe a tus discípulos que hablen...», él respondió: «En verdad, si ellos callan, las piedras hablarán». ¡Hay momentos en que las piedras hablan, y en que los pozos, los árboles y los muros de las ciudades dan testimonio, por los gritos de miles de almas que han perecido con una mala muerte! En verdad, quien no ha cerrado el oído a esos gritos, aunque la muerte le

sorprenda en estado de pecado, se prepara para una vida mejor y no está lejos de la liberación final.

—¡Ah! —exclamó Ricord—, ¡quiera el cielo que todo hombre reciba la alegría de oír unas palabras tan buenas! He perdido a uno de mis hijos en la guerra. Dichosos los que desconocen el dolor de los afectos carnales.

Ricord y sus compañeros se despidieron del diácono y se arrodillaron para recibir la bendición. Aicart les recomendó que no se expusieran demasiado y entregó a Ricord una moneda antigua de cobre griego, marcada con tres muescas en el

canto.

—Si alguna vez uno de vosotros se encuentra en peligro de muerte, que haga llegar, si puede, esta moneda al ministro de Dios que se encuentre en la región.

Ricord escondió la moneda en un pequeño bolsillo de cuero ajustado a la vaina de su puñal, y observó al diácono y a su compañero mientras se alejaban por el camino de Tolosa.

«Dichoso el padre que ha engendrado a un hijo así —pensó—. ¡Ay! Que Dios le proteja como protegió a los tres jóvenes arrojados a la hoguera. ¿Qué sería nuestra vida sin estas antorchas de Dios?». Se le encogió

el corazón, le parecía que el rostro del diácono le traicionaba más de lo que lo hubiera hecho el hábito negro. Lo invadió una gran conmiseración por aquel cuerpo frágil que el aliento del espíritu impulsaba, como una pluma al viento, de ciudad en ciudad y de peligro en peligro. ¡Ah! Hacerles un escudo con nuestros cuerpos, engañar a los verdugos, morir en su lugar... ¿Al precio de qué tormentos no querría uno comprar ese honor?

«¿Cuándo, Señor, te hemos visto bajo el cuchillo de los asesinos? ¿Cuándo, pues? En realidad, el monje que degollé eras tú, ese joven con la

nariz llena de pecas a quien rompí el cráneo el otro día, eras tú, erais vos... Asesinos y asesinos de asesinos hasta el fin del mundo, ¿dónde he de buscaros, Señor? ¿En qué rostros? Al protegeros contra los asesinos, os hemos matado a vos, Señor, lo sé, lo he sabido siempre, y no me detendré. Pues todo hombre debe apurar el cáliz hasta el poso».

II. AICART

Gentiane vivía, desde hacía meses, en un sueño en el que todo era rojo, oro y negro, donde los rostros de los muertos se confundían con los de los vivos y el sol salía en plena noche. No era feliz. El tumulto de su sangre hacía resonar en sus oídos incesantemente cantos de guerra y clamores de alegría y de angustia, e inundaba sus ojos con una luz que a veces le impedía ver lo que la rodeaba.

Tan extraña era la vida que le hacían

llevar que, en ocasiones, se preguntaba si no llevaba mucho tiempo muerta y reencarnada en otro cuerpo.

Vivía en una alcoba pequeña y redonda, cuya ventana de cristales de colores y reja gruesa daba a una callejuela. Prácticamente no se veía más que la casa de enfrente, con su pared rosa con ventanitas cuadradas recortadas, los adoquines grises de la calle separados por una reguera de agua sucia y dos altos mojones de piedra provistos de anillas de hierro a las cuales se ataban los caballos. Desde el alba hasta la medianoche, pasaba gente a pie y a caballo delante de la casa; los

gritos de los mercaderes, de los portadores de agua o de los malabaristas se mezclaban con los relinchos, con las risas, con los juramentos... A veces había peleas, y algunas piedras golpeaban la reja de la ventana. Las campanas de las iglesias sonaban seis veces al día.

En primavera y verano no se podía abrir las ventanas porque la calle olía mal; en las habitaciones el aire estaba cargado y caliente, y Gentiane encontraba repugnante el olor de los perfumes, del ámbar quemado y de las especies de Oriente.

La alcoba estaba cubierta de tapices

rojos con dibujos de follajes y de pájaros; los cofres, recubiertos de cuero pintado. Gentiane tenía a su servicio a dos muchachas a quienes casi no hablaba, si no para pedirles que la dejaran sola. En realidad, nunca la dejaban sola mucho rato. Pero la riqueza de la casa donde vivía no la deslumbraba; sólo los dibujos de los tapices o las esculturas del atril la hacían soñar a veces.

No le gustaba su alcoba debido a los sueños penosos que había vivido allí. Sin embargo, en el salón, donde a veces permanecía sentada al lado de la señora de Miraval, su anfitriona, sentía que

vivía con una intensidad terrible; su cuerpo, como una cuerda tensísima, vibraba en silencio, tenso, tan tenso, tan cargado de fuerzas encadenadas, que le parecía que de un solo codazo podría derrumbar las paredes... A veces, entre los numerosos invitados de la señora, veía un rostro que la atraía, y se asustaba, pues no le gustaba tener visiones. Así, una vez tuvo la imprudencia de exclamar: «¡Dios mío, esta pobre mujer ha perdido a su hijo y a su amante el mismo día!». Aquella doble desgracia le ocurriría a la señora un mes más tarde: los dos jóvenes caerían juntos cerca de Foix.

«¿Podéis ver a mi hijo? ¿Podéis ver a mi hermano?...». Le preguntaban ellas, las pobres locas, y ella decía que no, pues tres veces de cada cuatro no veía nada, y cuando veía eran sobre todo malas noticias.

—Señoras, por piedad, no me atormentéis, Dios no me ha impuesto su mano para esas visiones. Ya me hace sufrir con bastante dureza, no añadáis el temor de afligiros.

Las señoras (los hombres también, por lo demás) se inclinaban y le hacían sus preguntas a través de la señora de Miraval o de su hija.

La señora de Miraval todavía era una mujer guapa, y se empleaba en adornar su alma de virtudes como alhajaba su cuerpo. Entre las nobles de Tolosa era una de las más célebres; incluso en tiempos de guerra su casa estaba iluminada por candelas de cera, dos veces por semana se servía un banquete, con danza y conciertos; en las caballerizas no cabían todos los caballos de los invitados. En sus habitaciones se hablaba con toda libertad, y las personas sospechosas de charlar demasiado corrían el riesgo de ser apuñaladas en la esquina de una

calle desierta, pues la señora de Miraval tenía unos criados gallardos y entregados. Los cónsules respetaban profundamente a la noble dama y ella se sabía al amparo de la justicia episcopal; cuando entraba en una iglesia, sacerdotes y clérigos la saludaban con deferencia, aunque la sabían hereje hasta el punto de burlarse abiertamente de la misa y de los dogmas sagrados.

Su hija había vuelto del convento con una compañera cuya familia se había dispersado con la guerra. Doña Alfaïs acogía de buena gana a jovencitas nobles y pobres, pero no esperaba encontrar a una fénix entre sus

«palomas», como ella las llamaba. Mostró por Gentiane de Montgeil una pasión desmesurada; le ofrecía el primer sitio en su mesa, la colmaba de presentes y acechaba los menores cambios de su rostro para adivinar sus deseos. ¿Cómo se había adueñado el raro don de visión de la joven? Al principio, había estado callada, como perdida; sólo se animaba para cantar. Tenía una voz tan bonita que la señora de Miraval decidió enseñarle música para que pudiera acompañarse con la cítara. Gentiane aprendió con bastante rapidez a tocar, y se hizo hábil sobre todo en improvisar canciones; pero eran

más canciones de guerra que de amor.

Después de la batalla de Muret, que dejó en Tolosa muchas viudas y huérfanos, y la ciudad expuesta al pillaje, Gentiane de Montgeil se encontró promovida al rango de profetisa, y era justo, puesto que estuvo a punto de morir por el dolor que había sentido el día de la batalla.

Cuando la visitaba su espíritu, hablaba de ángeles que caían del cielo como flechas de fuego y del gran clamor de las almas que habían muerto mal, y de la victoria que Dios prometía al conde de Tolosa, en un futuro bastante próximo, decía, pero después de muchas

desgracias. A quienes, sin haber visto a Gentiane, decían que era una extravagante, Alfaïs de Miraval respondía que ella era capaz de distinguir una esmeralda de un cabujón de vidrio. En efecto, la joven tenía una voz tan potente y tan sobrecogedora que bastaba con oírla para no dudar de ella. Lo que decía gustaba a mucha gente por razones que nada tenían de espiritual: prometía tales suplicios a monseñor Foulques, obispo de Tolosa, al conde de Montfort y al arzobispo de Narbona, que sus oyentes pensaban: «¡Que Dios la oiga!». Fuera de sus horas de inspiración, la joven era modesta,

sencilla, un poco triste; no se vanagloriaba nunca de sus dones, ni de las atenciones de que era objeto.

Un buen día, la señora de Miraval mantuvo una conversación bastante tempestuosa con varios ministros de su Iglesia; éstos, obligados a vivir escondidos y, además, hostiles a lo mundano, no acudían a verla más que de noche. Ella reunía a toda la familia y a diversos amigos; en su casa se tenía la seguridad de escuchar los sermones tranquilamente. Ahora bien, el venerable Jacques d'Ambialet, el confesor de la señora, dijo que no convenía que una muchacha que no había recibido al

espíritu predicase en público y profetizase.

—El espíritu —replicó doña Alfaïs — echa su aliento donde quiere; esta niña se preparó largamente y yo la juzgo digna de entrar en la Iglesia.

—La Iglesia tiene otra opinión, señora. Dad a entender a esta doncella que no tiene autoridad para decirse enviada por Dios.

—¡Esa autoridad se la podéis conferir vos!

El buen hombre, que era de talante pacífico y respetaba a doña Alfaïs, alegó la situación de la joven: dependía del obispado de Carcasona, los pastores

de Tolosa no podían bautizarla.

Ese anciano desbordante de la caridad más condescendiente también sentía cariño por la doncella de Montgeil. Se alegró de enterarse que el diácono Aicart de la Cadière estaba de misión en Tolosa; y, a instancias de Jacques d'Ambialet, Aicart se vio obligado a recibir a una criatura que había confiado no volver a ver en este mundo.

—En realidad, la conozco —le dijo al anciano— en la medida que nos es posible conocer a una mujer, es decir, bastante mal. Pero su madre, que es una

cristiana fuerte en palabra y en acto, nunca creyó en su vocación.

Jacques d'Ambialet observó que una madre, por muy cristiana que fuera, no siempre es un buen juez.

—Esta doncella afirma que vos animasteis su vocación cuando vivía con sus padres.

—Es verdad —confirmó Aicart, bajando los ojos—. El noble Raymond todavía moraba con nosotros, en ese tiempo. Yo era otro hombre. Ahora, aunque no tengamos instrucciones formales de nuestro obispo, no haría nada por animar una vocación precoz.

—¿Pero tenemos derecho a

abandonar a un alma a medio camino? —preguntó el buen anciano—. ¿Quién sabe si esa alma desvaría de desesperación porque siente con fuerza la presencia de su espíritu celestial, por cuya separación sufre? He conocido varios casos parecidos. ¿Corresponde a nuestra voluntad el disponer de la gracia de Dios? ¿Ya nuestro juicio el decidir quién es digno de ella? Ninguno de nosotros ha sido digno de ella jamás, y la hemos recibido.

Aicart pensaba que el venerable Jacques era demasiado mayor para adaptarse a los nuevos tiempos y que vivía todavía en la época en que la

seguridad de los conventos permitía que las vocaciones más mediocres crecieran y alcanzasen su plenitud.

—Nunca meditaremos bastante sobre la parábola del sembrador —dijo—: toda alma es un terreno nuevo. Ésta me parece que es un terreno rocoso donde el grano crece rápido y se seca con el primer sol. ¿Acaso vamos a tomar nuestro bautismo, como las gentes de Roma, por una panacea milagrosa que puede crear algo de la nada?

—¿Erais vos una fuente de luz pura el día de vuestra ordenación? —preguntó el anciano—. Yo llevo cuarenta años luchando en vano por ser digno del

ministerio que se me ha confiado y nunca osaría decir: «En mí, la Palabra ha encontrado un buen terreno».

—Está bien —aceptó Aicart—, veremos si es conveniente imponerle a esta joven un nuevo tiempo de probación. Pero que acuda a vuestra casa para que la interroguemos en privado, pues nunca hay que dejar que este tipo de personas crea que se le otorga demasiada importancia.

Jacques d'Ambialet vivía en casa de un mercader que vendía zapatos de señora, bolsas, cinturones y otros objetos de cuero fino. Gentiane acudió

con el hijo y la hija de la señora de Miraval y pasó a una rebotica mientras sus compañeros admiraban cinturones, guantes y escaarpines, y regateaban con el dueño.

Jacques d'Ambialet, con la pluma en la mano e inclinado sobre una mesita cubierta de papeles y de montones de monedas, alineaba cifras en un rollo de papel; era buen contable, y conocía las últimas monedas en circulación de Europa y Oriente. Así, su presencia en la tienda era fácil de justificar. Aicart examinaba un surtido de bolsas de cuero grabado extendidas sobre el gran cofre.

Gentiane, al ver al ancianito de

cabellos blancos y ensortijados disfrazado de contable y al diácono vestido de cliente rico, se sintió invadida por una profunda lástima, como si la doctrina sobre las sucesivas vidas que el alma tiene que atravesar en el curso de su penitencia se hallase representada por un símbolo visible. No estaba segura de reconocer a aquel hombre apuesto vestido con telas finas; era y no era él. Pese a la nobleza un tanto envarada de sus movimientos, se parecía tanto a un hombre del mundo que casi le molestó ponerse de rodillas y pedir su bendición. Él extendió la mano con la gravedad imperturbable que da la

costumbre de repetir cientos de veces el mismo gesto y la misma frase: «Que Dios haga de ti una buena cristiana y te conduzca a una buena muerte». Ella se levantó, con una reverencia, para ir a arrodillarse delante de Jacques d'Ambialet.

—Hija mía —le dijo el anciano—, no os escandalicéis en absoluto por las apariencias que nos imponen las leyes del siglo. Dios se halla presente a todas horas y en todo lugar, y especialmente donde dos o tres cristianos se reúnen en su nombre. Monseñor el diácono, a quien vos conocéis bien, está dispuesto a interrogaros sobre vuestra fe y a daros

los consejos que convenga.

Aicart pensó: «No me equivoqué, esta mujer es una trampa del demonio». Estaba mucho más guapa que antes: vestida como conviene a una joven noble, su cuerpo esbelto y delgado cubierto con un vestido verde plisado, los largos cabellos negros apenas protegidos por un velo azul. Sin embargo, bastaba mirar a aquella mujer para comprender que no se preocupaba por su belleza, ni por los vestidos que le habían dado; tenía los grises ojos ardientes fijos como los de un animal listo para saltar. Aicart sintió que la sangre se volvía más densa en sus venas

por lo temible que le resultaba la mirada de aquellos ojos; pues en realidad no veía a la joven, sino la tentación de Satanás.

Gentiane, con las manos juntas en las rodillas y la cabeza alta, hacía frente a los dos hombres. Se esforzaba por rezar, y pedía a Dios que le inspirase palabras sabias y modestas. Pero sin saber por qué se sentía tensa, porfiada, dominaba con esfuerzo una incomprensible cólera. ¿Por qué aquel día la poseía un espíritu de orgullo y de rebelión? Como la virgen santa Catalina ante el emperador o santa Bárbara ante su padre... ¿era propio de ella pretender dar una lección

a sus maestros? Callaba.

—Me alegro —comenzó Aicart— de ver que las tentaciones de la vida mundana no han disminuido en vos un deseo legítimo y loable, y que debería ser el único deseo de toda alma viviente. No obstante, Dios no ha fijado un plazo para nuestra paciencia, pues la vida más larga es para El más breve que un abrir y cerrar de ojos. Vos sois un alma impaciente y violenta. ¿Qué diríais si Él os impusiera el sacrificio de quedaros llamando a la puerta hasta el final de vuestra vida?

—Haría lo que estuviera en mi mano por morir lo antes posible —dijo la

joven con pasión—. A un moribundo no le podéis negar el bautismo.

—Sí, la regla prohíbe conferir el Espíritu Santo a un hombre desleal que no ha cumplido sus compromisos con la Iglesia. El hombre que acorta voluntariamente su penitencia y contradice la voluntad de Dios no cumple sus compromisos.

—¡Pero vos erais más joven que yo cuando recibisteis al espíritu! — protestó Gentiane, levantándose—. Tengo veintidós años. ¿Estabais menos impaciente que yo?

El reproche parecía justo. Aicart no tenía ningunas ganas de hablar de sí

mismo. Aquella muchacha tenía el don de devolverle los pensamientos más penosos: el recuerdo de su juventud torturada por el demonio de la carne casi le hacía olvidar quince años de vida sin mácula. Se dijo: «Esta mujer es superior a mí; es virgen, y yo no lo soy... Si este santo anciano no estuviera aquí, le contaría a esta orgullosa lo que es la fuerza del demonio y lo gravoso y humillante que es el peso de la castidad perpetua. Y lo duro que me resulta hablarle con los ojos fijos en ese candelabro de plata como si en él viese no sé qué signo celestial... Lo duro que es sentirse hipócrita y mentiroso y no

tener derecho a decirlo. ¿Acaso tengo que caer, en el umbral de la madurez, en los tormentos de mi juventud? Ya no sé qué me dice ni qué conviene que le responda, por culpa del tumulto de la sangre que se agolpa en mi cabeza».

Ella hablaba de su repulsión por la vida mundana, de todas las miradas inmodestas que tenía que soportar, de la obligación de tocar manjares impuros, de asistir a veces a oficios celebrados por los sacerdotes de Roma...

—Me han purificado, limpiado y despojado de mis antiguos vestidos, y se niegan a darme los nuevos, ¿por qué os obstináis en dejarme en este estado

contra la naturaleza? Os juro que en el espíritu que me visita no hay mentira, pues no siento gozo, sino más bien sufrimiento.

—No conozco ese espíritu del que habláis —dijo Aicart.

—Es un espíritu de visión y de gran piedad —explicó Gentiane—, y en él no hay impureza ni delectación culpable. Yo no lo he llamado, ni tampoco me ha hecho descuidar nunca la oración. Únicamente siento que no puedo rezar con la misma firmeza que antes, pues soy como un sarmiento medio tronchado que amenaza con secarse. ¡La vida me resulta miserable y vergonzosa, porque

no soy parte de la Iglesia!

Jacques d'Ambialet suspiró y dijo:

—Sosegaos, hija mía, y recobrad la confianza. No os corresponde acusar a la Iglesia, que sólo desea vuestro bien espiritual.

Ella dijo que no había más que un bien, y acusó al diácono de dureza y tibieza.

—¡Por qué ha de depender otra vez mi suerte de vos, que tenéis el corazón tan duro conmigo! Me guardáis rencor por las palabras violentas que os dije un día; por tanto, estáis sujeto a las debilidades humanas. ¿Con qué derecho decidís el destino de un alma, como si

fuerais Dios? ¿Por qué evitáis siempre mirarme?

—No tengo que responderos — arguyó él, tan suavemente como pudo—. Me parece que hemos oído muchas palabras, y ni una nos ha hecho pensar por un instante que el espíritu de caridad os animase. Sólo tengo un consejo que daros: tomad marido y vivid según la ley del siglo. Así, dentro de veinte o treinta años tal vez empecéis a comprender lo que Dios exige de vuestra alma.

Gentiane se tambaleó como si la hubieran pegado, se sonrojó vivamente, luego palideció.

—No me esperaba unas palabras tan crueles —repuso, con voz entrecortada. Luego fue a sentarse sobre un cofre, o más bien se dejó caer sobre él, pues sus piernas ya no la sostenían; todo se volvió verde y negro ante sus ojos. Pensó: «Me muero, tanto mejor».

Jacques d'Ambialet se recordó que el diácono era demasiado joven para hablar con mujeres, pero que su consejo no era malo: cuarenta años de ministerio le habían enseñado a desconfiar de la vocación de las mujeres que se desmayan. Dijo:

—Ahora voy a buscar a la mujer del amo para que le dé a beber agua. Y, otra

vez, tratad de disimular el hierro afilado de vuestras verdades bajo algunas flores de retórica; aparte de toda cuestión de caridad, hay que evitar exponernos al escándalo.

Cuando se quedó solo con la hermosa joven echada hacia atrás sobre los almohadones del cofre, Aicart no tuvo la fuerza de apartar los ojos. Había visto tantas mujeres extravagantes que pensó: «Con ellas hay que esperarse cualquier cosa. ¿Puede morir tan bruscamente una criatura tan bella y joven?». Como no podía tocarla con la mano, tomó un mazo de cobre que había sobre la mesa y lo apretó suavemente

contra la frente de la joven, luego contra sus mejillas y sus labios. Reanimada por el contacto del metal frío, abrió los ojos. El no tuvo tiempo de apartar los suyos.

Se miraron un instante, sorprendidos, soñadores, serios como dos amantes. Luego, Gentiane se incorporó y se ajustó el velo.

—¿Por qué —dijo, con una voz muy distinta—, por qué, señor diácono, sois tan duro conmigo...?

Él no supo responder, la seguía mirando. Hay momentos en que resistir a la tentación se hace tan difícil como dejar de respirar. ¿Qué cambia? Ella lo ha entendido todo...

Por cosas así, hay quien mata.

Pasó rápidamente al otro extremo de la habitación, recordando que Jacques d'Ambialet y la vendedora entrarían de un momento a otro.

Gentiane se preguntó por qué milagro del cielo se hallaba sola con aquel hombre que la había mirado como a una mujer deseada. ¿En qué vida habían vivido ese instante? Lo habría dado todo por volver a ver ese rostro ardiente y doloroso, por comprender... Lo tenía a tres pasos de ella, y ya no la miraba, daba vueltas y vueltas a la maza de cobre entre sus manos.

La mujer del mercader llevó un

cántaro de agua fresca y un vaso.

—Es el calor. Bebed... Esta doncella tiene el corazón frágil. ¡El espíritu la hace padecer tan duramente! ¿Ha tenido alguna visión demasiado cruel?

—En realidad, no lo sé —repuso Jacques d'Ambialet con humor—, pero, por el amor de Dios, no habléis continuamente de sus visiones. Por habladurías semejantes mandan a la gente a la hoguera.

Cuando se quedaron solos, los dos hombres se miraron un instante con más rencor del que pretendían. A causa de la situación vagamente ridícula en la que

acababan de encontrarse, estaban descontentos el uno del otro. El incidente no era grave, pero sí desagradable. Jacques d'Ambialet había visto a bastantes mujeres caer a sus pies, en el tiempo en que no tenía los cabellos tan blancos y el rostro tan arrugado. Ahora, por ese tipo de María Magdalena, sentía una indulgencia teñida de un rastro de desdén involuntario: en cuanto ven a un hombre en edad de ser tentado, cambian la mirada y la voz, de modo que no se las reconoce...

—Me parece —dijo, volviendo a tomar tranquilamente su sitio delante del

escritorio— que debí haberos evitado tal enojo. En efecto, vos estabais mejor situado para juzgar el asunto.

—Dios quiera que no tengamos más enojos de éstos —arguyó Aicart, secamente.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, miró el cofre con los almohadones, donde unos instantes antes... «¿Cómo puede ser? No es idiota, ni está ciega, está claro que ya no puedo perder nada a sus ojos».

Se preguntó por qué medio podía volver a ver a aquella mujer antes de que el día tocase a su fin, y hablarle a solas. Era imposible hacer nada; cuando

se ha lanzado la piedra, ésta tiene que caer. El cuerpo despreciado se venga; cuando él habla, sólo se puede callar. «Virgen de bellas palabras, no tengo nada que decirte, demasiadas palabras nos están prohibidas a nosotros. Sólo con el cuerpo puedo hablarte, y darte a entender por qué soy tan duro contigo... ¿Volver a verla? Para nosotros no hay ardides que valgan: ni mensajeros, ni cómplices, ni criados que guarden puertas, sino compañeros tan vigilantes como guardianes de prisión, y cuánto más perspicaces». ¿Pero había perdido toda vergüenza? ¿Violar a una muchacha noble en plena ciudad?

Aicart lanzó una mirada, a su pesar cargada de odio, al ancianito impasible, ocupado en alinear sus cifras; en ese momento hubiera deseado que estuviera a seis pies bajo tierra. Sabía bien lo que decía el silencio de aquel hombre: «Especie de novicio retrasado, ¿todavía estás en el estadio de las emociones naturales? ¿No te han enseñado cómo evitar esos accidentes? En realidad, todos nos comprendemos sin hablar, todos tenemos los mismos pensamientos; somos como platos salidos de un mismo molde. Hay días en que cansa.

»Hace mucho tiempo que hemos olvidado todas las palabras que no

conciernen al ministerio nos resulta tan difícil hacer el mal como caminar sobre las aguas.

»Se inclinó humildemente ante el anciano.

—Perdonadme, veneradísimo hermano, si en palabra o en acto os he contrariado de alguna manera.

—Perdonadme —dijo Jacques, levantándose— si se me ha escapado una palabra o una mirada que haya podido heriros.

Se besaron tres veces en las mejillas, según la regla, y luego Aicart se puso a rezar; se dirigió a un barrio donde aquel día había refriegas

callejeras. Le esperaban en una casa donde debía bendecir el pan; vivían en ella unos treinta fieles de Carcassés en comunidad. Tenía mensajes para unos, dinero para otros. A la caída de la noche, tenía que ver a un enfermo a quien no podía visitar a pleno día. A continuación, un sermón en un seminario transformado durante las horas del día en taller de cerámica.

Quien lleva esta vida no tiene voluntad propia. Es menos que un hombre, un instrumento. No tiene dos cuerpos. Va donde debe ir, dice las palabras que debe decir, ni una de más ni de menos; es la regla. Y si resulta

duro bendecir el pan con manos impuras, no lo deja ver; en tiempos de guerra uno no se sustrae de una misión por un escrúpulo de conciencia.

Gentiane volvió a la mansión de Miraval abatida y como perdida. Le parecía que había recibido un buen golpe en la cabeza; que estaba ebria. ¿Acaso podía aceptar semejante ultraje sin inmutarse? Ni deseo, ni pena: un profundo asombro. «¿Es verdad, pues, que ya no soy nada, un cuerpo sin alma, buena sólo para la vida que llevan los animales? ¿Qué me importa? Estoy tan desanimada que no puedo odiar a este

hombre cruel que me ha tratado así. Si pudiese volver a ver su rostro tal como lo he visto hoy, tal vez comprendería si le odio o no. Está claro que me ha mirado con deseo amoroso. ¿Cómo puede ser que yo esté más dispuesta a obedecer a una voluntad que sé pecadora que a una voluntad que creía justa y buena?». ».

Jacques d'Ambialet hizo saber a la señora de Miraval la decisión tomada en relación a su protegida: el hermano Aicart, diácono en Minervois, que conocía bien tanto a la joven como a su familia, estimaba que la doncella no tenía las cualidades necesarias para ser

elegida, y que era víctima del espíritu de exaltación propio de su edad y de su sexo.

—Una extraña falta de discernimiento, por parte de una persona tan respetable —repuso la dama.

—Yo no puedo juzgarlo, señora, pero tampoco puedo ir contra sus consejos. Ya nos reprochan bastante que nos metamos en los asuntos de los fieles de otras diócesis. Esta joven es una iluminada a quien hay que casar cuanto antes, pues en el barrio se habla demasiado de ella. Resulta sospechosa sin el menor beneficio para su alma.

—¿Sospechosa? Yo sabría

esconderla bien, protegerla, ¡no todo nuestro clero católico está todavía a sueldo de los franceses! ¿Vamos a destrozar la vida de una virgen por razones tan débiles?

—Nadie la fuerza, señora; pero os corresponde a vos velar por ella, ya que sus padres se hallan ambos en situación ilegal. En vuestro lugar, yo no tomaría la responsabilidad de exponer a una joven a peligros inútiles.

—¿Hay peligro mayor que el matrimonio? —exclamó la dama, indignada—, ¿Desde cuándo aconsejáis matar el alma para salvar el cuerpo?

La señora de Miraval aprovechaba

su fortuna para hablar en voz alta a todo el mundo. Retrasaba continuamente el día de su entrada en la Iglesia, pero era sabia en teología y pretendía dar lecciones a los buenos hombres. Sus amigos decían de ella que se hubiera hecho investir de buena gana si las mujeres pudieran ser obispos; encontraba injusto que aquel privilegio estuviera reservado a los hombres.

—Es evidente —decía— que para dirigir a las mujeres son necesarias mujeres obispo. ¿Acaso los hombres son capaces de comprender nuestros pensamientos?

Sin embargo, en despecho de esas

consideraciones un poco heréticas, doña Alfais estaba enteramente entregada a la Iglesia; pasaba la mitad de su tiempo organizando colectas, administrando obradores y talleres, y cada día recibía en las salas bajas de su mansión a veinte mendigos. Amaba tan ardientemente su libertad que ¿acaso podía consentir abandonar a su paloma en brazos de un hombre?

—Os quiero con un amor tan puro, mi niña, que no aceptaría jamás veros mancillada. Ningún hombre, por muy diácono u obispo que sea, tiene derecho a contrariar nuestra voluntad.

—He recibido un golpe tal, señora,

que no creo que me recupere nunca. Los tiempos en que vivimos son tan duros que importa muy poco que mi vocación se trunque; no quiero ser objeto de escándalo. Me han dicho que no poseo caridad; en efecto, sólo pienso en mí. Me he convertido en una carga para mí misma. Tanto vale seguir la vía común y vencer al menos el orgullo.

—Tened paciencia; cuando termine la guerra, volveréis al convento.

—Jamás volverán los viejos tiempos, señora; esta guerra acabará con el final del mundo. Tendré el consuelo de decir que traeré al mundo hijos que venguen a nuestros muertos. Vos misma,

o mi madre, que es la más santa de las mujeres..., tantas otras han sufrido esta humillación. ¿Por qué tengo yo que tomarme por la azucena del valle y la llama incorruptible?

Los viejos tiempos no volverán jamás. ¿Con qué gloriosas vestiduras saldrá la Iglesia de Dios de este baño de sangre? Habíamos pecado por orgullo, habíamos creído establecernos en la seguridad y la prosperidad, habíamos olvidado que la persecución es el destino del cristiano, y que será siempre así hasta el fin del mundo.

Aicart, una vez concluida su misión,

dejó Tolosa, acompañado por dos hombres armados y llevando una mula cargada de ropa y víveres para los hermanos del Carcassés. Pensaba: «Qué grande es la tentación de huir de esta vida errante y retirarse a una ermita en la montaña, donde los ejércitos enemigos aún no hayan penetrado. ¡Ojalá nuestros adversarios se contentaran con destruir nuestros cuerpos! Lo que se degrada con esta vida de mentira y compromiso es el alma. Los que pasean su tonsura y su hábito de monje que a veces les vale el martirio del diablo saben bien que profanamos nuestro ministerio

renunciando al hábito, y que los contactos impuros que no logramos evitar hacen al espíritu inoperante.

»No somos más que seres humanos. Si el espíritu, por un milagro inaudito, consiente en permanecer en la inmundicia que es nuestro cuerpo, arde allí como una llama vacilante, siempre amenazando con apagarse; y nosotros, temerarios o más bien insensatos, llevamos la lámpara descubierta en plena tormenta... Una falsa indumentaria, un falso nombre, falsos pretextos para dar testimonio de la Verdad. Ten cuidado de que tu título de diácono y tu poder de conferir el

espíritu no se vuelvan falsos a su vez, y que tú no te vuelvas el mayor de los mentirosos.

»¿Puede Dios seguir sirviéndose de un alma que se ha hecho culpable del pecado de lujuria? Cuando mi amado hermano estaba aquí, nunca me había ocurrido semejante cosa. ¿Qué mal pensamiento habría resistido a su mirada? Sus ojos destruían el mal como el fuego aniquila las briznas de paja. Queridísimo compañero, hace tres veranos, cuatro inviernos, ésta es la cuarta primavera que vivo sin vos; el alma se cansa y el cuerpo se seca, Dios no debería permitir tales separaciones.

El corazón se gasta cuando está condenado a latir solo, a palpitar en el vacío. Que Dios tenga piedad de los corazones que se ligan a las cosas divinas con un amor carnal.

»He transgredido la regla; no he sabido amar al compañero admirable que comparte mi labor y mis penas, mi lecho y mi pan de cada día. Y éste es el otro amor que se te ha propuesto por la sabiduría de Satanás: antaño, al alma prisionera que desdeñaba su desarrollo carnal, Satanás se dio a conocer con una artimaña, Eva, con el cuerpo tan deleitoso que el alma de Adán se halló presa en él como un pájaro en la jaula.

¡Una mujer, Dios de misericordia! Para vos, Señor, son nuestras semejantes, almas destinadas a la salvación; mas para nosotros, los pecadores, ellas son la peste y la muerte.

»¿Y de qué sirve no comer más que una rebanada de pan seco a la salida del sol y hacerse sangrar hasta quedar blanco, o poco menos, y tener el cuerpo agotado hasta no ver más que círculos verdes y rojos en lugar del camino y los bosques? ¿De qué sirve recitar la oración, si cada palabra resuena como un martillazo en la cabeza porque está demasiado debilitada para rezar de verdad? Y se cae en la lujuria mental,

los pensamientos ya no obedecen a la voluntad. He estado a punto de inventar pretextos para regresar a Tolosa y volver a ver a esa criatura, a punto de ir a pedirle perdón por haberla ofendido... La carne es más fértil en trucos que el más hábil de los malabaristas. ¿Y por qué justo *una* mujer, cuando son todas iguales? Satanás sabe lo que hace al concentrar la tentación en un solo objeto, como el peso de un martillo se concentra sobre la cabeza de un clavo. ¡Ay, ese mal es el más estúpido de todos! Lleva a creer que la sed no puede saciarse más que con un vino, bebido en una sola copa, ésa y no otra, ésa y

ninguna más, pues si no la hubiera visto, nunca habría conocido esta sed...».

* * *

Renaud resoplaba penosamente a cada hachazo y no lograba seguir a su compañero. Un leñador no se improvisa. Renaud tenía cincuenta años y ayunaba más de lo razonable. Los dos hombres se imponían tres horas de trabajo al día a manera de disciplina.

—Detengámonos —dijo Aicart.

—Me gustaría. Pero más vale trabajar cuando uno se siente tentado por la colera.

—¿Por qué os encolerizáis? Ya os lo

he dicho, no me marcharé sin vuestro permiso.

Renaud dejó caer su hacha y se secó la frente.

—Ya os lo he dicho, no os retengo a la fuerza.

—Ya os lo he dicho, si no estuviera obligado a ello, no se me pasaría por la cabeza abandonar el país en este momento.

—Sólo vuestra imaginación os obliga. Somos dos aquí, donde al menos se necesitarían diez hombres, y vos abandonáis la tarea por un escrúpulo de conciencia.

—Estaré de vuelta dentro de dos

meses, a más tardar.

—¿Quién sabe dónde estaré yo dentro de dos meses? Sabéis bien que las tentaciones ante las que no se ha cedido son como platos de carne vistos en sueños. Si el espíritu en nosotros se mancillara con nuestros pensamientos, no permanecería ni un solo día en el más puro de los hombres.

—Os hablaré con franqueza, hermano. Si los hombres como nosotros no ceden a este tipo de tentaciones, a menudo es por orgullo y por miedo a la vergüenza; somos como perros atados. Con el pensamiento también se infringe la regla.

Renaud, apoyado en el árbol, frunció las largas cejas en un esfuerzo de reflexión. No comprendía; era un hombre firme, de paz, tan poco turbado por sus propios pensamientos como por el vuelo de los mosquitos. En despecho de su natural bondad, a veces se decía que Dios, por mediación del obispo, había querido probar su paciencia al imponerle aquel compañero: un hombre autoritario, intolerante, impaciente e inclinado a los vínculos personales. Por lo demás, Renaud le amaba en Cristo, y le tenía por un buen cristiano.

—Los pensamientos —dijo— no dependen de nuestra voluntad. La falta

consiste en creerse algo cuando no somos nada.

—¡Tal sencillo como eso os parece que es comprender que no somos nada! —repuso Aicart, no sin humildad—. Hermano, seríamos como los sacerdotes romanos, que dicen: «¿Qué importa que nuestros corazones sean impuros? Un médico puede ser avaro y lujurioso, mas si sus remedios son buenos es un buen médico». La gracia de Dios no se transmite por el contacto del cuerpo, como la lepra, y engañando a los hombres engañamos a Dios. Está dicho que el mal árbol sólo puede dar malos frutos.

—Vos no sois ningún mal árbol.

—Hermano, eso soy yo el único en saberlo, según Dios. Si no obtengo de monseñor el obispo la renovación de mis votos, soy como la sal que ha perdido su sabor.

—Tened cuidado de no caer en el pecado de la duda y de la falsa humildad.

—Todavía no estoy tan abandonado por Dios como para conocer la duda y la falsa humildad. Ya os lo he dicho, os pido vuestra bendición en mi marcha, pues me ha sido revelado que no debo demorar más este viaje.

Renaud dio su consentimiento de

muy mala gana. Cuatro buenos hombres habían abandonado ya el país a lo largo del invierno, a dos mujeres las habían apresado y quemado en Albi, otra había muerto enferma. El aserradero se convertía en un lugar poco seguro. Renaud no quería que sospecharan que su amigo había abandonado aquella tierra por miedo al peligro.

De camino, vestido de mendigo y con su Evangelio estrechado contra el pecho bajo las ropas, Aicart no encontraba el trayecto difícil ni largo. Se sentía sobre la buena vía.

Le parecía dirigirse hacia una segunda muerte: un bautismo nuevo, una

destrucción nueva de su alma por el espíritu. Había tardado dos largos meses en resignarse, tan grande es el atractivo del pecado y de la complacencia hacia uno mismo.

«Amigo amado, ¿realmente os he traicionado?

»El hombre más vil es lo bastante fuerte para encender un fuego, y quemar en él a diez, a veinte o a cien justos; mi único amigo fue destruido por seres que no eran dignos de besar la tierra que sus pies pisaban. Él decía: el mundo no tiene poder sobre nosotros. Se equivocaba. El mundo ha tenido el poder de separarnos; en este mundo, el

cuerpo es más fuerte que el alma. Pues su alma está en el gozo perfecto; pero entonces me bastaba verle apretar los labios o parpadear para saber si era feliz, o si estaba contrariado, o cansado...

»¿Qué habría dicho, ahora? Cómo puedo saberlo, yo era otro hombre cuando él estaba aquí. El nunca conoció las tentaciones vulgares, si no de oídas. Uno puede tener miedo de ser purificado... Yo camino hacia mi nuevo bautismo como hacia un calvario, pues me parece que no lo sobreviviré. Este amor por sí mismo que es preciso erradicar toma formas diversas y tiene

una vida difícil; hay quien sólo se despoja de él con su piel y su carne.

»Esa cosa alta, lisa y fresca, un cuerpo sin vestiduras, un cuerpo de virgen. Es como si yo no hubiera conocido nunca mujer alguna, pues mis pecados de juventud fueron sólo juegos de niño. Tener hambre de ello, desde la raíz del cabello hasta el vacío de las entrañas; y saber que esta hambre no será nunca aplacada, jamás, en ningún tiempo ni en ningún „lugar, bajo ningún pretexto, jamás... ese *jamás* es eterno y sin límites, es él el que nos abrasa el corazón.

Y uno acaba por amar el hambre.

Uno se destruye por violencia; dentro de dos o tres meses, todo esto habrá muerto.

»Por muy debilitado que estuviera debido a la humillante situación en que se encontraba desde hacía dos meses, Aicart no dudaba en absoluto de la eficacia del remedio. El hombre resuelto a pedir una segunda oportunidad se vuelve como un pan cocido dos veces, que ya no puede endurecer ni enmohecerse. Aicart había conocido varios de aquellos Lázaros dos veces resucitados; en grados diversos, todos ellos eran hombres marcados por la tortura, ya amargados, ya inhumanamente

despegados del mundo.

«Olvidarás incluso al amigo que no querías olvidar, pues para Dios era un elegido y un santo, pero para ti una ocasión de caída. Nunca te he conocido, a ti, que sólo eres cenizas y fuiste siempre podredumbre y vanidad... carne consumida por Dios. Todo lo que no es Dios es mentira, y él no era Dios. Toda amistad carnal lleva a la muerte del alma, Señor, me habéis humillado para mostrarme que no hay otro amor en la tierra que el vuestro».

En un bosque, cerca de Carcasona, Aicart conocía la cabaña de dos

hermanos en religión. Pensaba pasar allí la noche; no es bueno permanecer solo demasiado tiempo. Al lado de aquellos dos hombres, la oración sería más fácil y el pensamiento menos vagabundo; hay días que uno necesita más de la presencia de sus hermanos que del pan y del agua.

Le sorprendió ver el sendero peor disimulado que de costumbre. Al llegar a la cabaña, lo comprendió. Al principio, un hedor de cadáver le hizo retroceder, luego se acercó a la puerta. Un hombre estaba echado en el suelo, tan cubierto de hormigas y de moscas negras que parecía un enjambre de

insectos. Delante de la cabaña, el suelo estaba muy pisoteado, había restos de sangre negra en el marco de la puerta.

Por una vez, sin ser supersticioso, Aicart se sintió presa del espanto. Venía a hablar con amigos y se encontraba ante un montón de carne hedionda. «¿Es eso la vida? La única cosa verdadera y segura. Muerte. ¿Cuál de los dos era? ¡Muy astuto será quien lo diga ahora! Aunque uno no deba afligirse por la muerte de un cristiano, el pecado es grande. Ha habido asesinato, ¿qué hombre ha osado...? ¿Por qué razón?

Un crimen de vagabundos... Las autoridades no dejan pudrir los

cadáveres de los herejes, queman el cuerpo y la cabaña con ellos... Hay quien nos cree ricos. Que Dios les perdone. Los dos hermanos se dedicaban a la colecta. Quién sabe. Puede que les hayan torturado para hacerles revelar el escondrijo del tesoro. Pobres locos, si todo el mundo sabe que somos los últimos hombres a quien se confiaría un tesoro, y que nunca sabemos dónde está el dinero... La gente no es astuta.

Conteniendo la repugnancia, Aicart penetró en la cabaña; le envolvió una nube de moscas, que se pegó a su rostro sudoroso. Quería saber si el hombre que

se había marchado se había llevado su libro... Rebuscó por el suelo, a tientas, esforzándose por no respirar. El libro estaba allí, bajo una escudilla de sopa volcada, llena de hormigas. «Lo hubiera venido a buscar, de haber podido. ¿Qué hago? Herido, quizás, o con una pierna rota... ¿Cuál de los dos? Raoul, el más joven. El otro tenía los pies enfermos». Aicart lanzó una última mirada a lo que había sido (según todos los indicios) el cuerpo de un alto anciano de ojos tristes, y salió de la cabaña con el libro sagrado entre las manos, manchado de sangre y de caldo seco.

Una voz le decía: «No busques; si

Raoul no ha vuelto, es porque ha muerto. Dos compañeros menos. Dos más. Y por un asunto estúpido, por la tontería de algún soldado extranjero. ¡Ay! Un herido puede vivir varios días y dejarse devorar vivo por el hambre y los buitres... Raoul es un mozo inerte, de cuarenta años como mucho».

Iba a empezar su búsqueda, después de recitar rápidamente la oración, cuando oyó, procedente de un bosquecillo, una voz clara y joven que gritaba:

—¡No busques, compañero! No sacarás nada.

Un muchacho de unos quince años

corría hacia él.

—¡Ay! ¡Hombre, qué desgracia!
¿También tú venías por un moribundo?

—No, no por un moribundo.

—¡Ah! Qué calamidad —continuó el niño—, nuestros dos buenos hombres muertos. Seguramente han sido los vascos, que no temen a Dios ni al diablo. He encontrado a monseñor Raoul detrás de la roca de los cuervos, con la cabeza destrozada y las manos y los pies quemados... ¡Ya mí que me habían enviado por un hombre que tiene mucha necesidad!

«No hay nada que hacer —se dijo Aicart, resignado—, no saldré antes de

mañana; con toda honestidad, no puedo eludirlo».

—Si venías por un moribundo —repuso—, yo soy el hombre que necesitas.

—¿De verdad? —preguntó el niño, levantando la cabeza hacia el delgado y fino rostro medio oculto por el capuchón de tela invernal. La mirada del hombre le tranquilizó; esbozó una amplia sonrisa confiada y se arrodilló para la bendición.

—Vamos, ¿de quién se trata? ¿De un pariente tuyo?

El semblante del muchacho se volvió a poner serio.

—No será fácil, monseñor.

—¿Está vigilado?

El niño se sonrojó, sacó del cinturón una antigua moneda de cobre griego marcado con tres muescas y la dejó en la mano del hombre.

—Me ha dicho que enseñe esto.

Aicart se mordió el labio, no se esperaba que aquella moneda le fuese devuelta.

—Ya sé —dijo—. Es un soldado, ¿verdad?

—Sí, monseñor... —El niño pareció vacilar.

—Bueno, ¿dónde está? ¿Lejos de aquí? ¿Herido o enfermo?

—En prisión, monseñor. En la torre alta de Carcasona.

Se hizo un momento de silencio. Aicart, desconcertado, pensativo, daba vueltas y vueltas a la moneda que tenía en la mano.

—¿Cómo llegaré hasta él? — preguntó a media voz.

—Soy hijo del carcelero, monseñor. Mi padre sabrá haceros entrar. No os neguéis, monseñor, es un hombre muy valiente; es el señor Ricord, el que ha matado a tantos cruzados.

«¡Ay, Dios! —pensó Aicart—, ¡precisamente él! ¿Cómo se habrá dejado coger vivo?». »

—¿Cuándo lo ejecutan?

—Dentro de dos días.

—¿Tan pronto? —dijo Aicart,

lentamente—. ¿Y sabes cómo?

El niño frunció las cejas.

—Ya le han hecho bastantes cosas.

Le cortarán la cabeza porque es noble.

Pero antes los brazos y las piernas. Es

muy duro, ya lo sabéis.

—Lo sé. Es corpulento. ¿Cómo me harás entrar?

—Mi padre os prestará ropa, dirá

que sois un pariente. Monseñor Raoul

entró así tres veces, ¡una vez incluso se

disfrazó de clérigo!

Aicart se dijo que Raoul era todavía

poco conocido en Carcasona, al menos entre quienes no interesaba conocer. «¡Bah! —se dijo—. También ellos han perdido a muchos de los suyos o han sido dispersados, la ciudad se ha convertido en una auténtica posada. No soy ningún gigante ni jorobado, me bastará con ocultar la cara». Después de echarse otra vez el capuchón sobre la cabeza, siguió al muchacho. Por precaución, se envolvió con un trapo sucio la mano con la que aguantaba el bastón... «Las manos os traicionan más que el rostro, con los dedos largos y delgados que ni con quince años de trabajo lograrían pasar por dedos de

hombre del pueblo».

Cruzaron la ciudad por los suburbios y las callejuelas.

—Ya veréis —explicó el muchacho — que está todo empavesado, por la parte del obispado y en la plaza de palacio; dentro de poco parten los peregrinos, y entonces hacen cantar misas antes de salir, ¡si hubierais visto el desfile! Caballos completamente cubiertos de flecos de seda y de banderas, y todos sus caballeros se vistieron de color para ir a la iglesia... El nuevo obispo que nos han puesto es, según dicen, un lobo rabioso con los herejes; por fuerza, es un hombre del

norte, ésta no es su tierra... A cuánta gente ha arruinado. A cónsules. ¡Ah! El que dice: «Quien desolla dos veces, dos veces no esquila» se equivoca, pues los franceses son tan fuertes que encuentran el modo de desollar dos veces, ¡y, encima, de hacer que les den las gracias! Hemos entregado nuestras casas a los mercaderes y a los banqueros, con lo poco que quedaba dentro, y les han obligado a albergar a cruzados, que es peor que tener ratas en un molino... A don Pierre Jaufré, don Isarn de la Cadière, ¡que sin embargo, va a la iglesia! Nuestro obispo se lo impone como penitencia, a causa de su hijo, el

menor, el que se ha hecho hereje.

Hacía tiempo que Aicart sabía que su padre vivía más o menos para el placer del obispo y de los militares que le obligaban a albergar; con todo, era un buen creyente, y corría el grave riesgo de morir desconsolado, pues ya era anciano. Todo aquello por haberse obstinado en conservar su casa.

—¡Ay! La vida que nos hacen llevar —continuó el rapaz—, ¡Todos los soldados que hemos visto pasar! No acabaríamos hasta mañana en contar todas las banderas. No se quedan; el tiempo justo de tomar, no el tiempo de pagar. Con suerte, quedan diez

muchachas que son todavía como eran. Primero se casan con las ricas, los padres no se atreven a negarse. Todos los días de Pascua y de Pentecostés hay bodas... Mi padre dice: «No quiero perder mi empleo, espero a que los otros estén en el lugar de los que meten ahora, entonces reiremos».

—No habrá de qué reír. Tu padre tiene un mal oficio.

—Ya lo sé. Pero cuando puede va a los sermones.

Aicart miraba pasar a los caballeros cruzados, vestidos con ropas de seda bordada. «¡Ay, mi ciudad natal convertida en guarida de los ladrones!

¿Hasta cuándo sufriremos esta humillación?». ».

Tuvo que pasar la noche en casa del carcelero. Aquel hombre reconoció enseguida al antiguo compañero de Raymond de Ribeyre; aguardaba siempre el momento de quedarse a solas con él para ponerse de rodillas.

—Nuestra vida ya no es fácil, monseñor diácono. Aquí no ocurre como en las prisiones del obispado, pero nos vigilan del mismo modo. Si dejara que me cogieran, creerían que hago que me paguen mucho.

—¿Realmente no hacéis que os paguen? —preguntó Aicart.

—Cuando la persona puede, no digo yo... Pero por ese hombre valiente que van a martirizar pasado mañana, no aceptaría ni un sueldo, aunque me lo suplicaran. Dicen que ha matado a más de trescientos cruzados en cuatro años.

—Sois un hombre extraño —repuso Aicart, suavemente—. Decís eso, y sois cómplice de sus verdugos.

—Monseñor, así es la vida. También hay que hacer el papel del diablo. He ayudado a varios hombres a morir en paz.

—Es justo. Pero tened cuidado de que el papel del diablo no sea demasiado lucido.

En aquella casa, Aicart sólo quiso aceptar agua, en la que empapó dos bizcochos que llevaba en sus alforjas. Le repugnaba hospedarse en una prisión. ¿Por dónde no nos obliga a pasar la guerra? Había motivos para empezar a creer en las señales; el viaje no podía empezar peor.

Y para colmo, el hombre a quien debía ordenar al día siguiente era el padre de la persona en la que no tenía que pensar más. Normalmente, se prohibía toda piedad personal por los moribundos y sus seres cercanos. Pero ¿cuál es el modo de defenderse de ello, cuando se trata de una muerte

semejante...? La joven acabaría por enterarse; ¿cómo podría soportar un padecimiento como aquél? «Pobre muchacha, que te amparas en tus visiones como un niño en una espada, si el espíritu te jugara la mala pasada de mostrarte el cuerpo de tu padre despedazado vivo con el hacha del verdugo. Los hombres —pensó— juegan y pierden, pero es injusto que se mezcle a las mujeres en este juego cruel.

¿Se recuperará alguna vez esta niña de la humillación infligida a la carne de su carne?

La inquietud turbaba la oración y ahuyentaba el sueño. Tuvo dos

pesadillas: la muchacha lloraba y le reprochaba haber causado la muerte de su padre. Él le juraba que no tenía nada que ver y trataba de consolarla de algún modo, acariciándole los hombros y las mejillas, e incluso en sueños este contacto le horrorizaba y le llenaba de una inmensa alegría. Esa misma alegría demasiado violenta se llevaba el sueño, como siempre. «Señor, ¿saben los demás hombres lo que es una mano hambrienta, una mano que siente hormigueo y se consume en deseos de tocar, aunque sólo fuera por un segundo, la mejilla de una mujer?... De noche. En algún sitio, muy cerca de aquí, un

hombre te espera para recibir de tus manos la esperanza de salvación. Debido a ello tus manos no son humanas, sus gestos y sus contactos están todos medidos y previstos con antelación, hasta la muerte, nunca uno de más...

A la mañana siguiente, Aicart tuvo que cambiarse de ropa y ponerse un traje de burgués y una capucha de lana roja; les introdujeron en la cárcel en el momento en que los guardianes tomaban su comida matutina.

—Este señor os regala un pellejo de vino español —dijo el carcelero—. Es el sobrino del señor de Montgeil y no

quiere que se sepa. Viene a despedirse de él.

Los hombres apenas miraron al visitante. El día antes de una ejecución capital estaban acostumbrados a cerrar los ojos. Todo hombre en la víspera de que le corten en trozos tiene derecho a su último día.

El calabozo era pequeño, bastante oscuro; la luz sólo entraba, reflejada por la pared de la muralla, a través de una fina hendidura debajo del techo. El hombre encadenado, desplomado en el suelo, se esforzaba por dormir, tras encontrar por fin una posición que le permitía permanecer echado a pesar de

las cadenas que lo sujetaban a la pared por los tobillos y las muñecas. Al oír que la puerta se abría, se sobresaltó con un gemido, luego intentó ponerse de rodillas. En la penumbra, Aicart logró distinguir un rostro tumefacto, con la barba pegada por la sangre, y los brazos desnudos, hinchados y enrojecidos, cubiertos de largas heridas negruzcas.

—Hermano —dijo—, que Dios te proteja en este gran día.

Los ojos del condenado parecían hacer un enorme esfuerzo por mirar recto. El hombre no pudo tenerse más de rodillas, cayó contra la pared con ruido de cadenas y apoyó la cabeza contra una

cavidad que Dios sabe cuántas cabezas habían acabado por formar en la piedra.

—¿Cómo es posible, monseñor diácono, que seáis vos? —preguntó, con voz entrecortada, llorosa a su pesar.

—Dios ha querido enviarme donde era necesario en el momento justo. El que os atendía ha muerto.

—Si hubiera sabido que seríais vos... —continuó Ricord—, no habría osado mandar que os fueran a buscar.

—Sea yo u otro —repuso Aicart—, el riesgo es prácticamente el mismo.

—Es verdad, monseñor. Pero cuando se trata de un hombre que uno no ha visto nunca, lo piensa menos.

Ricord esputó un poco de sangre y levantó la mano encadenada para secarse la boca. Siguió:

—Temía no ser capaz de hablar. Se ha deshinchado, estoy mejor. Me habrán roto todos los dientes... ¿Tendré una buena muerte, monseñor? Me han hecho sufrir tanto que ya no sirvo para mucho. Me arde la cabeza.

—Hermano, lo mismo es para todos los moribundos. Tanto mejor si os han debilitado el cuerpo, mañana sufriréis menos. Un hombre agotado puede morir de repente, después de que le corten el primer brazo.

—Dios os oiga. ¡Ay!, monseñor, el

cuerpo es poca cosa, pero no es alegre pensar que lo desmembrarán así, como el de un buey... A los bueyes aun los matan antes. Toda la ciudad estará allí para verme gritar. ¡Si mis hijos pudieran no saberlo nunca!

—Estarán orgullosos de vos, hermano. Todos los hombres que no son traidores del país dirán que sois un mártir.

—Hay muertes más feas que otras. Con todo, menos mal que me cortan la cabeza, no han podido juzgarme como traidor, nunca he prestado juramento a los franceses ni a nadie que les sirviera. Han querido cogermelo vivo, les

comprendo.

—No penséis más en ellos.

—Sí, quiero pensar un instante todavía, monseñor. He aquí mi confesión: vos sabéis y todo el país sabe cuánto les he odiado; no he concedido la gracia a ninguno de los que he alcanzado. No he sido como un soldado que lucha mientras el enemigo puede luchar, pues para mí no merecían tratar con soldados de verdad. He matado a heridos y he degollado a monjes, porque esos hombres sin armas son peores que los que luchan y es justo que su hábito no les proteja. Pues ellos son quienes nos han conducido a la guerra. He

llevado a la muerte a decenas de mis soldados, y hemos matado a muchos heridos con los que no podíamos cargar. Y para alimentar a hombres que podían luchar, hemos tenido que quitar el pan a los pobres.

»Pero nunca me he arrepentido de nada, ya que para destruir a los enemigos de esta tierra, hacen falta hombres como yo, que no retrocedan ante nada. Y quiero deciros todavía una cosa: me han herido y me han cogido vivo, y me han paseado por su campamento como un animal de feria, y me han arrastrado por toda la ciudad, con grilletes en los pies... y me han

pegado y atenazado con hierro al rojo, y me han estirado en un potro (¡no sabéis lo que es eso!), querían hacerme decir si tenía cómplices. ¿Qué cómplices? Todo el país es mi cómplice, salvo los clérigos.

Siguieron torturándome por placer, incluso después de la sentencia. Y me han condenado a una muerte de bandido porque aquí la ley la hacen ellos, y no voy a morir por las leyes de nuestra tierra, sino por el mero placer del soldado extranjero.

»Ésta es mi verdadera confesión, y la más verdadera de todas: no albergó odio por lo que me han hecho a mí, se lo

perdono con tanta franqueza como me hubiera gustado perdonarles el daño que han hecho a nuestro país. Pues el daño que me hacen a mí, lo he merecido plenamente, y aun con todo lo que me hagan seguiré siendo su deudor; ¡quisiera Dios que nunca hubieses hecho más que ese daño! Yen realidad ni siquiera tengo ya la fuerza para odiarles, pues el dolor ha ahuyentado el odio de mi cuerpo y el mal consume al mal.

Si queréis rezar por mí al Señor Jesús, tengo buenas esperanzas de que se apiade de mí, a pesar del poco arrepentimiento que tengo de mis faltas.

—Hermano —dijo Aicart—,

renunciad ahora a esos pensamientos como a todos los demás, pues ha llegado el momento de que vuestra alma, si Dios lo desea, se reúna con el Espíritu Santo que había perdido el día de su caída.

»En realidad, esta ordenación no es como lo exige la costumbre, puesto que estoy solo frente a vos y soy un hombre tan poco digno del nombre de cristiano. Sin embargo, la Iglesia está presente aquí con todos sus miembros, glorificados ya o todavía con su apariencia carnal. Dios, en su nombre, me autoriza a hablaros. No estáis delante de un hombre, sino delante de la Iglesia de Dios, y las palabras que

diréis no se las diréis a un hombre, sino a la Iglesia. Es la Iglesia, pues, por mi voz, la que os explicará y os recordará el sentido de la santa oración, a fin de que estéis preparado como conviene a recibir el bautismo espiritual.

Ricord intentó una vez más arrodillarse, luego cayó con una sonrisa triste. Repitió, después del diácono, los comentarios de la oración dominical, gravemente, esforzándose por no decir una palabra mal. Estaba intimidado como si realmente la Iglesia se encontrara allí reunida, para juzgar si comprendía la oración como es preciso. Encadenado, medio desnudo, cubierto

de heridas, reducido el cuerpo a tanta miseria que no se sentía digno de levantar los ojos. ¡Ay, Dios, en aquel estado humillante tenía que presentarse ante la Iglesia para ser elegido!

Aicart extendió en el suelo, delante de él, un retazo de tela limpia, y le puso el libro entre las manos.

—Ricord, ¿tenéis voluntad de recibir el bautismo espiritual de Jesucristo?

—Sí, tengo voluntad. Pedid a Dios que El mismo me dé su fuerza.

Aicart predicó según el ritual de los moribundos, pues tenía el tiempo contado. Y cuando hubo colocado el

libro sobre la cabeza del hombre para conferirle el Espíritu Santo, sintió que una inmensa calma descendía sobre él, como si también acabara de ser bautizado. Pues la gracia de Dios no desciende sobre todos los moribundos, sino sólo sobre aquéllos que la reciben con humildad; únicamente entonces se hace sensible su presencia y uno sabe que se encuentra delante de una criatura nueva. «¡Gracias, Señor, no he mentido a este hombre! ¡Está purificado e investido, ahora somos dos, reunidos en vuestro nombre!».

Se inclinó ante el hombre que en adelante era su igual y su compañero,

luego le besó en las dos mejillas. Ricord permanecía callado para no profanar la majestad del sacramento. Pensativo, grave, contemplaba el libro que el diácono había vuelto a poner en sus manos. «Tenía que llegar a esto para ser juzgado digno. Dios no me ha querido durante mi vida, sólo me ha querido muerto. Pues la vida no es nada, sólo la muerte es verdadera, mi verdad es esta muerte.

»... Señor Jesús, no a vuestra derecha, sino en el último cielo, desde donde pueda al menos ver un reflejo de vuestra luz, no necesito más...». Aicart pensó: «¿Por qué tiene que morir tan

rápido? Hubiera sido un buen vendimiador en la viña de Dios».

—¿Tenéis algo más que confiarme, hermano? Sin duda veré a vuestra mujer, ¿no tenéis nada que decirle?

—No, ¿qué puedo decirle que no sepa ya? Marchaos, monseñor, Dios nos ha concedido una reunión más larga de lo que me atrevía a esperar, no le tentemos. Sería una gran desgracia para todos si os cogieran.

«¿Y todavía teme por mí? He visto a muchos moribundos, pero lo que le espera es peor que la muerte.

»—Adiós, hermano. Rezad tanto como os permitan vuestras fuerzas y no

toméis ningún alimento. En el estado en que os encontráis, será menos largo de lo que creéis.

Ricord negó con la cabeza.

—No. Duraré mucho tiempo. Casi hasta el final. Ya lo sé, y creo que me da igual. ¡Ah!, mis hijos son hombres, lo comprenderán, ¡pero mi hija! Debiera haberle ahorrado esto. Si la volvéis a ver, habladle de mí, que sepa que he tenido una buena muerte.

Aicart se dijo que hubiera sido más prudente abandonar la ciudad cuanto antes; pero su piedad por el hombre que iba a morir era demasiado intensa. Pensó: «Si estoy entre la multitud

delante del patíbulo, tal vez me vea. Se sentirá menos solo».

No podía quedarse en casa del carcelero. Vestido de nuevo de mendigo, Aicart se dirigió al burgo, donde conocía una casa que antaño era segura. Resultó inoportuno: un caballero de Champaña se albergaba allí con sus hombres, y los huéspedes tenían que contentarse con el desván. Los soldados, instalados en la sala común y en la cocina, eran buenos chicos; tomaron a Aicart por un hombre que pedía limosna y le pusieron en las manos a la fuerza una hogaza de pan y un trozo de manteca. No obstante, uno de ellos dijo:

—Eres un poco joven para este oficio, o demasiado viejo. Harían bien en mandarte a cavar zanjas.

—Déjale —habló otro—, debe de salir de una enfermedad; está en los huesos.

La hospedera bajó al patio y se llevó al buen hombre a su casa para dejar que se lavara las manos; arrojó el trozo de manteca a su perro.

—¡Ay! ¡Cuántos pecados se ven ahora a causa de esta guerra! Por Dios, no os quedéis en nuestra casa, monseñor Aicart, mi yerno tiene tanto miedo que me pegará si se entera de que os he recibido.

—Perdonadme —dijo Aicart—, Ya me voy. Que Dios os proteja.

—¡Ay, monseñor diácono, si fuera por mí! Está como loco desde que tenemos a los soldados en casa. Para deshacerse de ellos, besaría las pezuñas de la mula del obispo, y no sólo la del obispo, sino la del último de sus clérigos. Tiene razón, los soldados van y vienen, pero son los clérigos quienes han tomado la ciudad.

Aicart no podía más que buscar otro refugio. Perdido en medio de los transeúntes, los mendigos, los animales que llevaban a los abrevaderos, erró de calle en calle, resignado a pasar la

noche en la rinconada de alguna puerta. No había comido nada en todo el día. El pan de los cruzados estaba manchado por el contacto con la manteca y no se había atrevido a pedir otro a la anciana. Se sentía muy cansado, pues, y presa de un ligero vértigo.

Un eclesiástico vestido de blanco y a lomos de una mula se abría paso con dificultad entre los aguadores y los vendedores de legumbres; Aicart tuvo que echarse hacia atrás para esquivar a la mula, que asustada por un perro se había encabritado a un paso de él; la capucha le cayó hacia atrás y no se atrevió a volvérsela a poner demasiado

bruscamente para no llamar la atención. Un clérigo del séquito del abad le dirigió una mirada asombrada y frunció las cejas; fue a reunirse con sus compañeros, y Aicart pensó: «No he de correr, he de caminar como si nada... Si doblo la esquina de la calle, ya no me encontrará». Una gran carreta de madera seca le cortó el paso.

El clérigo corrió tras él y le puso la mano en el hombro.

—Dime, ¿no te he visto en algún sitio?

—No lo sé.

El hombre, vacilante, escrutaba al falso mendigo con insistencia.

—Dime, ¿no eres tú Aicart de la Cadière?

Hubiera sido fácil decir: «No sé de quién habláis», encogerse de hombros, volver la espalda. O decir: «Pues no, me llamo Guillaume Vidal, de Béziers...». Sabía que un día le llevarían a responder aquella pregunta lanzada en pleno rostro, la había evitado como había podido. «No conozco de nada a ese hombre». Uno no reniega de sí mismo, sino del Salvador, de la vocación, de la regla y del espíritu. Este hombre me creerá, porque sabe que no mentimos; o bien dirá: estos hombres hacen como los demás cuando está en

juego su pellejo.

—Sí —dijo—, ése es mi nombre, pero habrías hecho mejor en no preguntármelo. Si eres un hombre de corazón, me dejarás seguir por mi camino.

Pero el clérigo le había agarrado por el hombro y no le soltaba.

—Si lo hiciera, me excomulgarían. Aunque quisiese, no tendría derecho.

—¿No te da vergüenza entregar a un ciudadano de tu villa?

—Vosotros no sois de ninguna villa ni de ningún país —dijo el clérigo, encolerizado— más que del diablo al que servís. Sois vosotros los que nos

habéis conducido a esta guerra. Ven.

Aicart sabía bien que la multitud no tomaría nunca partido por un tonsurado si le veía solo; pero ya se reunían con el clérigo dos de sus compañeros.

—Este hombre es el hereje Aicart de la Cadière. Me lo ha dicho él mismo.

Los dos clérigos dirigieron al hereje una mirada cargada de involuntario respeto. Una buena captura. Aquellos hombres que salían vivos del infierno no necesitaban de la hoguera para ser antorchas de Satanás, su diabólico orgullo les traicionaba en cuanto abrían la boca.

—Síguenos —ordenó el primer

clérigo—. No se cometerá violencia sobre ti, serás entregado a la misericordia de la Iglesia.

—Conozco su misericordia. Tened cuidado de que el pueblo no emplee un día la misma misericordia con vosotros, que entregáis el país a Roma y a los franceses.

Los transeúntes, intrigados al principio, se dispersaron para no asistir a la captura de un hereje.

—No me moveré de aquí —repuso Aicart—. Si hay una orden de arresto contra mí, quiero que me lleve el baile del obispado.

—¿Te crees que todavía estás en los

tiempos del antiguo obispo y del antiguo vizconde? Considérate afortunado de haberte topado con nosotros, otros no te habrían tratado con tantas contemplaciones.

En la prisión del obispado, Aicart pasó a la escribanía para protestar por un arresto ilegal, protesta puramente formal. Él mismo, hijo de cónsul disfrazado de mendigo, hereje investido a quien todos habían visto, antes de la guerra, llevar el hábito negro, estaba en una situación más que ilegal. Los clérigos no habían hecho más que coger a un malhechor público.

«¿Cuánto tiempo más me dejarán vivir? —se preguntó—. No necesitan interrogarme durante mucho tiempo. Habitualmente, el procedimiento dura dos días, cuatro como mucho. Dios mío, cuatro como mucho, si por casualidad el obispo y su suplente se encuentran ambos ausentes... Con más frecuencia, dos días bastan. Aicart sentía que una inmensa muralla, grande como el cielo, pesada como la tierra, se levantaba lentamente delante de él... Muy cerca, contra su rostro, ya no tenía modo de dar un paso adelante sin golpearse la nariz.

Se acabó. Para siempre, aquella vida terminaba... no quería pensar

todavía cómo, el dolor era de todos modos impensable. Aquella vida acababa, lejos de los hermanos, lejos de la Iglesia, en una lucha vana, en medio de hombres que no lo dejarían siquiera rezar en paz. Tenía tanta necesidad de rezar...

«Señor, no temo por mi carne. Pero mi alma está mal preparada. No tengo una larga experiencia de plegaria; me consagraron demasiado joven; he pasado mis quince años de ministerio en trabajos provechosos para la Iglesia militante, pero no para la glorificación de Dios en mi alma... He mancillado tanto el espíritu en mí con malos

pensamientos que casi me he rebajado a la condición animal de la que el bautismo me sacó. Creía que la vejez me haría por fin capaz de llevar a cabo la tarea para la cual había sido llamado.

»Y he sido como el mal criado que barre la mitad de la estancia y descuida los rincones oscuros; y que, demasiado diligente con las pequeñas faenas, deja saquear el tesoro del amo. Señor, no ha sido con mala voluntad».

Se dio cuenta de que le temblaban las manos y cruzó los brazos sobre el pecho, apretándolos contra el libro, cosido bajo su ropa. «Es verdad —se dijo—, no me han registrado siquiera,

no me han quitado el libro ni el dinero». En el cuarto donde se encontraba, una especie de gran antecámara cuadrada de ventanas que daban a un jardincillo, dos hermanos legos y un escribano hablaban en voz baja, de pie junto a la puerta. Evitaban mirarle, como al pasar él habían evitado el contacto de sus ropas. Para ellos, era como un apestado... ¿No lo eran ellos también para él? Aquellos pocos días que le quedaban por vivir tenía que pasarlos con hombres para los cuales él no era un hombre.

Sabía que no le convenía darles el espectáculo de una agitación que ellos tomarían por miedo. Tras la ventana,

cerca de la pared encalada, un hombre con ropa de lana blanca regaba las flores con ayuda de un aguamanil de pitorro largo y fino, «Ese buen anciano —pensó Aicart— lo sentiría muchísimo si rompiera una de esas flores por descuido, y mañana glorificará a Dios al enterarse de que van a quemar vivo el cuerpo de un hombre».

Uno de los hermanos legos se acercó al prisionero y le preguntó si deseaba tomar algún alimento. Él dijo que aceptaría con gratitud pan y un cántaro de agua, pero nada más. El día acababa; encendieron dos lámparas de aceite, una delante del crucifijo, otra a la entrada

del cuarto.

Aicart preguntó si, a cambio de dinero, podía obtener un vestido más limpio y más conveniente a su rango. Al principio, los guardianes se negaron, alegando que la ley les prohibía hacer favores a un hereje. Por lo demás, estaban llenos de buena voluntad, y después de concertarse en voz baja, acabaron por mandar traer una especie de hábito marrón con grandes manchas, que sin duda había dejado algún detenido que ya no lo necesitaba. Monseñor el obispo, dijeron, estaba advertido, e iba a delegar en su suplente para el interrogatorio, a continuación de

las vísperas.

Aicart, en pie junto a la ventana, rezaba sus oraciones; le repugnaba arrodillarse y postrarse en aquel lugar profano, bajo la mirada de los carceleros. La noche era suave; sonaron unas campanadas, a lo lejos se oía un canto monótono, cadencioso, de una serenidad inhumana.

«Paz sin defecto, océano de luz, Padre, tú que engendraste sólo las almas puras y no las malas, pues como estás tú en los cielos están ellas en los cielos, y vienen de lo alto para regresar a lo alto.

»Que sea santificado tu nombre, que reluzca en los tuyos y a través de ellos.

Que venga tu reino que es el Cristo que ilumina todas las almas llamadas a la salvación, tu reino que es Cristo y él solo, viña única de mil ramas, todas podadas y con fruto. Hágase tu voluntad en la tierra... pues Cristo dijo: "He venido a hacer la voluntad del Padre" y Él fue el único en hacerla, y esta voluntad no se hará si no en Él y por Él, a través de las almas donde reina sin partición. Nuestro pan sobresustancial, dánosle hoy... no como a los judíos que comieron el maná y murieron, sino ese pan verdadero que es espíritu y vida, tus enseñanzas verdaderas que son el único pan del alma; este alimento de Cristo

que es hacer la voluntad del Padre. El pan que es su verdadera carne y su verdadera sangre, el pan verdadero que es su palabra, danos la fuerza de cumplirla en este día. En este día, Señor, que para tu servidor será el día de gracia, ese día en que, aunque mi alma flaquee, mi cuerpo dará testimonio a tu voluntad...

»—Vamos —dijo el hermano lego—, seguidme.

Al volverse, Aicart vio que tenía detrás a dos hombres de armas y a un tercero, que llevaba una antorcha.

—Me hubiera gustado terminar la oración —repuso.

Uno de los soldados le agarró por el brazo; Aicart, irguiendo los hombros, dijo que no había necesidad de llevarle a la fuerza. Mientras caminaba, retomó su oración interrumpida: «... Perdónanos nuestras deudas. Son numerosas, Señor, sólo tú las conoces y puedes perdonarlas como nosotros perdonamos a nuestros deudores... a los que nos persiguen y nos hacen daño, de todo corazón y con toda franqueza, pues desconocen su deuda para conmigo como yo desconozco mi deuda contigo, Padre; mi deuda es infinita, la de ellos terminará pronto.

El esfuerzo, Dios inmenso, que hay

que hacer para mantener los ojos bajos y la cabeza en reposo... Aquí estoy, ante mi juez inicuo, el primero y el último, estoy ante el tribunal de Satanás.

¡Cuántas veces, en su juventud, había soñado con aquel momento, intentando vivirlo por adelantado, preparando sus respuestas, representándose, para endurecerse, todos los detalles del último suplicio! Ay, entonces casi lamentaba no vivir en el tiempo de los mártires, sin duda se habría sorprendido de saber que tendría que pasar por ello de verdad. Incluso ahora todavía no era lo bastante viejo para preservarse de un ligero escalofrío de orgullo ante la idea

de que había llegado el momento de pagar la vocación con su vida.

Había una pared blanca, provista de un crucifijo negro, un hombre vestido de blanco y manto negro sentado en una silla de respaldo alto y otros dos a su lado, en unos taburetes. A su izquierda había un escribano instalado detrás de un pupitre, con una pluma en la mano.

El suplente, prior del capítulo del obispado, era un hombre de unos sesenta años; alto, de ojos vivos, nariz aguileña, con la boca cerrada sin dureza. Aicart le conocía; pensó: «Es un hombre de nuestra villa, y sirve al obispo

extranjero». Extraña cosa, tenía menos
contra esos hombres por ser los
enemigos de su fe que por ser los
enemigos de su tierra. El prior habló con
mucha calma, casi con suavidad. Dijo
que como el delito del que culpaban al
acusado era de notoriedad pública, no
hacían falta acusadores ni testigos, pero
que por lo demás, si el llamado Aicart,
hijo de Isarn de la Cadière, se
consideraba acusado en falso, el tribunal
ordinario no le negaría el derecho de
convocar a testigos de descargo.

—¿Queréis un traductor —dijo— o
hablaremos en latín?

—No necesito traductor. Escribid

que no reclamo testigos.

—Aicart de la Cadière, ¿reconocéis haber profesado y enseñado públicamente doctrinas contrarias a la fe católica?

—Lo reconozco.

—¿Reconocéis haber abrazado la doctrina de los herejes llamados cátaros, y haber recibido de la mano de dichos herejes la ordenación para ser ministro de su religión?

—Lo reconozco.

—¿Reconocéis haber intentado, con palabras y actos, perjudicar a la Santa Iglesia y desviar las almas de los fieles?

—Si entendéis con esas palabras la

Iglesia romana, lo he hecho. Pero ésa no es la Santa Iglesia.

—¿Os reconocéis perjuro y apóstata de la fe que recibisteis en vuestro bautismo?

—Nunca he sido perjuro de la fe que recibí en mi bautismo. El bautismo del que habláis no es más que una costumbre supersticiosa y pagana que no es de utilidad ninguna para la salvación.

—¿Creéis que fuera de la fe que profesáis ningún hombre puede salvarse?

—Lo creo firmemente.

—¿Creéis que un hombre que abraza de todo corazón la Santa Iglesia romana

no puede salvarse de ninguna manera?

—Así lo creo.

—¿Reconocéis haber profesado y enseñado públicamente que la Santa Iglesia romana es la bestia del Apocalipsis, la ramera de Babilonia y el asiento de Satanás, y otras blasfemias más abominables todavía?

—Reconozco haberlo profesado y enseñado públicamente, pero rechazo la palabra blasfemias.

—¿Reconocéis haber profesado que el mundo donde vivimos, la tierra, el cielo y las estrellas y todas las cosas visibles no han sido nunca creadas por Dios, sino que son obra del demonio?

—Lo reconozco.

—¿Reconocéis haber profesado y enseñado públicamente que Cristo, Nuestro Salvador, no se encarnó nunca, no fue crucificado ni resucitó; que no instituyó jamás el sacrificio de la misa, y que el pan y el vino consagrados por el sacerdote no son verdaderamente el cuerpo y la sangre de Cristo?

—Lo reconozco. ¿Por qué me lo preguntáis?

—Hijo mío —dijo el prior, con una dulzura inesperada—, os creéis delante de lobos dispuestos a devoraros, pero en realidad tenéis en mí a un padre indulgente y dispuesto a cerrar los ojos

a vuestras faltas pasadas; no veo en vos el hombre que habéis sido, sino el que podéis ser.

»Y como el médico intenta descubrir las señales de la enfermedad, yo trato de poner el dedo sobre vuestros errores a fin de poder refutarlos a continuación y haceros ver la luz de la Verdad.

»No estoy aquí para juzgaros, sino para iluminaros. Pues el Salvador dijo: "No juzgo a nadie". Tampoco nosotros tenemos derecho a juzgar ni condenar; pero amonestamos con caridad y paciencia a los que se extravían con el fin de conducirlos por la recta vía. Vos sois un hombre instruido, pero vuestro

saber, sin embargo, es muy insuficiente, y la ciencia a medias es más perniciosa que la ignorancia. Si conocieseis mejor los escritos de los padres de la Iglesia, no habríais caído en los errores lamentables que os han traído aquí.

—No existen tales escritos. Nuestra fe es la única verdadera desde el comienzo, y sois vosotros quienes habéis sido inducidos en la herejía por el papa Silvestre, quien ha causado la pérdida de numerosos cristianos y ha instituido el reino de la idolatría.

Uno de los asistentes del prior se puso rígido, como si tratara de dominar su cólera, y dijo:

—Me parece que ya hemos oído bastante, reverendo padre. ¿Qué esperáis obtener de este hombre?

Por su acento, Aicart reconoció a un francés; por un momento, despertó su curiosidad; incluso se sintió presa del deseo vanidoso de entrar en controversia con aquel extranjero. Llevaba años sin hablar latín, y aquella lengua le traía recuerdos del tiempo en que podía discutir sobre su fe en la esquina de una calle con cualquier clérigo. Pero el prior levantó la mano y repuso:

—No estamos aquí para discutir sobre nuestra fe, sino sobre la vuestra.

La Verdad no necesita defenderse del error, y nada de lo que digáis puede ofenderla. Pues las palabras del insensato son como piedras que éste lanza al aire y que le vuelven a caer sobre la cabeza.

—Como el ciego sanado dijo a los fariseos: «¿También vosotros os queréis hacer discípulos suyos?», os pregunto yo a vos: ¿por qué me interrogáis, si vuestros oídos están cerrados por adelantado a mis palabras?

—¿No podría decir yo otro tanto de vos? —preguntó el prior, con una sonrisa, y pasando bruscamente del latín al occitano. Se levantó, se acercó a

Aicart y le puso la mano en el hombro.

—Hijo mío, os lo digo una vez más: no estáis delante de jueces, sino delante de médicos. Fijaos: ¿os han maltratado o metido entre rejas como a un criminal? Vos sabéis que la ley del siglo es dura con vuestros semejantes. La Iglesia lo deplora, pues no es vuestra muerte lo que desea. Cristo no desea la muerte de nadie.

»Si nos fuera posible sustraeros a la ley, lo haríamos. Pues el arrepentimiento de un hombre como vos causaría tanta alegría entre los ángeles del cielo como la salvación de diez hombres como yo. Os ruego encarecidamente que no

cerréis los oídos por obstinación, ni por deseo de mostrar vuestro valor. Fijaos que he abandonado mi lugar de juez para hablaros de hombre a hombre, pues os juro que mi corazón sangra por vos.

Caminaban de un lado a otro de la habitación, sus sombras recorrían lentamente las paredes blancas. Aicart mantenía los brazos cruzados y los ojos bajos, y, sin escuchar mucho las palabras del hombre, se maravillaba del tono de bondad sincera que hacía sus palabras agradables al oído.

—Si tratáis de reconfortarme —dijo—, no lo necesito. Y no albergo odio contra vos.

—Quiero salvar vuestra alma. ¿Por qué iba a permitir que pagarais con una eternidad de tormentos un instante de obstinación ciega? ¿Podéis afirmar que vuestra alma, tal como es en este instante, es digna de comparecer ante el tribunal de Dios? Hasta vuestra religión, que está llena de errores, reconoce que la salvación sólo se obtiene con una vida perfecta y sin mácula.

—¿Qué queréis de mí? —quiso saber Aicart—. Vuestras palabras me parecen oscuras. Yo no me jacto de ser perfecto y sin mácula.

El prior le contempló con una intensa piedad.

—Vos sois un hombre aún joven y de bello rostro. No es posible que no penséis nunca en mujeres. Ahora bien, sabéis tan bien como yo que el perfecto amor de Dios no puede morar en un corazón que todavía alberga pensamientos impuros. Y destruirlos hoy significa exponeros a no conocer jamás la beatitud eterna. Os hace falta tiempo para madurar en el ayuno, la abstinencia y la oración, el estudio de las Santas Escrituras y la ofrenda continua de vuestra vida a Dios.

—¿Qué queréis de mí? —repitió Aicart—. No consigo comprender el sentido de vuestras palabras.

—Hijo, no pido milagros. Sé bien que tu error no puede erradicarse en un día. Pero con una sola palabra puedes conceder a tu alma su oportunidad de alcanzar algún día la salvación; y no tienes derecho a dejar escapar esta oportunidad. No se te pedirá nada: ni que nombres a tus amigos, ni que reveles los secretos de tu fe que quieras callar, a menos que tu arrepentimiento te impulse a ello más tarde. Te bastará con decir que renuncias a tus antiguos errores, aunque no hayas renunciado de corazón; pues me bastará con un primer paso para darte confianza en lo demás.

Ante aquello, Aicart sintió por un

momento que le abandonaban las fuerzas. Tuvo ganas de vomitar. ¡Ay! Debería haber previsto que tendría que exponerse a todas las afrentas, incluso a aquélla.

Bajó los ojos y se volvió para no ofrecer al prior la visión de un rostro desfigurado por la repugnancia.

—No creía haberos dado semejante idea de mí —dijo—, no creía haberme comportado de manera que tuvierais derecho a tomarme por un pusilánime.

—Hijo, ¿acaso habría hablado así a un pusilánime?

—Si por mis pecados he tenido la desgracia de merecer semejante ultraje,

con todo, no lo esperaba de boca de un compatriota. ¿De mí pensáis obtener con palabras lo que de un bandido o un ladrón se obtiene a duras penas con la tortura?

—¡Ay! Hijo mío, ¿de qué os sirve engañaros a vos mismo? Si mis palabras no os hubieran hecho vacilar, ¿os habríais enfurecido así?

Aicart dirigió al prior una mirada de sorpresa, casi desarmado. ¿Era realmente aquel hombre incapaz de comprenderle?

—¡Ah! —exclamó, con cansancio—, ¡poco me importa lo que penséis de mí, al fin y al cabo! Sois seres malditos y

pérfidos, animales con rostro humano, sin entendimiento y sin corazón. Lamento haberme rebajado a hablaros. No sigáis perdiendo vuestro tiempo, no os contestaré.

El prior retomó su puesto de juez y el interrogatorio volvió a empezar, pero Aicart no volvió a despegar los labios. El clérigo que apuntaba las preguntas y las respuestas tuvo que conformarse con escribir cada vez: «Se niega a contestar». Los dos asistentes del prior, menos pacientes que este último, hacían preguntas insultantes, del tipo «¿Profesáis que el adulterio, el incesto, la sodomía y otras abominaciones son, a

los ojos de Dios, preferibles al matrimonio?», o «¿Es verdad que autorizáis a vuestros fieles a cometer incesto con sus madres, sus hermanas o sus hijas, mediante una suma de dinero?». Aicart tenía tanto sueño que apenas se tenía en pie, y debía clavarse las uñas en las palmas para espabilarse. «Es una artimaña —pensaba—, quieren cansarme para que mi rostro me traicione si me preguntan: ¿tal persona es de vuestra fe?». Y se esforzaba por concentrar su espíritu en palabras de oración, pero el sueño le enturbiaba la mente.

—¿Sabía vuestro padre que estabais

en Carcasona?

No dijo nada. Pensó: «Habría hecho mejor en responder que no, saben perfectamente que mi testimonio sirve como prueba formal. ¡Ay! ¿Qué importa? De otros no habría podido responder que no». Al acabar, los dos carceleros fueron a buscarle para conducirlo a su calabozo; él pensó: «¡Dios!, podré dormir».

Había que bajar unas escaleras, luego la puerta se volvió a cerrar en una celda negra y fría. Paja podrida por el suelo. Un pálido resplandor a ras del techo permitía adivinar una ventana. Y

como por encantamiento, dos minutos después de echarse en el suelo, ebrio de sueño, Aicart se sintió desvelado, e incluso seguro de no poder dormir en toda la noche.

«... ¿Por qué no puedo olvidar a ese hombre que me llamaba su hijo y me hablaba con voz suave y decía: "Mi corazón sangra por vos"? Cuesta más olvidar la caricia de un sapo que un bastonazo. ¡Ay! Hasta del deseo de salvar nuestra alma consiguen hacer algo feo. Señor Jesús, si acaso la obediencia a vuestra ley me privara de la salvación, seguiría siendo feliz de obedecer.

»Señor, puede haber malas razones

para obedecer. Para nosotros la abjuración es una humillación tan mortal que incluso si creyese encontrar en ella la salvación (lo cual es monstruoso de imaginar), mi cuerpo rechazaría esa humillación.

»Señor, ese hombre maldito me ha dicho: "El perfecto amor no puede morar en un corazón donde penetran pensamientos impuros", y yo no he sabido evitar los pensamientos impuros.

»¿Acaso no he deseado a una mujer con un deseo más fuerte que mi razón? Sin embargo, Señor, sed juez entre ellos y yo. Yo me digo: te reprochan abominaciones y tu corazón ha ardido

por una muchacha casta y pura, y aun así no has osado tocarla más que con una maza de cobre... Señor, me han creído culpable del acto más vil que un hombre pueda cometer, ¡a mí, que tenía miedo de la sombra de un pecado! En realidad, si viera a esa muchacha aquí y ahora, le diría: soy un hombre. Voy a morir. Uno no miente delante de la muerte. Si pudiera dormir contigo esta noche, mi carne no se humillaría más de lo que ya lo está, y al menos conocería una alegría de la cual los hombres que no viven como nosotros no tienen idea alguna...

»No he regateado con mi vida, Señor; tal como prometí el día de mi

ordenación, la entrego a la primera petición. Dejadme pensar una sola vez en esta vida que, buena o mala, fue la mía.

»Quería al amigo que me quitaron. Señor, era tan superior a mí que nunca volveré a verle en los cielos de los cielos donde está ahora... Ni siquiera de lejos, ni siquiera a través de siete esferas de luz. Le quería con un amor que no se debe a la criatura. Mujer ignorante, en realidad no te he querido, no era más que la concupiscencia de la carne y de los ojos. No era nada, mujer, sólo una brisa cálida sobre un manzano en flor, una cosa perecedera y sencilla y

dulce, y no está ahí la verdadera vida de un hombre. ¡Que Dios te perdone esta vida, virgen ignorante, que es lo que eres, que te perdone los excesos del corazón y las inagotables tentaciones del orgullo!

»Sonaron campanas... se oía, desde lo alto, aunque no muy lejos, la voz cansina y llorosa del sereno. La prisión estalla en plena villa, el foso se extendía a lo largo de la calle. De niño, Aicart solía escuchar, en las noches demasiado calurosas, el grito solitario del sereno. «Nuestra casa no queda lejos —pensó—. Padre, madre, qué tormentos voy a causaros en vuestra vejez. Tendréis que

decir: "Habíamos renegado de él hace mucho tiempo", estas gentes sospecharán que nos hemos visto...

»Ha sonado la prima. Aún dos horas de espera para el día. Antes de ponerte a rezar, mira si tu hermano tiene algo que reprocharte... ¡Señor! ¿Iba a empezar a orar así? Sométete a la regla, eres un animal indócil, ¿acaso tu odio te es más caro que la ley de Dios?

»Acabas de tratar a tu hermano de maldito y de animal con rostro humano, e ¿ibas a rezar? Hombre pusilánime y engañado, dirás: "No era mi hermano, sino un enemigo". Nos dijeron: "Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que

os odian...". Tu artimaña no puede sacarte de aquí. "Si no se arrepiente, que sea para ti como un pagano y un publicano..." Si, pero ¿acaso nos dijeron que odiásemos a los paganos y a los publicanos? La primera regla impuesta a un cristiano has violado con placer, diciéndote para tus adentros: todo está permitido a quien ha de morir. "El cielo y la tierra pasarán y su palabra permanece para siempre." Reflexiona y considera: ¿qué es la pobre y pequeña rebelión de una carne que va a morir como mueren cada día a millares?

»Los publicanos y las prostitutas nos muestran la vía; ese viejo soldado,

mancillado con más asesinatos que conversiones has hecho tú, ha dicho de los que le han torturado: "De todas formas, siempre seré su deudor". Pero tú, ordenado para el oficio divino, ¿no eres acaso el deudor para siempre de todo hombre vivo? ¿Porque te has acostumbrado a ver a ricos y pobres arrodillarse ante ti, te permites hablar en alto a personas que no son de tu religión y no tienen ningún motivo para respetarte?

»Al alba, Aicart estaba casi preparado para hallar la paz. Es tan grande la fuerza de la regla, que ni el lugar ni el día pueden impedir a un

hombre sujeto a esta disciplina que se olvide a sí mismo. La misma a través de los años, la misma a través de las tristezas, las tentaciones y las alegrías, pan del alma y fortaleza inexpugnable.

«Eres tan poca cosa que importa poco que sea éste el último o el penúltimo día, en realidad. Tú y tus pequeñas tentaciones, tus pequeñas cóleras, tus pequeños remordimientos... Vanidad de vanidades».

El interrogatorio volvió a empezar. Ya no había nada que preguntar, pero el prior se obstinaba en convertir al prisionero, tratando de explicarle sus

errores. Aicart, lamentando su dureza del día anterior, se excusó con sus jueces:

—Ya sé —dijo— que creéis hacerme bien predicando lo que vosotros pensáis que es la verdad. Habéis recibido esta doctrina de vuestros maestros, tampoco vosotros sois plenamente responsables.

Aquella excusa tuvo el don de irritar a los dos sacerdotes asistentes, pero el prior estaba curado de espanto. Este hombre pensaba que debía desesperarse por la salvación de un pecador, y lamentaba no disponer del tiempo necesario para obtener una conversión:

el hereje obstinado no pasaba mucho tiempo en las prisiones del obispado. Los amos del momento y el propio obispo así lo querían; un castigo rápido era más adecuado para sacudir de temor a los fieles y para sostener la moral de las tropas. Los soldados, venidos de las provincias del norte para defender su fe, se escandalizaban de no ver quemar nunca a herejes, y acusaban a la justicia episcopal de complacencia y venalidad, lo cual era injusto. Las capturas de herejes eran raras porque resulta difícil controlar un país entregado a los desórdenes de la guerra. El prior del capítulo, hombre de una fe sincera,

deploraba esta impaciencia, legítima en sí pero poco provechosa a la causa de la Iglesia. Si es necesario aislar a un apestado, ¿hace falta destruir su cuerpo, cuando el ejemplo de su curación podría curar otras almas? ¿Acaso una enfermedad tan grave se cura en dos días, y en el momento en que el paciente, tomado por sorpresa, se resiste y rechaza los remedios con la energía de la desesperación? «Este hombre es joven —pensaba el prior—, y por tanto está menos corrompido que los demás. Pues en realidad, entre los herejes el corazón no está corrupto, es su inteligencia la que se encuentra

gangrenada por el error. La conversión del corazón puede ser obra de un instante, la de la inteligencia pide largos años o un milagro». —Hijo mío, rezo por vos. He rezado toda la noche, pues vuestras palabras me hirieron profundamente y me hicieron sentir que yo también me equivocaba. Si unos infieles me conminaran a mí a renegar de mi fe, habría respondido como lo hicisteis vos, aunque tal vez con menos cólera.

»¿Estáis ciego, hijo mío? No sois un hombre sin inteligencia. Vivís en un país donde la excelencia de la Santa Iglesia queda atestiguada en templos

admirables, en la vida perfecta de miles de monjes santos, de venerables religiosos, en la elevada sabiduría de los escritos de doctores innumerables... para no hablar más que de cosas humanas. Os ha escandalizado ver a algunos ministros indignos, a algunos malos pastores. ¿Creéis que a mí no me escandalizan tanto como a vos? ¿Os estimáis tan perfecto vos mismo, que estáis expuesto a menos tentaciones que ellos, para poder arrojarles la piedra?

»Hijo mío (y por la edad podríais ser realmente mi hijo), no me toméis por un hombre de corazón insensible. Contemplar vuestro cuerpo noble y

fuerte y lleno de vida me remueve las entrañas de piedad, pues hay en él un hermoso instrumento destinado a servir a la gloria de Dios, y vos queréis dejar que se destruya. Vuestra fe, que, como la de los fariseos, exagera las prescripciones de la ley divina para glorificarse, os obliga a dirigir vuestra piedad hacia los más viles animales; sin embargo, de la debilidad humana no sentís piedad. ¿Qué insensata ceguera os lleva a pensar que la luz de los ojos, la belleza de los rostros, el sol, las flores, y todas las cosas excelentes que veis en este mundo son obra del demonio? ¿Qué locura os impulsa a odiar la vida hasta

el punto de querer renunciar a ella por diabólico orgullo? Vuestros ancianos padres todavía viven; tenéis hermanos, hermanas, amigos... ¿no sentís ninguna piedad por ellos?, ¿os habéis imaginado el dolor que vais a causarles?

—¿Sois vos quien me tenéis que decir eso? —preguntó Aicart, con un melancólico desdén.

—Yo no soy juez —declaró el prior—. He aceptado estas funciones por obediencia. Sufrimos de corazón por la ley que nos obliga a abandonaros a la justicia del siglo. Soy un servidor de la Verdad. No puedo pedir os más que esa Verdad; deciros: hijo mío, os pido que

aceptéis este sufrimiento que os parece más duro que la muerte porque yo sé con toda certidumbre que es la única ocasión de salvación para vos, en este mundo como en el otro. Os lo ruego, os suplico y os imploro, rechazad todo orgullo, pues debéis estar más allá del orgullo; toda preocupación por vuestro honor, pues para un hombre que sirve a Dios no hay más honor que el de Dios. Por un instante, tratad de deciros: «Soy un hombre falible, tal vez no conozco la Verdad, estoy dispuesto a todos los sacrificios para conocerla mejor...». Yo he sentido y vivido esta Verdad, y con cada una de las fibras de mi alma sé que

es real. Me hago garante de ello. ¡Tras pasar por este duro sufrimiento, no quedaréis decepcionado!

—Podría deciros lo mismo —repuso Aicart, con tanta dulzura como pudo—. Renegad de vuestra fe, recibid el bautismo de mis manos y subid a la hoguera conmigo, y veré en vos a un amigo y un hermano. No os digo esto para burlarme. Me pedís una cosa que no me es posible. Vos podéis creer que vuestra fe es buena, pues ha conservado de la apariencia de Cristo lo necesario para engañar a las almas crédulas. El propio demonio no puede creer nada que no tenga al menos una apariencia de

bien, de otro modo no sería el padre del engaño. Pero por sus frutos se juzga el árbol. Podría probaros con las Escrituras la falsedad de vuestra fe, pues me ejercité mucho en mi juventud. Ahora soy más maduro y estoy acostumbrado a juzgar la fe por los actos antes que por las palabras, aunque sin descuidar por ellos las palabras. No necesito acusar a vuestra Iglesia, vuestros obispos y papas lo hacen por mí, y atacan a los frutos podridos sin ver que es el árbol lo que hay que cortar. Vos, que sois un hombre capaz de bondad, me proponéis este trato: acepta mi verdad o muere. Ahora bien, es

indigno tentar así a las almas, pues la carne es débil y pocos hombres odian la vida hasta el extremo de desear la muerte. Yo no deseo morir. Yo también soy un ministro de mi fe y la creo necesaria para la salvación. Pero si viera a nuestros obispos condenar a muerte a gente por su fe, diría: la verdad de Dios no está en esta Iglesia, y reniego de ella sin vacilar.

—Hijo, ¿no ves que sufro por esta ley que nos han impuesto? En realidad, no es la Iglesia, sino la dureza del siglo la que impone esta pena a todos los que perturban el orden público. Nosotros no somos más que portadores de antorchas

que caminan delante para alumbrar el camino. No podemos golpear ni proteger a los ladrones y las fieras que se descubren con nuestra luz. Y no tenemos derecho de apagar nuestras lámparas.

—Yo no he sido un ladrón para mi rebaño, ni un lobo. A quienes vuestros hermanos han despojado y despreciado han venido a nosotros, no les hemos obligado. No les hemos impuesto diezmos, no hemos construido nuestros templos con su sudor y su sangre; no les hemos amenazado con la hoguera en la tierra y con suplicios del infierno en el otro mundo. Han venido a nosotros libremente y por nosotros han expuesto

sus bienes y sus vidas. Entre los servidores de la Iglesia yo soy el menor y el más indigno, pero puedo hablar audazmente, puesto que no es el hombre, sino el cristiano al que condenáis en mí. Y la caridad me prohíbe decir quiénes son los ladrones y las fieras.

—Resulta fácil —arguyó el prior— a quien no lleva el timón culpar al que dilige el barco. ¿Qué sabéis vosotros de nuestras labores, de nuestras cargas, de las dificultades que nos acechan a cada paso? Habéis cosechado los campos que nosotros labramos, y robado miles de almas a la Iglesia que ha sometido pueblos y reinos a Cristo. Y ciertamente

sois ladrones e hijos indignos que pisotean el seno de su madre. Y si el crimen de parricidio se castiga con la muerte, ¿no ha de castigarse el vuestro con muchas muertes? Es menos cruel el matar a una madre que arrastrarla al lodo, cubrirla de escupitajos y deshonrarla con calumnias infames. Si un hombre que hace eso merece ser odiado, ¡cuánto más quien, después de hacerlo, se vanagloria de ello y se glorifica!

»Si he sentido piedad por vos ha sido mucho menos a causa de vuestro cuerpo que de vuestra alma, reducida a semejante grado de bajeza sin saberlo.

Pues creo, aunque me resulta muy doloroso decirlo, que merecéis la muerte más que cualquier otro hombre.

—Otros la merecen más, y la han merecido... quienes los soldados mandados por vos y por los vuestros quemaron en Minerve, en Lavaur y en otros lugares; otros la merecen más que yo, ¡y quiera Dios que se os escapen! Pero quienes sostengan sus palmas ante el trono del cordero, vestidos de blanco y lavados con la sangre del cordero, a quienes los vuestros han impuesto la gran tribulación... cuando quieran perdonaros y hablar por vosotros en el Juicio, ya no podrán, ¡pues nada quedará

de vuestras almas, y desaparecerán para siempre en el abismo de la nada con su maestro!

Después de aquello, Aicart no tuvo más que releer el proceso verbal de sus interrogatorios y firmar. El prior hizo redactar la sentencia que declaraba al llamado Aicart, ciudadano de Carcasona, hijo del noble Isarn de la Cadière y de Marsilia de Cajar, apóstata, hereje y rebelde; y siendo este hecho reconocido, constatado y probado, la Iglesia, ante la obstinación del citado Aicart, su dureza y su voluntad de perseverar en sus errores, le declaró para siempre excluido de la

comuni3n de los fieles y le abandonaba a la justicia secular. Sobre lo que recomendaba a sus jueces que no pronunciasen contra el citado Aicart sentencia alguna que supusiera mutilaci3n de los miembros u otro da1o corporal irreparable.

Mientras esperaba las 3ltimas palabras de la sentencia, Aicart no pudo evitar una sonrisa.

—¿Es a Dios o a los hombres a quien intentáis engañar? —preguntó.

Enseguida le hicieron sentir que ya no estaba bajo la protecci3n de la Iglesia; uno de los guardianes le abofeteó. El prior dijo que no toleraría

brutalidades semejantes en su presencia y dio orden de que se llevaran al prisionero. Los soldados del baile aguardaban en la puerta de la prisión desde hacía media hora larga, y estaban impacientes; temían que el hereje les jugara la mala pasada de convertirse en el último momento.

Aicart volvió a la prisión donde el carcelero le había acogido dos días antes. Se sentía molido, con el cuerpo vacío de todas sus fuerzas como después de largas torturas... «¿Es esto el miedo a la muerte? Una noche entera, quince, dieciséis horas por vivir, ¡ay! Incluso en este calabozo, con grilletes en las

muñecas, con la cabeza rasurada... Este cuerpo, este cuerpo miserable y cálido y palpitante de vida desde la médula hasta la punta de los dedos, el cuerpo se contentaría con este calabozo, con este lecho de paja, con este cántaro de agua caliente... ¿Saben solamente cuán rico es un hombre que posee esto?

»No lo cambiaría por el trono de un rey, aunque le dijeran que era para siempre, para un año, para un mes. Todas las negaciones le parecen permitidas, todas las bajezas, ¿se preocupará la carne de las palabras? «Todavía puedo impedir con una sola palabra que ocurra esto, esa palabra me

matará, pues no la diré. No ya por vergüenza ante los hombres, no ya por mí, sino porque la ley que me fue impuesta es más fuerte que mi voluntad. Esa palabra que, con toda la fuerza de mi alma, querría poder decir, no la diré jamás. Señor, yo quiero vivir y vos sois la muerte.

»Señor, esta otra vida que me aguarda no la conozco, y la que me quitan casi la he olvidado. Estas pocas horas por vivir son para mí más queridas que los treinta y cinco años ya vividos y más queridos que la eternidad.

»¿Cómo puede ser buena la muerte? Es el enemigo. La obediencia es buena,

la obediencia sin alegría, sin esperanza, sin propósito, sin orgullo... la obediencia animal de la carne humillada, pues yo sólo soy carne y la carne quiere vivir, Señor, ni siquiera tengo la fuerza de decir: "Os he amado hasta la muerte"; ya no sé nada, sólo sé que no renegaré de vos».

* * *

Durante mucho tiempo, en la gran plaza del mercado resonó el último canto a la gloria de Arsen. Un canto que era un grito, y una llamada y una plegaria. El hombre estirado sobre el potro levantado en medio de la plaza la

llamaba sin cesar, con una voz tan potente y desgarradora que los soldados y los caballeros alineados en torno al patíbulo para asistir al suplicio sintieron el corazón encogido de angustia como si vieran morir a un amigo. Apenas podían recordar que ese hombre era un bandido y un degollador; resultaba duro mirar cómo sus cabellos grises se volvían blancos ante sus ojos.

Al principio había resistido y sufrido en silencio, luego se había desmayado y le habían reanimado vertiéndole agua helada sobre el rostro. Entonces se había puesto a gritar y a llamar a Arsen: «Arsen, ¿me ves?»

¡Arsen, Arsen, nuestros hijos, Arsen, nuestros hijos!». Se aferraba a ese nombre para no chillar como un animal, cada grito de dolor era Arsen, Arsen sin nada más, pues parecía haber olvidado las demás palabras. Solamente al final bramó: «Piedad».

Cuando le habían dado la vuelta al tronco mutilado para cortar la cabeza, el hombre ya estaba muerto. Tenía los cabellos blancos y la barba y el rostro rojos de sangre, los ojos desorbitados, la boca muy abierta y negra.

* * *

Al cabo de unos días, arrojaron a

una fosa llena de cal viva el cuerpo de la noble Marsile, madre de Aicart de la Cadière. La anciana, para ver por última vez a su hijo, se había escapado de casa y se había mezclado con la multitud reunida en torno a la hoguera. Había vuelto a casa pálida y como embrutecida, luego se había puesto a balancearse, a echarse adelante y atrás y a doblarse en todos sentidos, como si estuviera atada y quisiera liberarse; al mismo tiempo, soltaba largos bramidos y rugidos que no parecían salir de un pecho humano, y no veía ni oía nada de lo que ocurría a su alrededor.

A ratos recobraba la lucidez, se

llevaba la mano a la frente y gritaba:

—¡Ay! Dios, Dios, ¿es posible semejante sufrimiento?

Luego, empezaba otra vez a forcejear y retorcerse. Al cabo de tres días, no podía más y se encerró en su alcoba para abrirse la garganta con un cuchillo.

El anciano Isarn de la Cadière, convocado al tribunal del obispado, juró que había detestado siempre la fe de su hijo y que desde el principio de la guerra no había tenido relaciones con él; que estaba completamente entregado a la fe católica, al obispo y al nuevo vizconde. Le confiscaron los bienes a

título de enmienda por su tolerancia pasada y tuvo que abandonar la villa, acompañado de una de sus hijas, viuda, que vivía con él.

—¡Maldito y condenado sea, ha causado la muerte de su madre y me ha reservado este padecimiento en mi vejez! ¿Por qué no le enterré cuando era un niño inocente? ¿Por qué no le estrangulé con mis manos el día en que nació?

—¡Padre, es pecado, padre, es un mártir de Dios!

—¿Por qué tengo que ser yo mártir? ¿Le eduqué para que me destruyera? ¿Permite Dios que mi hijo haya sufrido

una muerte semejante y que siga yo con vida?

III. GENTIANE

¡Dios tenga piedad del lamento de las damas del país en guerra, de las mujeres ricas y pobres, viudas o casadas, abuelas y muchachas! ¡Ya no hay para ellas amor ni alegría, están pobres y descoronadas, cargas inútiles, taras del acero, guardianas de hogares desiertos, hiladoras sin lana, lavanderas sin camisas que lavar! Esposas de un momento, madres con los brazos vacíos, amantes sin canciones de amor.

Sus tiernos corazones están

completamente encarnados, atropellados sin cesar entre el martillo y yunque, sus corazones tan magullados y contusionados que acaban por no sentir los golpes. Es cruel el trabajo de amar en días de odio y de miedo. Más vale ser huérfanas de nacimiento, estar solas en el mundo, recluidas, viejas, jorobadas... Más vale tener el corazón duro como una bala de granito.

Hija de ojos secos, hija de cabeza dura, las alegrías que te esperan en este mundo son tales que te conviene glorificar a tu creador. ¿Cómo puede vencersele, cuando es siempre y en todo

lugar el más fuerte? Él, que fue el más bello de los ángeles, es nuestro amo y señor, demos gracias, yo ya no lo pongo en duda.

Por su ventana roja y azul Gentiane miraba a los hombres de banderas ornadas con flores de lis desfilar por la calle; sin armaduras, rostros descubiertos y sonrientes, arreos nuevos con clavos dorados, cruces rojas sobre las túnicas blancas, estandartes de flecos de seda. «Luis *el León*, que no ha tenido que luchar, que ha hecho que le abrieran las puertas después de ordenar que derribasen las murallas y que quitasen a los hombres sus espadas y sus

ballestas... De él esperábamos justicia y viene a echar a nuestro conde para poner en su lugar a la fiera. El rey de Francia que nos traiciona, que no ha movido un dedo por defendernos, que ha dejado que nos aplastaran para enviar a su hijo a recibir nuestro homenaje. De él esperábamos justicia y no ha hecho justicia a su pariente y vasallo, ha puesto en su lugar a la bestia feroz, al carnicero, al asesino del noble rey de Aragón.

»He aquí lo que nos ha hecho el rey, que nos debía justicia: nos ha dado por amo a nuestro verdugo y ha vendido las ovejas al lobo. Ha traicionado su linaje

y su raza en toda la nobleza de los países cristianos, y su honor de caballero; ha dado la razón al ladrón frente al señor legítimo.

»¡Oh Luis, príncipe de Francia, ojalá pudiera verte en mis visiones caído en un campo en medio de cadáveres y devorado por los lobos! ¿Acaso no tengo visiones de desgracia más que para mis amigos? ¡Ay! Simon, Simon, si viera tu rostro maldito sabría adivinar qué muerte te espera y mi corazón sería feliz, ¡pues sabremos hacernos justicia a nosotros mismos, tu muerte no será buena!

»Ahora Gentiane ya no estaba sola

en su alcoba, el visitante que iba a pasar las largas horas de la tarde no era un servidor fácil de despedir. Bérenger d'Aspremont era de buena nobleza tolosana, pariente de la señora de Miraval; caballero, además, y de bello rostro. El amor de un hombre no es como un collar que una se quita del cuello para meter en un cofre, es una cadena dorada que traba los pies. Dice que muere por vos y que ninguna dama fue tan amada.

—Por un beso vuestro iría al fin del mundo.

Lo que quiere decir: casaos conmigo primero, luego iré a luchar. Bérenger

quería ir a Aragón para sumarse a las tropas del conde. El amor, decía, le retenía en Tolosa.

—¿Es que me amaréis menos, una vez casados?

—No, pero si he de morir, quiero conocer antes la felicidad.

Gracias a los caprichos de su humor cambiante, a los consejos de Jacques d'Ambialet y a la insistencia de un pretendiente pródigo en bellas palabras, Gentiane se encontró prometida. Después de la muerte de su padre se vio aquejada de tal dolor por no ser un hombre que aceptó a Bérenger por sus espuelas de caballero y su destreza en el

manejo de la espada. Había además muchas otras razones, pues en el mundo no siempre se hace lo que uno desea, sino lo que los demás esperan que se haga. Gentiane era poco experta en las costumbres del mundo y estaba muy decidida a vivir conforme a estas costumbres. Después de lo que había sufrido, no volvió a soñar con regresar al convento.

Bérenger d'Aspremont tenía treinta años y le gustaban mucho las mujeres; la ley del amor quiere que un hombre que avanza en edad apunte cada vez a conquistas más altas. Bérenger no había escogido por dama a una condesa ni a

una princesa, sino a una muchacha pobre y sola, hija y hermana de personas fuera de la ley, una provinciana que ni siquiera sabía hablar de amor. Pero el día en que la vio, esbelta y débil, vestida de blanco, sobre el fondo de un tapiz escarlata, temblorosa bajo el soplo de su espíritu como un gran álamo crepitante entre las llamas..., aquel día Bérenger se prometió no conocer otros amores antes de obtener a aquella mujer. Lo que era, en realidad, una locura; la doncella encontraba el mismo gusto en el amor que un caballo en la carne.

Como ya no era joven, tuvo la audacia de hablar de su pasión, y fue

cortésmente rechazado.

—No os consumáis en vano, estoy prometida a otros amores. Buscad un remedio a vuestro mal en otro lugar.

Él se puso en la manga los colores de la doncella: blanco y verde; en las comidas, hizo lo posible por no tomar más que los manjares que ella había tocado con la mano; rondó delante de su ventana, por la noche, con la cabeza descubierta y la capa echada por el suelo en señal de sumisión. No era más torpe que otros cantando y recitando versos, y a la joven le gustaba mucho su voz. Y cuando se enteró de la muerte de su padre se puso tan triste que él no se

volvió a atrever a hablarle de amor.

Sin embargo, a fuerza de verla todos los días acabó por encontrarla más deseable que a ninguna mujer del mundo, con sus andares de corzo desgarrado, su tez oscura, sus ojos grises como el agua y el duro candor de su mirada. Y como un visitante inoportuno que, al no poder entrar por la puerta principal, intenta pasar por el patio, se puso a soñar en el matrimonio, con el fin de obtener al menos el cuerpo de la doncella. «Pues muchos hombres —pensaba— encuentran el camino del corazón de su dama de esta manera».

—Eso se llama empezar la casa por

el tejado —le dijo la señora de Miraval, su prima—. ¿Por qué queréis casaros con una muchacha que no es rica y que no os ama?

—¿Acaso no será un gran honor para mí tomar una mujer como ella?

—Amar es un honor, primo, pero el matrimonio es con más frecuencia un negocio. ¿Osaríais pedir a una virgen tan pura los servicios que se pide habitualmente a las concubinas?

—Hay muchos hombres —arguyo Bérenger— que consideran una gran dicha poder dormir con la mujer de quien están enamorados.

—Yo no lo llamo amor —declaró

doña Alfaïs—. Pero esta guerra ha degradado tantas cosas nobles y bellas que no os puedo culpar. Ya no hay lugar en este siglo para la virtud ni para la cortesía.

Gentiane dijo:

—Si tengo que vivir según la ley del mundo, será con vos antes que con otro, pues me parece que me amáis con lealtad. Puedo abandonar mi cuerpo a vos; en cuanto al corazón, que tanto deseáis, en realidad no sé nada de él, pero creo que no está hecho para el amor.

Nada más cruel ni más audaz que las jóvenes damas. Siempre empujan a los

hombres a hacer más de lo que pueden y deben, porque les gusta oír hablar de sangre y de peligro. «¿No mancharéis vuestra boca con un juramento de fidelidad al usurpador? ¿No os quedaréis a los pies de vuestra dama cuando nuestro país está aquejado por tanto sufrimiento?». Dicen todo esto, no lloran por sus padres y hermanos, sino por la humillación de su patria. Y el amor toma a sus ojos el color de la sangre.

Aquel día Bérenger miraba a la dama de sus pensamientos, en pie junto a la ventana, temblorosa y rebosante de cólera.

—¡Siguen pasando, no se ha terminado! ¿Hasta cuándo durará esta humillación? ¿Cómo habéis tenido ánimos de dejarles vuestra espada, vos que sois caballero?

—No temáis, señora, me he quedado la mejor para mí —intentó calmarla Bérenger.

—¿Por qué soy mujer? Para vosotros, que os traten de mujer es la peor injuria. ¿Acaso la condición de una mujer es la de ser cobarde? A nosotras no nos piden que prestemos juramento.

—Señora, si me hubiera negado a prestar juramento habría tenido que exiliarme el mismo día y no me hubiera

quedado nada para equipar a los soldados. Tened la seguridad de que nos pagarán esos juramentos.

—¡Ah! ¡Todos lo dicen! —exclamó la joven amargamente—. Nos sometemos para ganar tiempo, ¿es que el tiempo nos ha aprovechado, hasta ahora? ¡Y si el noble Aimery de Montréal no se hubiera adherido al principio, nuestra caballería no habría sufrido esta afrenta de verle colgado de una horca! En lugar de ser tratados como enemigos, seríais tratados como traidores.

—¡Qué importa! —dijo Bérenger—. Es un placer traicionar a unos

semejantes. ¡Y si pienso en horcas, señora, no es en las que puede que un día nos preparen, sino en las que tal vez nos conceda Dios la alegría de levantar con nuestras propias manos para más de un traidor de nuestro país! Pues esta guerra ha hecho de la traición una gloria y del cargo de verdugo un bonito oficio. En vuestra bondad os habéis dignado a escogerme por vuestro futuro esposo, no temáis que avergüence vuestros colores ni el apellido que llevaréis.

—¡Ay! No dudo de vuestro valor, ¿cómo iba a atreverme? Pero nosotras, las mujeres, tenemos el corazón demasiado ardiente. Si fuera un hombre,

abriría esta ventana, tomaría un arco y apuntaría al ojo de uno de esos hombres que pasan para vengar a mi hermano, que murió de un flechazo en el ojo.

—Tranquilizaos, llegará el día en que una muerte como ésa les parecerá demasiado hermosa. Caerán bajo los martillos, las hachas para madera y los cuchillos de cocina. Un año o dos más, y acorralarán a Simon de Montfort por los bosques como a un lobo rabioso a la espera de ser desollado y colgado.

—¡Pero Bérenger!, ¿olvidáis que su amo es príncipe de este mundo? Hace sus milagros para ellos. Contra él el buen derecho y la fe en Dios siempre

tendrán las de perder en este mundo.

Giró en círculo entre el cofre y la cama, con las manos juntas bajo el mentón, los ojos brillantes y secos.

—Lo que me encoge el corazón, querido... lo que me encoge el corazón más que nada... es darme cuenta de que nosotros no podremos hacerles nada peor de lo que nos han hecho ellos. ¿Qué, apresarles? ¿Qué, torturarles? ¿Arrancarles los ojos, cortarlos en trozos? Ellos se lo han hecho a inocentes y a justos, nosotros no haríamos más que castigar a asesinos. Aunque fuéramos lo bastante fuertes para invadir su país, quemar sus casas, violar a sus hijas,

ellos ya nos lo han hecho a nosotros, que no les hemos atacado. ¡Sólo obtendrían lo que merecen, y nosotros no lo hemos merecido!

—¡Con que sólo estuvieran fuera del país!, yo no pido tanto... —repuso Bérenger—, Ojalá se fueran y nos dejaran vivir. Les dejaría libres por lo demás.

—¿Acaso han cortado brazos y piernas a vuestro padre? ¿Han puesto su cabeza en una lanza en la puerta de la villa? Y por mi padre debo regocijarme, pues está en el paraíso, pero ¿cómo hay que actuar con quienes lo hicieron? ¿Se irán a sus castillos del norte? ¿Volverán

con sus mujeres? ¿Tienen derecho a ello?

—Preciosa —dijo Bérenguer levantándose y cogiendo a la joven por los hombros—, no penséis más en todo eso, es demasiado cruel. ¡Malditos tiempos, que obligan a las mujeres a endurecer así su corazón; a ellas, que están hechas para la ternura, la dulzura y la cortesía! ¡Qué extrañas palabras de amor estamos cruzando!

Ella escrutó el rostro del hombre con sus ojos ardientes y pensativos; era un rostro altivo, subido de color, de labios bonitos y fuertes; tenía los abundantes bucles castaños tan largos

que le cubrían la frente y rozaban sus cejas. Un hombre nervioso y vivo como un pura sangre, reflexivo, cortés e instruido... «¡Qué apuesto es mi prometido! ¿Acaso no habría estado orgulloso mi padre de un yerno así? ¿No deseó siempre mi madre verme casada? ¿Qué importa ahora? Nada puede ya avergonzarme ni darme miedo. Estoy delante de mi enemigo, que es mi amigo, sus manos tocan mis hombros y su aliento me quema la mejilla. ¿Qué más puedo perder? Los franceses entran en Tolosa, el país está traicionado y entregado; mi padre ha terminado su combate».

—¡Ay! Bérenger, ¿por qué me habéis elegido por dama a mí, que no soy bella ni instruida en las maneras de la corte? Durante tres años, en el convento, me agoté rezando y ayunando y velando por la noche. Soy mayor, tengo veintitrés años. No estoy como para aprender la ternura y dulzura que esperáis de mí.

—Yo necesito a una esposa como vos, señora; una mujer a quien pueda colocar en un lugar más elevado que yo. Y, si los azares de la carne nos obligan algún día a tener hijos, que sea una madre fuerte en espíritu, que les guíe hacia la salvación.

Todo estaba preparado para los esponsales, y ahora la propia señora de Miraval tenía prisa de verlos acabados. Desde que el obispo reinaba en la villa, no era prudente que una muchacha visionaria permaneciese virgen demasiado tiempo. Y sus visiones eran en el presente más sangrientas que nunca, aunque menos frecuentes. Veía al obispo en persona y a sus adjuntos y a sus artesanos, salpicados de sangre por todas partes, caminando entre los cadáveres, como merodeadores la tarde de una batalla.

La novia no tenía ni un sueldo; el

futuro tenía que dotarla antes de la boda. Era un honor muy peligroso conceder una casa y tierras a la hija de un hombre ejecutado públicamente como rebelde de la Iglesia y de su soberano. No obstante, para los clérigos de la cancillería como para los cónsules, Ricord de Montgeil era un héroe, y aquella boda elevaba incluso el prestigio de Bérenger.

La novia se preparaba en su alcoba, ayudada por las doncellas de la casa, y estaba muy triste y agitada. Doña Alfaïs, que presidía los preparativos, la tranquilizaba sonriente.

—¿Acaso creéis que si entráis en la

tienda de un mercader mahometano o judío para comprar un perfume o alguna bisutería femenina, os convertís por ello a la fe del comerciante? Si las leyes del mundo nos imponen esta ceremonia, no hay que concederle más importancia de la que merece. Sólo una fe débil puede temer estas pruebas.

—Señora, antes de venir a Tolosa yo no había entrado nunca en una iglesia; y antes de este día nunca he participado en los sacramentos del demonio. ¡El sacerdote me hablará como a una bautizada, me bendecirá con sus manos, me dará a besar la cruz!

—Querida hija, sabéis que aquí, en

Tolosa, nos es imposible vivir según las buenas costumbres en las que os educaron vuestros padres. Hemos aprendido a someternos en apariencia para conservar la fe pura en el fondo de nuestros corazones. Nuestro obispo nunca nos lo ha prohibido. Sólo el cuerpo se somete a la ley del mundo; si lo hace para beber, comer y dormir, ¿por qué no ha de poder sufrir también esta humillación aparente que no compromete en nada a vuestro corazón?

Gentiane, llevada al altar por un tío anciano de doña Alfaïs, se unió al caballero Bérenguer d'Aspremont para ser su legítima esposa. La señora de

Miraval, sentada en la primera fila detrás de los novios, temía ver a su protegida presa de alguna súbita inspiración, pues la joven estaba singularmente pálida y temblaba, y se erguía continuamente como si temiese caer. Bérenger no le quitaba de encima una mirada inquieta, se preguntaba si su estado lo causaba la repugnancia que sentía por él; estaba enamorado, y el visible miedo de la joven aumentaba su deseo, ¿acaso hay algo más noble que una castidad tan feroz? Había conocido a muchas mujeres que sonreían de oreja a oreja en cuanto le veían de lejos.

«¡Oh, estos cantos, oh, estos cirios

—pensaba Gentiane—, oh, este altar adornado, estas paredes pintadas, esta púrpura y este oro, el olor demasiado agradable de este humo azul! ¡Cómo despliega Satanás sus artimañas para atrapar a los corazones en la trampa de los sentidos! ¡Qué bien sabe excitar la concupiscencia de la carne y de la vista! Estos cantos que odio parecen hermosos a mis oídos, y la luz que atraviesa estas ventanas de colores es una caricia a mis ojos. Lo que mi alma rechaza, mi cuerpo lo acepta gozoso. ¡Señor, piedad, los verdugos de mi padre cantan en esos coros, este oro y este esmalte están rojos de sangre! Roma y la cruz nos han

crucificado, los sacerdotes han vendido nuestro país; por la tonsura y el pan sin levadura y el oro de las iglesias han violado nuestra tierra. Y nuestros cuerpos prisioneros permanecen aquí, como en un sueño, para sufrir los sortilegios del demonio».

Como en sueños, vio la mano del sacerdote unir su mano con la de Bérenger; como en sueños tomó el anillo y se inclinó ante la cruz; le parecía que otra hacía aquellos gestos en su lugar, otra, un cuerpo helado y sin vida, una hija extranjera que sólo tenía en la cabeza un murmullo de campanas, y en el corazón un agujero abierto... Se bajó

el velo rojo sobre el semblante; toda la iglesia se volvió roja y los cirios vacilaron, y bajo la ligera tela de seda sintió que su rostro enrojecía de sofoco; pero ahora estaba más calmada. Velada, luego ausente. Libre de cerrar los ojos y rezar. Nadie se extrañó de su gesto, más bien admiraron su arrojo. El sacerdote, que sabía a qué atenerse, hizo como si no se diera cuenta de nada.

La joven novia entró a la mansión de Aspremont en brazos de su esposo; en el salón el suelo estaba tapizado de flores, las paredes cubiertas de guirnaldas y de ramas recién cortadas. Las muchachas

del cortejo cantaban a coro y los músicos tocaban la flauta y la cítara. La mesa estaba puesta para cincuenta convidados, los manteles eran blancos, bordados en plata, y había tantos cirios encendidos en las lámparas y candelabros que a pleno día su luz dañaba a los ojos. La boda fue alegre. «Que no nos crean empobrecidos y abatidos, que no se jacten de habernos quitado la alegría. Que nos envidien lo que ellos no pueden tener, la libertad de reír y de cantar en nuestras casas, rodeados de nuestros amigos y de nuestras damas. Son libres de quitarnos todo eso, no obtendrán con ello la

felicidad».

En su alto asiento de madera dorada, cansada de sonreír, un poco triste, Gentiane miraba los cirios que acababan de quemar. «La noche está aquí, las campanadas de la iglesia tocan a vísperas, la ciudad pasa de rosada a grisácea, encienden las antorchas en las calles llenas de soldados extranjeros. Aquí estoy, vestida de rojo, con traje rojo y velo rojo. Adiós, vestido negro, atavío deseado con excesivo fervor, jamás cantaré el Cántico Nuevo».

«Monseñor diácono, aquel día me habíais dicho: "No eres nada. Una débil

mujer que desatina y se cree visitada por el espíritu porque el demonio de la carne la atormenta". Pues eso fue lo que quisisteis decir. Sin duda conocíais mejor que yo esas cosas, pues he oído hablar mucho de la carne y de sus deleitaciones diabólicas, y podrían hablarme igual del país de las Indias donde la gente tiene cabeza de perro.

»Y si ahora me marchara, si huyese de esta casa, con este vestido rojo y estos collares y pendientes regalados por el hombre que me ha comprado; si fuera hasta el palacio del obispo de los diablos: "Monseñor, he vivido hasta aquí en las tinieblas de la infidelidad

herética, quiero confesarme a vos solo y revelaros todo lo que sé sobre los herejes de esta ciudad". Una vez junto a él, sabría cómo actuar. Él no lleva cota de mallas, le atinaría en pleno corazón, a la derecha de la cruz... La muerte que me darían después poco importa, no habría vivido para nada. Si tengo que perder el alma, que sea al menos con provecho.

»Loca, no por nada te piden que te pierdas, para matar tu orgullo y tu vano deseo de gloria. "... Si necesitamos beber, comer y dormir, ¿por qué no sufrir esta humillación aparente que no compromete nuestro corazón?" Después

de la ceremonia de la boda católica, la del lecho nupcial. Vuelve al rebaño, ¿te tomabas por el cordero divino, tú, la más miserable de las ovejas? Más tarde, dentro de veinte o treinta años, empezarás a entender lo que Dios exige de tu alma. Acudirás a Él, vieja, fea, manchada por las costumbres del amor animal y por diez maternidades, pensando en la virgen que has sido como en una niña extravagante. ¡Humilde, Señor! Lo seré, tendré un motivo. Todos envidian mi virginidad, también vos, monseñor diácono, me la envidiasteis.

»Ante los hombres no habéis infringido la regla y sois puro. Al menos

lo espero. ¿No sabéis, monseñor, lo grande que es el poder de vuestros semejantes? ¿No sabéis que una mirada vuestra pesa más que mil besos de otro? Su fuerza es la del rayo que cae del cielo. No tenéis derecho a caer al suelo desde tan alto.

»En realidad tengo que perdonaros, yo no he pasado por lo que vos. Pronto hará un año, y mi corazón sangra todavía, por más que digan: "Ha sido glorificado, Dios le ha juzgado digno de dar testimonio"; por más que digan: "Ha cumplido con su deber de cristiano". Malditos los que cogen a hombres vivos y los asan como pollos, ¿por qué no

supisteis escapar de ellos? No debo sentir piedad por vuestra alma, pero por vuestros ojos de águila, por vuestra sonrisa, por vuestras finas manos, por esa carne tan cruelmente destruida siento una piedad tan grande que no podría deseáros la nunca. A vos, que no levantabais la voz, os han obligado a gritar, a vos, siempre derecho como un cirio, noble como un rey, os han hecho semejante a un animal que chilla y se retuerce...

»Vos, que tuvisteis para mí palabras frías y dignas, que sabíais tan bien apartar vuestros ojos de mí. Tal vez soñé... ¡Ay! ¡Que me condenen a la

prisión de mil vidas si sé la menor palabra de esas cosas! Era virgen de corazón como de cuerpo, vuestra mirada me abrasó como el hierro al rojo con el que marcan a los criminales. ¡Vos, que poseéis el poder de cambiar la sombra del cuerpo en ilusión de verdad, me mirasteis como un hombre sin pudor mira a una muchacha guapa! Yo no soy guapa, pero sin duda aún lo soy demasiado, debería haberme cortado la nariz y los labios... Esta misma noche un hombre vendrá a decirme: "Sed mía", también él me encuentra guapa y me mira como si se muriera de sed. No te han obligado, ni amenazado, ni pegado,

te vas a perder por tu propio orgullo, para que no te miren más con lástima, para que no hablen más de ti... No soy una paloma, doña Alfaïs, ni una elegida, ni una antorcha».

Las doncellas que rodeaban a la novia le desabrochaban y desataban el vestido, peinaban sus cabellos y le ungían los brazos de perfumes. Alta, delgada, solemne, Gentiane parecía un obispo que se deja vestir para una misa pascual. Doña Alfaïs fue a besar la frente de la novia.

—Ya sé, hija, que estas costumbres son paganas e impías y que más nos

convendría llorar. Pero si tenemos que someternos a las leyes del siglo, guardemos nuestra tristeza en el corazón. Pensad que las más santas mujeres han pasado por este trance sin rechistar.

¿Cómo conviene recibir a un esposo que, pese a sus loables esfuerzos, no había sabido negarse decentemente a apurar dos o tres copas de buen vino? No estaba ebrio, sino más agitado que de costumbre. Acudía a hacer la corte a la novia con una larga camisa rosa, los cabellos ensortijados y el rostro tan bien afeitado y apurado que se le podía tomar por un joven. Se sentó a los pies de Gentiane, con una cítara que no

conseguía tocar bien de tanto que le temblaban los dedos. Acabó por decir:

—Esta noche no tengo voz, estoy preocupado pensando en vos.

—¡Ay! Yo también estoy terriblemente preocupada —declaró Gentiane.

Él dijo, con amargura:

—Vos no sentís nada de lo que yo siento, me habéis aceptado como se acepta un castigo. He dado mi corazón a la mujer más dura de la tierra, que incluso aceptando mi servicio me atormenta.

—Os atormentáis solo. Me he casado con vos por estima y cortesía.

—No quiero vanagloriarme, pero he conocido doncellas que me hubieran dado su mano con mayor alegría.

—Querido, soy feliz al pensar que mi padre habría estado orgulloso de teneros por yerno. Mis padres siempre desearon verme casada. Monseñor Jacques d'Ambialet me ha dado a entender que es conveniente que una joven se case más por obediencia que por amor.

—No soy viejo, ni feo, ni de maneras groseras —repuso él—. ¿Querriáis ser mi amante esta noche?

Gentiane sintió que le flaqueaban las fuerzas, no se esperaba tan pronto una

pregunta tan brutal.

—¿No faltaría al pudor de mi sexo si dijera que quiero? ¡La naturaleza nos empuja a huir de semejante amor! Bérenger, si sólo necesitabais otra concubina, ¿por qué habéis escogido a una mujer como yo?

—Habéis de saber —explicó Bérenger— que he despedido a todas mis concubinas. Por amor a vos no quiero tener otra mujer.

—¿Cómo podéis llamar a eso amor? —preguntó la joven—. El verdadero amor desprecia el don del cuerpo.

—Señora, es difícil decir qué es el verdadero amor. Cuando el amor se

apodera de nosotros, le servimos como podemos y hablamos de él según nuestro conocimiento; es tormento y placer para el alma, pero para el cuerpo también, y lo uno no va sin lo otro, ni siquiera en los amantes más célebres.

»El poder del amor es tal que al veros tan casta y pura siento por vos un deseo diez veces mayor; no puedo decirlo lo infeliz que sería si me rechazais.

Gentiane se volvió para no ver el rostro humillado y suplicante inclinado hacia el suyo, ¡por qué no podía taparse también los oídos! Parecía más desgraciado todavía de lo que decía,

tenía la voz entrecortada y lágrimas en los ojos. Decía que ella debía tener piedad de él y no volverle loco de dolor; que era demasiado cruel, que no se puede rechazar a un amante a quien se ha abierto la puerta de la alcoba... «¡Ah! Yo tengo el corazón duro, ¿sentiré piedad? —pensaba ella—, ¡y por qué sentiría piedad cuando el país sufre tal desamparo, cuando han ajusticiado a mi padre, han matado a mi hermano, persiguen a mi madre por los bosques como a un animal, cuando queman a los cristianos en las plazas públicas! ¿He de sentir piedad por un hombre fuerte y afortunado, que se lamenta sin ninguna

dignidad porque una mujer es dura con él? ¡En realidad, si un caballero suplicara así para salvar la vida, sus amigos le despreciarían! ¿Es tan profundo el sufrimiento de amor?, ¿es posible que me ame tanto?». Hasta entonces, había tenido a Bérenger por un hombre prudente y ponderado.

—¡Ay! Si sois un verdadero amante —le solicitó—, dejad al menos de estrecharme de este modo en vuestros brazos y de besarme, me da miedo.

Él dijo que no debía tener miedo, que él era un amigo.

—¡Ah! Esta alcoba es pequeña, me ahogo con todos estos perfumes y el olor

de las velas... Al menos abrid la ventana para que podamos respirar aire fresco.

Él apagó las velas y abrió la ventanita; a través de los rombos de las rejas, Gentiane vio la pared almenada de la casa de enfrente. «¿Una prisión? ¿Acaso no he sabido siempre que la vida era una prisión?».

—¿No sois mi enemigo? —repuso.

En la oscuridad, aturdida por una lluvia de palabras tiernas y de besos, pensó: «Entonces, es ésta la corrupción del alma y del cuerpo». No sentía repulsión, apenas se asombraba... ¡Cómo!, ni su madre ni ninguna de sus

compañeras se habían acercado tanto a ella, y lo que no habría tolerado de parte de una mujer, se lo permitía a un hombre, a un extraño, sin que la vergüenza la aniquilara. «Dios mío, ¿tengo que ceder mi alma al ceder mi cuerpo? Me han dicho que el alma podía evitar la mancilla si permanecía vigilante, y así es como si no tuviera alma ni pensamiento».

Al día siguiente, la joven esposa se encerró en su alcoba para rezar y meditar. No quería ver a nadie. Acodada en su atril, buscaba en las Escrituras una respuesta a las preguntas que no lograba

contestar: dónde está el límite entre el alma y el cuerpo, cuál es la relación entre la voluntad y el pecado... Quien mira a una mujer con deseo ya ha cometido adulterio... Si es tal la fuerza del pensamiento, ¿qué importa que todo el cuerpo se entregue a la corrupción? «Y si mi cuerpo está ahora corrupto y podrido, ¿cómo conservaré el alma intacta? Las santas mujeres que me instruyeron me preparaban para una vida de virgen, no me enseñaron el medio de desligar el alma del cuerpo en el momento de una tentación tan temible. Sin embargo, hay que creer que ellas habían vivido puras de corazón incluso

durante el matrimonio. La primera vez, yo no he logrado hallar la felicidad en mi humillación, o si no la felicidad, al menos poca tristeza.

»El hombre con quien me he casado no es un verdadero amante, sino un ser ignorante, más diestro en los ardides del amor que en el espíritu y la cortesía. ¿Cómo podía yo saber que era así? Por lo visto, juzgar a un marido antes de dormir en su lecho es tan absurdo como juzgar una espada según su vaina».

Hacia el mediodía, Bérenger acudió a buscarla para rogarle que bajara y recibiera a sus amigos y a su familia; le pedía excusas por ello, pero decía que

no podía negarse a hacerlo.

—Decidles que os habéis casado con una provinciana que no está al corriente de las buenas maneras y que prefiere la compañía de los libros a la suya.

—Lo haría —repuso, medio sonriente y medio contrariado—, si las buenas maneras no prohibieran a un hombre hablar de su mujer. Si os negáis a venir, mis padres pensarán que es una afrenta.

—¿Acaso tengo yo ganas de haceros una afrenta? Queríais ser feliz. ¿Lo sois?

Él la miró divertido, con una especie de deseo mezclado con pesar, o

impaciencia.

—He de creer que sí. Mucho menos de lo que esperaba, porque veo que no sentís ninguna ternura por mí.

—Decíais que seríais el más feliz de los hombres si me tuvieseis toda para vos.

—Sabéis tan bien como yo que no os he tenido toda para mí. ¿Me tomáis por un patán? No hubiera obtenido nada más si os hubiese violado. Hace un año que intento daros a entender que os estimo más que a nada en el mundo, deberíais conocerme mejor.

—Tengo la cabeza dura.

—Es sobre todo el corazón lo que

tenéis duro. Me pregunto qué he de hacer para conquistarlo.

«¿Y por qué me sigue mirando con esos ojos que sufren, si es a mí a quien ha hecho sufrir? —pensaba Gentiane—. ¿De qué se queja? Hace sólo unas horas creía morir de felicidad y helo aquí con cara de jugador que ha perdido su última camisa. ¿No tiene edad para saber que ese juego del diablo es un juego de tontos?».

—¿Vos me preguntáis —le espetó— cómo se conquista el corazón de una mujer, a mí, que no sé nada de esas cosas?

—Os divertís burlándoos de mí. En

realidad, con vos no sé cómo comportarme, porque no poseéis la ternura y la dulzura naturales de vuestro sexo.

—Querido —dijo Gentiane, conmovida por aquel reproche—, no es culpa mía. Soy franca con vos. Pensáis en el amor como se pensaba antes de la guerra. Ahora ya no hay más que un modo de conquistar el corazón de las damas..., hablo de damas dignas de ese nombre. Sabéis bien cuál, y no os deseo que conquistéis mi corazón de esa manera. Nuestros corazones están ensangrentados y enlutados y, desde el noble rey de Aragón hasta el último de

los mozos de a pie caído con la lanza en la mano, todos los muertos tienen derecho a nuestro amor. Es natural amar a los que se han entregado hasta el final. La culpa no es de los vivos. Mi corazón ha sangrado tanto que los tormentos de amor me parecen una cosa fútil.

Bérenger se sonrojó y se irguió como si acabase de recibir una bofetada.

—Muy bien, señora, he entendido. Trataré de actuar de suerte que me améis. Una vez viuda, sólo podréis citarme como ejemplo al marido siguiente.

Se marchó. «¡Ay! Dios —se dijo Gentiane—, ¿ha creído que lo trataba de

pusilánime? ¿Es que no sentía por él toda la estima que se le debe a un hombre honesto y bueno? ¿Por qué me pide ternura en el momento en que soy menos capaz y cuando, por la fuerza de las cosas, se ha convertido en mi enemigo? Ni siquiera sé dónde estoy, ¿se puede no odiar a un ser que violenta a nuestra alma y la convierte en carne? ¿Puede el alma volverse carne?

»Yo deseaba el más alto amor y fui rechazada... Monseñor diácono, vos me habíais dicho: "Dentro de veinte o treinta años...", no será todavía hoy cuando empiece a comprender esta vida».

Bérenger no estaba orgulloso de sí mismo; sólo el último de los patanes puede hablar duramente a una mujer a la cual ha prestado servicio. Pero aquella mujer tenía el corazón situado tan alto que no concebía el sentimiento de gratitud; la boda no le había aportado si no fortuna y seguridad, bienes que no le preocupaban en absoluto. Hacía caso omiso de ellos, sólo pensaba en su alma. Hay personas que no detestan que las venzan, sobre todo cuando se sienten fuertes: Bérenger admiraba a su joven esposa. Se decía que no podía pedir a la hija de Ricord de Montgeil que arrullase como una paloma. A pesar de todos los

servicios que había prestado al país, Ricord tenía una reputación siniestra. Se puede amar la patria sin tener el valor de degollar a heridos y a monjes.

Bérenger estaba tanto más contento de su boda cuanto que su tío, casado con la hija de un cónsul, se lo había reprochado duramente.

—Ya nos cuesta bastante vivir en paz, y vos gastáis un cuarto de vuestros bienes en semejantes esponsales. Creerán que lo habéis hecho más por honrar al padre que por agradar a la hija.

—¿Cómo no honrar a un hombre que ha hecho tanto daño a nuestros

enemigos?

—Me hubiera hecho feliz hacer lo que él, pero una cosa es valor y otra locura; los hombres como él nos comprometen, por su culpa ponen a nuestros caballeros en el mismo saco que a los bandidos. Le juzgaron legalmente.

—Sí, en Carcasona.

—Si no actuamos con prudencia, dentro de un año Tolosa valdrá lo que Carcasona.

—Prudencia, tío, es una hermosa dama que nunca ha sido amiga del honor. Ya me reprochan bastante el ser demasiado prudente.

Antes de la boda, Bérénger había empeñado todo lo que, de sus bienes, no correspondía a su mujer, y había logrado recoger cien marcos de plata. Con esa suma pensaba reclutar en España a una treintena de buenos soldados. Debía dejar la ciudad bajo un pretexto cualquiera y llevarse a sus escuderos y a los mozos que tenían edad de usar las armas. Gentiane tuvo que firmar muchos papeles. Se convertía en la única propietaria de los bienes que recibía en dote y declaraba que su fortuna no podía en modo alguno ser de provecho a su marido, ni para el pago de sus deudas ni para cualquier otra causa de

confiscación.

—Mientras Tolosa conserve sus franquicias —dijo Bérenger—, este contrato será válido y nadie tocará vuestros bienes, haga yo lo que haga. — Parecía creer que el mundo podría venirse abajo antes de que Tolosa perdiera sus franquicias.

—¿Por qué os importa tanto proteger vuestros bienes? Podríais empeñarlo todo. El día que os confisquen los bienes, vuestros acreedores os acusarán de fraude. Mientras que si lo perdéis todo, se darán cuenta de que lo habéis hecho por amor al país.

—¿Queréis que algún día nuestros

hijos nos reprochen el no haberles dejado con qué ofrecer presentes a sus amigos? Esta guerra no nos enriquecerá. Una vez liberado el país, podremos quitarles nuestros bienes a los franceses, pero no a nuestros propios banqueros.

—Nuestros hijos, Bérenger, si algún día los tenemos, nos podrán reprochar más bien el haberlos traído al mundo, pues esta guerra no está cerca del final; no nos concederán la paz mientras haya cristianos en el país. Tendremos que educar a nuestros hijos en la pobreza, la resistencia y el odio del mal, y no en el lujo y las vanidades del mundo.

—¡Dios quiera que os equivoquéis!

—exclamó Bérenger—. No podremos soportar esta vida mucho tiempo.

«¡Qué tristeza, ser mujer! —pensaba Gentiane—, Él va a luchar, él lo tiene todo claro. Aunque pase seis meses arrastrándose de castillo en castillo y despilfarrando su dinero por no alistarse en un ejército que lucha... Cuántos de nuestros hombres han perdido así su tiempo para nada. Pero ¿qué trabajo nos toca a nosotras, que no podemos hacer la guerra? Somos más inútiles que el pan y el vino en una casa que se quema».

Antes de partir, Bérenger preguntó a su mujer si seguía deseando verle muerto. Había transcurrido un mes desde

la boda, y los dos esposos habían pasado más tiempo hablando de guerra que de amor, gracias a lo cual se entendían muy bien. Al día siguiente de la boda, Bérenger se había prometido no volver a ejercer sus derechos de marido hasta su regreso de la guerra. Gentiane se vio obligada a reconocer que se comportaba como un amante leal. Creía estar encinta. Sabía que los hombres tienen la debilidad de querer transmitir su nombre y sus bienes a los hijos. «Si se lo digo —pensaba—, sentirá sin duda una alegría mundana y fuera de lugar. ¿Y cómo decírselo?». ».

—¿No me dijisteis que sólo los que

se dejan matar tienen derecho al amor de las damas? Espero demostrar que mentís, pues quiero matar, pero no dejarme matar. ¿Hay algo más vencido que un hombre asesinado?

—Algunos no son vencidos con la muerte, sino que muertos alcanzan la más alta gloria. Bérenger, sé que sois fiel a nuestra Iglesia, pero creo que, con todo, formáis parte de los que titubean. No puedo culparos de tener amigos católicos, pero los falsos sacramentos que honráis por costumbre acabarán por envenenaros el alma.

—No cambiaréis —dijo él, casi de buen humor—. Os hablo de amor y me

contestáis con sermones. Quería saber si pensaréis un poco en mí cuando no esté con vos.

—Aunque no quisiera —repuso ella —, es muy posible que me vea obligada, a mi pesar. Bérenger, creo que llevo un hijo vuestro. Ya veis que tendré que pensar en vos.

Él se mordió los labios, sin saber si aquella noticia le hacía feliz o desgraciado.

—Me parece que pienso demasiado en vuestro corazón para conceder excesivo valor a lo que acabáis de decirme. Pues si es una desgracia para vos, lo es para mí.

Gentiane pensó: «No le detesto». Se acercó a su marido y le puso las dos manos en las sienes.

—Si ése es nuestro destino, sufrámoslo dignamente. No seré infeliz por tener hijos que puedan vengar algún día a mi padre. Que este niño viva y que, con mi sangre y mi leche, le inculque en el cuerpo el odio hacia nuestros enemigos, pues en el presente vivo según la carne y a partir de ahora el odio me está permitido. Y que viva para amar nuestro país y nuestra fe y para salvarse un día. ¡Y por él y por mí, quiero veros regresar a Tolosa con el ejército de nuestro conde, aunque no sea

hasta dentro de un año o de cinco!

IV. RENAUD DE LIMOUX

Hacia el final de septiembre, una tropa armada guiada por un clérigo del obispado de Narbona se presentó en el aserradero de Ventajou y pidió al amo que mandara presentarse a un tal Renaud, burgués de Limoux, buscado por la justicia episcopal como apóstata y hereje. Renaud sólo tuvo el tiempo de escapar al bosque llevándose sus libros. Amo y siervos juraron no haber

conocido nunca al tal Renaud; hasta los llevaron a Narbona para ser interrogados. Dos días más tarde, los habitantes de la aldea de Ventajou que se dirigían a la vendimia vieron el cadáver de un hombre con las manos y los pies cortados, con los brazos y las piernas cubiertos de quemaduras en forma de cruz. El cuerpo estaba atado a un hito de piedra que servía para amarrar los caballos cerca del abrevadero. Habían dejado intacta la cara, para que todos pudieran reconocerlo. El hombre había trabajado en el aserradero durante dos semanas y lo había abandonado para dirigirse a Narbona, junto a su padre

enfermo. Nunca se supo si fue él el delator.

Arsen y Fabrisse se marcharon del aserradero y volvieron a Laurac, donde el castellano las acogió en su casa. El lugar estaba rendido a los cruzados y el señor de Laurac pasaba por buen católico. Las dos mujeres, empleadas en el mantenimiento de la cocina, se encontraron con varios hermanos que se escondían allí, transformados por las circunstancias en bodegueros o en vendedores. Por la noche, se reunían en la alcoba de la castellana; sólo los familiares de la casa y los criados de más confianza eran admitidos a las

reuniones, pero el cuarto era pequeño y con frecuencia había fieles que se desmayaban por falta de aire. Fabrisse, que estaba enferma del pecho, decía que prefería vivir en los bosques.

En octubre, el señor de Laurac recibió en su castillo al conde de Montfort en persona, que atravesaba el país para dirigirse a Agenais. Aquel día hubo una gran fiesta, llevaron toneles de vino a los soldados acampados fuera, y los caballeros del conde recibieron como regalo mantos, sortijas y telas bordadas por sus mujeres. Cubrieron las murallas de antorchas y engalanaron las salas. En el banquete, que duró hasta la

noche, los cantores franceses y occitanos se desafiaron en una justa cortés, y la finura de la castellana llegó al extremo de conceder la palma a los cantores franceses. Era sabido que el conde de Montfort no era muy amante de fiestas; pero le gustaba oír canciones de su país.

Aquella noche, Fabrisse, echada sobre las baldosas de la cocina, entonaba cánticos, preguntándose si algún día recuperaría su voz.

—Hermana —le dijo Arsen—, ¿tendréis el valor de rezar por este hombre?

—Por todos los hombres, querida; si

no, la oración no es más que vanidad e invención humana. Él hace lucir el sol sobre los justos y sobre los perversos.

«Mis ojos han visto a la bestia — pensó Arsen—, al verdugo de mi país. Tiene cara de hombre, come y bebe como los demás. ¿Es capaz un cuerpo humano de hacer tanto mal? He aquí un hombre que pesa más que miles de hombres».

—Fabrisse, nuestro hermano Aicart, a quien apresaron en Carcasona, era un hombre todavía joven y que hubiera podido salvar a centenares de almas si viviese. No habría entrado en una villa donde todo el mundo le conocía más que

llamado por un moribundo. Por lo tanto, dio su vida por un solo hombre.

—Si tuviéramos derecho a escoger entre los moribundos que nos requieren ¿de qué valdría nuestro ministerio?

—Fabrisse, mi corazón se aflige cuando piensa que lo segaron demasiado pronto, cuando le quedaba todavía mucho por crecer en gracia y en espíritu.

—El salario es el mismo —repuso Fabrisse.

—Sí. ¡Pero cuánto mayor es el gozo de quien ha trabajado de la mañana a la noche y se ha ejercitado largamente en el amor! ¡Qué triste es ver partir a quienes les quedaba aún mucho que

amar en la tierra!

—Allí arriba también aman.

—Yo no tengo ganas de dejar el valle de lágrimas —confesó Arsen, pensativa—. Es en el sufrimiento cuando demostramos mejor nuestro amor.

—¿Qué importa nuestro amor? Dios es el único que ama; en nosotros, a través de nosotros o sin nosotros.

—Ya lo sé. Pero nuestro corazón carnal desea tanto la alegría de amar que querría sufrir torturas durante mil años por la gloria del Amado.

Fabrisse suspiró y no dijo nada. Sabía que su compañera padecía un martirio desde que supo de la muerte de

su marido.

—He sabido —decía— que un buen hombre llegó hasta él la víspera de su muerte; ¿cómo voy a saber si sucumbió en los tormentos? Me han dicho que me llamó hasta el final. Y yo no estaba allí.

Había llorado y gemido, y se había retorcido los dedos y abofeteado las mejillas, como hacen las viudas comunes. La pena que la desgarraba era tan poderosa que no podía pensar en moderar este dolor poco cristiano. Pues la carne es vanidad, pero no así el sufrimiento de la carne que desgarrar el alma. «Mi leal compañero fue torturado hasta la muerte; el hacha, el cuchillo y la

sierra entibaron en su alma con mil dolores. Cortaron su alma noble y hermosa en trozos, ¿en qué estado la ha recogido Dios? ¿Por qué no estaba yo allí? El empleado del comerciante de madera, que lo había visto, todavía lloraba al recordarlo; toda la ciudad le oyó llamarme y yo, su compañera, no estaba allí».

—No hacía falta estar en la plaza para oírlo, nunca un hombre que haya perdido tanta sangre ha gritado tan fuerte. Y cuando gritaba «¡Arsen!», los propios soldados bajaban la cabeza; y hasta la noche tuvimos todos ese nombre en los oídos, no podíamos pensar en otra

cosa... Y cuando el verdugo blandió en el aire la cabeza por los blancos cabellos, tanta gente gritó «Muerte al verdugo», que los soldados no se atrevieron a acallarlos. Todo el mundo sabía que era un valiente que nunca había tomado para sí ni un sueldo.

«Ricord, ¿me perdonaste mis duras palabras, entonces? ¿Cómo ha encontrado Dios tu alma pura que pecó tanto por exceso de amor? ¿Con qué ropas ensangrentadas te has presentado a la boda?». Durante días y días la oración de Arsen fue sólo lágrimas y gemidos. Nunca se había sentido tan cerca de Dios. Nunca había ardido en un

amor semejante por la imagen de Dios, tan cruelmente atormentada y perseguida en este mundo. «Señor, cuán terrible es el destino de todo lo que os pertenece en esta tierra, todo lo que os busca y quiere amaros en esta tierra, esta llama de amor que es vuestro único bien sobre la tierra. ¿Quién puede resistir a la locura de amor? Dios es amor de las almas perdidas. En nuestra tierra, Dios es piedad devoradora y ternura incansable... Y de igual modo que yo no me cansaría nunca de querer al alma tan herida de mi compañero, el Padre no se cansará jamás de su infinita piedad. Pues fue un gran pecador, pero yo sé con

qué amor se consumió su alma, ¿a quién no perdonaré ahora? Mis ojos han visto al verdugo, a la fiera de cara humana, y no tengo la fuerza de rezar por él. Pero también en él, Señor, tal vez viva una llama de amor, desfigurada y profanada por los mil engaños de Satanás. Señor, vuestra piedad es locura, vuestra imagen escarnecida en nosotros llora en lo alto, en el concierto de los ángeles».

En el silencio de la noche, Arsen oía los cantos y los sollozos de las almas perdidas, de las almas mancilladas que gritaban y gritaban en vano: «¡Señor, Señor, déjanos ver tu rostro! ¡Estamos

inmersas en un mar de fango, tenemos los párpados pegados, los oídos llenos de lodo!»).

Veía decenas de almas puras y brillantes, pero semejantes a pájaros con un ala rota, que caían debatiéndose en el pozo negro de las matrices, en la cálida y viscosa prisión de la carne. Pues la tierra no era más que carne informe, donde las almas perdidas luchaban y daban vueltas sobre sí en un vano deseo de emerger hacia la luz. Piedad para los niños que abren por primera vez los ojos, todavía sin mirada; para los niños que gorjean como los pájaros porque todavía no saben que están en prisión.

Pequeñas luces desoladas, condenadas a ser sepultadas mucho tiempo en la noche de la carne... y apenas se han arrebatado a la angustia y a las lágrimas, apenas han iniciado el vuelo hacia el cielo, su ala rota les arrastra de nuevo a la negrura... ¿Hasta cuándo?

«De todas las que la gracia del sacramento ha reunido en su espíritu perdido, ¿cuántas han sabido conservarlo en las ansias de la muerte? ¿Cuántas han franqueado el paso sin destruir sus alas reencontradas? Nosotros dijimos: "Ni siquiera la muerte podrá separarnos". Y en cuatro años no he visto su rostro ni una sola vez; la

muerte ha llegado y yo estaba lejos de él. Señor, no sé nada de su alma, que tanto ha luchado, yo también estoy en la negrura.

El amor es semejante a los dolores del parto, la piedad a nuestra angustia ante el lloro del niño que ha salido de nuestras entrañas. Señor, mira este país, mira esta tierra, mira los miles y miles de almas que viven en tierra y están ante vos como un niño que se lamenta y muere. ¡Qué angustia, Señor, salvadnos del mundo, qué agudo es el dolor de amor!

—Fabrisse, hermana, ¿qué hacemos aquí? Estamos refugiadas, pero un

refugio también es una prisión. Nadie se atreverá a traernos aquí a enfermos o moribundos. Tenemos que marcharnos, si no queremos convertirnos en higueras estériles.

—Me gustaría, hermana, pero hay que comportarse de modo que no nos convirtamos en antorchas humeantes en lugar de higueras, estériles o no. Nuestro obispo nos ha recomendado prudencia.

—Fabrisse, ¿quién sería tan loco de ser prudente si viera a su padre o a su hermano caer a un pozo? Está bien dicho que: «En realidad, quien me siga recibirá en esta misma vida cien veces más hermanos, hermanas, padres,

maridos e hijos de los que habrá dejado por mí». ¿No nos exponemos por nuestros hermanos e hijos? Si tenemos que ayudarles, ¿cómo podemos pensar en la prudencia?

Las dos mujeres pidieron a la castellana ropas de abrigo y dinero para el camino, y se marcharon de Laurac. Un mensajero les había hecho saber que Renaud se escondía en los bosques cerca de Saissac; tenía mucha necesidad de la ayuda de una mujer, pues la aldea estaba ocupada desde hacía tiempo por los cruzados y no conseguía que le admitieran al lado de las mujeres moribundas. Y aquel invierno, a causa

del hambre y de la contaminación de las aguas, moría mucha gente en esa región, sobre todo entre los ancianos.

Arsen y Fabrisse pudieron reunirse con Renaud, quien, en previsión de su llegada, les había construido una buena cabaña con estacas y ramas, a treinta pasos de la suya, al abrigo de una roca cubierta de pequeños abetos.

—Ya veis —les dijo—, todos los oficios se pueden aprender: yo era herrero, heme aquí convertido en leñador, carpintero y obrero. Ésta es todavía más bonita que la mía, he cavado tan hondo que no correréis

ningún riesgo de congelaros.

Renaud juzgaba a los demás según él mismo; pese a su edad, todavía tenía la sangre tan caliente que en pleno invierno trabajaba en mangas de camisa. Estaba alegre; uno siempre se siente feliz al encontrarse con antiguos compañeros de trabajo. Además, sin perjuicio a la gravedad de su ministerio, era un hombre de naturaleza alegre. Al alba, las dos mujeres se despertaron con los cánticos que entonaba a pleno pulmón. Su voz, todavía bonita, era grave y fuerte como las notas bajas del coro; y en su boca las súplicas y los actos de contrición adquirían un aire de cantos de

triunfo. Hacía sus visitas pastorales acompañado de Arsen; Fabrisse estaba demasiado débil para las largas caminatas. En las aldeas vecinas, conocían casas seguras donde podían predicar por turnos y Renaud partía el pan bendito. Los dos compañeros respondían tan bien al aspecto de una pareja de burgueses pobres que podían pasar sin temor junto a clérigos y monjes, a nadie se le ocurría examinar sus rostros de cerca. Para llamar menos la atención, Renaud se había dejado crecer la barba.

Un día, en la plaza del mercado de Saissac, dos monjes vestidos de blanco

lo detuvieron por el brazo.

—¡Eh! Dinos, compañero, has de ayunar mucho para estar tan delgado.

—Dejadlo, hermano —repuso el otro monje—, ya veis que va con una mujer.

Siguieron a la pareja con los ojos, frunciendo las cejas.

—Nos hemos salvado por los pelos —dijo Renaud—. No tenemos que venir más aquí mientras estén esos hombres en la villa.

Los dos hermanos, predicadores ambulantes de una nueva cofradía muy fomentada por el obispo de Tolosa, tenían por misión especial descubrir a

los herejes. En el sermón que tenía que pronunciar aquel día en casa del baile de Saissac, Renaud exhortó a los fieles a la caridad y les prohibió expresamente ponerles la mano encima a los dos monjes...

—¿En qué seríamos superiores a ellos —arguyó— si les combatiéramos con sus propias armas? Que ninguno de vosotros se deje dominar por el espíritu de Jehová y diga: exterminemos el mal con las armas y a los enemigos de Dios con el filo de la espada. El hombre que así actúa se parece al loco que se sirve de ascuas para apagar el fuego. Esos dos hombres son, es cierto, siervos de

Satanás; pero cuando van solos por el camino, de pueblo en pueblo, no son más que dos pobres hombres, desnudos y desarmados, y no debéis ver en ellos si no su debilidad carnal, infinitamente digna de piedad.

»Hermanos, si Dios nos hubiera revelado alguna señal infalible que nos permitiera reconocer a los hijos de la perdición, deberíamos considerarnos superiores a los ángeles. Saúl, que tanto daño hizo a la Iglesia antes de convertirse en el mayor de los apóstoles, ha de servirnos de ejemplo eterno; ¡que ninguno de vosotros se exponga a la desgracia de apagar una

llama celeste al creer golpear a un hijo de Satanás! Sabed que si alguna vez me entero de que les ha sucedido una desgracia a esos dos hombres en los alrededores de vuestra villa, haré saber al obispo que albergáis a traidores y asesinos.

—Monseñor —dijo el baile—, poco importa que yo reviente de rabia cuando pienso que esos hombres de los que habláis os buscan para mataros. Cuanto más predicáis la caridad, más se llenan nuestros corazones de cólera. ¿Cómo vamos a dejar que hagan daño a hombres como vos?

—Sabéis que nadie puede hacernos

daño, hijo. No veáis hombres en nosotros, pues en realidad somos mucho menos que los demás hombres: cortezas secas y conchas vacías. Si el espíritu quiere servirse de nosotros, no cometáis el sacrilegio de creerlo prisionero de nuestro cuerpo. El día en que dejemos de servirle, encontrará instrumentos nuevos y más apropiados para cumplir su obra.

—¿Creéis, hermano Renaud — preguntó Arsen cuando se hubieron retirado los dos a su habitación—, que la Iglesia no habría perdido nada si, por una desgracia inconcebible, el bienaventurado apóstol Pablo hubiera

muerto al principio de su apostolado?

—¿No es una cuestión demasiado sutil, hermana? Igual que preguntar qué sucedería si un buen día el sol no saliera. Con todo, el sol no es más que un bloque de materia inanimada, mientras que las obras del bienaventurado Pablo estaban inscritas en el pensamiento de Dios desde toda la eternidad. Nos creemos libres de caminar a derecha o izquierda; pero en realidad todo lo que ha de ocurrirnos está cumplido en Dios desde siempre. Estamos leyendo un libro cuyas hojas no podemos volver antes de tiempo.

—Es un pensamiento cruel —repuso

Arsen— y difícil de concebir. Cuando tratáis de desviar las almas del pecado, ¿las creéis libres de cometer o no el mal?

—No. No más libres de lo que soy yo de hablarles como lo hago; no puedo hablarles de otro modo. Si escuchan mi voz, significa que no eran libres de cometer el mal.

Después de inclinarse el uno ante el otro, se dieron la espalda para consagrarse a la oración. Renaud rezaba en voz alta, recitando el *Pater noster* y sus comentarios; su cadencia era monótona y solemne, parecía salmodiar una letanía. A menudo, Arsen se

preguntaba si, bajo aquellas palabras tan conocidas y tantas veces repetidas, se escondía otra lengua, la que hablaban los apóstoles el día de Pentecostés; pues sentía que una fuerza y una paz nuevas descendían sobre ella cuando rezaba con Renaud. No pensaba en él más que él en ella, pero eran como la chispa y la yesca, la llama de plegaria se encendía allí donde se encontraban juntos.

Era la época del gran ayuno de Navidad. Después de comer, al alba, un poco de pan y de beber agua fría, los dos compañeros se despidieron de sus huéspedes.

—¡Si al menos a mi hermana Fabrisse se le ocurriera calentar el agua antes de bebería! —se levantó Arsen—, Tiene dolores tan fuertes de pecho...

—El alimento prescrito por la regla no sabría hacer daño —dijo Renaud—, Vuestra caridad os obliga a atormentaros demasiado por el cuerpo.

—¡Ay! ¿Cómo no voy a querer el cuerpo de mi amiga? Quien está en prisión se pega al muro a través del cual habla con su compañero.

Cerca del sendero que llevaba a sus cabañas, Renaud y Arsen descubrieron a un hombre herido; era rubio y parecía extranjero. Sus agresores le habían

dejado desnudo.

—Es un milagro que no haya muerto durante la noche —dijo Renaud, acercando la oreja al pecho blanco del joven—, pues parece haber perdido mucha sangre.

Levantó al herido por los brazos para cargárselo a la espalda.

Instalaron al joven rubio sobre el jergón de Renaud, envuelto en pieles de oso y capas de lana. Las mujeres le pusieron piedras calientes bajo los pies y prepararon caldos de hierbas calmantes, pues parecía sufrir mucho. Al día siguiente estaba ardiendo por la fiebre, tanto que Renaud tuvo que

sangrarle aplicándole paños mojados en la cabeza. Durante tres días, el enfermo no hizo más que gemir y murmurar palabras incoherentes; al cuarto, recuperó el conocimiento y pidió comida.

—¿Qué vamos a hacer con él? — preguntó Arsen—, Es un francés. No podremos ocultarle quiénes somos por mucho tiempo.

—Si no nos pregunta nada, nada tenemos que decirle. Lo que importa es salvarle cuanto antes.

El joven estaba tan debilitado que apenas abría la boca, y en absoluto se le ocurría preguntar el nombre a las

personas que le curaban. Renaud no tuvo más remedio que rezar sus oraciones fuera, lo cual con tiempo lluvioso era una penitencia muy dura.

El enfermo tenía una herida grave en el costado izquierdo; no era profunda, pero supuraba y le provocaba fiebre.

Era valeroso y no se quejaba, pero a Arsen se le encogía el corazón cuando le veía morderse los labios de dolor. Era muy joven, más joven que sus hijos. Le dijo:

—¡Qué terrible sufrimiento debe de pasar vuestra madre por vos! ¡Debe de contar los días y las horas!

El muchacho esbozó una bonita

sonrisa, confiada y alegre.

—¡Vos lo habéis dicho! Me prometió que pondría cada día un cirio a san Miguel por mí.

Acabó por contarle que se llamaba Gautier de Maleterre, que era nativo de Ile-de-France e hijo de caballero; que servía en la compañía del caballero Manassé de Bury, comandante del lugar; sólo llevaba seis meses en el país. Unos bandidos le habían sorprendido en el bosque y le habían dejado por muerto. El país no era seguro, nunca debería haberse aventurado solo por un camino forestal, pero había querido verse con una muchacha que tenía demasiado

miedo de sus padres para recibirle en su casa. Arsen suspiró. Había oído hablar a menudo de esas muchachas; creían servir al país atrayendo así a los soldados a una emboscada.

—¿Cuándo me repondré? —quiso saber Gautier—. Por el amor de Dios, haced saber a mi capitán que aún estoy vivo, os dará una buena recompensa.

—¿Para qué? Pronto os pondréis en pie —dijo Renaud.

Un día, cinco jóvenes nobles del país acudieron a ver al buen hombre, que estaba sentado a la puerta de su cabaña; dijeron que querían pedirle su bendición, pues dejaban el país a

escondidas para unirse a las tropas del conde de Tolosa. Renaud no podía decirles que tenía a un francés en su choza y halló un pretexto para conducirlos hacia la casa de las mujeres. Sin embargo, Gautier ya había oído más de lo necesario. Aquella noche, cuando Renaud le llevó pan empapado en vino caliente, él rechazó la escudilla y preguntó:

—¿Por qué no me habéis dicho la verdad? Sois un hereje.

—No, un cristiano —repuso Renaud.

—¿Por qué os piden esas gentes que las bendigáis? No sois un sacerdote, ¿qué sois?

—No puedo mentiros. A los ojos de los vuestros somos unos herejes.

—¿Por qué me habéis mentido hasta ahora? —preguntó el joven con dureza.

—No he mentido. He estado más ocupado en curaros que en hablaros.

Gautier clavó en él una mirada extraña, cargada de espanto, asco y asombro.

—¿Vos me habéis hecho esto? —preguntó, lentamente. Cayó sobre su jergón ocultándose el rostro entre las manos—. Habría preferido morir a ser tocado por vos.

—No soy leproso ni apestado, por lo que no he podido haceros ningún mal

al tocaros.

—¿Sabré algún día si habéis aprovechado mi estado para infligirme vuestro bautismo de Satanás? —exclamó el joven.

—El bautismo —arguyó Renaud— no puede concederse nunca a quien no tenga conocimiento y no lo desee. Sólo hemos tratado de curaros.

—¿De qué me sirve semejante curación? ¿Cómo puedo creerlos? ¡He estado durante días sin conocimiento en vuestras manos!

Por mucho que Renaud intentó demostrarle que estaba cegado por vanas supersticiones, el joven rechazó el

alimento y los cuidados, y, hacia la noche, fue víctima de nuevo del delirio. Renaud se dijo que en algunos casos resulta duro no poder mentir, pero que por lo demás la regla estaba impuesta por Dios y no por los hombres. Veló dos noches y dos días a la cabecera del joven enfermo, llegando incluso a descuidar sus oraciones, pues le parecía que la vida del muchacho estaba en grave peligro. Había que calentarle los pies continuamente, envolverle la cabeza con paños húmedos, obligarle a beber. Se helaba; Arsen y Fabrisse se relevaban para rodear el lecho del enfermo con piedras calientes que se

enfriaban casi al momento.

El día que Gautier abrió los ojos, Renaud ya no estaba allí, había tenido que marcharse con Arsen para consolar a un moribundo en los alrededores de Montoulieu. Fabrisse, tiritando también de fiebre, se calentaba las manos sobre un cántaro de agua caliente. Gautier se incorporó sobre el codo y cayó otra vez con un gemido.

—¡Ah! Gracias a Dios —exclamó Fabrisse—, ya recupera el conocimiento. Habíamos creído que os perdíamos, señor Gautier.

—¿Dónde está ese hombre? —preguntó el enfermo.

—Tenía que hacer en la villa. No os agitéis, os daré de beber.

—¡Ah! Eso me da igual. Está bien, dádmela. Ya entiendo, también vos sois de su secta. Sin embargo, tenéis aspecto de mujer noble y fina.

—No sé qué aspecto tengo yo, pero vos me parecéis un muchacho un poco simple. Unas personas os recogen y os curan como pueden y vos no os dignáis a hablarles con educación.

—¿Por qué me habéis curado, si no para hacerme aceptar vuestra fe?

—¿Tantas ganas tenéis, señor Gautier? —dijo Fabrisse, con su sonrisita seca, a la que asomaba cierta

maliciosa ternura—, ¿tantas ganas tenéis de aceptar nuestra fe?

—¿Por qué os burláis de mí? Soy demasiado simple para responderos.

—Se alcanza verdaderamente mucho al convertirse a nuestra fe, señor Gautier. Ved qué hermosa vida llevamos, nuestros bellos palacios, nuestros grandes festines, nuestros criados y nuestra guardia. No tenemos nada más que esto para tentaros, ¿cómo podemos tratar de convertiros? Teníamos que salvar vuestro cuerpo para que vuestra alma tenga algún día la oportunidad de que la salven a su vez.

—Ya veis —dijo Gautier,

desconfiado pero sin enfado— que tratáis de seducirme, puesto que ya me habláis de la salvación del alma.

—Espero que dentro de tres días os halléis en estado de dejarnos —repuso Fabrisse—. Y no cuento con pasar estos tres días enseñándoos nuestra doctrina.

—¿Acaso creéis que en tres días sería capaz de abandonar mi fe por vuestras abominaciones?

—En realidad, no sé de lo que sois capaz —admitió Fabrisse con un leve encogimiento de hombros que llevó a pensar al joven que debía de haber sido guapa y coqueta—, Pero ya toso bastante cuando no hablo; y preferiría hablar con

los árboles que con personas decididas por adelantado a no escucharme.

—¿Tanto nos desprecian los vuestros que ni siquiera se molestan en hablarnos? —preguntó Gautier.

—Hace un momento —contestó Fabrisse— teníais miedo de que tratase de seduciros.

—¿Miedo? Os equivocáis completamente, no tengo de qué tener miedo. He hecho voto de defender mi fe y de no renunciar jamás a ella, ni bajo torturas ni bajo amenaza de muerte. Aunque me hicierais ver, por arte de magia, ángeles y estrellas bajando del cielo, no creería una sola palabra de lo

que dijerais.

Después de beber, el enfermo se durmió; no tuvo más recaídas. Durante dos días, Fabrisse le hizo compañía, discutiendo con él sobre religión y salvación. Aunque, a ratos, se detenía, sacudida por una tos tan cruel que a Gautier le venían lágrimas a los ojos y dolor en el pecho. Esputaba sangre en el suelo, y decía que era bueno, tan bueno como una sangría. Gautier se prometía hablar de todo aquello con su confesor. Se sentía débil y solo, y aquella mujer era dulce; a veces pensaba que si ella hubiera tenido veinte o treinta años menos, sería maravilloso amarla.

Se marchó antes del regreso de Renaud y Arsen. Tenía remordimientos por la turbación que sentía ante la mujer hereje; se preguntaba si había hecho bien en dejarla sola, enferma, sin defensa... Más valía no volverse atrás. Vestido con calzones y una camisa de Renaud (demasiado grandes para él) se sentía ridículo y humillado; tanto más porque todavía se sentía débil y caminaba vacilando; tanto más porque aquellas ropas que había llevado un hereje podían hacerle más vulnerable todavía al veneno de la herejía. ¡Bonito equipo para presentarse en la ciudadela! Sus compañeros se pusieron tan

contentos al volver a verlo vivo que no se les ocurrió reírse de su ropa.

Gautier de Maletterre era un creyente sincero, y no podía impedir sentirse inquieto por la salvación de su alma. No obstante, cuando expuso su situación al capellán de la ciudadela, comprendió plenamente los peligros que corría un hombre que tiene la desgracia de ser salvado por un hereje. El capellán le negó la absolución y lo trató de promotor de herejía y de traidor a su fe; si aquel hombre no hubiera estado investido con las órdenes sagradas, Gautier nunca habría tolerado semejante

injuria.

—Padre, no me es posible hacer lo que me pedís. Me deshonoraría para siempre si lo hiciese.

—Más aún te deshonoras tratando de proteger a unos zorros apestosos que mancillan y destruyen la viña del Señor. ¿No sabes lo que son esas gentes, cuáles son sus crímenes y sus blasfemias?

—Padre, lo sé, puesto que he tomado la cruz contra ellos. También sé que he contraído esta deuda a mi pesar, y que habría preferido ser salvado por buenos cristianos. Pero revelaros su refugio es condenarlos a muerte; después de eso tendrán razón en decir

que las gentes de nuestro país no valen gran cosa.

—Veo que esos malditos ya te han contaminado —dijo el capellán—. Tu fe y tu Iglesia están en peligro, ¿y tú te preocupas de lo que piensen de ti esas gentes que son peores que perros? Has de tenerles en muy alto concepto, para temer tanto su juicio.

El joven se sentía muy confundido, pues el sacerdote daba a sus palabras un sentido que no tenían, y acabó por creerse realmente culpable.

—¡Piedad, padre! Es cierto que hablé demasiado tiempo con esa mujer cuya dulzura de maneras me engañó.

¡Pero que no se diga nunca que un francés ha entregado a la muerte a las personas que le han salvado la vida, aunque fueran cien veces enemigos de la Iglesia!

—¿Y sabes tú que un hombre que hace tan mal uso del sacramento de la confesión ya no es un cristiano, y que su confesión no es válida? ¿Sabes al menos, pobre ignorante, quién es ese hombre al que defiendes? Según lo que me has dicho, deduzco que es el hereje Renaud de Limoux, que ya ha perdido cientos de almas y ha venido a instalarse en nuestra región para acechar, como un cuervo, a los moribundos que quiere

entregar a Satanás. Pues la perversidad de esa gente es tanta que en cuanto oyen hablar de un hombre aquejado por una enfermedad grave, se precipitan a su casa para hacerle renegar de la fe católica y obligarle a cometer los peores sacrilegios, a fin de que su alma quede condenada con toda certeza. ¿Crees que puedo guardar el secreto de tu confesión con riesgo de que Dios sabe cuántas almas tengan que sufrir los tormentos del infierno? Pues ese hombre es un zorro astuto que ha sabido huir de nosotros tan bien hasta ahora, que sin ti habríamos ignorado completamente su presencia en el país.

—Padre, en realidad yo desconocía que fuera un hombre tan malo; pero para mí eso no cambia nada. No estaría aquí hablando con vos si él no me hubiera recogido medio muerto en el bosque, si no hubiera pasado noches a mi cabecera. Ni mi propio padre me habría cuidado como lo ha hecho este hombre.

—Ese pensamiento te viene de tu profunda simplicidad. ¿Acaso no se puede decir también que hacemos el «bien» a los cerdos cuando los engordamos antes de matarlos? Ese hombre no buscaba tu bien, sino el provecho de su amo, que es Belcebú. ¿Te habría dejado si no solo con una

mujer astuta que ha aprovechado tu debilidad hasta el punto de inspirarte sentimientos de culpa?

—¡Es una mujer mayor, padre!

—La edad no tiene nada que ver con las artimañas de Satanás; está claro que esa mujer ha empleado la magia para seducirte. ¿Sabes que esos seres perdidos afectan un aire de castidad y de austeridad, pero se entregan entre ellos a los actos más infames? Este hombre del que hablas vivió antes con un hereje joven y guapo que en su secta habían nombrado diácono y que apresaron y quemaron en Carcasona el año pasado. Ahora vive en el libertinaje con esas

dos ancianas que también están vendidas a Satanás y seducen las almas de las mujeres crédulas. ¿Por ese tipo de personas arriesgarás tu salvación?

—En realidad no sé si son esas personas —dijo el joven, ocultando su rostro entre las manos. No comprendía por qué le resultaba tan penoso imaginarse a aquel gallardo bonachón viviendo en el pecado con las dos mujeres de voz dulce—. No sé lo que son esas personas ni si, perdonadme, lo que decís es cierto, padre. Puede que hayáis sido informado por sus enemigos. Pero creo que si el diablo en persona me hubiera hecho un favor semejante,

vacilaría en denunciarle.

—Entonces debes de conceder un precio muy alto a la vida de tu cuerpo —repuso el sacerdote, con desprecio—, y de tener por poca cosa la salvación de tu alma. Te advierto: sobre tus pecados he de guardar silencio, aunque te niegue la absolución, pero el sacerdote no debe el secreto sobre los crímenes graves de los que su penitente ha sido testigo. Sabremos encontrar a esa gente sin ti, bastará con una buena batida por los bosques de los alrededores; pero a ti, que has frenado la acción de la justicia, te declaro desde hoy mismo sospechoso de complacencias culpables, promotor

de herejía e indigno de llevar la cruz de Jesucristo.

Gautier abandonó el confesionario en un estado de agitación y tristeza tales que lamentó seguir vivo. Se hallaba en aquel país para luchar, no para verse mezclado en asuntos tan sórdidos. Estaba dispuesto a odiar al sacerdote, a odiar al hombre del bosque y a sus dos compañeras. Ellos sabían mucho más que él de aquello, para bien y para mal, disponían de su alma como de un juguete. Se sintió bruscamente desnudo, sospechoso a sus propios ojos. Irremediablemente manchado. Si la fe en Dios exigía esos sacrificios, si para

evitar un pecado mortal hay que caer en otro pecado mortal... ¿qué voz cabe escuchar?

Como no aguantaba más, contó su desventura a Jean d'Andilly, su compatriota y amigo de infancia que había tomado la cruz el mismo día que él. En la sala de guardias, junto a la gran chimenea, en medio de las risas y los cantos de los compañeros, ya no se sentía fuera de lugar; estaba dispuesto a creer que volvía a ser un hombre como los demás. Al principio, Jean se mostró escandalizado por su historia, luego se puso a hacerle mil preguntas sobre los famosos herejes, todavía no había visto

ninguno con sus ojos.

—Lo que es astutos, puede decirse que lo son —dijo, no sin cierta admiración—. Es igual, te tienen atrapado; tú no puedes hacer nada contra ellos, puesto que te han salvado.

—Ahora van a buscarles. Sin mí, nadie habría sabido que se esconden en este bosque.

—¡Ah, diablos...! ¿Y si les previenes?

—¿Cómo? ¿Con quién? Si crees que conocemos a las personas de la aldea que están de su parte... Ir yo en persona sería entregarlos con toda certeza.

Jean se rascó la cabeza, apurado.

—Al fin y al cabo —acabó por decir —, tú ya no tienes nada que ver, has hecho lo que has podido. ¿Te das cuenta de a cuántas personas habrás salvado, a tu pesar? Dicen que uno solo de esos hombres condena al menos mil almas.

«Tal vez me haya condenado a mí también —pensó Gautier—. ¿Lo sabré algún día? Me han manchado tanto con su contacto que ni yo mismo sé ya qué soy. ¿A qué profanaciones, a qué sacrilegios han podido entregarse sobre mí, mientras yo no tenía conciencia de nada? —Trataba de recordar el semblante calmado y austero del hombre que se había inclinado tantas veces

sobre él para secarle la frente y darle fie
beber—. ¿Puede el diablo dar a un
rostro de hombre el poder de mentir
hasta ese punto? ¿Podré mirar a un solo
hombre a partir de ahora sin decirme: tal
vez es el demonio?». Cada gesto, cada
mirada del hereje le parecían ahora
cargados de disimulada maldad, y su
corazón se sentía herido por una pena
que se parecía a la náusea. No tenía
ninguna estima por el capellán de la
ciudadela, don Fulcrand; un provenzal,
un hombre duro, iracundo, siempre
dispuesto a acusar a los cruzados de
tibieza y de disipación mundana. Pero en
seis meses a Gautier le había dado

tiempo de entender que los herejes que nunca veían eran mucho más peligrosos de lo que imaginaban las gentes del norte.

Jean d'Andilly era indiscreto de carácter. Aquella misma noche toda la guarnición se enteró de que Gautier había tenido la extraña oportunidad de ver de cerca a herejes auténticos. Don Fulcrand comprendió que no había tiempo que perder; puso al corriente al señor Bury, comandante de la plaza, y al día siguiente al alba todos los soldados y los mozos de la ciudadela estaban en pie; habían prohibido a los burgueses y

campesinos que dejaran sus casas. Los hombres de armas se dispersaron en pequeñas tropas por los senderos del bosque.

Fue el propio capellán, escoltado por dos escuderos a caballo, quien tuvo la buena fortuna de descubrir el sendero que conducía a la cabaña de Renaud. Encontraron al buen hombre solo; las dos mujeres habían ido a recoger leña.

Al principio, cuando vio que se acercaban unos caballeros, Renaud quiso huir; pero ¿cómo podía esconderse detrás de árboles desnudos? «¡Ay! Debería haber construido la cabaña al borde de un barranco...

Cuando llegue a la roca ya me habrán cogido». Envolvió rápidamente su libro en una piel de oveja y lo arrojó a la maleza, todo lo lejos que pudo.

—¿Eres tú el hereje Renaud, de Limoux?

—Sí.

—¿Dónde están las mujeres que viven contigo?

—Se han marchado.

—No deben de estar lejos —repuso uno de los soldados—. En su choza hay un pan apenas empezado.

Esperaron media hora larga. Como el frío era vivo, decidieron que el capellán y uno de los hombres de armas

llevarían al hereje al fuerte de Saissac, mientras que el segundo soldado se quedaría a aguardar la llegada de las mujeres.

Arsen y Fabrisse lograron escapar; al oír voces de hombres y cascos de caballos, soltaron sus haces de leña para esconderse detrás de un gran macizo rocoso que estaba suspendido sobre el sendero. Pudieron ver al capellán y al soldado pasar por delante, arrastrando tras ellos a Renaud por una cuerda atada al cuello. Los caballos avanzaban bastante rápidamente, y el hombre se veía obligado a correr para seguirles. Tenía los brazos atados a la espalda y

hacía grandes esfuerzos por adaptar los movimientos de sus largas piernas al ritmo del paso de los caballos. Aterradas, las dos mujeres pegaron la cabeza al suelo helado cubierto de hojarasca podrida. Permanecieron mucho rato así, sin atreverse a moverse, entumecidas por el frío.

—¿Adónde vamos? —habló por fin Arsen—. Ya no podemos volver a casa.

—¡Ay! ¡No nos movamos, muramos aquí de hambre y de frío! —se lamentó Fabrisse, prorrumpiendo en sollozos.

¿Para qué servimos? Ni siquiera tenemos nuestros libros. ¿Cuánto tiempo más seguirá Dios imponiéndonos este

sufrimiento?

—Hermana, ¿creéis que ese niño a quien curamos nos ha traicionado?

—¿Quién, si no? —arguyó Fabrisse, con amargura—, ¿Qué puede esperarse de almas tan débiles? ¡Pero qué importa! ¿Nos ha puesto Dios aquí para ayudar sólo a los buenos y fuertes?

* * *

El comandante de la guarnición y el abad de Souillac, representante del obispo, se sintieron muy confusos ante la captura de una pieza tan importante. Los herejes son como la resina en llamas, tan peligrosos de guardar como de

transportar, y los cruzados no disponían en Soissac más que de unos cincuenta soldados.

—No puedo prescindir de todos mis hombres para mandar llevar a este acólito de Satán a Carcasona; y si envío a una pequeña escolta, perderemos a la vez a los hombres y a la presa.

—Mandad que avisen a monseñor el obispo, que nos envíe refuerzos.

—¿No esperaréis que mis soldados consientan en vivir días y semanas con una pestilencia semejante encerrada entre nuestras murallas? —dijo el caballero—. Ni que quieran abandonar a la gente de Carcasona el beneficio de su

buena acción. La mitad de ellos defienden la guarnición en esta villa desde hace dos años y todavía no han visto ni una sola quema. No hay que dejar que olviden que están aquí para defender su fe... ¡ya lo olvidan bastante!

—¡No les dejaré tomarse la justicia por su mano! —repuso el abad.

—Vos, que sois lugarteniente del obispo, tenéis el poder de condenar a muerte a ese hombre.

—Dios me guarde, señor caballero, ningún hombre de la Iglesia tiene ese poder.

—Quería decir que tenéis el poder de pronunciar la sentencia que lo

abandone a nosotros. Los hombres de las pequeñas guarniciones se quejan de que los tratan como a perros guardianes y no como a combatientes de la fe.

El abad, muy descontento, tuvo que rendirse a la evidencia. No era el momento más adecuado para preocuparse por cuestiones de procedimiento. Mandó convocar al día siguiente al capellán de la guarnición y al cura de la iglesia parroquial de Saissac. Los soldados iban y venían por la sala de guardias y el patio del castillo, agitados como en la víspera de una marcha. La presencia del hereje les revolvió la sangre; sobre la ciudadela

había un rayo suspendido, a punto de caer. No se da todos los días ni a todos los hombres la posibilidad de participar en un acto de justicia de Dios. Más de una mano se crispaba, trémula por el deseo de tocar la madera de los haces de leña. ¿No darían los sacerdotes, con su manía de hacer las cosas en regla, tiempo de escaparse al enviado del diablo? Pues dicen que esas gentes son tan fuertes que hacen, de un golpe con el pulgar, que caigan cadenas de treinta libras, o se transforman en cuervos y levantan el vuelo, en cuanto les dejan salir al aire libre. No sin desconfianza, los hombres de armas miraron al cura de

Saissac cruzar el patio para dirigirse a la sala baja del torreón. Ese cura, un hombre de cierta edad, encorvado, mal vestido, tenía un aire triste y preocupado. Bendijo a los hombres a su paso, con mano distraída, sin alzar los ojos.

Manassé de Bury quería asistir al juicio; había mandado que le instalaran un sillón a unos pasos del abad. El clérigo encargado de redactar el proceso verbal cortaba sus plumas; los tres eclesiásticos, después de rezar sus oraciones, dieron orden de hacer entrar al prisionero y de que le quitaran las cadenas.

Renaud, que no había comido nada desde el día antes por miedo a ser mancillado sin saberlo por alimentos impuros, se sentía un poco fatigado. La noche pasada en el calabozo no había sido mala; al abrigo de los muros al menos se tiene la ventaja de no padecer frío. Después de concederse unas horas de sueño, había rezado con más fervor que de costumbre: «Entonces ya está hecho, Señor, me habéis entregado, mi lucha toca a su fin; ya no necesitáis a vuestro humilde siervo.

»Gloria a vuestra bondad. Señor, os dignáis por fin a destruir este cuerpo manchado y podrido, que durante

cincuenta años tanto os ha ofendido. ¡Gloria por los siglos de los siglos a vuestro amor infinitamente tierno que no ha desdeñado el bajar tanto para encender el gozo en nuestros corazones! Briznas de paja en un mar de luz, eso es lo que son todos. ¡Abridles los ojos, Señor, como a Bartimeo, como al paralítico, dadles la fuerza de caminar hacia vos, pues vuestros milagros no tienen fin!». El carcelero le había interrumpido en sus oraciones, sacudiéndole por el hombro.

—¿Estás sordo o paralítico, para quedarte ahí como un pasmarote?

Renaud no le había oído entrar. Se

acordó de los compañeros que le precedieron por aquella vía, tan numerosos que no podía contarlos: Guiraud de Montpellier, su primer compañero, Aicart, el segundo... le llegaba el turno a él de pasar por la puerta roja. Se preguntó por qué no sentía temor.

Pensó en Aicart; Aicart, que tuvo que luchar duramente por domar su carne rebelde, Aicart, que tenía deseos de vivir. «Yo no odio la vida —pensó, asombrado—. Todo es vida».

Miró a los tres hombres de largas vestiduras y cabezas tonsuradas; dos de ellos llevaban cruces de plata en el

pecho y ropa blanca. Por ellos sólo sentía la lástima que se debe a los animales silvestres y a toda carne viva, pues no podía impedir creerlos infinitamente alejados de la salvación. Pero el tercero, el cura de Saissac, era un hombre a quien Renaud conocía desde hacía mucho tiempo. Antes de la guerra, aquel cura acudía a veces a sus sermones y le invitaba a los suyos, y se trataban como hermanos más que como enemigos. Ahora, él se encontraba entre los jueces, rehén mudo, cómplice de un poder extranjero.

«¡Ay, hermano! —pensó Renaud—, ¿diréis que me equivocaba al conjuraros

a abandonar este antro de perdición? Vos me decíais: nuestra Iglesia es como un alma sin mancha en un cuerpo purgante, nuestra Iglesia asume los pecados del mundo como Jesucristo asumió la naturaleza humana...».

Interrogaron al prisionero en occitano, pues no sabía latín; el caballero de Bury tampoco.

—¿Eres Renaud, hijo de Jacques, que fue maestro herrero en Limoux?

—Sí.

—¿Tu edad?

—Un poco más de cincuenta años, creo.

—¿Te bautizaron y educaron en la fe

católica?

—Me bautizaron.

—¿Hace cuánto tiempo abjuraste de la fe católica?

—Hace veinte años de eso, después de la muerte de mi esposa.

—¿Qué personas te incitaron a abandonar la fe católica para abrazar la infidelidad de los herejes llamados cátaros o albigenses?

—Nadie más que Dios, que me abrió los ojos para que supiera preferir el bien al mal. El día que abrí los ojos, fui hacia quienes hacían el bien.

—¿Cuáles son los nombres de los herejes que te iniciaron?

—Monseñor Bernard, obispo de Carcasona, y monseñor Pierre, su hijo mayor.

—¿Osas dar el nombre de obispos a los heresiarcas de vuestra secta? —preguntó el capellán.

—Ése es el nombre con el que designamos a nuestros superiores, no conocemos otro. Nos conformamos en ello a la enseñanza de las Santas Escrituras y del bienaventurado apóstol Pablo.

—No te creas en medio de tus adeptos. Aquí te conviene hablar con un lenguaje más modesto.

—No tengo otro lenguaje.

—Sin embargo, ¿practicaste la religión católica antes de convertirte a esta condenada herejía?

—No practiqué la religión católica; era como el animal de los campos; sin religión, buena ni mala.

El señor de Bury no pudo reprimir un gesto de cólera.

—¡Es vergonzoso! —exclamó—. ¿Cómo se atreve este hombre a confesar semejantes infamias?

—¿Osas pretender que no creías en Dios antes de dar tu corazón a la fe herética? —preguntó el abad.

—No me preocupaba del dios de sacerdotes borrachos y de obispos que

roban los bienes de los pobres. — Renaud lamentó aquellas duras palabras al pensar en el cura de Saissac. Se apresuró a añadir—: Era un hombre simple. Todavía lo soy. No quería ofenderos.

—No creas que nos engañarás con una falsa mansedumbre —advirtió el abad—. ¿Qué son los insultos dirigidos a nuestros sacerdotes y obispos al lado de los otros con los que colmas a nuestra Santa Madre Iglesia; tú, que recibiste la gracia del bautismo para pisotearla como los puercos pisotean las perlas? Porque eres un hombre simple y sin instrucción te has dejado sorprender

por las artimañas de los falsos doctores.

—Tenéis razón —aceptó Renaud con una sonrisa tranquila—. Vuestros sacerdotes no tenían la costumbre de hablarnos de Dios y de Jesucristo. Nos hablaban del infierno, de días festivos y de dinero que pagar. No encontramos gente que quisiera hablarnos de Dios.

—Este hombre —dijo el capellán— trata de excusar su crimen echando a la Iglesia la culpa de la ignorancia vergonzosa en la que ha vivido. Si fueras sincero, ¿no deberías estar dispuesto a escuchar las enseñanzas de los doctores de la Iglesia, puesto que tú mismo reconoces haberlos rechazado sin

conocerlas?

—Ciertamente, no las conozco. Pero juzgo el árbol por sus frutos.

—El imbécil —repuso el capellán con dureza— recoge del suelo una manzana podrida, la muerde y declara después que la manzana es un fruto detestable. Ya los conocemos. Si, en tu estúpido orgullo, no te hubieras arrogado el título y las prerrogativas de un pastor de almas, no hablaríamos con un grosero de tu calaña.

El cura de Saissac, visiblemente molesto, desgranaba su rosario; todavía no había levantado los ojos hacia el acusado. «¿Tendrá miedo de que le

traicione? —pensó Renaud, mirando las manos que se deslizaban por el rosario temblando ligeramente. Sentía, en la actitud del cura, al menos tanto miedo como piedad—. Puede estar tranquilo, estamos más lejos el uno del otro que Tolosa y Barcelona. ¿Acaso no sabe que ahora no puedo manifestar amistad por nadie? Ni siquiera con una mirada». El cura servía a su país como podía, escondía a proscritos, intercedía por las personas injustamente despojadas y tan bien fingía ignorarlo todo sobre la conducta de sus fieles que se hacía sospechoso.

—Me parece, reverendo padre —

habló el caballero—, me parece, si puedo hablaros así sin ofender vuestro venerable ministerio, que marcamos el paso. Este hombre confiesa su crimen y no parece querer arrepentirse. ¿Qué más necesitáis?

«Por fin un hombre que habla con sensatez —se dijo Renaud—, Esos saben lo que quieren».

—Señor francés —dijo—, no hacéis mal en tener prisa por terminar, para mí no resultará de ello perjuicio ninguno, sino un bien. No obstante, en vuestro lugar yo trataría de comprender que se trata nada menos que de la muerte de un hombre.

El señor de Bury frunció las cejas y se volvió.

—¿Quién te ha dado permiso, grosero, para dirigirme la palabra y tratarme de «señor francés»? Yo no soy uno de tus jueces.

—Aún no estáis habituado a su insolencia —dijo el abad de Souillac—. Renaud, escucha, sabemos quién eres y no tenemos ninguna esperanza de verte renegar de tus errores, aunque estaríamos dispuestos a concederte la gracia si manifestaras voluntad de arrepentirte. Pero todavía tenemos preguntas que hacerte. ¿Desde cuándo estás en la región de Saissac?

—Desde hace cuatro meses.

—¿A cuántos moribundos de esta parroquia has concedido lo que llamáis el bautismo o la consolación?

—Prefiero no decíroslo.

—Sin embargo, sabes que tu religión te prohíbe mentir.

—¿La vuestra lo permite, entonces?

—¡Nosotros no somos fariseos, como vosotros, que os aferráis a la letra antes que al espíritu y le aplastáis la cabeza a un hombre para salvar a una mosca! —dijo el abad, encolerizado—. Para salvar la vida de los demás o por cualquier otro bien evidente, se nos permite mentir.

—Yo no mentiré para salvar la vida de los demás. Pero callar no es mentir. No os diré nada más.

—Dinos, ¿sabía el baile que te escondías cerca de aquí con las dos mujeres herejes?

—Os he advertido que no diría nada.

—Si no lo supiera, hubieras dicho que no.

—Aunque me preguntarais si me llamo Renaud y si tengo dos ojos y boca, respondería del mismo modo.

El abad se encogió de hombros y pidió al clérigo que tomara nota de las deposiciones para leer al acusado el proceso verbal. Como éste estaba

redactado en latín, Renaud pidió la traducción y examinó el manuscrito en todos los sentidos para ver si, por casualidad, el secretario demasiado celoso había añadido nombres propios. Al no encontrar nada sospechoso, firmó.

A continuación, el abad leyó, en nombre del obispo a quien representaba en aquel lugar, la sentencia que declaraba que Renaud, hijo de Jacques, burgués de Limoux, hereje y excomulgado, era abandonado por la Iglesia, que no tenía esperanzas de su salvación, le encomendaba a las llamas del infierno y lo entregaba a la justicia secular.

—¿Dónde están los jueces seculares? —preguntó Renaud.

Menassé de Bury se levantó, se echó los largos pliegues de su capa por encima del hombro con un gesto impaciente y se dirigió hacia la puerta.

—A partir de este instante —repuso — todo buen cristiano es tu juez y tu verdugo. Antes de esta noche habrás saldado tus deudas con aquél a quien has vendido tu alma.

—Amén —dijo Renaud, con los ojos impasibles clavados en el rostro angustiado del cura de Saissac—, Que ninguno de vosotros sienta por esto remordimientos ni pena. Tampoco os

alegréis, pues no es una buena acción.

El señor de Bury volvió, acompañado de soldados. El cura de Saissac se levantó y gritó:

—¡Padres, no entregáis este hombre a la justicia, sino a una soldadesca extranjera, dada al pecado de la lujuria y sedienta de sangre! ¡Humilláis nuestro ministerio al actuar así!

El comandante de la plaza le lanzó una mirada tal que el abad de Souillac y el propio capellán palidieron y se irguieron; el infeliz cura retrocedió un paso, como si viera la férrea punta de una lanza dirigida a su pecho.

—¡Basta! —exclamó el caballero—,

¡Llevaos también a ese hombre, en la prisión sabrán enseñarle a cantar otras canciones! ¡Por la sangre de Cristo, padres, está visto que vuestra raza está tan podrida y degenerada que ni sotanas ni tonsuras cambian nada! ¡Ya era hora de que viniéramos a poner orden en vuestro país!

Arrojaron, pues, al cura al calabozo y condujeron al hereje al patio, donde los soldados le pusieron sobre la cabeza un alto sombrero untado de pez. No sufrió otras vejaciones, los hombres tenían miedo de su poder maléfico y sobre todo tenían prisa por verle encerrado en la prisión del fuego. La

hoguera estaba preparada a doscientos pasos de las puertas de la aldea, en un viñedo erial.

Cuando se quedaron solos, los dos eclesiásticos y el clérigo guardaron silencio un buen rato, ofendidos por la afrenta que acababan de infligirles. Por un instante, el hereje se convirtió en uno de los suyos y el cruzado en el enemigo; y estaban dispuestos a aprobar las imprudentes palabras del cura de Saissac.

—¿De qué nos servirá denunciarlo al obispo? —dijo por fin el capellán—. El padre Aymeric es un sepulcro

encalado, nuestro obispo también es francés y no excomulgará a un jefe de cruzados por un cura promotor de herejía.

—¡El procedimiento es irregular! — exclamó el abad, con el rostro tembloroso de indignación—. Los laicos ya se meten demasiado en nuestros asuntos. Nos correspondía a nosotros entregar al padre Aymeric a la justicia del obispo. ¿Cuánto tiempo más soportaremos el orgullo de estos hombres del norte? Allí donde reina la espada no hay justicia.

Manassé de Bury volvió a la sala baja como una exhalación y estuvo a

punto de tirar un candelabro con el faldón de su larga capa azul. Todavía tenía el rostro encendido y le aleteaban las ventanas de la nariz, pero sus facciones se habían suavizado.

—¡Por todos los santos del paraíso, padres, no me induzcáis a semejantes tentaciones! ¡Me ha costado no mandar colgar a este hombre aquí mismo, por las palabras infames que se ha permitido a propósito de los soldados de Cristo! ¡Nuestra vida en esta tierra es ya bastante dura, y mis soldados no se exponen a ser apuñalados en cada esquina para que les insulten aquéllos a los que han venido a defender! Pensad

que nuestra paciencia también tiene límites.

—El cura ha hablado disparatadamente —repuso el abad—, Soltadlo y mandaremos que se lleve a cabo una investigación sobre sus costumbres; enviaremos un informe al obispo. En el momento de cumplir la justicia de Dios no conviene que nos entretengamos con insultos personales.

—Yo no llamo insulto personal a un ultraje al ejército de Dios. Pero, para no empezar la casa por el tejado, acabemos antes con ese condenado. Me parece —añadió, repentinamente desconfiado— que habéis tenido muchos miramientos

con él. Si de verdad quisierais hacerle hablar, me parece que no faltan medios.

—¿No iréis, encima, a acusarnos de complicidad con él? —dijo el capellán con aspereza—. Si conocierais mejor a esa gente, sabríais que no se les puede hacer hablar. A veces se puede sacar provecho de su odio exagerado por la mentira; pero cuando deciden no decir nada, es como golpear un madero. El fuego hará su obra con mayor prontitud, será mejor para todos.

—Tengo que asistir en persona —declaró el caballero—, Pero no estoy acostumbrado a este tipo de ceremonias. ¿Me acompañaréis?

—Es nuestro deber. Si acaso la gracia de Dios le tocara en el último momento, ha de ser devuelto a la Iglesia.

—En ese caso —advirtió el señor Bury—, no responderé de mis soldados.

—Si se convierte —dijo el capellán—, quiero que me quemén a mí en su lugar. Dad la orden de que toquen las campanas y los tambores.

De pie en el patio, pegado a la pared del torreón, Renaud notó que las fuerzas le traicionaban; sentía una sed atroz. El sombrero de pez le quemaba la cabeza. Veía hombres a su alrededor... ¿Cuántos? Varias decenas. Miradas, rostros, voces... Por primera vez en su

vida se sintió embargado por el horror a la vista de sus semejantes; como si en toda aquella carne hormigueante no hubiera nada de humano, como si el alma hubiera abandonado bruscamente esos cuerpos; la bestia miraba por sus ojos. Y por un instante aquella incomprensible fuerza del mal le dio vértigo. Se disponían a matar a un hombre. Poco importaba cuál; olvidaba que se trataba de sí mismo. Unas almas se manchaban en un acto contra natura y se preparaban como para una fiesta; el pobre resplandor de piedad que se encuentra hasta en los ojos de los animales, ese último reflejo del alma

había abandonado a aquellos cuerpos ruidosos, robustos, jóvenes... «¡Ay, Señor, qué les he hecho yo, yo no les odio!».

Estaba separado de los hombres para siempre. Estorbo, objeto repugnante que habían acorralado en un rincón a la espera de la hora en que tendrían tiempo de llevárselo a otro sitio para destruirlo. Iban y venían, se ponían sus armaduras de desfile, reían, hablaban del frío y del viento.

—¡Dentro de poco podremos calentarnos un poco!

—Habrá con qué calentarse. ¡Pero tendremos que taparnos la nariz!

—¿Es verdad que los cuerpos de esas gentes huelen peor que los demás, cuando se queman?

—Seguro; huelen a azufre y a huevos podridos.

—¿Tú has visto quemar a alguno?

—Sí, en Lavaur. ¿Me tomas por un recién llegado? Aquel día había cuatrocientos. ¡Dios, cómo gritaban! No se hubiera oído a Dios tronar.

—¿Éste no es menos que esos cuatrocientos! Parece ser que no todos eran verdaderos herejes.

—¿Crees que éste lo es?

—¡Toma! Si está aquí es que los curas han encontrado la prueba...

«¿Les pediré de beber a ellos? —se preguntaba Renaud—. Aunque, ¿a quién podría pedirselo, si no?». Dio un paso adelante y les vio ponerse tensos y al acecho, como una jauría de perros delante de un jabalí malherido que se vuelve a levantar de pronto.

—¡Oye, tú! ¿Qué quieres? —inquirió uno de los hombres.

—Por piedad —suplicó Renaud—. Beber. No he bebido nada desde ayer.

Varios soldados se miraron entre ellos, dándose codazos. Estaban sorprendidos al constatar que aquel hombre tenía un semblante tan corriente, que parecía un herrador o un carpintero

cualquiera, como decenas que habían visto. Sólo su mirada era extraña: demasiado grave, demasiado penetrante, una mirada que parecía salir del fondo de un pozo.

—¿Creéis que podemos?

—Sería hacerle un favor.

—Es asunto del carcelero.

Estaban confusos, a pesar de todo.

—No tenemos orden. No nos hables más.

«¡Ay! Tan cerca de la muerte, ¿languideceré así por un trago de agua? Lo que viene será más duro todavía, ¡pero por Dios, que se den prisa! Ya no puedo más... No vale la pena pensar en

lo que puede ser destruido, pero sufro. Señor, este cuerpo que tanto os ha traicionado os vuelve a traicionar. Viejo caballo, vieja fiera, sírveme unos instantes más, no te encabrites, no me tortures, déjame hablar con mi Salvador».

Rezó. No supo cuánto tiempo. Unos hombres acudieron a ordenarle que se quitara los zapatos, le pusieron una larga camisa blanca, le echaron una cuerda al cuello. «Ya está, se me llevan. ¡Señor, libradme pronto, Señor, no me rechazéis!».

Estiró los hombros y levantó la cabeza para aspirar el aire helado con

todo el pecho. «Cantemos, puesto que hay que cantar, qué importa que estos hombres se ríen, ya no tengo nada que ver con ellos. Sólo con vos».

Cantaba mientras caminaba, y su voz cascada no lograba dominar el ruido de pasos y de armaduras. El cortejo avanzaba lentamente. A la cabeza iba un voceador, golpeando con el mazo una plancha de cobre, le seguían unos hombres de armas a pie, luego el comandante y el abad, a lomos de sus caballos recubiertos de caparazones blancos bordados de cruces rojas. Después iban los clérigos y los cantores. El capellán iba a pie, delante de los

soldados que llevaban al hereje, y enarbolaba una gran cruz de cobre. Tres hombres a caballo seguían al condenado, lanza en mano; los mozos de a pie y los arqueros formaban la retaguardia.

Convenía celebrar aquella fiesta guerrera con dignidad y recogimiento, a fin de que las gentes de la aldea, apiñadas en la plaza, agazapadas en los umbrales de sus puertas, comprendieran que los antiguos tiempos habían pasado realmente; y que nadie se volvería a burlar impunemente de la cruz de Cristo en aquel país. El baile, el sacristán, el notario y los burgueses más ricos

tuvieron que sumarse al cortejo.

Renaud no sentía sus pies, entumecidos por el frío, ni siquiera tenía ya sed. No oía la voz, parecida a un rugido ahogado, que salía de su garganta; como tampoco oía los ruidos de cascos, ni las potentes voces de los cantores que celebraban como él la gloria de Dios. Oía otros cantos, más poderosos que la descarga del trueno, más solemnes que las campanadas en Pascua; con una armonía que jamás alcanzó canto humano... pues la paz de Dios es de una brillantez tan abrumadora que el corazón no la soporta, la cabeza se destroza, el cuerpo se aniquila.

¿Puede caer el sol sobre una lombriz? Todo vuela en pedazos, las últimas partículas de carne desaparecen como chispas en el fuego.

Interrumpieron su visión, un hombre le hablaba. Era para preguntarle si persistía en sus errores, si deseaba reconciliarse con la Santa Iglesia. Se vio al pie de un gran montón de leña rodeada de paja. Encima, se alzaba un poste de madera. Negó con la cabeza; no tenía ganas de hablar. Examinó la leña, pensativo, imaginando el modo más cómodo de trepar sin hacer que se tambaleara. Un hombre vestido de rojo subió con él y empezó a atarlo al poste.

Lanzó una mirada a la cercana ciudadela y a las casas de la aldea, aplastadas por un cielo plomizo y gris; a los negros bosques y los campos rojos, a la hilera de lanzas y cascos resplandecientes que rodeaban la hoguera... a las decenas de hombres de a pie, con los cuellos estirados, con las cabezas erguidas. «Entre ellos hay fieles míos —pensó—, y yo ya no los reconozco. Están tan lejos... Poco falta para que esa enorme torre me parezca tan pequeña como un dado de juego».

A sus pies, vio unas pequeñas llamas azules y amarillas correr por la paja, perseguirse, aumentar, lamer suavemente

la leña. Un agradable calor rodeó sus pies helados. Fascinado, con los ojos muy abiertos, miraba el fuego elevándose. «Se acerca —pensó—, ¡Señor, se acerca! ¡Misericordia! Que sólo la carne sea vencida, Señor, éste es su último combate». Una repentina ráfaga de viento hizo crepitar la paja y la leña, el fuego se precipitó sobre el hombre como una fiera sobre su presa; Renaud sintió que su cuerpo se tensaba y endurecía en un vano esfuerzo de retroceder.

El dolor estaba allí, devorando sus carnes con una violencia tan repentina que creyó que todo su cuerpo estallaba y

que la muerte ya había llegado. Pero aquella muerte era lenta, nadie sabe cuán lenta; cada segundo vale una hora, mil abejas revoloteando sobre mil heridas al tiempo. Él se zarandeaba y se esforzaba por echar hacia atrás la cabeza con los ojos cegados por el humo. «¡Señor, no tengáis piedad de la carne! ¡Por fin, Señor, dejáis que vuestro siervo parta en paz, según vuestra promesa!».

Los clérigos cantaban. Los soldados y los burgueses que se habían sumado al cortejo, de buen grado o a la fuerza, se quedaron mudos. Todos tenían los ojos

alzados hacia el hombre que les dominaba desde lo alto de la hoguera. Habían llevado demasiada madera, el fuego prendía demasiado rápido, los soldados sentían que sus cascos se calentaban y sus rostros enrojecían, sus caballos relinchaban y resoplaban. En lo alto, el hombre no gritaba, sino que profería gemidos sordos. De repente, con un movimiento de hombros impresionante, arrancó las cuerdas que le sujetaban los brazos. Y cuando alzó los brazos al aire, un grito de estupor surgió de todas las bocas. Todos creyeron ver al hombre precipitarse sobre ellos o levantarse por encima de

la hoguera.

Se arrancó de la cabeza el capuchón de pez, y durante unos segundos agitó los brazos como si tratara de apartar las llamas que subían hacia él. Por un instante, pareció que conjurara el fuego. Una ventada arrastró las altas llamas amarillentas que dieron vueltas y se retiraron hacia el suelo hasta casi rozar las patas de dos caballos, que se encabritaron y dieron un gran salto de lado. Alguien gritó:

—¡Una horca! ¡Volved a levantar la leña, atajo de torpes!

Arriba, el hombre en camisa de fuego tendió los brazos hacia el cielo,

estirando su alta figura, como si tratase de colgarse de una cuerda invisible que le levantara por los aires. Después, echó los dos brazos atrás por encima de la cabeza para aferrar con las dos manos la punta del poste y no se movió más. Su cabeza, que el viento hacía surgir por momentos del humo, ensangrentada, roja e hinchada, aún vivía.

—Padre nuestro que estás en los cielos, Padre nuestro que estás en los cielos... Padre nuestro...

Una voz lastimosa, casi infantil, entrecortada por los sollozos, gritó:

—¡No es culpa mía! ¡Os juro que no es culpa mía!

A los compañeros de Gautier de Maleterre les costó mucho dominar su caballo, al que había espoleado salvajemente y que se precipitaba hacia la hoguera.

Tuvieron que llevarse al joven, que forcejeaba; Manassé de Bury lamentó haberle impuesto aquella penitencia, demasiado dura para un convaleciente.

El verdugo, después de sacudir el cuerpo del ajusticiado con una larga barra de hierro para asegurarse de que estaba bien muerto, apartó hacia el pie del poste los haces de leña que seguían enteros. El espectáculo había terminado,

lo que quemaba no era más que carroña; y el olor que despedían los densos humos negros se hacía difícil de soportar. El señor de Bury hizo volver grupas a su caballo.

Regresó a la aldea, pensativo, junto al abad de Souillac. El eclesiástico contemplaba sombrío los tejados grises y rosados que emergían por detrás de los restos de la muralla derrocada. Pensaba en las represalias y en lo duro que resulta cumplir la justicia de Dios en una tierra mal conquistada. El soldado es semejante a la espada, pues no protege más que mientras tiene el tiempo y el medio de servirse de ello.

Eran cincuenta para una región de dos mil almas.

—El diablo tiene que ser muy fuerte, padre —repuso el caballero— o habría que reconocer que este hombre se equivocaba de buena fe. Yo, que entiendo de esto, podría decir, si no ofendiera a Dios, que ese hombre ha muerto como un valiente. Y sin embargo no era más que un simple burgués.

—No os maravilléis en absoluto, señor —dijo el abad, frunciendo las cejas—; en realidad, esa gente desdeña el miedo, y convierte por ello muchas almas, pero no hay que ver en eso un mérito. Pues tienen tanto odio a la vida y

tanto amor a la muerte que llegan a decir que el suicidio es una práctica permitida e incluso provechosa; y en su ceguera son felices cuando les condenamos a muerte. Mas es mucho menos por efecto del valor que de una exaltación enfermiza, de una suerte de delirio que alcanzan por una larga costumbre de los ritos demoníacos cuyo secreto poseen. Dios nos guarde de envidiarles nunca ese valor, que tan distinto es de la resignación cristiana como la locura de la cordura.

—Es justo —aceptó el caballero—. Me parece que deberíais explicárselo mejor a mis soldados, que son mozos

simples y corren el riesgo de equivocarse con ello. Ya han corrompido a uno de mis hombres; un muchacho de mi tierra, y no me gustaría que le molestaran por eso.

—Si os importa —recomendó el abad—, haced que no le vean por la aldea ni por el campo durante uno o dos meses.

* * *

Una vez hubieron vuelto los soldados a la ciudadela, les llegó el turno a los pobres de participar en la fiesta. Muchos habían acudido a la zaga de los cruzados y se mantenían en

grupitos, apartados de la hoguera, en las viñas y en el camino. Desde lo alto del torreón el vigilante se dio cuenta de que esos grupos aumentaban a ojos vista. Todas aquellas personas parecían errar sin objeto, deambular, ir y venir como si se hallasen allí por azar. Se asemejaban a un gran rebaño de ovejas dispersas por un campo donde no queda nada por pacer; pero, imperceptiblemente, el círculo en torno a la hoguera que seguía quemando se estrechaba.

El poste calcinado se derrumbó con estrépito en el fuego, arrojando ramitas encendidas veinte pasos a la redonda; las llamas seguían crepitando sobre lo

que quedaba por quemar de la carne, pero todo el centro de la hoguera estaba ya negro, con algunos puntos de brasa roja. Sólo seguían quemando los últimos haces de leña, mezclando un humo gris y rosa al denso humo negro que despedía el cadáver. El sol se ponía. Y como el frío era vivo, de lejos podía pensarse que toda aquella gente se acercaba al gran fuego que moría para calentarse. Sentados en el suelo, arrodillados o en pie, parecían viajeros que se disponen a detenerse durante la noche; o las víctimas de un siniestro que miran con taciturna resignación los restos de su pueblo que arde. Había mujeres que

lloraban. Algunos hombres se pasaban el pan de hogaza y el cuchillo, la bota de vino. Hablaban poco. No miraban en dirección a la fortaleza, hay momentos en que el odio se vuelve solemne y recogido como una plegaria; en que el dolor no tiene voz.

Las llamas habían destruido demasiado amor aquel día, los hombres habían visto quemarse al que era para ellos el verdadero pan, el refugio seguro, el calor de la mirada de Dios. ¿Cuándo les enviaría su obispo otro buen hombre? ¿Lo haría, después de semejante desgracia? «He aquí todo lo que nos queda de quien sentía tanta

piedad por nosotros: trozos de carne y huesos negros, rojos y humeantes. Más nos valdría perder a nuestros padres y a nuestras madres que a este hombre más bueno que el pan. Cuando el sol abandona la tierra todo queda oscuro, cuando el buen hombre se va el mundo se vuelve malo.

»Somos tantos para velarlo que no tienen bastantes brazos para prendernos a todos... ¡Qué oprobio a nuestra villa! ¿Seguirá queriendo Dios apiadarse de nosotros, que cosa semejante hemos permitido? Por miedo de las lanzas hemos dejado que nos privaran de nuestro buen hombre». Arsen y Fabrisse

se encontraban entre las mujeres que velaban en el campo. Un carbonero las había escondido en su cabaña. Habían prometido no quedarse mucho, sólo el tiempo de despedirse de su compañero. Aquella misma noche debían marcharse.

—¿Por qué lloráis? —decía Fabrisse—. Es una superstición que nos importe el cuerpo de los seres queridos. Nuestro amigo no ha perdido nada.

—Nuestro país ha perdido una antorcha luminosa. El demonio se ensaña tanto en apagar todas las luces que muchos hombres tendrán que caminar a oscuras. ¿Cuánto tiempo más, hermana?

—Lo suficiente para que nuestros cuerpos no vean el final. ¿Por qué pensar en ello?

Al día siguiente de la quema, sacaron al cura de Saissac del calabozo; le habían maltratado y había recibido golpes en la cara. El señor de Bury se excusó con el abad echando la culpa a sus soldados; y el abad se vio obligado a contentarse con aquella disculpa. Sermoneó duramente al cura y lo amenazó con la suspensión y con la cárcel. El padre Aymeric escuchaba taciturno, clavando en su superior unos ojos temblorosos enmarcados en

párpados hinchados.

—No encontraréis a nadie que me sustituya —repuso.

—La pérdida no será grave —contestó el abad, con amargura—, Parece que tan bien habéis desempeñado vuestras funciones, durante treinta años que todos vuestros fieles adoran a los herejes.

—No —rechazó el cura entre dientes—. También hay católicos. Incluso ahora. No de todos los pueblos podríais decir lo mismo.

—Me gustaría conocer a esos católicos —dijo el abad, incrédulo.

—Prefiero no daros sus nombres.

Vuestros amigos del norte no les hacen la vida fácil.

A la puerta del presbiterio, el padre Aymeric encontró a unas mujeres deshechas en lágrimas y a unos hombres que le miraban indecisos. Entre estos últimos había algunos de los que no iban nunca a la iglesia. Tuvo miedo.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó.

—Podéis contar con nosotros, señor cura. No olvidaremos lo que hicisteis ayer.

—No hice nada y no quiero tener que contar con vosotros.

—Queríamos que lo supierais. Ahora sois de los nuestros, lo queráis o

no. Os tendrán vigilado.

—Qué imbéciles sois —dijo él, tristemente—. Ya no puedo hacer nada por nadie, y nadie puede hacerlo por mí. No me queda mucho tiempo aquí. Todo lo que os pido es que no toquéis a mi sucesor, si alguna vez tengo uno.

El señor de Bury fue a ver a Gautier de Maleterre en la torre donde habían tenido que encerrarlo por sus escandalosas palabras. El joven lloraba a lágrima viva, echado en el suelo, y repetía que estaba condenado y que no quería quedarse en aquella tierra.

—Gautier —le habló el caballero—,

ya no eres un niño; formas parte de mi compañía, no contamos con muchos soldados. Eres un hombre que me ha prestado juramento y me encuentro delante de una mujercita que no puede soportar presenciar una ejecución capital.

—¿Acaso no sabéis que fui yo quien entregó a ese hombre? —gritó el joven, incorporándose sobre los codos.

—No, tú te negaste a decir dónde estaba la cabaña, cuando eras el único que conocía el camino.

—¡Pero él pudo creer que había sido yo! ¡Seguramente lo creyó! Yes verdad: ¡le traicioné con mi confesión! Cuando

me habéis obligado a ir a mirar, tanto me habían calentado la cabeza que ya no pensaba en ello. Me engañaron, ¡era un santo! Si he sido yo quien le ha matado, estoy condenado.

El caballero dobló la rodilla y le puso la mano en el hombro al joven.

—Gautier, no quiero perderte. Compórtate como un hombre. Si esas personas no fueran hábiles seduciendo las almas, no serían peligrosas. Tienes el corazón tierno porque eres joven. Deberías saber que el diablo es más malicioso que tú, y que se arma de maneras dulces y buenas palabras para sorprender a los cristianos. ¡No quiera

Dios que tu padre se entere nunca de que has pronunciado esas palabras! Traicionar la fe de uno es todavía más vergonzoso que traicionar el país.

—Yo no he traicionado mi fe —negó Gautier, sombrío—. He traicionado a un hombre que me ha salvado la vida.

—Son los azares de la guerra, muchacho. ¿Qué es el favor que te han hecho, comparado al mal que nos causan? ¿Quiénes te atacaron, diez contra uno, dejándote por muerto, si no sus amigos? Ya sabes cómo es la gente de esta tierra, cómo tratan a los nuestros; ya sabes que nada les produce mayor placer que coger a un cruzado vivo y

torturarlo hasta la muerte. Sabes que esos siervos de Satanás son sus jefes y amos, y que en este país son más fuertes que nosotros. Yo llevo cuatro años luchando aquí y he tenido tiempo de ver cuán despreciada es la fe cristiana en esta tierra maldita, cuán podrido está este pueblo y lo depravado que es. Les gusta tanto la traición que prestan juramento por el placer de perjurar a continuación. No podemos contar con nadie, ni siquiera sus sacerdotes son siempre dignos de confianza. Tú te inquietas por ese hombre sin parar mientes en que él y sus semejantes son la causa de todo el mal, pues este pueblo

se ha vuelto tan malo porque ha renegado de su fe.

El joven, triste y terco, apenas escuchaba.

—Si el favor que me han hecho nada es, significa que mi vida nada vale y que estoy como muerto —repuso—. ¿Por qué habláis tanto con un muerto?

—Ya ves hasta qué punto han corrompido tu espíritu —dijo el caballero con suavidad—. Son ellos quienes desprecian la vida, no nosotros. En realidad, ese hombre quería morir, y nosotros no le hemos hecho mal alguno. Están tan cegados por sus errores que van a la hoguera como a una fiesta. No

es justo que sufras por esa gente.

—Yo también me alegraría de morir ahora —declaró Gautier—. He cometido una villanía por la que jamás obtendré el perdón.

—No te dejes marchar. Eres un soldado, no un clérigo, ni una mujer, para lamentarte de tus pecados. El perdón que nos ha sido prometido por hacer la obra de Dios tú te lo ganarás luchando.

—¿Quién me concederá ese perdón, puesto que dicen que la muerte de ese hombre es una buena obra? ¿Quién tiene derecho a perdonarme ahora? Aunque fuera a ver al papa en persona, ¿qué

podría perdonarme? Los sacerdotes y los clérigos de este país lo han engañado, y cree que es bueno matar a esas gentes.

El señor de Bury se dijo que, decididamente, aquel muchacho se volvía peligroso; lo dejó, prometiéndose devolverlo a su tierra en primavera con el pretexto de una enfermedad. Los compañeros de Gautier estaban muy afligidos de verle encerrado, tanto más cuanto que corría un extraño rumor entre los soldados de la guarnición: el hereje quemado, decían, sólo era un valiente demasiado ingenuo que se había sacrificado por orden de sus superiores

para desviar las sospechas del verdadero hereje, que había logrado esconderse.

Tres días después, con ayuda de sus amigos, Gautier pudo evadirse; dijo que quería dirigirse a Carcasona para explicar su caso al obispo y obtener permiso para hacer una peregrinación a Roma, pues desconfiaba del abad de Souillac y no podía soportar ver al capellán que había traicionado el secreto de su confesión. Pudo procurarse un caballo y una pequeña lanza de viaje; equipado así, pensaba, no corría el riesgo de llamar la atención, le bastaba con tomar atajos.

Cuando se trata de la salvación del alma, está permitido desobedecer a los superiores. Y nunca un alma había corrido tanto peligro. Su corazón se desgarraba en deseos de volver a ver al hombre que le había curado en el bosque. «En realidad, a quien no paga sus deudas le privan de sus bienes y lo arrojan a prisión; pero mi deuda es este cuerpo vivo y este cielo que veo y el aire que respiro, y que ya no son míos. Son de ese hombre que ha muerto por mi culpa. ¿A quién pagaré yo mi deuda? Sólo él podía concederme el honor, y murió despreciándome.

»Señor, si ese hombre era un

enviado del diablo, ¿quiénes son los enviados de Dios? ¿Cómo vivir en este mundo donde el mal toma el rostro del bien? Si ese hombre insultó la cruz y profanó hostias, ¿qué vale esta vida? Pues si hizo eso merece mil veces la muerte, y sin embargo se me parte el corazón de pena. ¿Son estos sus engaños? ¿Me salvaron sólo para torturar y condenar mi alma?».».

A una legua de Saissac, Gautier vio a cuatro caballeros que acudían a su encuentro. No se le ocurrió huir, dos de ellos eran los hijos de un castellano de los alrededores, con reputación de buen

católico, y había apurado más de una copa en su compañía. Sin desconfianza, dejó que se acercaran; uno de ellos le saludó y luego, con un movimiento ágil y rápido, le puso la punta de la lanza en el cuello. Al momento, estaba Gautier aprisionado entre cuatro lanzas de hierro: una en la garganta, dos en los costados y otra en la espalda. Le quitaron su lanza, el puñal y la espada. Uno de los jóvenes preguntó:

—¿Fuiste tú el soldado que traicionó al buen hombre?

—Yo no quería traicionarle.

—Entonces, eres tú. Baja del caballo y adentrémonos en este

bosquecillo de pinos, podremos hablar tranquilamente.

Gautier hizo un movimiento brusco con la cabeza, para traspasarse con la lanza; el hombre que lo tenía de cara, más rápido que él, desvió su arma.

—Despacio, amigo, no nos estropees la mercancía. ¿Os creéis los únicos con derecho a divertirnos?

Los cuatro hombres tenían rostros jóvenes y francos, y en sus gestos se adivinaba esa distinción seca pero natural que permite reconocer a diez pasos al hijo menor de la pequeña nobleza. Gautier los miraba sin comprender. Muchachos como él. Lo

que brillaba en el fondo de sus ojos castaños ni siquiera era odio, ni siquiera crueldad. Parecían sobre todo contentos; pero inhumanamente tranquilos. Gautier se sintió más aterrado que si hubiera visto cabezas de lobos sobre hombros de hombres.

Le tiraron del caballo y luchó mucho rato con las manos desnudas, tratando en vano de adueñarse de una de las lanzas; era hábil, y sus agresores hacían lo posible por no herirle seriamente. Al final, inmovilizado, dejó de forcejear y dijo:

—No será un combate del que os jactéis delante de vuestras damas, si

vuestras damas no han perdido, como vosotros, todo honor. Ahora dejadme tiempo para rezar.

—No te faltará tiempo, esto durará tres o cuatro horas.

—Tenéis un bonito oficio —repuso él, con desdén.

—Tan honrado como el tuyo. Gaulcem, coge los caballos. No tengas miedo, francés, tus amigos cantarán bonitas misas por tu alma.

* * *

Aquel día, Gautier pagó su deuda larga y plenamente. Por la noche, su caballo llevó a la ciudadela su cuerpo

atado. Tenía la cabeza, las manos y los pies completamente negros, transformados en carbón como legumbres calcinadas lentamente a la brasa, y su rostro a la vez quemado e intacto estaba petrificado en una expresión de sufrimiento tan espantosa a la vista que uno de los soldados que entraron el caballo y el cadáver en el patio del castillo cayó en redondo, sobrecogido, y costó mucho reanimarlo.

El señor Bury hizo investigar al baile y a los burgueses más sospechosos y, al encontrar a los culpables, hizo prender al azar a quince jóvenes.

V. EL AMOR VENCIDO

A las dos mujeres, que no se atrevían a volver a sus cabañas, solemnemente quemadas por el abad de Souillac y sus clérigos, no les quedaba más que abandonar el país. Sabían que las buscaban. Sin duda exageraban el peligro, porque el comandante de la plaza no tenía ningunas ganas de empezar tan pronto la persecución de los herejes; ahora decía que el celo del

abad sólo le reportaba molestias, y que todas esas historias de sacerdotes no le concernían. Arsen y Fabrisse no lo podían saber, y no se atrevían a dejarse ver en la aldea ni a aventurarse por los caminos. Recorrieron cinco leguas por senderos que no conocían, con la esperanza de llegar al pueblo de Cammazers, donde los soldados sólo se detenían para avituallarse.

Llovía. El agua estaba helada y el viento se la arrojaba por ráfagas a la cara y pegaba las ropas mojadas en la piel. Las dos mujeres no habían comido prácticamente nada en dos días, su provisión de pan era tan pequeña que se

conformaban, mañana y noche, con un trocito del tamaño de dos nueces. Es bueno tener costumbre de comer poco, el cuerpo de carne no se acostumbra a no comer nada en absoluto, sobre todo en invierno, sobre todo cuando se camina mucho y por senderos malos.

—Mañana llegaremos, hermana. Por favor, tomad lo que queda del pan; de todas maneras, hay demasiado poco para las dos.

—Tomadlo vos, hermana —repuso Fabrisse—, pues creo que no volveré a necesitar pan nunca más. Mañana yo no llegaré al pueblo, sino a un lugar donde no podréis venir a verme, al menos por

vuestra propia voluntad.

La noche caía. No había medio de resguardarse bajo los árboles desnudos.

—Supongo —dijo Fabrisse, echándose sobre la tierra empapada— que el suplicio del agua fría es mucho menos penoso que la muerte en el fuego; debería considerarme afortunada. Pero tengo tanto frío que me cuesta incluso pensarlo.

Arsen le hizo una tienda con su capa, que estaba muy mojada pero no dejaba pasar demasiado la lluvia. Fabrisse ya no tosía; de su boca escapaban de vez en cuando pequeños estertores guturales.

—Poneos la capa, a mí ya no me

ayudará —resopló—. Sería una lástima que cayerais enferma sin motivo.

Pero Arsen no sentía frío ni hambre, su corazón ardía de dolor ante la idea de que su hermana iba a dejarla.

—¡No, amiga, no, no es nuestra primera adversidad, no será la última! ¿Cómo vais a dejarme sola, por la noche, en este bosque frío, bajo el viento y la lluvia? ¡Os calentaré con mi cuerpo, no os dejaré marchar!

—¿Qué puede hacer vuestro pobre cuerpo tembloroso y transido? El frío que me hiela proviene de mi interior. Apenas noto el frío del suelo, los pies ya no me duelen siquiera. Por el amor de

Dios, comed ese pan, pues yo ya no soy capaz de tomar alimento alguno; y vos necesitáis todavía fuerzas.

—No, ya no tengo hambre, ya no tengo frío. La tristeza da fuerzas, el sufrimiento de amor es nuestro auténtico pan. ¡Si por mi amor pudiera reteneros a mi lado, querida, para que no nos separaran en este mundo...!

—Anochece —dijo Fabrisse—. Nos separaremos por la noche, ya no veré más vuestro rostro carnal. Contadme lo que haréis, hermana, quiero continuar mi camino con vos aún un rato.

—Intentaré pasar por Tolosa para establecer contacto con nuestros

hermanos de allí; después iré a la montaña a ver a nuestro obispo. Me dará una nueva compañera y tal vez me encargue una nueva misión.

—Despedíos de nuestros amigos de Tolosa de mi parte. Creo que vuestra hija también está allí.

—He sabido que se casó el verano pasado con un caballero tolosano. Ahora para mí es como la comida de los ricos para el pobre, una cosa deseable y buena que se mira de lejos.

—Nunca tuve hijas, y mis hijos murieron muy pequeños. Decid a vuestra hija que no se aflija si ha de traer hijos, esa vía también conduce al amor.

La lluvia cesó, pero Arsen trató en vano de encender fuego; el agua había penetrado en su zurrón de cuero, todo estaba húmedo, encendedor, yesca y cabos de vela. El cielo lucía tan negro que apenas se distinguían los troncos negros de los árboles. ¡Ay, compañera, ni siquiera una vela para alumbraros en la hora de vuestra partida!

—Ayúdame a morir, querida; mientras me quede un poco de aliento en los labios seremos dos. Decid las palabras, yo responderé mientras pueda.

—En el principio existía la Palabra —dijo Arsen— y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios.

—Ella estaba al principio con Dios —murmuró Fabrisse con esfuerzo—. Todo se hizo por ella; y sin ella no se hizo nada de cuanto existe...

—En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron.

—Vino a su casa, y los suyos no la recibieron...

—Os cuesta demasiado hablar —advirtió Arsen—, yo hablaré por vos.

—Ay, ¿por qué os preocupáis por mí, querida? No debéis pensar más en mí. ¡Arsen! Adiós, compañera, no pensemos más la una en la otra.

—Pero a todos los que le recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios.

—... La cual no nació de sangre, ni de deseo de hombre, sino que nació de Dios.

Fabrisse aguantó hasta el decimotercer versículo. Tuvo un estertor seco y breve, todo su cuerpo se estremeció y no se movió más. Arsen continuó recitando la Palabra, sola, sabiendo que ya no recibiría respuesta.

Amaneció una mañana pálida, que envolvía los árboles en una bruma blanca. Ni cielo ni tierra, sólo algunos troncos desnudos y algunos matorrales

que emergían de la niebla; uno hubiera creído estar en el fin del mundo, en un islote de tierra firme suspendido sobre abismos sin fondo.

Inclinada sobre el endeble cadáver de brazos cruzados sobre el pecho, Arsen se despedía de la que había sido su compañera. Fabrisse llevaba ya varias horas muerta, y de su rostro helado y rígido emanaba una nueva juventud. Las arruguitas habían desaparecido, las mejillas chupadas estiraban las comisuras de la boca en una sonrisa tranquila, apenas asombrada; tenía la tez, antes febril, de un blanco de cera, los labios y los

párpados azulados. Las largas mechas de cabello rubio, oscurecidas por el agua, se le pegaban a las mejillas. Arsen se las alisó con la mano y acarició por un instante la frente abombada, tiernamente, como se acaricia a un pájaro herido. «Pobre carne abandonada, ¡qué bella eres todavía...! Con este tierno rostro de novia dormida te entregarás como presa a los buitres. Pobre nieve sucia, flor pisada en el lodo, reliquia efímera de un templo de Dios. Mi compañera ha hallado el remanso de paz, el cielo de luces brillantes».

Arsen cogió la capa que cubría el

cuerpo de la muerta y dejó sobre el cadáver sólo el fino vestido de tela, a fin de que los animales pudieran devorarlo más fácilmente. Después se comió el último pedazo de pan, pesado y empapado de agua helada, y salió en búsqueda del sendero que llevaba al pueblo.

Ya no sentía dolor. Muerte a muerte, peldaño a peldaño, se recorre la gran escalera que lleva al amor. «Los muertos son semejantes a los países que uno deja; mi corazón ha tenido tantas patrias en este mundo que he de acostumbrarme a desterrarme y ser extranjera en todas partes».

Una mujer sola no atrae sospechas; Arsen pudo llegar hasta Tolosa sin más molestias que una tos dolorosa y algo de fiebre y de agujetas. Se detuvo en la casa de un vendedor de telas, creyente rico y caritativo que albergaba a herejes de paso. La curó una hermana de tierras tolosanas, célebre por sus dones de curandera. Esa mujer le dijo:

—Necesitáis al menos dos o tres meses de reposo, de otro modo no podréis ejercer vuestro ministerio durante mucho tiempo. En nuestros días, Dios sólo puede hacer herramientas malas.

Por aquella mujer, Arsen se enteró

de que su hija se llamaba ahora señora de Aspremont, que poseía una casa y pasaba por una de las más lindas mujeres del barrio de Daurade. Suspiró y se dijo: «La gran ciudad me habrá cambiado a mi niña. Casarse, todavía pasa, pero engalanarse y hacerse notar menos de dos años después de la muerte de su padre... Es cierto que ahora los meses cuentan como años. Demasiados ausentes, demasiados muertos». El marido de la joven había dejado el lugar hacía mucho tiempo.

Gentiane estuvo a punto de desvanecerse cuando su dama de compañía, una prima de Bérenguer, le

anunció que una mujer de su tierra llamada Arsen preguntaba por ella. No había olvidado a su madre, pero le parecía estar viviendo otra vida. Estaba cansada de morir y resucitar sin cesar, y le daban miedo las apariciones.

Arsen cruzó el patio, guiada por la dama de compañía, y subió una estrecha escalera de caracol que llevaba a las habitaciones. Aquella casa le pareció rica pero poco cómoda; pensó: «La pobre niña se debilitará por falta de aire». Los hombres y mujeres que se encontraban en los pequeños cuartos en la crujía no eran ciertamente criados, los hombres jugaban a dados y a ajedrez, las

mujeres leían o bordaban. Una joven rubia sentada en el suelo acariciando una cítara cantaba una melodía muy triste, demasiado dulce y que invitaba a llorar.

Al paso de Arsen, los hombres se levantaban, con cara de no interesarse en sus juegos, las mujeres dejaban de chismorrear y bajaban los ojos en un saludo mudo y cómplice. Ella ya lo sabía, sus seis años de ministerio le habían modelado ya uno de esos rostros que todo creyente reconoce a primera vista; a veces no necesitaba siquiera quitarse la capucha, su porte la traicionaba; en la calle, los hombres se

pegaban a la pared por temor de rozarla con sus capas y las mujeres se agachaban para tocar como por descuido el faldón de su vestido. Con su sencilla capa marrón y su toca de lana gris, se sentía como una especie de reina mal disfrazada de criada, y ello le molestaba. «Los católicos hablan mucho de nuestro orgullo —pensó—, ¿tendrán razón? ¿No creerán que me he escrito en la frente "Honradme, soy una santa"?». La mujer que la acompañaba le hablaba a media voz, como si tuviera miedo de interrumpir sus meditaciones.

—La señora de Aspremont se excusa por no acudir a vuestro encuentro —dijo

— Dice que quiere veros a solas. No se lo tome a mal, es una joven muy sufrida.

—¿Por qué me lo he de tomar a mal, amiga?

—No la han avisado, nuestra casa es como todas las demás, señora, vivimos bajo las leyes del faraón.

Arsen frunció las cejas, no le gustaba que le dieran a entender con tanta claridad que conocían su identidad.

Gentiane la aguardaba en una pequeña alcoba tan cubierta de tapices que no se veía el color de la pared, y atestada de cofres y de arcones sobrecargados de candelabros y de vajillas de cobre y plata. En un gran

atrio de madera esculpida había un libro, una cítara había quedado en el suelo, sobre almohadones tejidos de oro. La joven estaba sentada en una cama, medio hundida en una trasalcoba de cortinas rojas. Arsen cerró la puerta tras de sí y, durante algunos segundos, permaneció quieta, sin atreverse a levantar los ojos.

Acabó por decir:

—Aquí estoy.

Era estúpido, pero no se le ocurrió nada más que decir, notaba que los labios le temblaban. ¿Cómo podía ser su hija aquella mujer de trenzas entrelazadas con hilos de oro y mirada

de pájaro rapaz? Gentiane se levantó lentamente, se acercó a su madre y se arrodilló para pedir la bendición. Su voz tranquila y seca parecía decirle: «Esto es lo que os debo, ¿verdad?».

—Déjame verte los ojos, al menos.

Sus ojos, alargados y grises, eran bonitos como antes, pero sin mirada; dos ventanas cerradas.

—Os agradezco vuestra bondad, madre. Honráis mi casa.

—Es a ti a quien he venido a ver, no tu casa. Te has convertido en una mujer guapa y honrada. Tu padre se hubiera sentido feliz de verte establecida.

—Por eso me casé —repuso

Gentiane—. Vos y mi padre siempre habéis deseado verme casada.

—¿Por qué me lo dices con ese tono de reproche? ¿No eres feliz?

Arsen lamentó sus palabras irreflexivas, era evidente que la joven estaba embarazada, y su marido se hallaba lejos.

—¿Quién es feliz ahora? —preguntó Gentiane. Parecía menos obsesionada ya, casi amistosa—. Vosotros, tal vez. Nosotros somos como la hierba de los campos, y el viento pasa por encima y no deja rastro.

Arsen sonrió.

—Pero la misericordia del Señor

mora por los siglos de los siglos en los que le temen. Tu marido es de nuestra fe, supongo.

—Todavía no me relaciono con católicos —dijo la joven, dolida—. ¿Por quién me tomáis?

—Por mi hija. ¿Por qué te hieres cada palabra que digo? Quería saber si tu marido es un hombre que haya sabido conquistar tu afecto.

—Es el mejor de los hombres. No es culpa suya si los condes esperan siempre que el viento cambie a derecha o a izquierda. Tenemos ejércitos tan grandes en España que no queda mucha gente para luchar contra los franceses.

—Hija, nuestro conde no es un soldado aventurero que lucha donde y cuando le place. Es justo que un príncipe tan importante haya intentado defender su causa delante de los reyes y el papa y demostrar su razón. No hay que culpar a los caballeros que han abandonado sus bienes y a sus familias por fidelidad a su legítimo señor.

—No culpo a mi marido; pero hace ya más de cinco meses que me dejó y no oigo hablar de él ni para bien ni para mal más que por sus cartas. ¿No seré un poco ligera al amar a un hombre que no ha hecho nada todavía por liberar su ciudad natal?

—¡Vamos! ¿Por qué te abandonas a pensamientos tan mundanos? —reprochó la madre, con un triste anhelo de ternura—. ¿He venido para que demuestres tu orgullo delante de mí?

—Ya no sé cómo hablaros —respondió la joven, tomando a su madre de la mano para hacer que se sentara en la cama—. Mirad, yo siempre os he tenido por lo más querido en el mundo, y ni siquiera me alegro de veros. Es como si me hubieran quitado el corazón para poner otro en su lugar. Vos sois la misma de siempre, aunque vuestro rostro ha mudado grandemente. Yo he vivido al menos tres o cuatro vidas desde que

dejé nuestra casa.

—Veo que pronto serás madre —
dijo Arsen con dulzura.

—¿Por qué me hacéis pensar en las miserias del cuerpo? Sé muy bien que me consagraré a este niño que se mueve en mis entrañas como la perra se consagra a sus cachorros. Vos misma, ¿qué otro amor habéis sentido por mí? Ni mi corazón, ni mi cabeza, ni mi alma tienen nada que ver con él, ¿por qué me habláis de ello?

—Porque no existe piedad mayor que la que nos une a los niños. Esa piedad es más tierna que cualquier otro amor.

—Yo no tengo el corazón tierno. Si es un niño, le educaré de manera que pueda vengar a mi padre y a todos los que han muerto por nuestra tierra. Pero ¿acaso no es vergonzoso pasarse las noches temblando ante una cuna, en un tiempo en que la sangre de nuestros mejores hombres se tiene en tan baja estima que se vierte en el arroyo como agua de fregar? ¿Y cómo puedo amar a este hombre que es apuesto y fuerte y feliz de vivir, cuando me digo continuamente que los mejores son quienes renuncian a sí mismos y abandonan hasta sus vidas por amor?

—Gentiane, cuando me casé con tu

padre, él también era un hombre joven, fuerte y feliz de vivir, y tuve razón al amarlo como lo hice. ¿Debiera haber esperado a verle morir para amarlo?

—Vos vivisteis en otra época. ¡Ojalá pudiera volver esa época, madre! Ese tiempo en que podíamos disponer de nuestras vidas, y en que la primavera era una estación hermosa... Ahora cada primavera nos trae angustia y cada verano cosechas ensangrentadas; y los colgados y mutilados y los quemados y los ahogados nos resultan más verdaderos que los vivos, pues esas gentes han venido para matar nuestra tierra, ¡y los supervivientes no salvarán

sus vidas! Sólo nos queda el honor de luchar hasta el final.

—Nos seas como los que dicen «toda la ciudad se quema» porque su casa se ha quemado. Simon de Montfort es un hombre mayor, y no deja su caballo y su armadura más que los días de fiesta. Seguramente no vivirá mucho más tiempo.

—Dios quiera que no nos envíen otro peor que él. Vos diréis que no puede haberlo peor. Y yo os digo que en el mal no hay límites, y que puede llegar el día en que digamos que desde los tiempos de Montfort no somos libres ni felices.

—Ésas, palabras terribles no te las inspira un buen espíritu —dijo su madre, estremeciéndose—. ¿Dónde hallas coraje para pronunciarlas? Darse por vencido por adelantado es un pecado.

La joven escondió el rostro entre las manos.

—Mi pecado es tener el corazón demasiado abierto al mal, huelo la desgracia como un cuervo huele un cadáver. Me han tomado por una loca y una iluminada, y me han encerrado en el matrimonio como en una prisión. Pues mis años en el convento me dieron lucidez y desapego, pero no me llevaron hasta el amor, y yo soy como un pájaro

al que han cortado las alas en el momento en que sus plumas se formaban.

»¡Quiera Dios que me equivoque! Pero he rezado y pensado noches y noches, y Dios me ha hecho ver el mundo como un campo de batalla donde Satanás reina como dueño y señor, y donde el peor es siempre el más fuerte. He tenido visiones que me mostraban hombres muertos, torturados y quemados, pero nunca eran los malvados. Y por mucho que deseo con todo el corazón la victoria de nuestro país, no puedo creer en ella; pues sé que somos mejores que nuestros enemigos y

que, para vencer, hay que abrazar el mal.

»¿Cómo podría ser de otro modo, madre? ¿Acaso no sabemos que este mundo fue creado por el diablo y para él? ¿Por medio de qué magia cambiaremos las espadas de hierro en el poder de la Iglesia de los arcángeles de Dios? Sólo pueden vencer con la espada los que aman la fuerza de la espada por encima de todo, sólo pueden hacer que les obedezcan los que quieren que los hombres sean esclavos; sólo son ricos aquéllos a quienes les gusta el oro, sólo están seguros de sí mismos quienes no tienen conciencia.

»Nosotros tenemos la razón, y los

reyes y el emperador y el papa proclaman todos que nuestros enemigos son buenos y justos; al único rey que levantó la espada por nuestra causa le mataron. Si hubiéramos vencido por la fuerza de la espada, habríamos tenido la razón de nuestra parte; el día que invadamos los países del norte, matemos a trescientos mil franceses, incendiemos sus campos y saqueemos, entonces quizá dirán que somos buenos cristianos. Pero no somos suficientemente fuertes para ser buenos cristianos a su manera, sólo queremos el honor y la libertad.

—¿Está prohibido creer que hasta en este mundo Dios puede iluminar los

espíritus y los corazones? —exclamó Arsen—, ¿Predican en vano nuestros obispos? La masa sube lentamente, el árbol no crece en un día. Te quejas como una niña porque ya no tienes fe en Dios.

—No; el árbol no crece en un día, pero en un día pueden echarlo abajo. Lo que quiere decir que en la tierra el mal será siempre más fuerte. Mirad, nuestra casa poseía tesoros inestimables, lámparas de oro puro adornadas con diamantes y perlas y todo tipo de piedras preciosas; tesoros tales que nunca se han visto en la tierra, por el menor de ellos hubiéramos vendido toda la casa. Vinieron unos ladrones y los

fundieron en el fuego, los trituraron y los arrojaron a las letrinas; intentan adueñarse de los que nos quedan todavía para destruirlos del mismo modo, por desprecio hacia nosotros.

»Pues es bien cierto que, en el cielo de Dios, esas lámparas siguen brillando con mil fuegos de gozo; pero nuestra casa ha sido despojada de ellas, en la tierra las han destruido, y valían más que la tierra. ¿Cómo decís: "La masa sube y el árbol crece"? Arrojan la masa a las cenizas, queman la tierra, nada puede crecer en ella. Y nosotros somos semejantes a los locos que labran la tierra creyendo que crecerá oro,

pedimos caridad y justicia en este mundo.

—Sí, puesto que todavía no estamos en el otro. ¿Cómo podría este mundo cambiar el deseo de nuestros corazones?

—Vos ya no sois de aquí —repuso Gentiane, con dureza—, habéis alcanzado la paz. Vos pertenecéis al número de las antorchas de las que hablaba, pertenecéis a nuestro tesoro y a nuestra gloria, pero ya no lucháis. Medís con varas de una legua de largo, / dais mil escudos a quien os presta un dinero. Tenéis un cuerpo parecido al nuestro, y sin embargo sois como esas lámparas de oro que sólo iluminan las casas de los

reyes y que no se emplean para bajar a la bodega ni para trabajar en la cocina.

«La paz, ¿qué paz? —pensó Arsen —, He perdido a mi compañera hace menos de tres semanas y ni siquiera me he atrevido a hablar de ello, tanto nos hacen guardar silencio sobre nuestros propios dolores. Todo mi cuerpo languidece en deseos de volver a ver a mi compañera; aquí estoy, en esta habitación caliente y adornada con tapices, y querría estar en el frío bosque donde he dejado su cuerpo. Piedad para el siervo que vuelve de los campos, hambriento y cansado, pues el amo no le dice: "Siéntate y come", sino "Sírvenme a

la mesa".»

—No dirías eso si tuvieras, como nosotros, que curar las heridas y lavar los paños sucios —dijo, suavemente—. Estamos hechos para trabajos que hasta los más humildes consideran indignos.

—Es vuestro oficio —arguyó la joven—. Lo habéis elegido. Y un oficio tan noble que nosotros no tenemos siquiera derecho a imaginarlo, nos dejan los bonitos vestidos y las camas con cortinas.

Tomó su cítara y, arrodillándose sobre los almohadones, se puso a puntear las cuerdas; parecía tranquila, pero en sus ojos había una llama dorada,

como en los de un gato.

«Qué guapa es —pensó su madre—. Cuánto debe de seducir esta belleza a los hombres». Gentiane tocaba una melodía monótona, triste y suave, tal vez una canción de despedida. Y la madre se reprochó haberse acordado de su propio pesar cuando su hija sufría por la lejanía del hombre al que amaba. «Muchas muchachas fingen no amar por orgullo y por pudor —se dijo—. ¿He venido para discutir con ella en lugar de consolarla?».

Fue a sentarse al lado de su hija y se puso a acariciarle el cabello y los hombros.

—Paloma mía —dijo—, la pena no se expresa con palabras, el corazón late y sangra y no tiene voz. Tienes mucha razón, soy vieja y ya no sé adivinar las angustias del corazón de una mujer joven. Me gustaría volver al tiempo en que te ponía sobre mis rodillas.

—¡Madre! —le dijo de pronto Gentiane, mirándola directamente a los ojos—; madre, decidme, ¿habéis conocido los deseos y los gozos de la pasión carnal?

Arsen parpadeó, sorprendida, pero no apurada.

—Amé a tu padre como una mujer que vive en el mundo ama a su marido,

con todo el deseo y gozo y dolor que puede sentir una mujer.

—¿Pero cómo puedo saberlo? — exclamó Gentiane, sacudiendo la cabeza con impaciencia—, ¿Hablamos de las mismas cosas? Para mí, cuando me habláis de mi padre es como si me hablarais del amor de Dios. Yo tengo el corazón abrasado de pensamientos impuros y crueles, no conozco ni el espíritu ni la carne. La sangre derramada hace que la cabeza nos dé vueltas, como un vino fuerte; los incendios y las hogueras han tornado tan pálida la llama de nuestros corazones que para avivarla necesitamos quemarnos el pecho con

carbón ardiente.

—Lo conozco —repuso Arsen—, muchas mujeres jóvenes me han hablado de cosas parecidas. Vivimos en un tiempo de tentaciones. No te aflijas, hija, no eres más culpable que los heridos y los enfermos. Ni siquiera se puede culpar realmente a las jóvenes que faltan al honor de su sexo; la guerra es una enfermedad de las almas, y los hombres no son los únicos dañados.

Gentiane esbozó una sonrisa abierta, casi alegre.

—Muchos hombres me han suplicado amor desde que Bérenger partió. Las gentes aquí no son como en

nuestra casa, no confunden honor con castidad, ni amor con placer. Y creo que siento afecto por mi marido, pues me parece que nunca jamás le engañaré.

Gentiane mandó llevar a su cuarto lo mejor que encontró entre los alimentos permitidos y lavó ella misma delante de su madre los platos y la copa. Arsen sólo tomó pan y agua, pues desde la muerte de su amiga se sujetaba a un ayuno bastante severo, por miedo a caer en las debilidades del dolor carnal.

—Come tú —solicitó—. No tienes, por respeto a mí, que debilitar el cuerpo de tu hijo, pues ahora ya es un alma que

se prepara a un duro calvario. Las mujeres que no cuidan bien al hijo que llevan pecan gravemente contra la caridad.

Gentiane bebió vino y comió despacio los higos secos y las nueces, sin apartar los ojos de su madre.

—Soy avarienta —dijo—, esta noche os tengo toda para mí. ¿Es un pecado?

—No, dispongo de todo mi tiempo, no reanudaré mi camino hasta que haga buen tiempo, a menos que me vea obligada a hacerlo. ¿Vigilan tu casa los del obispo?

La joven se encogió de hombros.

—Sí. Pero me sorprendería mucho que quisieran tomarla al asalto, porque el tío de Bérenger es el yerno de uno de nuestros cónsules. Os cambiaréis de ropa y haré que os acompañe un hombre.

—¿Tienes noticias de tus hermanos?

—Sí. Bérenger me escribe que ha visto a Sicart en Zaragoza. Los tres gozan de buena salud, y tienen que dirigirse al Rosellón con su señor. Han visto muchas tierras desde que nos separamos.

—¡Ay! ¿Cuándo volveré a verles?

—se preguntó Arsen—, Somos como granos sembrados al viento.

Comenzó sus rezos y Gentiane

encendió las lámparas, pues había caído la noche y ya no se veía más que la reja de la ventanita cuadrada y los reflejos de los aguamaniles de plata colocados sobre el arcón.

Acostada en su cama al lado de su madre, Gentiane casi creía haber vuelto al tiempo de su adolescencia.

—Madre, ¿qué ha sido de nuestra casa de Montgeil? ¿Quién vive ahora en ella?

—Tal vez gente necesitada de refugio, tal vez bandidos... Los cruzados no sabrían qué hacer con ella, la tierra está demasiado perdida y es muy pobre.

—Quizá la hayan quemado. ¡Qué buena cosecha de ortigas y zarzas encontrarán mis hermanos, si algún día retoman su tierra! Madre, ¿os acordáis de Guillaume de Frémiac, que tanto me amaba y quería casarse conmigo? También él se ha marchado.

—Es un gran honor perderlo todo por una buena causa. Incluso cuando es pecado, el valor vale más que la cobardía.

Gentiane, con el mentón apoyado en las manos juntas, miraba la llama de la lamparilla de aceite suspendida encima de la cama.

—Madre, ¿por qué soy mujer? El

valor es cosa de hombres, ¿y qué nos queda a nosotras? Hasta los enemigos nos desdeñan, nuestro odio no les da miedo... Sólo podemos amar a los que son intrépidos. Madre, ¿puedo decíroslo? Mi corazón ha caído en la trampa de las cosas terrenales a causa del gran dolor por nuestro país. Y en lugar de desear el espíritu, no hago más que pensar en cosas carnales.

—Todo es carnal en nosotros, hasta el más puro de nuestros pensamientos —arguyó Arsen—. Sólo la Palabra de Dios no lo es, y el espíritu, del que nuestra carne nada sabe.

—¡Ay! Habláis de cosas demasiado

altas, madre. ¿Cómo voy a orientarme? Os contaré lo que no he contado nunca a nadie, de qué modo sedujo el mundo mi corazón. Era un día de gran alegría para nuestro país, y de gran honor para esta ciudad; el día en que el buen rey Pedro entró en Tolosa, con los condes y toda su caballería, para librarnos de nuestros enemigos. Tocarón todas las trompetas, los tambores y los clarines. Y no había muchacha honesta que no saliera a la calle cantando de alegría con su pañuelo o su rama de olivo para arrojarla al paso de los caballeros.

»Yo estaba en la plaza del Capitolio con mi amiga Béatrix de Miraval y su

madre, entre una multitud de damas, todas vestidas de fiesta, y no sabría contaros cómo gritábamos todas de alegría y cómo saltaban los corazones en nuestro pecho. Hacía buen día, y los cascos y las lanzas y los escudos de los caballeros brillaban al sol como el cristal. Vi avanzar al rey, con su armadura toda dorada, la cabeza descubierta para que todos pudiéramos ver su nobleza y el buen sentimiento que profesaba por nuestro pueblo. Y tenía un rostro hermoso, madre, como un día de verano radiante y cálido, y una sonrisa tan alegre que se le veían brillar todos los dientes. Cuando le vimos, se nos

saltaron las lágrimas por la plenitud de nuestro corazón, y en ese momento sentí en todo mi cuerpo tanto calor que me sentí envuelta por una gran llama.

»Si el cielo se hubiera abierto en ese momento para mostrarme mil arcángeles, no habría levantado la cabeza, ¡me gustaba tanto mirar a aquel buen rey! Era tan alto y fuerte el mejor de los caballeros, y tan perfecto en todos los puntos de su persona... Aquel día me dije: el cielo baja a la tierra, puesto que la bondad y la justicia se estiman en su justo precio. Y ciertamente mis amigas pensaban como yo, pues todas nos decíamos: ¡éste es el salvador

que tanto hemos esperado!

»Vos ya sabéis lo poco que duró nuestro gozo y cómo nos engañó Satanás; pero quiero contaros cómo viví yo ese día de la batalla, y cómo mi corazón fue donde nunca se encontró mi cuerpo. Ni siquiera sabíamos si el combate había empezado, pero cuando estaba sentada a los pies de doña Alfaïs con mi cítara, empecé a oír gritos y estruendo de lanzas, y vi al rey Pedro rodeado de varios hombres de armas; no llevaba la misma armadura, pero tenía la visera levantada y le vi el rostro, y sabía que sufría mucha angustia, porque luchaba solo contra cuatro y estaba

herido. Hicieron que cayera del caballo y le golpearon con sus espadas; yo miraba, miraba fijamente, pensaba que llegarían a socorrerle, pero sus amigos no llegaron a tiempo debido a la refriega y a los caballos heridos que coceaban en todas direcciones. Le golpearon tanto que dejó de luchar; le salía tanta sangre por la boca que tenía el casco lleno. Yo estaba como loca. Me puse a gritar: "¡El rey ha muerto! ¡El rey ha muerto! ¡Han matado al rey!".

»Ya no recuerdo lo que ocurrió después, salvo que vi a unos caballeros que se defendían contra un gran número de cruzados y que les costaba mucho

esfuerzo que sus caballos no retrocediesen, pues la carga fue dura y vi que más de uno caía al suelo y lo mataban. Me llevaron a mi aposento, y forcejeé y grité, pues creía tener sangre en la boca.

»No recuerdo cuánto rato lloré, estaba en la cama y me salía sangre por la nariz y por la boca, y tenía todo el cuerpo magullado; estaba como ebria de sangre y de golpes... lo que no es extraño, pues arrancaron a más de veinte mil almas de sus cuerpos violentamente el día de aquella batalla, y lloraban y gritaban de congoja; y una de las primeras fue la del rey.

»En la ciudad no se supo hasta la noche, y entonces se dieron cuenta de que yo no deliraba, y que Dios me había escogido para ser el heraldo de la mala noticia. No podéis tener idea del luto, los gritos y los llantos que hubo en Tolosa aquellos días, pues murieron más de la mitad de los burgueses de la ciudad que habían tomado las armas. Tanto es así que Simon el maldito no osó mostrarnos su cara; por muy desarmados y desesperados que estuviéramos, ardíamos en tanto odio que las piedras de las casas habrían caído solas sobre la cabeza del asesino del rey.

»Durante meses fui prisionera de mi

mal, o más bien del don de llorar con las almas que, en la sangre y el horror, se separaban de sus cuerpos, ya que el duelo por el rey tan cruelmente asesinado me había apartado del deseo de plegaria. Por mucho que leía los libros buenos y meditaba, no podía dejar de arder de amor por los que se exponen sin reservas para defender nuestra tierra. Y aquéllos a quienes pedí que tuvieran piedad de mi alma y que me unieran a mi espíritu me respondieron que no era digna, y que Dios sólo purifica las almas ya purificadas.

—¿Cómo puedes culparles? —dijo Arsen—. Tú misma dices que ya no

tenías el verdadero deseo de Dios.

—Ya no lo sé. ¿Quién desea el sol antes de verlo? Estaba cansada de mi miseria, y cansada de ser un cuerpo sin alma y un alma sin cuerpo... Y un buen día, un hombre que no nombraré vino a mí con la autoridad del Espíritu para decirme que yo no tenía ni fe ni caridad, y que era preferible aun prostituirme a Satanás según la vía común, para aprender al menos humildad. ¿Qué diríais vos de un hombre que habla así?

—¿Qué puedo decir? Tal vez estaba inspirado por el espíritu.

—Madre, ¿cómo he de decíroslo? Veis el espíritu por todas partes. ¿Sabéis

lo que es la mirada de un hombre que os desea con amor? ¡Y se entiende que no hablo del amor de Dios! La chica más tonta reconocería esa mirada como la fiera reconoce al cazador. Si un hombre os mira así, ¿puede estar inspirado por el espíritu?

—¿Cómo voy a saberlo? Nosotros sentimos el hambre y el dolor como los demás; puede pasarle a todo el mundo que el demonio le humille en su carne. El espíritu se sirve de nosotros en despecho de nuestras debilidades.

La voz de Arsen era triste y cansada. «¿Qué más me dirá? ¿Habrase visto una hija más preguntona...?».

—¡Madre, empezáis a hablar como los católicos!

—¡Dios me libre! Conozco la vida mejor que tú, sólo es eso. Si uno de nuestros hermanos ha sido causa de tu escándalo, hay que compadecerle.

—Madre, os juro que no fue culpa mía, yo jamás hubiera pensado en él como en un hombre, a pesar de su bello rostro... Me dijo: «Tomad un marido y vivid según las leyes del siglo». Fue como una bofetada, ¿verdad? Peor aún. Acepté. Me dije: «No te volverán a tratar de iluminada, no volverán a reprocharte intentar seducir a los hombres de Dios...».

—¿Es posible que se atrevieran a reprochártelo? —exclamó la madre, afligida.

—Madre, nunca entendéis. No me reprocharon nada, más que tal vez con el pensamiento, pero es más fuerte que yo, los pensamientos me torturan. Si os contara la décima parte de mis pensamientos, os dolería la cabeza durante tres días. Os diré: elegí a un prometido, que no era peor que los demás, quizá mejor; no por amor vulgar, sino por respeto a mi padre y a vos, y a mis hermanos. Acepté su afecto, pero mi corazón seguía siendo presa de un amor más alto. ¿Me he equivocado al

casarme?

—Claro que no, paloma. Todas nuestras acciones están escritas por adelantado en el libro de Dios. Hay que pensar que es por esta vía por la que ha querido buscarte Dios. Son numerosas las cristianas que acuden a él después de pasar por la prueba del amor materno.

Gentiane suspiró.

—Puede que sí. ¡Madre! Si me place perder mi corazón en un amor demasiado alto, ¿quién puede prohibírmelo?

—Yo nunca te he prohibido nada —
repuso Arsen.

Arsen se quedó en casa de su hija durante diez días y pudo ver a Jacques d'Ambialet y a dos hermanos de Carcassés de misión en Tolosa. Hablaron mucho de Renaud y Fabrisse e hicieron lo posible por consolar a la superviviente de su pena.

—Es justo —decían ellos— que languidezcáis por nuestra hermana ahora transfigurada, como la paloma languidece por su compañera, es la ley de la naturaleza. Nunca hubo en esta tierra mujer mejor, más dulce y más graciosa. Es una pérdida para todos nosotros, pero no para ella, que ha

recuperado la plenitud de la alegría y disfruta por fin de los esplendores del amor verdadero.

—¡Sí, ya lo sé! Era más pura que el cristal más brillante. Amigos, lo que me encoge el corazón no es tanto la separación cuanto la idea de que nos hayan sido arrebatados unos trabajadores tan buenos en plena tarea; la cosecha es abundante, la estación está avanzada, ¡y cuántas espigas pierden el grano y se pudren por falta de cosechadores! En la tierra donde trabajamos y donde nuestro hermano Renaud perdió el cuerpo terrenal, la miseria es tan grande a causa de los

campos quemados que los burgueses apenas tienen pan y la gente sencilla no dispone siquiera de gachas de salvado. Los hombres roban y matan en los caminos principales cuando pueden y las muchachas se venden a los soldados. En la aldea de Saissac, murieron seis personas en el pecado este invierno porque las familias no se atrevieron a llamarnos. No puedo volver, porque soy demasiado conocida, pero el obispo de Tolosa debería enviarles a dos hermanos de entre los ordenados recientemente; yo les indicaré los nombres de las personas con quienes tienen que ponerse en contacto. Los fieles de allá abajo están

tan consternados por la muerte de Renaud que no andan lejos de creerse castigados por Dios y condenados eternamente.

—Esa aldea es de la diócesis de Carcasona —dijo Jacques d'Ambialet—. Nuestro obispo está de visita pastoral por la zona de Moissac, y a decir verdad está más a menudo por los caminos que en su casa. Como es de ordenación reciente y de edad no muy avanzada, ¿no le acusarán de invadir los derechos de monseñor Bernard, si envía a Saissac a hombres ordenados por él? Vuestra petición es justa, pero hay que evitar disputas entre los hermanos.

—¿Qué disputas? —reprochó Arsen —, Cuando una casa se quema, el primero en llegar tiene la obligación de llevar cubos de agua. Hemos perdido cerca de setecientos hermanos, visto que las riadas del diluvio han caído primero sobre nosotros. ¡Dios nos libre de ser celosos o desagradables! Vuestro venerable obispo es la luz de nuestra tierra y, por así decirlo, un nuevo san Pablo, tal es la fuerza de sus discursos y la santidad de su vida; ¿a quién podría ensombrecer? Que se limite a enviar el pan de Dios a los hambrientos. No es por mí, la última de las siervas, por quien lo pido, sino por nuestros

hermanos muertos que dieron su vida por su rebaño.

—Le hablaremos de ello —dijo el anciano con un suspiro—, En estos tiempos alterados, muchos fieles pierden contacto con la Iglesia y algunos no saben siquiera de qué diócesis dependen, pues se les envía los predicadores que se puede. Por falta de pastores, mucha gente, en los campos, se deja seducir por la herejía leonista, que es más fruto de la ignorancia que de la mala voluntad.

»Aquí, en Tolosa, apenas podemos dar a los postulantes la instrucción conveniente, hay que pasar el tiempo

evitando redadas y anzuelos; y algunos jóvenes toman tanto gusto a este juego que están más ocupados en inventar lenguajes secretos que en asimilar discursos inteligibles. Repito, el verdadero peligro no es la cofradía que toma al asalto casas, berreando y cantando, con la cruz en la mano. El peligro son los espías del obispo, que se introducen por todas partes, con semblantes humildes, manifestando un falso deseo de instruirse. Hemos perdido a siete hombres de ese modo, sin contar los que han tenido que marcharse de la ciudad. Hay que desalojar incesantemente y buscar

nuevas casas. En esas condiciones, dirigir un seminario resulta tan fácil como escribir con plumas rotas. Y con mucha frecuencia ordenamos sin poseer los medios necesarios para probar una vocación como es preciso.

—Confiemos en la bondad de Dios, que sabrá suplir nuestra debilidad — repuso Arsen. Se decía que el buen hombre, como resultado de su avanzada edad, se sentía inclinado a desestimar la ciencia y el celo de los neófitos. ¿Acaso hubo antes, en esta tierra, mayor fervor entre los jóvenes? ¡Cuántas jóvenes habían llorado ya a sus pies, suplicándole que les permitiera

acompañarla, que las llevase a la montaña con el fin de que pudieran retirarse a una ermita!

Gentiane se despidió de su madre y le suplicó que tuviese cuidado y que no regresase a las regiones donde su vida corría peligro.

—Pensad —dijo— que la muerte de cada uno de vosotros es causa de desespero y de indignación entre los fieles; y que cada hoguera encendida provoca en nuestros corazones más odio por los verdugos que amor por los mártires. No olvidéis que nosotros no somos santos.

Qué difícil se hace el amor en los tiempos de odio... ¿puede uno hacer daño, amando sin reserva? Sin compañía, con su bastón y un libro nuevo que los hermanos de su diócesis le habían regalado, Arsen caminaba a lo largo del Garona crecido, pensando en sus compañeros que ya habían entregado a Dios la cosecha confiada, fructificada y multiplicada, unos por tres, otros por cinco, otros por diez.

Muchos estaban abrumados por la edad y las enfermedades, y aguardaban ya el encuentro con Dios, el día que las llamas les devorarían vivos. Pero tantos

otros tenían todavía una larga vida por delante; habían apagado lámparas llenas de aceite.

«Renaud, que aún era lo bastante fuerte para cargar a un hombre a espaldas durante más de media legua, y que cantaba antes de la salida del sol hasta despertar a todos los pájaros del bosque; Renaud, que decía que nada de lo que es del espíritu puede perderse, y que jamás la muerte de un hombre puede estorbar la obra de Dios... Y sin embargo —pensaba Arsen—, ya no habrá otro Renaud, burgués de Limoux, ministro de Dios en Minervois y en Carcassés... y nunca se podrá decir que

quienes le dieron muerte cruelmente no hayan causado daño alguno a la causa de Dios.

»Aicart, que podía convertirse en un gran vendimiador en la viña del Padre, y a quien destruyeron cuando acababa de comenzar su trabajo; en un solo día lo dio todo por no faltar a su promesa. Dios acabó con él en un solo día. Pero en la tierra una gran llama de amor se apagó antes de tener tiempo de alumbrar.

»Señor, ¿en qué corazones, en qué cuerpos se volverán a encender esas llamas apagadas? No poseemos el orgullo de creer que vos tenéis necesidad de nosotros... pero ellos,

nuestros seres queridos, los pobres, los perdidos, los desconsolados, a quienes, en nuestra presunción, hemos servido, han puesto su confianza en nosotros porque no os conocen a vos, Señor; todos los días nos obligan a abandonarles, ¿dónde encontrarán los rostros que han querido?

»¿Nos habéis enviado para ser una herida en sus corazones? Piedad para los mártires, piedad para los fuertes, que cuando no tienen más que su vida por entregar se convierten en un fuego que destruye en lugar de calentar. Mi pobre hija tiene razón, ante el suplicio del justo, habrá diez hombres que quieran

imitarle, mil que querrán vengarlo, diez mil que quedarán sacudidos por el terror y el desaliento, uno o dos a lo sumo que se sientan besados por el verdadero amor de Dios.

»Nuestros enemigos nos tratan de locos y nuestros amigos nos veneran como a santos, y una muerte verdadera ante Dios se convierte en engaño a los ojos de los hombres.

»Señor, somos instrumentos frágiles. Para rompernos, basta una palabra... ¿qué digo?, un vaso de leche; somos más sumisos a la materia que los demás, la regla nos entrega sin defensa al enemigo. Entro en una casa y las cabezas se

inclinan, y los rostros se vuelven, preocupados... Si alguna vez me prenden, ¿se sabrá nunca por culpa de quién y quién pagará? Cruzo una aldea, y me siguen las miradas, miradas a veces avergonzadas, a veces llenas de reproche: "¿Por qué vienes a cargarnos con este peso?". Y en realidad no lo piensan, porque nunca nos hacen reproches, pero tienen el corazón confuso. Todos dicen: "¡No os expongáis por nosotros!". ¿Por quién, entonces, queridos míos? ¿Creéis que jugamos a este juego por vanagloria y por desprecio a la vida?

»Vengo a ver a una moribunda al

lado de su hijo recién nacido ya muerto. Apenas tiene fuerzas para repetir la oración conmigo, el dolor le consume el rostro. Cuando le impongo las manos, gime, le cuesta permanecer inmóvil. Sus ojos acorralados, locos de desespero: "¿Estoy salvada, señora?". "Tened confianza en la bondad de Dios, hermana." No creen en Dios, creen en nosotros. ¡Dios nos libre de convertirnos en sus ídolos!».

Arsen recorrió el camino a pie hasta el retiro de Montsegur, donde el obispo Bernard se había refugiado provisionalmente. Era un fuerte

tranquilo; los cruzados sólo habían pasado por allí cuatro años antes, incendiaron el pueblo y devastaron los campos, pero ahora ese pueblo era dos veces mayor que antes de la guerra, y el camino que llevaba hasta él lo bastante ancho para que pasaran grandes carretas. En aquella tierra no había más hombres de armas que los del conde de Foix.

Uno cree rejuvenecer diez años. Una tierra que nunca ha abandonado las antiguas costumbres, donde los hermanos visten el hábito y dejan que les saluden por la calle, donde se habla del seminario con la misma sencillez

que de la casa del baile. Se respira, se tiene la sensación de entrar en una casa caliente después de un largo viaje bajo la lluvia y el viento.

En el hospicio reservado para el uso de las hermanas itinerantes, Arsen pudo darse un baño y procurarse ropa, un velo para la cabeza y sandalias nuevas. Se maravilló al sentir por ello una especie de orgullo gozoso, como en los tiempos en que, de muchacha, le daban un vestido de fiesta.

Mientras, encima de una camisa limpia, se pudo poner por fin el largo vestido de lana negra ceñido a la cintura por una cuerda de seda, tuvo por un

segundo el sentimiento de hacerse no más pura, pero sí más verdadera. Devuelta a sí misma. «Y no obstante, Dios sabe —pensó— que este vestido nunca me será más querido que mi pequeño círculo ennegrecido y empapado de sudor y que ningún ojo ha visto desde el gran día en que me lo entregaron... mi verdadero vestido, mi anillo secreto, único objeto que me pertenece realmente. Pero qué grande es la bondad de Dios, que nos concede a veces la sencillísima felicidad del hábito, a fin de que nuestra servidumbre se proclame también a los ojos de los hombres».

El corazón obliga a los ojos a encontrar hermoso lo que ama. En la sala común del hospicio, Arsen halló mayor placer en mirar los austeros vestidos negros de sus hermanas del que hubiera sentido al contemplar tejidos de brocado y de piedras preciosas. «¡Ay, si Fabrisse hubiera aguantado dos meses más, si hubiese podido morir aquí!».

Eran las primeras semanas del ayuno pascual, y en las copas y los platos solemnemente repartidos por las criadas no había más que agua y pan con sal. Arsen tenía un poco de hambre, la enfermedad y el viaje la habían debilitado. Bastante hambre para

recordarse a sí misma que todavía estaba sujeta a las miserias del cuerpo, pues por lo demás se sentía como en el paraíso.

Encontró allí a varias personas que habían trabajado en el Tolosano y el Carcassés. Sus relatos no eran alegres.

—La Iglesia —decían— sufre tanto por los monjes ambulantes y por los bandidos como por los cruzados. Esos monjes, sobre todo, son como auténticos perros de caza, ardientes por encontrar cristianos. Su amo y señor, el famoso monje Domingo, pasa por una encarnación visible del demonio, y es ello lo que hace a esos hombres tan

audaces.

—Si bien ya no se sabe si hay que protegerles de los creyentes demasiado celosos o señalarlos como traidores del país, pues los hay que hablan bien y que consiguen convertir a las mujeres crédulas.

Arsen se acordó de los dos monjes blancos que Renaud y ella se encontraron en Saissac.

—Hermanas, ¿nos corresponde a nosotras señalarlos como traidores? Todo el mundo sabe perfectamente que son traidores. Dios nos libre de echar aceite en el fuego, no es tarea nuestra.

—Querida hermana, nuestra tarea es

la de proteger al rebaño del lobo, y en nuestra tierra no habíamos conocido todavía lobos tan crueles y astutos. Escuché a uno de sus predicadores; describen de tal forma los tormentos imaginarios del infierno que las ancianas se echan a temblar y las muchachas a gritar. ¿Cómo podemos soportar que corrompan así las almas?

Arsen se tapó el rostro con las dos manos. «Ah, Dios, Dios, ¡y yo, miserable de mí, que aspiraba al reposo! Aquí tenemos la paz y dejamos a nuestro rebaño víctima de los tentadores que pudren el alma por el sufrimiento del miedo. ¡No se puede oír una palabra que

no nos recuerde la gran aflicción de las tierras invadidas! No les basta con matar el cuerpo. —Pensaba en los fieles de Saissac, en los de Minervois, en los de Lantarès—. Sí, en regiones donde diez predicadores no bastaban, apenas quedan ahora uno o dos. Y los lobos se fortalecen y multiplican por nuestra debilidad... Quién sabe si dicen: "Mirad, vuestros pastores han abandonado, os han dejado, son débiles". Pues estos lobos ávidos no tienen miedo de nada, y dicen: "Matadnos, seremos mártires de Dios". Les resulta fácil ser mártires; a ellos el diablo, su amo, les hace insensibles al

dolor y al miedo.

Al día siguiente Arsen subió al castillo de Montsegur con varias mujeres de su diócesis. El castillo estaba tan alto que, aquel día brumoso de principio de primavera, parecía planear en las nubes; el ascenso era largo y costoso, en dos ocasiones las mujeres se detuvieron en el umbral de las cabañas construidas en la pendiente. En aquellas cabañas, por lo general, vivían hombres demasiado jóvenes todavía para desplazarse mucho y postulantes; eran poco numerosas, no más de diez. Servían de refugio a los enfermos cuando hacía mal tiempo.

Hasta el propio pie de la muralla no se veían los verdaderos conventos, hechos de chozas muy pequeñas y amontonadas, ya que faltaba espacio y casi estaban suspendidas sobre el vacío. Pues aquella montaña era el peñasco mayor, más alto y empinado de toda la región; y los ancianos que preferían vivir junto al castillo antes que en los bosques debían conservar al menos las fuerzas de no sufrir vértigo.

El camino que conducía a la puerta principal era todavía practicable, los caballos pasaban fácilmente, e incluso las carretas pequeñas. Pero en el patio había demasiada gente en todas las

épocas; en ese momento estaba instalada una tropa de soldados de paso, en tiempos de guerra el soldado tiene derecho al primer lugar, aquellos mozos se habían desviado seis leguas para escuchar al obispo. Las mujeres de negro se sentaron al pie de la escalera que llevaba a la muralla, esperando humildemente su turno.

Monseñor Bernard tenía que quedarse en Montsegur hasta Pascua. Recibía a cuantos podía, las mujeres llegadas del Carcassés debieron esperar dos días. Acosado por todos lados por las peticiones de dinero, por las quejas escritas de algunos hermanos y fieles,

ocupado en la redacción y el dictado de cartas pastorales, solicitado por los visitantes que acudían a pedirle consejo, el anciano obispo no predicaba más que dos veces por semana. Aun así, Raymond Guillaume, su hijo menor, se veía obligado a seleccionar, a espaldas del obispo, a los visitantes que le pedían una audiencia. Monseñor Bernard era capaz de pasarse dos horas escuchando las dolencias de la más insignificante anciana, pues nunca daría a entender a un fiel que su conversación podía aburrir o importunar. Cuando Raymond Guillaume le hacía notar que algunas personas abusaban de su bondad, el

obispo respondía:

—No sería el servidor de todos si me permitiera juzgarles, ¿quién soy yo, para decidir que mi prójimo no es digno de hablarme?

Arsen y sus compañeras debieron tener paciencia. Pasaron el tiempo visitando a las mujeres que vivían recluidas en la montaña. ¡Era tan bonito sentirse por fin devueltas al rango de las aprendices, de las mediocres, de las que tienen que descubrirlo todo todavía! Entre las recluidas de Montsegur había varias ancianas célebres por su santidad. Al contemplar sus semblantes una se sentía de nuevo sobre tierra

firme; eran sólidas, grandes y tranquilas como rocas. A pesar de las diferencias exteriores, se asemejaban profundamente entre ellas; tan bien cocidas y recocidas en el mismo fuego que se notaba resplandecer, a través de sus rostros enjutos, la luz de una juventud sin edad; primaveras eternas, cielos siempre límpidos. «¿Qué son nuestras miserias al lado de esta paz? Pues nosotras somos como lamparillas de camino y estas bienaventuradas ya están en el sol.

»Así fue también mi tía doña Serrone —pensaba Arsen—, así fueron otras señoras quemadas... hogares de

oración. ¿Por qué se priva de ellos a la tierra? Nuestra vida ya es lo bastante dura».

El obispo las recibió una noche, después de la cena, en la estancia que los dueños del lugar le habían reservado. En una silla con respaldo, rodeado de escribanías, atrios, libros y rollos de papel, monseñor Bernard dictaba una carta a un postulante que le hacía de secretario; era mayor, le costaba leer e incluso escribir, aunque su mirada seguía siendo penetrante cuando la fijaba a lo lejos.

Tenía la costumbre de hablar a solas con los simples fieles, pero nunca

otorgaba aquel honor a los investidos, pues decía con razón que todos los miembros de la Iglesia forman una sola alma. Las cinco mujeres se arrodillaron para la bendición, luego el obispo les señaló un banco donde podían permanecer sentadas a la espera de que terminase su carta. Dictaba en latín, pues se dirigía a un hermano de Italia, un santo y anciano diácono que conducía un seminario en Roma. En medio de las peores tribulaciones, aquel hombre altamente instruido mantenía largas disputas teológicas por correspondencia, «pues nada es más nocivo a la unidad de la Iglesia —decía

— que el olvido de la pureza del dogma».

«Dios, cómo ha cambiado en tres años», pensó Arsen. El amplio rostro huesudo había adquirido el tono moreno que tienen las caras de hombres muy mayores y consumidos por la enfermedad, tenía los ojos brillantes y vivos rodeados de profundas ojeras, los cabellos blancos, que le pendían en mechones sobre los hombros, eran escasos; el cuerpo, a pesar de su natural corpulencia, parecía a punto de desplomarse sobre sí mismo, y tenía la voz ronca e imperiosa.

—Hermanas —dijo por fin—, estoy

con vosotras. Me han informado de vuestra misión y del trabajo que habéis realizado; y si ha sido loable y en todo digno de vuestro rango, no me corresponde a mí agradecerlo, y ni sois vosotras a quien hay que agradecerlo, pues todo lo bueno viene de Dios y sólo a él le pertenece. Pero si tenéis que exponerme debilidades, desfallecimientos o errores, trataré de examinar la causa con vosotras y de ayudaros a evitar la ocasión de caída.

Las mujeres se arrodillaron por turno junto al sillón para hablar. El obispo escuchaba con la mano en el mentón, los ojos bajos, y parecía que

pensara en otra cosa. Ni una arruga cruzaba su rostro, impassible y cansado.

Al final, se levantó y cogió el Evangelio de su escritorio, después de secarse las manos con un paño blanco plegado sobre el brazo del sillón. Lo abrió y se puso a leer:

—El que entra por la puerta es el pastor del rebaño. El portero le abre, y el rebaño oye su voz; llama por sus nombres a las ovejas que le pertenecen y las conduce al exterior. Cuando ha hecho salir a todo el rebaño, camina delante de él; y las ovejas le siguen porque conocen su voz. No seguirían a un extraño, huirían lejos de él, porque no

conocen la voz de los extraños. — Entonces, se detuvo y dijo—: No os leo la continuación, que conocéis tan bien como yo, sino que, según la poca luz que se me ha concedido, intentaré exponeros la forma en que conviene comprender los versículos 12 y 13, pues muchos de nuestros hermanos se han negado a abandonar sus puestos por temor de parecerse al mercenario que huye en cuanto ve al lobo y han querido ser semejantes al buen pastor que da la vida por su rebaño.

»Esa conducta, hermanas, es digna de alabanza, pero no siempre inteligente. Ya que ninguno de nosotros es el buen

pastor, no hay más que un buen pastor. Él nunca ha huido, se quedará junto a su rebaño hasta la consumación de los siglos. Oíd más bien lo que está escrito más arriba: "No seguirán a un extraño". ¡Que Dios os libre de dudar jamás de esta parábola! El Enemigo tiene completo poder sobre los cuerpos, pero no tiene ninguno sobre las almas, si no es el poder que posee la carne que sufre por el alma que encierra. Nuestros enemigos nos temen con razón, pues hacemos oír a las ovejas la voz del pastor, y las ovejas que creían haberle robado, le siguen a Él. Nosotros no tenemos por qué temerles; nadie les

seguirá, salvo los hijos de la perdición.

»Ahora, si puedo permitirme contaros una especie de parábola, os diré lo siguiente: había un hombre odiado sin motivo por su vecino, quien, presa de una rabia insensata, se puso a arrojar piedras y venablos a las ovejas del hombre, y mató a muchas. El hombre odiado sin motivo, viendo que no podía oponerse a la rabia de ese loco y que todos sus esfuerzos no hacían más que aumentar su rabia y causar un daño irreparable al rebaño, se marchó a la montaña para buscar a sus amigos, armados con bastones, diciéndose: "En grupo, seremos bastante fuertes para

dominar a ese demente; y tal vez al no verme más, ese desgraciado deje de masacrar a mis ovejas, pues no es a ellas a quienes odia, sino a mí."—¡Ay, monseñor! —exclamó una de las mujeres, llamada Guillelme, juntando las manos—, ¿qué consejo nos dais?

¡Los hombres y mujeres mueren en pecado a falta de cristianos que les consuelen!

—¿Acaso creéis, como hacen los idólatras, que un alma ignorante puede ser juzgada y condenada por la única razón de que no ha podido recibir el bautismo? Los que mueren así, con el deseo del bautismo y una contrición

sincera, no perderán de ninguna manera su posibilidad de salvación, y la encontrarán en la nueva vida. Pero si nuestro hombre permanece en el sitio luchando con el loco, no tendrá a nadie que pida socorro, y el rebaño se quedará sin pastor.

»Hermanas, en el pasado, gracias a la dignidad de que me invistieron por decisión de la Iglesia, predicaba en las plazas públicas y delante de príncipes, y trataba de convencer abiertamente a nuestros enemigos de sus errores, cara a cara y hombre a hombre. Ahora me escondo como un ladrón, acepto la hospitalidad de nuestros hermanos de

Tolosa y no me dejó ver en mi diócesis más que rodeado de una buena guardia y vestido con ropas que no convienen a mi rango. Si fuera mañana a predicar en la plaza de Carcasona, actuaría como un loco, no como un siervo de Cristo.

»De todas, nuestra Iglesia es la que más ha sufrido. No es preciso, hermanas, que el rebaño corra el riesgo de quedar sin pastores. ¡Insensato el pastor que da su vida por el rebaño sin lograr protegerlo! Ante los que están en la cuna y todavía tienen que nacer somos responsables de nuestras vidas, pues no se han cumplido todavía los tiempos, y la Iglesia debe durar siglos, no

generaciones. No sembramos nuestro trigo en un campo inundado, en plena borrasca, tenemos los granos contados, somos poco numerosos.

»No os doy un consejo, hermanas; es una orden lo que os doy. Sois libres de no obedecer si en vuestra conciencia y ante Dios creéis tener que actuar de otro modo. Pero sabed que en ese caso no tendréis de mí ni ayuda ni sostén ni bendición; pues no fui elegido para servir a vosotros, sino para servir a los fieles.

—Monseñor, si hemos venido a veros —explicó Arsen— es precisamente para recibir vuestras

órdenes. A vos os corresponde juzgar a qué provincia debéis enviarnos.

El obispo dijo que provisionalmente no las mandaba a ningún sitio, y que les imponía un retiro de un año en el peñasco de Montsegur; el hierro que ha servido mucho se embota y necesita que lo afilen. Las respetables hermanas se habían expuesto a las impurezas del mundo demasiado tiempo y corrían el riesgo, al perder contacto con la Iglesia, de caer en las trampas de la imaginación y de la propia voluntad.

—Ya he constatado ese mal en muchos de los nuestros —arguyó— y no conviene que la sal pierda su sabor,

realmente no es el momento. Arsen, comparto vuestra aflicción por vuestra noble compañera, que era una cristiana dotada de las más preciosas gracias del espíritu. A partir de hoy tendréis con vos a una joven ordenada hace poco, un alma fuerte en un cuerpo que ha padecido hartas desventuras, y que tendrá mucha necesidad de vuestro sostén. El lugar de vuestro retiro se os indicará mañana.

—¿Hasta cuándo, monseñor — preguntó Guillelme—, tendremos que mirar cómo los lobos diezman el rebaño?

—Menos de lo que pensáis —

respondió el obispo con calma—. Aunque para nosotros no hay victoria ni derrota, puedo afirmar que los siervos del Anticristo se verán cubiertos de confusión antes de lo que creen. Por las nuevas que recibo de diversos fieles que no os nombro, pero que son poderosos en el siglo, puedo juzgar que nuestra tierra vomitará pronto el veneno extranjero, y que el propio exceso del mal traerá el bien. Vuestras lágrimas serán enjugadas, y volveréis a la vendimia con más compañeras de trabajo que hayáis tenido nunca. Y las cosechas serán más ricas que antes.

Tranquilizadas y profundamente reconfortadas por aquellas palabras del obispo, las mujeres se retiraron junto a la castellana, que estaba rodeada de varias nobles investidas. Allí, Arsen conoció a su nueva compañera: Esclarmonde de Ventenac, doncella de unos treinta años, sobrina nieta del obispo Bernard; la aquejaba una gran debilidad de los ojos, apenas veía a tres pulgadas. Decía:

—Todavía soy muy afortunada, pronto no veré nada.

Con todo, tenía unos ojos muy bonitos, semejantes a dos grandes

aceitunas negras, demasiado fijos y brillantes. Arsen la besó en las dos mejillas.

—¡Dios me envía a una compañera bella y noble! —exclamó—. Que nos permita permanecer juntas mucho tiempo.

—Señora —dijo Esclarmonde, inclinándose—, quiera Dios que mis defectos no hagan que añoréis demasiado amargamente a la que os ha dejado.

—La añoraré hasta mi muerte —repuso Arsen—, ¡Cuánto os tendré que querer, en recuerdo de ella! Pues también vos sois su hermana.

Al día siguiente, condujeron a Arsen y Esclarmonde a su nueva morada, que se encontraba a unos trescientos pasos del castillo, en pleno bosque, en la ladera este de la montaña. Se trataba de una cabaña medio excavada en la roca, construida de grandes piedras cortadas. Era muy bonita. Se podía hacer fuego, dos camas de piedra se hallaban dispuestas en la peña, y la puerta de entrada era tan grande que entraba luz durante casi todo el día. Desde el umbral de aquella puerta se veía el castillo muy cerca, con su larga y alta muralla como suspendida encima de los bosquecillos y de las rocas; se veía la

pendiente empinada del gran precipicio, roca desnuda que comenzaba al pie de la muralla y parecía no acabar nunca; ni siquiera asomándose era posible ver el fondo del valle.

A ambos lados del sendero crecían por la pendiente abetos delgados y torcidos, unos casi en la copa de los otros; y el sendero reptaba como una serpiente entre los bosquecillos, llevaba a otras cabañas y luego hacia las grutas. La vista que se extendía detrás de las copas de los abetos más cercanos era bonita: un gran valle de montañas de pendientes suaves, cubiertas de bosques verde oscuro que se volvían azuladas a

lo lejos. En el horizonte, montañas azules.

«¿Pasar un año así? —se dijo Arsen—. Hace solamente tres meses habría soñado con esto como la suprema felicidad. Y sin duda, si mi amiga estuviera aquí, yo diría: "Nos hemos merecido nuestro tiempo de reposo". ¡Ay! Ella cantaría de alegría, adornaría la cabaña con ramas verdes... Diría: "Hemos aumentado de grado, casi podemos tomarnos por señoras ancianas". ¿Ancianas? No debía de estar lejos de sus cincuenta años; yo tampoco... Ella diría: "Puesto que monseñor el obispo nos cree cuchillas

embotadas, afilémonos lo mejor posible." Diría... ¡Ah! En cada árbol, en cada piedra de esta cabaña, oigo la voz de mi paloma batida hasta la muerte, de mi compañera de combate.

»Fabrisse, hermana, todavía tengo vuestras manos ligeras en la frente, vuestra sonrisa en mis labios, por vuestros ojos miro este bello horizonte. No me habéis dejado, querida, estáis a mi lado día y noche. Mi cuerpo sólo sufre del vacío que vuestra marcha ha dejado en mí. Pero el cuerpo es un caballo repropio y difícil de domar.

»En pie, apoyada en la pared de la cabaña, Arsen examinaba la alta muralla

del castillo que dominaba la cresta; aquel navío de piedra se veía tan grande al lado de las minúsculas casitas amontonadas a sus pies que no parecía construido por manos humanas. «Arco que protege a los fieles, santuario inexpugnable, esta tarde tu sombra nos cubrirá con su gran ala, dormiremos al abrigo de tu fuerza. Fabrisse, os alegráis de saberme en buen puerto para mucho tiempo. He aquí mi nueva compañera, Fabrisse; os diré cómo es. Joven, noble, pero cruelmente humillada por su carne. En su sabiduría, el obispo me la ha dado como a los caballos demasiado ardientes se les da un jinete pesado y

fuerte. Con ella no recorreré caminos, no me esconderé en graneros...».

Esclarmonde cantaba al cortar el pan, al verter el agua en los cubiletes de barro; como era la más joven, tenía a su cargo los trabajos de la casa. Limpiaba el suelo, estiraba las mantas sobre las camas. A veces, chocaba contra las paredes.

—Hacía tres meses que no venía aquí —aclaró, a manera de excusa—. Ya no reconozco nada, entonces todavía veía un poco.

—Os acostumbraréis pronto —contestó Arsen.

La joven paseó los dedos por los

arabescos esculpidos en la pared exterior: unos círculos que encerraban cruces cuadradas.

—Esta casa es bonita, ¿verdad? Mi abuela, que era la hermana mayor de monseñor Bernard, vivió aquí veinticinco años. Hace tres meses que dejó el valle de lágrimas, y desde entonces la casa quedó vacía... Cuando yo subía a verla, siendo todavía niña, tenía la costumbre de decirme: «Si algún día escoges la vida buena, te dejaré mi casa». Por eso monseñor no la donó a nadie, a la espera de que me ordenase.

—Es un gran honor para mí vivir en la casa de la venerable doña Braïda —

repuso Arsen—. No esperaba un favor semejante.

—¡No, el favor no es tan grande! —negó Esclarmonde, con una voz entrecortada donde asomaba más humildad que amargura—. Monseñor rinde homenaje a vuestra caridad al asignaros una compañera ciega. Mi madre me decía muy a menudo: «Cásate, pues ninguna cristiana te querrá como compañera, necesitan una hija que les sea de ayuda y no una carga».

—Vos me seréis una ayuda —dijo Arsen—, Sabéis tan bien como yo que la carne es vanidad.

Esclarmonde, como no veía nada,

hablaba mucho... en todo caso, mucho más de lo que exigen las conveniencias y la regla. Era una muchacha instruida, que sabía latín y un poco de griego y de árabe, era bastante buena en astrología y en música, y podía discutir sobre Aristóteles y Platón. Arsen pensaba, no sin ternura: «¿Adónde he ido yo a buscar a esta loca?». Pues la joven se sonrojaba y temblaba de emoción al hablar de Platón y de Sócrates.

—¿Creéis que seré digna de enseñar, cuando sea anciana? Una vez termine la guerra, volverán a abrir las escuelas, y no tengo que olvidar lo que sabía cuando podía leer...

Al rezar, Esclarmonde hablaba en voz alta y con un fervor extremo. No se contentaba con recitar la oración, improvisaba auténticos cánticos hablados. Arsen pensaba que, al no ver ante sus ojos más que una niebla luminosa, la joven debía de imaginar ángeles y visiones de gloria, pues con mucha frecuencia tenía la impresión de que se dirigía a alguien que veía. La quería como habría querido a una sobrina o a una prima. Trataba de dirigirla hacia una plegaria más sobria y tranquila, pero no era fácil dirigir a Esclarmonde.

Una o dos veces por semana las dos

mujeres subían al castillo para los sermones y la bendición del pan.

Monseñor Bernard, tras una estancia de tres meses, se marchó de Montsegur y reanudó su vida errante.

En la soledad y el rezo, el dolor se despierta como león hambriento. Sus primeros meses de retiro fueron para Arsen meses de lágrimas. Le parecía haberlo perdido todo para nada; sus hijos ausentes, su marido martirizado, su hija sola en una ciudad extranjera, sus compañeros quemados, Fabrisse... y todos los enfermos que no había podido curar, los niños que no había podido consolar, los moribundos que no había

podido ordenar..., en aquella tierra no la necesitaban, no faltaban predicadores y médicos.

«La destrucción por la paz. Señor, algún día os veré cara a cara. ¿Queréis que olvide hasta los nombres de aquéllos a quienes he amado? Para ser digna de serviros deberé ser más lisa que el guijarro, más transparente que el cristal. Que pueda ver vuestra cara en los rostros de mis hermanos humillados, para amaros sólo a vos, ¡yo, que he amado tanto a los que no eran vos!».

* * *

En primavera recibió la visita de sus

hijos. Ahora estaban en el ejército del conde de Foix y subieron a Montsegur con veinte de sus compañeros para pasar las Pascuas. No se esperaban encontrar allí a su madre, hacía tiempo que habían perdido su rastro. Un hombre de la guarnición, al enterarse de que eran los hijos de Ricord de Montgeil, les dijo:

—Sé que una pariente vuestra está de retiro en el peñasco. Sin duda os recibirá con gusto.

Y cuando los tres jóvenes treparon la escalera de grandes piedras que subía desde el sendero hasta la casa de su madre, se detuvieron a diez pasos de la

puerta y se sentaron sobre el musgo, a los pies de un abeto, sin atreverse a interrumpir la meditación de las reclusas.

Se miraron los tres en silencio, pensativos y asombrados, como si se vieran por primera vez tras siete años. Sicart era ya un hombre de treinta; los cabellos y la barba cortos, la tez oscura, una larga cicatriz en la frente, las mejillas hundidas y la boca desdentada, a resultas de un buen mazazo en la mandíbula. Renaud conservaba los dientes, pero le faltaban tres dedos de la mano izquierda y sufría una enfermedad de las entrañas desde que fue pisoteado

al caer a un hoyo; tenía la tez terrosa y ojeras azuladas bajo los ojos. Sólo Imbert tenía mejor aspecto, era un hombre esbelto, delgado y robusto; su duro rostro, dorado como un pan demasiado cocido, emanaba salud. Los tres seguían teniendo la mirada ardiente y viva de su juventud, no se habían visto cambiar. Ahora se decían: «¡Pero si somos nosotros, en efecto! Qué cabezas más extrañas tenemos».

Delante de la puerta de la cabaña, sobre una pequeña plataforma de piedra, había un gran cántaro de barro marrón y un plato para moler el grano. Una voz de mujer joven entonaba un cántico, una

voz fuerte y pura que por momentos se elevaba tan alto que las hojas nuevas de los matorrales y las briznas de hierba parecían estremecerse y vibrar. Por unos instantes los tres hermanos se sintieron semejantes al hombre que escucha durante cien años el canto de un pájaro, creyendo no escuchar más que un minuto. Tan impregnada estaba aquella montaña, desde el fondo del precipicio hasta la cima, de silencio y de paz; tan tierna era aquella voz, tan extraño les resultaba saber a su madre tan cerca y no atreverse a acercarse.

—Hermana —dijo de pronto una voz —, hay unos hombres delante de casa.

Preguntadles qué desean.

No estaban seguros de haber reconocido aquella voz; una jovencita delgada y vestida de negro apareció en el umbral, dio unos pasos hacia ellos con las manos tendidas hacia delante. Los tres hombres doblaron la rodilla y Sicart preguntó si les permitiría hablar con doña Arsen de Montgeil, pues eran sus hijos y llevaban siete años sin verla. La joven les bendijo y les pidió que entraran en su morada.

Arsen, sentada en la cama con las manos juntas, miraba en silencio a los tres hombres arrodillados. Pensaba:

«Mis hijos. Mis hijos. Son mis hijos». No comprendía. Habían cambiado, eran soldados como se ven a decenas, a centenares. «Esta guerra me ha quemado a mis hijos, no se parecían a nadie y ha hecho de ellos cabezas semejantes a todas las demás. Olivier... a Olivier nunca volveré a verle, mis cuatro hijos Aymon, que ya sólo son tres». —Bajó los ojos hacia las manos callosas y ennegrecidas, con un orgullo inconsciente.

—Veo que siempre hacéis el servicio a caballo —dijo.

Los hijos se esperaban tan poco aquella observación que se echaron a

reír, con una risa dura y alegre.

—Nunca os avergonzaréis de nosotros —repuso Sicart—. Tenemos monturas mucho mejores que antes.

Esclarmonde les hizo sentarse al lado de la puerta y puso delante de ellos, en el suelo, un cántaro de vino, galletas de trigo y filetes de pescado ahumado. Intimidados, los tres jóvenes apenas tocaron los platos que sus anfitrionas no probaron.

—Tomad, comed —decía Arsen, casi suplicante—, debéis de tener hambre. ¿Negaréis esta gracia a vuestra madre? Yo ya no puedo daros nada más. Ya no puedo tocaros ni besaros, al

menos quiero veros comer como antes.

—Para nosotros, es como si fuera pan bendito, señora —declaró Renaud.

Pensaba que a veces se hartaban, y también comían carnes más o menos frescas.

—Habláis muy poco —señaló Arsen—, vosotros que erais tan dicharacheros.

Imbert sonrió.

—Seguimos siéndolo. Pero normalmente hablamos mucho para no decir nada.

—No es lo mismo desde que le dispararon la flecha en el ojo a Olivier —dijo Sicart—. Seguimos estando

unidos, pero somos un poco como una carreta con tres ruedas.

—En fin —habló Renaud, levantando la pálida cabeza de pesados cabellos castaños—, seguimos rodando bastante bien. Ahora que los meses de invierno han acabado podremos hacer un buen trabajo.

—Vos nos excusaréis, señora —dijo Sicart—, no podemos evitar hablar de esas cosas; no tenemos otra vida.

Arsen no apartaba los ojos de su hijo mayor; aquel labio deformado que el bigote no conseguía ocultar, aquella boca de viejo en una cara joven, la mirada despreocupada de un hombre

sosegado y resignado a arriesgar su vida todos los días... Arsen ya no sentía lástima, aquel hombre se dedicaba al oficio para el que había nacido y pagaba su deuda al contado.

—¿De qué más se puede hablar? — preguntó, con dulzura—, Ahora la guerra es la vida de todos nosotros. Cuando nuestra tierra se libere, hablaréis de otras cosas.

—No será pronto —se lamentó Imbert—, Madre, después de lo que hicieron a nuestro padre, ¿seguiríais diciendo que es un pecado luchar?

—No —dijo la madre, bajando los ojos—. Sigue siendo un pecado, en

efecto, como vivir es un pecado, pero nosotros ya no somos dueños de la vida que se nos impone. Cuando atacan el país y la fe de uno, un hombre puede no ser libre de quedarse de brazos cruzados. Pero matar a hombres sin defensa o torturarles es un pecado.

—¡Madre! —exclamó Renaud, tras un breve silencio—, ¿qué es preferible, cortar las manos y los pies a un hombre o matarlo?

—¡Renaud, Renaud, yo no soy tu jefe ni tu capitán! Pero tú mismo lo sabes, no tienes derecho a golpear más tiempo del que arriesgas tu vida. El hombre desarmado es tu hermano.

—No lo es —negó Sicart—, No les hacemos prometer que no lucharán más, dicen que una promesa hecha a nosotros no es válida. ¿Cómo podemos hacer prisioneros que acaso sean soltados al día siguiente? Esta guerra no es como las demás, ni siquiera tratando bien a los prisioneros nos hacemos sus amigos.

Y por la tristeza que vibraba en la voz de su hijo, Arsen le perdonó todo. ¡Cómo les hubiera gustado a ellos una guerra donde pudieran tratar al adversario como amigo!

«¡Esta cuestión ha de atormentarles mucho para que se hayan atrevido a hablarme de ella! —pensó—. Esa

pregunta que me han hecho tantos hombres: "¿Qué pecado es menor...?". ¿Le corresponde a una madre contestar?». Pensó en Olivier, en su cuerpo parecido a aquellos tres cuerpos altos y morenos, y que desde hacía más de dos años se pudría bajo tierra y no era más que un esqueleto. Y por un segundo vislumbró a su hijo muerto... no muerto, sino sin manos ni pies, caminando con dos muletas, utilizando dos muñones para coger el pan. Una ola de horror y de lástima animal la inundó; se llevó las manos a los ojos. «Eso no, Dios mío, gracias, le habéis evitado eso».

—Matad —dijo, a media voz—, si no podéis obrar de otro modo. Matad sin hacer sufrir, en la medida de lo posible. Más vale morir rápido que morir a fuego lento durante veinte años. Pues la vida llega y pasa, pero el sufrimiento dura y corroe el alma. Como vosotros tratáis a los demás, os tratarán ellos a su vez, si os prenden.

—¡Madre querida! —exclamó Imbert, en un impulso—, ¿acaso hemos venido a atormentaros? Os hablamos de duelo y de pecado, y vos no deberíais conocer nada de eso. ¿Y para qué hemos luchado, durante siete años, si no para que nuestra fe sea respetada y para que

quienes nos dan la vida puedan vivir en paz? Decidnos si llegarán esos tiempos.

—Seguramente —repuso Arsen—, Queridos míos, ojalá no tengáis que exponer demasiado vuestra vida hasta ese día. Y sin embargo, nuestra vida ya no depende de nosotros, sino de vuestro valor.

CUARTA PARTE

I. TOLOSA

El día había empezado antes del alba en la villa de Tolosa, en una fresca y brumosa noche de septiembre. El día empezaba y la gente de la villa no lo sabía todavía, escuchando, con tapices en las puertas, a los caballeros que desfilaban por las calles; los cascos de los caballos resonaban en el fango y el ruido metálico de las armas ahogaba las voces; en aquellas voces que no hablaban francés sonaban risas y llantos. Se oían gritos en las encrucijadas; en la

densa niebla se encendían y apagaban antorchas, relinchaban caballos, golpeaban puertas y ventanas por todas partes como empujadas por corrientes de aire.

¿Quién llega? ¿Qué soldados entran así en la ciudad, como ladrones? No es difícil entrar, las murallas están derribadas, las cadenas quitadas, las casas fuertes echadas abajo, los fosos transformados en caminos de ronda. Entra y sale quien quiere, nada que temer. Nos han saqueado tanto que los ladrones tendrían dificultad en registrar las casas. Los pobres habitan entre los escombros, al aire libre, y encienden

fuegos de leña para calentarse, los niños gritan de hambre de la noche a la mañana.

El cielo está gris y la niebla es tan espesa que la villa, el río y los muelles son una gran nube plana de donde emergen las torres; los fuegos palidecen y se apagan, y del vado de Bazacle, en el agua cubierta de bruma, se oyen chapoteos ininterrumpidos, chasquidos, resoplidos, gritos ahogados, pataleos de caballos... Todo el mundo corre a lo largo de las murallas demolidas, llama a las puertas de las casas. ¿Qué nuevas, vecinos? ¿Qué más nos depara la suerte? ¿Quieren incendiar la ciudad de nuevo?

Deprisa, los burgueses preparan sus bolsas, las mujeres se cuelgan de los hombros las cunas de mimbre. ¿Hay que quedarse, hay que correr a las iglesias? Después de lo que hemos visto, ¿puede pasar algo aún peor?

Transcurrió todavía un buen rato, y hasta el alba se oyeron caballos recorrer la ciudad entre la niebla, no había modo de ver las banderas; de vez en cuando se elevaba un grito estridente, ahogado de inmediato. Luego, de repente, la villa entera no fue más que clamor.

Todo el mundo corría por las calles, desordenadamente, unos hacia la plaza Saint-Sernin, otros hacia el Capitolio,

otros hacia el Garona; los ancianos, en los escalones de las puertas, blandían los puños para abrirse paso, las mujeres corrían, con sus hijos colocados en sus hombros como cántaros de agua. Se oía a los hombres sollozar en voz alta.

—¿Dónde está? ¿Por dónde pasará? ¿Por qué lado? ¡Gracias a Dios nuestros ojos le ven todavía con vida!

Las casas se habían vaciado, puertas abiertas de par en par, comida olvidada en el fuego, mesas abandonadas en plena comida.

Gentiane caminaba con las mujeres de su casa y las damas de Miraval, que ahora se hospedaban con ella, pues su

mansión había sido demolida. Decían:

—Está en el Capitolio.

Entre la multitud no se veía nada, todos avanzaban. Los muchachos se encaramaban a las torrecillas y a los tejados para ver izarse en las plazas las banderas del conde.

Gentiane estrechaba entre sus brazos a su hijo que, asustado por el ruido de la muchedumbre, se aferraba al cuello de ella con sus manitas; pesaba, ya tenía dieciocho meses, pero un día como aquél la madre no había querido dejarlo con la nodriza. Estaba como ebria, un fuerte grito seguía resonando en su cabeza: «¡El conde está aquí!». El sol en

plena noche, flores de mayo en pleno invierno, el salvador que vuelve con los suyos, que recupera su herencia robada. «Ahora se ve que ha mantenido su promesa, que a pesar de la Iglesia y los reyes viene a liberarnos». «Nuestro señor natural está entre nosotros, en las barbas de los franceses ha podido retomar su ciudad, nuestros hombres no han faltado a su promesa». El caballo del viejo conde Raymond tardó más de una hora en recorrer el camino entre el Capitolio y Saint-Sernin, la muchedumbre era tan densa que le bamboleaban como una canoa en un mar encrespado; los caballeros y los barones

de su séquito no se atrevían a apartar al pueblo, avanzaban, con los brazos en alto, los rostros descubiertos, riendo también ellos, y llorando. De calle en calle aumentaba el clamor; y empujado por todas partes el conde sólo podía detenerse, extender las manos; de sus estribos, de sus ropas, a sus pies, de los arreos de su caballo, hombres y mujeres suspendidos, colgados, no lo dejaban más que para ceder el sitio a otros. Nunca se besaron con tanto fervor reliquias de santos o de la Virgen. Enarbolaban a los niños hacia sus manos, hacia sus guantes de marta cebellina bordados de oro. Con sólo que

levantara los ojos, que volviera la cabeza, los gritos se duplicaban como si cada uno de sus movimientos hubiera sido una gracia de Dios. Hasta la noche hubo fiesta por las calles, la fiesta sangrienta de los días únicos en que el miedo se olvida... Los soldados descansaban en las casas y saboreaban el vino del regreso, mientras que obreros y burgueses, mujeres y adolescentes se armaban de martillos y de horcas. Arrastraban por las calles los cadáveres de los franceses y los niños les tiraban piedras. Quemaban banderas en las plazas, hombres con los rostros radiantes de felicidad registraban las

casas, hacha en mano.

Delante del Capitolio engalanado e iluminado con antorchas, las mujeres del pueblo bailaban en corro al son de los clarines, unas blandiendo un traje de cruzado, otras alabardas; los burgueses hacían correr por las plazas sus últimas barricadas de vino. En las casas ricas, las mujeres encendían cirios como en Navidad, todo soldado era un invitado de honor ese día, ya fuese pariente, amigo o extraño.

De los franceses que no habían tenido tiempo de encerrarse en el castillo no había quedado uno con vida. Por las calles engalanadas e iluminadas

por antorchas, los caballeros que volvían a sus barrios tropezaban con cadáveres mutilados.

En la casa junto a la Daurade, Gentiane d'Aspremont ya no tenía tapices, ni vajillas, ni candelabros, ni pieles; paredes y mesas estaban vacías, apenas había podido recoger la vajilla de roble y las copas de estaño. De la bodega habían traído odres de vino verde, jamón magro y el último pato ahumado, la comida era modesta pero nadie se preocupaba de ello, y además no tenían hambre. Hablaban despabilando las candelas de jabón

enderezadas sobre vasijas de barro.

La señora de Miraval celebraba el regreso de su hijo, que le habían traído dos caballeros catalanes, sus compañeros de armas; ya no tenía su casa y casi la olvidaba, ya no tenía su belleza (en dos años se había convertido en una anciana) y también la olvidaba; entre sus dos trenzas rubias su rostro marchito irradiaba de orgullo. Todo el mundo se quedaba en casa aquella noche, y nadie pensaba en dormir. La copa daba la vuelta a la sala, estallaban risas, todos acechaban por las ventanas, bajaban a la calle, para ver humos rosas que se elevaban aquí y allá hacia el

cielo por detrás de los tejados; por la parte del castillo narbonense todavía luchaban. De las casas iluminadas, con las ventanas abiertas, salían cantos; algunos caballeros aislados pasaban por la encrucijada de la iglesia, algunos burgueses erraban por las calles, llamando a las puertas, buscando a los amigos, pidiendo noticias.

Gentiane, sentada junto a la gran chimenea, con la cuna de su hijo a los pies, escuchaba los relatos del caballero de Miraval y de sus amigos catalanes, y vibraba a cada ruido del exterior. La cabeza le daba vueltas, había perdido la costumbre de beber vino; se sentía tan

brutalmente precipitada a una vida nueva que no reconocía ni su propia voz. Aquel día había visto sangre y fuego; en su cabeza resonaba el fuerte grito de alegría que tapaba las risas, cantos, estertores y llantos. «¡El conde está aquí! ¡El conde ha vuelto!». —Durante horas había errado por la ciudad, los brazos doloridos a causa del niño que cada vez pesaba más; su hijo de pequeños bucles negros, con un vestido rojo bordado con plata. Lo había izado hasta la mano del conde, lo había levantado por el aire al paso de los pendones de Foix, las banderas del Comminges, y del Rosellón, del

Tolosano y del Carcassés; lo había blandido como una bandera para que bendijera con sus manitas a los que venían a devolver el honor a la villa. Lo había levantado por encima de los cadáveres de los hombres derribados con el hacha en las esquinas de las calles, le había mostrado el Capitolio iluminado por mil antorchas, le había hecho besar las columnas de la iglesia delante de la cual el conde había ido a rezar. «Tú no recordarás esto, mi primogénito, pero tus ojos lo habrán visto, cuando seas mayor te lo recordaré, que hay un Dios en este mundo y que nuestros muertos serán

vengados; ¡y que en este día nuestra ciudad ha hecho el juramento de resistir hasta el último hombre, hasta la última mujer y hasta el último niño!». —Ahora el hombrecito dormía en su cuna, tan agotado que ni luces, ni gritos conseguían perturbar su sueño. Tenía un rostro rosado, luminoso como una gran flor, con las pequeñas medias lunas negras de las pestañas y las cejas. Seguía vestido con el traje rojo que su madre no se había atrevido a quitarle. Se parecía mucho a su padre; Gentiane se preguntaba con frecuencia cómo había podido el cuerpo de ella formar aquella carne extraña; había bastado con

un solo abrazo, era el hombre que revivía a través de ella, con su mirada, su sonrisa, el trazo de los orificios de su nariz... El niño se había tenido que llamar Ricord, pero ella se sentía tentada sin cesar de llamarle Bérenger.

Bérenger d'Aspremont estaba en la ciudad, había hecho saber a su mujer por uno de sus escuderos que no llegaría a casa antes del alba, que no le esperasen. «¿Le habré visto? —pensaba ella—, ¿me habrá visto él?». Había tenido que desfilarse por las calles como los demás, riendo como los demás y gritando: «¡Tolosa! ¡Jesucristo!». Otras mujeres habían aplaudido a su paso y levantado

a sus niños por el aire, aquel día no había maridos ni mujeres, ni amantes ni dueños; un solo amante, el conde, una sola dama, Tolosa. Los hombres que, en la niebla, habían engañado al enemigo y franqueado el Garona llevaban todos el nombre de Tolosa escrito en sus corazones en letras de sangre.

Gentiane suplicó a sus huéspedes y a sus parientes que subieran a las alcobas a descansar, y se quedó sola en la sala con dos criadas; los mozos montaban guardia en la puerta por temor a los vagabundos. Las velas morían. Gentiane buscó otras, mandó llenar de agua el calderón suspendido sobre las brasas y

preparar cántaros de agua fría, camisas limpias y ropa de lana; había vaciado sus cofres y temblaba por que Bérenger no llevase una compañía demasiado numerosa, los pocos bienes que le quedaban los había compartido ya con la señora de Miraval. «Volveremos a ganar diez y cien veces más —decía doña Alfaïs—, Y aunque debiéramos perderlo todo, vale la pena». Ella también había perdido tanto que no le quedaba ni un caballo ni una gargantilla de oro.

—«¿Saben nuestros hombres cómo nos han arruinado? Hemos tenido que venderlo todo, aún puedo dar gracias por conservar mi casa».

De pie, con el rostro pegado a la reja de la ventana, Gentiane luchaba contra el sueño; al levantar la vista podía ver los aguilones de los tejados y las veletas recortarse contra el cielo. A lo lejos, sonaban clarines. Unos caballeros que venían del lado de la iglesia avanzaban al trote, se oían los cascos de los caballos y un repiqueteo metálico; media docena de hombres, tal vez más. Se detuvieron delante de la casa.

—¡Por Tolosa y por Jesucristo! Aquí Bérenger d'Aspremont y los suyos. ¡Abrid, amigos, no tengáis miedo!

Los mozos descorrieron a toda prisa

los pesados cerrojos de hierro y se apresuraron a coger los caballos. Bérenger entró en la sala con la capa echada por encima de una corta cota de mallas y el casco bajo el brazo. Tenía el rostro azorado de fatiga, los cabellos pegados a las sienes, los ojos radiantes de alegría.

Gentiane dio un paso adelante y se envolvió en su manto de paño verde para ocultar su viejo vestido, usado y manchado.

—Dios ha escuchado nuestros rezos —dijo con voz ronca por la emoción—. Sed bienvenido a vuestra casa.

De dos pasos Bérenger se plantó

ante ella y dobló la rodilla, dejando el casco a sus pies.

—¡Vuestro servidor puede por fin presentaros su homenaje, señora! ¿Os dignaréis ahora a aceptarme como vuestro leal amante?

—Ay, Bérenguer —exclamó la joven—, ¿por qué habláis de amor cuando hay tanta plenitud en nuestros corazones? Os espero aquí para servirlos, no para recibir homenajes.

Los escuderos y los soldados acudieron a saludar a la dama y se instalaron a la mesa tras una breve oración. Estaban alegres, pero extenuados, y ni siquiera tenían fuerzas

para cambiarse de ropa.

—Han intentado recobrar el dominio de la villa —explicó Bérenger—, ha habido que rechazarlos y montar la guardia en torno al castillo. No se arriesgarán otra vez, a menos que les envíen refuerzos, pero de todas formas no será para mañana. —Paseó la mirada por las paredes con aire consternado—. ¡Os lo han quitado todo! ¡Ahora es una casa de pobre!

—Todo no —dijo Gentiane—, Venid a ver. —Le hizo acercarse a la cuna—. Mirad, ¿no es mejor que el oro y la plata?

Él se había quedado pálido.

—Sabéis —murmuró vacilante—
que no me atrevía a hablaros de él por
miedo a que...

Estaba demasiado conmovido para
continuar, se inclinó vivamente para
coger al bebé en brazos.

—Está cansado —dijo la madre—,
dejadle dormir.

Bérenger se detuvo en seco y
retrocedió dos pasos, contemplando al
niño de lejos, encantado y grave.

—No pensaba que pudiera ser tan
hermoso —dijo a media voz—. No me
lo habíais descrito tan hermoso.

Los soldados se echaron en el suelo
y en los bancos, repentinamente

borrachos, olvidando hasta la presencia de la dueña de la casa.

—Los pobres chicos han hecho una guardia muy larga hoy —les excusó Bérenger—, puesto que la condesa de Montfort entiende como un hombre de mandar soldados; no hay nada que hacer para tomar el castillo, con los nuevos fosos que han cavado alrededor... Todavía son capaces de intentar una huida.

—¡Bah! Harán que les maten.

Bérenger se paseaba de un lado a otro entre la mesa y la chimenea.

—La bestia no está derrotada aún, y el nuevo papa no vale mucho más que el

antiguo. A los ojos de los reyes y del emperador somos rebeldes, nuestro conde el primero. ¿Qué os sucederá, si algún día los franceses retoman la ciudad?

—En vida nuestra no la retomarán, Bérenger. Somos más de cincuenta mil hombres y mujeres para ayudaros. Lucharemos por las calles y en las casas. Ya lo hemos hecho, sabemos lo que es.

—Hemos actuado como un loco que se arma con dos cotas de mallas —se lamentó el hombre con amargura—, coge un escudo de diez pies y se deja la cabeza descubierta; nos fuimos a luchar

dejando nuestra ciudad expuesta a los depredadores. ¡Que Dios les devuelva en el otro mundo lo que os han hecho sufrir! Ahora ha terminado, nuestro hijo podrá dormir en su cuna como duerme hoy. ¡Qué valor habéis tenido, al llamarle Ricord! Yo no me hubiera atrevido:

—¿Por qué? Quiero que tenga el corazón de mi padre. En cuanto al destino, no nos corresponde a nosotros escogerlo.

Pensativos y graves, los dos esposos se miraron, se interrogaron con los ojos; había muchas cosas que no se atrevían a decirse. Por fin, Bérenger cogió la mano

de su mujer.

—No quiero que llevéis más anillo que el mío —dijo, no sin vacilación.

—¿Y qué hubierais dicho — preguntó ella— si llevase otro anillo?

—Por Dios, señora, no me atormentéis, no me ha sido fácil dejar mi servicio de guardia ante el castillo, al alba tengo que volver. He sufrido demasiado de celos, durante más de dos años sin veros. Ya sabéis por qué motivo he venido a vos, sabéis que un hombre no puede hablar de amor sin saber si el camino está libre.

—No es culpa vuestra —repuso Gentiane, con cierta tristeza— si los

cruzados no me han tomado a la fuerza. El camino está todo lo libre que podría estar. ¿No había prometido que os esperaba? He mandado preparar vuestra cama en nuestra alcoba de forma, Dios lo sabe, que podáis olvidar que los franceses nos lo han quitado todo. No debo negaros nada en un día como éste.

Él se inclinó hacia ella, parecía de pronto aquejado por la fiebre, las mejillas encendidas, los ojos demasiado brillantes.

—Tenía miedo de venir, me consumía tanto por vos... ¡En dos años ninguna mujer me ha hecho olvidar vuestro rostro! Lo habría dado todo por

saber que deseabais verme acostado a vuestro lado, en vuestro lecho; y que me recibiríais como a un amante y no como a un hombre que vuelve de cazar para encontrar una buena comida en la mesa... ¡Tengo tan poco rato para estar con vos esta noche!

—Ordenaré que os preparen un baño y ropas nuevas —dijo ella.

—No, señora, he hecho la promesa de no acostarme con ninguna mujer más que con la cota de mallas, hasta que echemos a los franceses de nuestra villa.

Gentiane pensó que era dulce magullarse los brazos desnudos y el pecho desnudo contra una camisa de

hierro, y que la aplastara y la moliera y la hiriera, y devolver mordisco por mordisco y beso por beso. «Felicidad robada, felicidad de guerra, mientras no nos liberen no conoceremos otra». Aquella breve noche había conocido la felicidad de amor sin pensar en defenderse de ella, todo estaba permitido a partir de ahora, a causa de los sufrimientos pasados y de los sufrimientos por venir. «Me queda mucho tiempo para temblar por el cuerpo de mi amante, de mi marido, que me escribía: "¡Que no os vuelva a ver, que no vea a mi hijo mientras nuestro señor siga exiliado de la ciudad!"»

¿Es de día, es de noche? Sobre las cortinas de la cama la sombra de la cabeza del hombre vacila y se ennegrece, el día rosado entra por la ventanita e ilumina las mallas grises de la camisa de hierro y el pesado cuello de cuero empapado de sudor.

—¿Qué importa que la casa sea pobre, si os tengo, amada?... Volveremos a conseguir cien veces más.

—Ya lo hemos conseguido todo, Bérenger, no dejaremos que nos humillen más.

—Si hemos concebido un hijo esta noche quiero que sea una niña, para que tenga vuestro rostro y vuestros ojos.

—La llamaremos Tolosana.

—La llamaremos Felicidad.

—La llamaremos Honor.

—La llamaremos Raymonde.

—Bérenger, ahora soy vuestra amante, prometedme que no pensaréis más en otras mujeres.

Él no oyó nada más, se había dormido de pronto. Cansada y maravillada ante el extraño sentimiento de ternura que la invadía, Gentiane oyó como en sueños ruidos de cabalgada, sonidos de trompetas, gritos. El sol le quemaba los ojos, se vio envuelta en un gran vestido de fuego rojo; no estaba acostumbrada a despertarse a pleno día.

El delirio no había acabado, estaba comenzando. Comenzaría de nuevo todos los días. Todos los días correrían al Capitolio, recibirían a los soldados, aguardarían la llegada del ejército enemigo, levantarían barricadas, cavarían escudos... Se amarían entre dos velas de armas. Mirarían los pendones del conde flotar sobre los tejados y las iglesias.

«¡Cómo duerme! —pensaba—. La casa podría derrumbarse y no se despertaría. Profundamente sosegado, como un muerto. ¡Ay! Todos nuestros muertos han resucitado en este día, ahora están a nuestro lado. ¿Tendré

piedad de su bello rostro dormido, le dejaré en paz? Es un soldado. Si tiene que tomar el relevo, no es una buena excusa decir que se ha quedado dormido junto a su mujer. Las noches sin sueño no han acabado».

* * *

Una batalla que dura semanas y meses; cuando toda una ciudad pelea a muerte, es muy posible que dure años, ¿qué puede un soldado extranjero contra personas instaladas en la guerra como en una casa tranquila? Personas que, día y noche, excavan fosos, vigilan desde las murallas, derriban las casas para

construir torres y máquinas.

Poe el Carona y por los caminos, llegan tantos soldados, tanto trigo y ganado y forraje, que jamás ciudad arruinada estuvo tan poblada ni mejor nutrida. Es necesario, el asedio es tan duro que algunos días los cadáveres vuelan por decenas a los fosos como nueces bajo la vara, las piedras golpean las paredes de madera, las torres arden, las flechas caen como granizo. No hay prisioneros; las cabezas cortadas, lanzadas como balas de cañón, van a estrellarse contra las paredes de las casas.

La guerra se ha convertido en el pan

de cada día y en el oficio de todos, y en la fiesta y la oración y el juego. Los chiquillos se pasan el tiempo ejercitándose con el tirachinas y construyendo arcos, los sacerdotes se pasean con la pala en la mano, todos los hombres se han hecho albañiles y carpinteros, las mujeres ya no tienen tiempo de tejer ni de coser, transformadas en cantineras, en sepultureras, remendando cotas de mallas. Llega la primavera, llega el verano, llega otro invierno y otra primavera, el corazón no se cansa de esta vida, está tan ahíto de sangre y de esperanza que olvida que haya existido

nunca otra vida.

En primavera, la llanura en torno a Tolosa se cubre de tiendas blancas, de carros y de caballos. El papa promete a todos la salvación por destruirnos, por destruir a unas personas que creen en Jesucristo y en su Madre y en Dios; y esta vez su engaño y su traición no les servirán de nada. No obtendrán la salvación. Pues Jesucristo nunca dijo que obispo ni papa pudieran hacer del robo una obra pía y del saqueo una buena acción.

Al día siguiente de Pentecostés, se encendieron fuegos por la ciudad, en las

plazas, en las encrucijadas y delante de las iglesias; las murallas estaban cubiertas de ellos, leños en llamas volaban por encima de los fosos, hacia el campo enemigo, también iluminado; en la clara noche la llanura estaba completamente cubierta de hogueras. Sobre las murallas, delante del castillo narbonés, los cantos impedían oír los gritos; mientras suena la llamada, ya arrastran, en medio de la alegría y los coros, a los heridos y los prisioneros. Encima de las murallas y en los fosos luchan con hachas; algunos hombres, con las ropas en llamas, ruedan por el suelo bajo una lluvia de piedras y troncos.

Aquella noche quemaron vivos a tres prisioneros en la plaza del Capitolio. También aquella noche, llevaron al caballero Bérenger d'Aspremont a su casa, herido de un hachazo en el hombro, con el rostro y el brazo izquierdo desollados por el fuego. Su mujer estaba en las murallas, donde se ocupaba de las cocinas para los soldados encargados de los cañones. Fue doña Alfaïs quien dio los primeros auxilios al herido; empezaba a entender de aquello, la casa se había transformado prácticamente en hospital.

—Tened ánimo, primo —dijo—. Creo que no perderéis los ojos.

El herido sufría demasiado por las quemaduras para hablar. Por la mañana, hubo un nuevo asalto, los heraldos gritaban por las calles: «¡Por orden del conde: todos los de la caballería de Tolosa a la puerta Narbonesa! ¡Todos los navarros a la puerta Narbonesa!». Junto a las murallas, las mujeres, dispuestas en hileras, se pasaban los cubos de aceite y de agua hirviendo.

Gentiane, de pie junto a una de las calderas, vigilando el fuego, arrojaba pedazos de viga y tablas que le llevaban los niños hasta las murallas. Su rostro ardía a causa del calor y de la noche sin sueño que acababa de pasar; se vio

obligada a apoyarse en el pilar de madera de la torre de tiro. Pensó: «Es terrible, desde aquí no se ve nada, se oye un estruendo y ya está. Han empezado con las balas de cañón». En aquel momento, uno de los que servían en la torre, alcanzado en la cabeza, cayó casi sobre ella desde una altura de diez pies. Se agachó sobre él; no había nada que hacer, tenía el cráneo partido. Ni siquiera tuvo tiempo para gritar.

—¡Eh! Alguien de abajo para pasar las balas.

Gentiane se anudó por encima de las rodillas el faldón del vestido y se encaramó por las escaleras.

—¿Una mujer? —se asombró el capitán que mandaba en la torre—. Bueno, para dar las balas, pase, no son demasiado pesadas. ¡Pero no os retraséis, por el amor de Dios! Esto quema.

El andamiaje de tablas y vigas crujía con los golpes de las balas que disparaban con tanta frecuencia que apenas tenían tiempo de cargar los cañones de piedras, y resultaba difícil apuntar.

—¡Eh, tú, muñeca, baja la cabeza! ¡Por aquí, pásame uno, apártate, por Dios!

Hacia el mediodía los disparos

cesaron; Gentiane, aturdida, febril, bajó de la torre de madera diciendo:

—¡Por fin podré irme a dormir!

Junto a la muralla encontró a una de sus criadas que corría con aire descompuesto y parecía buscar a alguien.

—¿Qué ocurre, Ferrande? —
inquirió—, ¿Malas noticias de tu padre?

—¡No, gracias a Dios, señora! De mi padre no. Os buscaba a vos, señora.

—Dímelo todo, no tengo miedo.

—Han herido al señor Bérenger esta noche. No temáis, no morirá, pero tampoco está en muy buen estado.

Gentiane sintió que la cabeza le

daba vueltas, pero por orgullo rechazó suavemente a la muchacha, que ya se precipitaba para sostenerla.

—Es el destino de todas nosotras, Ferrande. ¿No hemos visto caer ya a tantos hombres que eran como nuestros maridos y nuestros hermanos?

Echó a correr, sujetándose a la cabeza el pañuelo que se le caía obstinadamente de lado, dejando sus cabellos al descubierto. Nunca un trayecto se le había hecho tan largo.

Al cabo de ocho días, Bérenger empezó a tomar conciencia de lo que le rodeaba, pues las quemaduras ya no le

hacían sufrir tanto. Pero su estado era bastante grave, tenía fiebre y apenas podía comer. Suplicó a Gentiane que no permaneciera a su lado, pues un herido nunca es agradable, y ella tenía que cuidarse a causa del niño que esperaba... ya había perdido uno durante el embarazo, tres meses antes.

—¿Quién se cuida ahora, más que los locos? ¿Qué importa un herido más?

—Me atrevo a esperar que yo no sea un herido como los demás para vos. Al quedaros aquí, os torturáis el corazón.

Con todo, se quedó. No sabía por qué, él estaba más bien irritado, no le gustaba que ella le viera sufrir.

Nunca hasta entonces había conocido Gentiane el cansancio y el miedo. Ahora pensaba: «Si muere, me quedaré sola». El hijo que tenía de él estaba allí, a su lado, y al mirarlo sentía un terrible frío en el corazón, como si ese niño estuviera amenazado de perder la mitad de su vida.

—Bérenger —dijo—, Bérenger, si no os curáis me dejaré matar el mismo día.

—Vamos —contestó él—, un hombre más o menos, ¿acaso importa ahora? Si pudiéramos estar seguros de tenerles.

Diez días después de Pentecostés,

hizo llamar junto a su lecho a sus hermanas, a su tío, a doña Alfaïs y a Gentiane, y declaró que estaba resuelto a pedir el bautismo. No es que se creyera moribundo, pero no quería correr riesgos. La fiebre le atormentaba tanto que, a veces, tenía miedo de perder conciencia de sus actos. Por respeto a la costumbre y por lealtad a su señor, se había dejado arrastrar a menudo a la práctica de una falsa religión, y con más fervor del que debía; y, debilitado por la enfermedad como estaba, no podía soportar la vida a menos de saberse purificado.

Las mujeres se echaron a llorar,

opinando que no había que pensar en aquellas cosas. Pero Gentiane dijo:

—Hay que hacer como desea —y dio la orden de preparar la alcoba y de llevar antorchas.

—¿Cómo podéis? —le reprochó una de las hermanas de Bérenger—. Es como prepararle ya la mortaja.

—No, señora, es darle la vida. La del cuerpo no está en nuestro poder.

Libre de vendas, Bérenger tenía un aspecto más bien siniestro, con la cara abigarrada de costras negras y rojas y el cráneo pelado. Los ojos no habían sufrido; la mirada era quizás excesivamente brillante, pero lúcida. Su

mujer, silenciosa y sosegada, preparaba las pañoletas blancas y los aguamaniles para la ceremonia.

Él había pedido que les dejaran a solas; ahora le parecía que ella sólo se ocupaba de arreglar la alcoba por miedo a mirarle.

—¿Os avergüenza mi cara? —quiso saber.

Ella se volvió, con las mejillas encendidas.

—¡Nunca la he encontrado más bonita!

Él esbozó una sonrisa un poco triste, pero confiada.

—Yo sé que no habéis consentido a

lo que os pedía por dureza de corazón.

—No —dijo ella—. Es porque sé que es el deseo de Dios.

—Por eso os estimo más que a ninguna otra criatura —declaró él—. Coged este cofre que tengo a la cabecera, dentro está mi testamento. Leedlo para ver si os conviene. Si hay cosas que no os plazcan, las haré cambiar. Lo mandé escribir hace dos años, cuando me enteré del nacimiento de Ricord.

Bérenger d'Aspremont legaba en testamento la totalidad de los bienes que le habían pertenecido, y que se le devolverían cuando expulsaran a los

franceses del país a su hijo legítimo, Ricord, nacido de la noble Gentiane de Montgeil, bajo reserva de los derechos del conde; la citada Gentiane disponía de todo a su voluntad hasta la mayoría de edad de su hijo, salvo si se volvía a casar, en cuyo caso la tutela sería compartida entre la madre e Imbert d'Aspremont, tío del testador. Sobre lo cual la citada Gentiane de Montgeil se comprometía solemnemente a indemnizar, ya en dinero ya en bienes, a las personas a las cuales el testador había causado un daño corporal y que había descuidado de resarcir a resultas de su ausencia del país (seguía la lista

de nombres); a mantener a tres pobres en la casa de los herejes de Tolosa; a ocuparse de la subsistencia de los hijos naturales del testador (dos hijos y una hija) y a establecerlos decentemente cuando llegaran a la mayoría de edad; a celebrar cada año, en Pascua, una fiesta a la cual estarían invitadas todas las personas nobles o libres que dependieran de las propiedades administradas por la familia d'Aspremont, etcétera.

—Doy por descontado —dijo Bérenger— que os comprometéis a entregar a la Iglesia el valor de la cuarta parte de mis bienes, en sueldos

tolosanos; para ello habrá que vender mi tierra de Belvèse, a reserva de los derechos del conde. Ya sé que a esto se le llama descuartizar al animal antes de cazarlo, tal vez haya que esperar dos o tres años para la restitución de mis bienes... De todas formas, servirán primero a los tolosanos.

Gentiane se dijo que nunca le había amado tanto, hablaba de la victoria con tanta certidumbre y tranquilidad que podría creerse que era cosa hecha. Pensó que era bonito disponer así, con todos los detalles, de un bien que uno no posee.

—¿Tenéis algo más que decirme? —

preguntó—, Al teneros tanto rato para mí sola, ofendo a vuestra familia.

Él clavó en ella una mirada ardiente y pensativa.

—En vuestra juventud —repuso—, deseasteis mucho tiempo el amor de Dios. Yo ahora lo deseo a causa del sufrimiento de mi cuerpo, y no por libre elección de mi voluntad. Pero quiero que sepáis que hay en ello un deseo sincero, y que prometo darlo todo el día en que ya no le queda nada que perder.

—Si os curáis —dijo ella—, ¿renunciaréis a llevar las armas?

—No creo que tenga derecho. Pero haré lo posible por llevar por lo demás

una vida cristiana.

—Bérenger, no habremos tenido tiempo de amarnos, —arguyó ella.

—Yo os he amado como he podido. Estos días he pensado tanto en mis pecados que me he dado cuenta de que no soy mejor que una rata aplastada por una rueda de carro.

—Esta noche será vuestra fiesta — dijo Gentiane— y un gran honor para nuestra casa.

La ceremonia fue muy solemne, pues Bérenger d'Aspremont tenía numerosos parientes y amigos en la ciudad; había gente como para una boda en la gran

sala del vestíbulo, el patio estaba tan lleno de caballos que apenas se podía cruzar.

En el cuarto del herido, a pesar de las ventanas abiertas, costaba respirar a causa de los cirios y del elevado número de asistentes; habría unas cincuenta personas, contando los niños. Los dos buenos hombres tuvieron el espacio justo para lavarse las manos. Al enfermo, vestido con ropa nueva y un jubón rojo atado por encima de su camisa blanca, lo sostenía su tío, porque quería a toda costa estar arrodillado; su cabeza desollada, temblorosa, tendida hacia delante, no inspiraba piedad, la

mirada que ardía bajo los párpados hinchados era solemne; parecía beber con avidez las palabras que salían de la boca del hombre de negro. Repetía la oración con voz un tanto entrecortada, pero sin vacilación. Cuando le posaron el libro en la cabeza, rechazó los brazos que le sostenían y se levantó.

Más tarde diría que en aquel momento había notado que se le cerraban las heridas por dentro y que le bajaba la fiebre; un dolor vivo lo había sacudido como si toda la piel se le desgarrase. Cuando le echaron de nuevo en el lecho para responder a las felicitaciones de los suyos, permaneció

mucho rato postrado, sin poder decir una palabra, los ojos muy abiertos, los labios apretados en una sonrisa que recordaba la de los muertos.

Los dos buenos hombres se inclinaron ante el nuevo cristiano y pidieron permiso para retirarse, tenían otros moribundos a quienes visitar aquella noche.

—¿Nos haréis la ofensa de no pasar la noche bajo nuestro techo? —dijo doña Alfais.

—No veáis desprecio en ello, hija, no somos lo bastante numerosos para todos los heridos de estos días. Tantos de los nuestros han tenido que

abandonar la ciudad que apenas somos veinte en total y para todos, de los cuales tres están tan enfermos que no se mueven de la cama.

Los dos hombres, de ordenación reciente, todavía jóvenes pero extenuados, terriblemente delgados, se envolvieron en las capas marrones que ocultaban sus hábitos negros. En la villa asediada no faltaban soldados españoles capaces de sentirse ofendidos por la vista de los herejes; aquellos soldados exigían el sacerdote, la cruz y el cáliz. Por otro lado, mucha gente del país reclamaba la asistencia de sacerdotes católicos a despecho de lo prohibido.

Algunos llamaban tanto al sacerdote como a los buenos hombres, la vida se hacía tan dura que ya no había bastantes santos en el cielo, ni bastantes reliquias ni plegarias ni cirios por quemar. Las campanas sonaban, en la Daurade, y en Saint-Etienne, y en Saint-Sernin, y el conde hacía llevar en procesión las imágenes de la Virgen y de los santos mártires.

A plena noche, clarines y tambores tocaron a llamada, un nuevo asalto por el lado del puente viejo y del suburbio. Los caballeros que asisten a la ordenación de su compañero corren a sus caballos, llaman a sus hombres; no

necesitan vestirse, vienen de la muralla, tal como iban, en cotas de mallas y polainas de acero. Desde que esos perros han retomado el suburbio de Saint-Cyprien, ni una noche ni un día de paz.

En la sala engalanada para la fiesta, las mujeres, silenciosas, excitadas, se esforzaban por no demostrar una emoción inconveniente. Aquella noche, Dios había visitado la casa, uno de los suyos se había entregado a Jesucristo. Ahora, la paz de Dios se deshacía en el tumulto, en el estruendo de las balas de cañón, las cabalgatas nocturnas y los gritos de guerra. El viejo puente estaba

tan cerca que al salir a la calle se podía ver el humo de las máquinas incendiadas y oír los gritos:

—¡Montfort! ¡Montfort! ¡Dios está con nosotros!

Gentiane subió a la alcoba del herido. Le habían dejado solo para no turbar la profunda paz en que se encontraba; los cirios seguían encendidos y la cama resplandecía blancura. Ay, ¿querrá Dios entregarlo ahora, con el alma nueva y brillante como el lucero de la aurora?

—Bérenger, Bérenger, ¿estáis todavía aquí?

Inmóvil, con la cabeza echada hacia

atrás, el enfermo escuchaba los ruidos que le llegaban por la ventana abierta.

—Luchan delante del puente —dijo.

—Querido, ¿es el momento de pensar en ellos? ¡Son tan pobres esas cosas al lado de lo que acaba de cumplirse en vos!

—No. Dios me devuelve la vida para luchar —respondió Bérenger.

—¿Cómo os lo ha revelado?

—Lo sé. No deis mis armas a nadie. Pronto las retomaré.

En pie junto al lecho, Gentiane contempló aquel cuerpo ya santificado y por el cual había conocido los placeres y las angustias del pecado. «¡Ay, el amor

carnal con el que me quería se ha acabado para siempre, su belleza está destruida, su cuerpo se ha vuelto demasiado puro para que me atreva a tocarlo! Más piedad para los amores terrenales, el amor que nos quema a todos ahora es demasiado mortal». Se arrodilló lentamente delante de la cama, luego bajó, cogió su capa y salió a la calle.

Hasta el alba estuvo en la muralla entre los soldados, llevando piedras, recogiendo las armas caídas, gritando con los demás: ¡Tolosa y Jesucristo! En diez ocasiones una flecha le pasó tan cerca del rostro que había sentido el

silbido frío en sus mejillas, y se sorprendía de seguir con cabeza. Inclínada sobre "el parapeto de madera, medio derribado por las balas de cañón, miraba el infierno: hombres con cascos y cruces rojas sobre el pecho subían por las escalerillas apoyadas contra la muralla; caballos destripados se precipitaban a los fosos; llamas en el puente, un hormigueo de cuerpos ensangrentados, gritando, abajo, muy cerca de ella, a unos diez pies... Desordenadamente, los nuestros y los suyos, les caen encima tizones en llamas, las escaleras se vencen hacia atrás, arrastran a una cadena de cuerpos

vivos que vuelan hasta estrellarse sobre otros cuerpos.

«¡Sí, gloria a Dios! Nunca serán más fuertes, resistimos tan bien que no tomarán ni una pulgada de la ciudad; nuestra sangre es más fuerte que la suya, ellos nos han forjado corazones de fuego y hierro».

—Ven, mujer valiente, ayúdame a arrastrar esas piedras, estoy herido. Esto se calienta junto a la puerta.

El soldado cayó. Gentiane tiró de la rejilla cargada de piedras, esquivando cuerpos de heridos y muertos. En pie sobre las vigas que oscilaban, lanzaba las piedras abajo, las blandía por

encima de su cabeza como el verdugo blande el hacha. Nadie decía: «Está loca», todos estaban locos. La viga cedió, la joven tuvo el tiempo justo de saltar hacia atrás. Sabía que ya no tenía cuerpo; y que estaba en el cuerpo de todos aquellos hombres que, al pie de la muralla, hundían sus espadas y sus lanzas en la carne humana.

—¡Ha acabado! ¡Gracias a Dios! Se baten en retirada.

Un clamor de alegría recorrió la muralla y se extendió por la ciudad. Por la puerta abierta, los hombres volvían a entrar, extenuados y ensangrentados, llevando sus caballos, que temblaban de

cansancio; las campanas sonaron, el sol estaba alto en el cielo, nadie lo había visto salir.

Gentiane caminaba a la cabeza de un grupo de mujeres, con los brazos levantados. Cantaba. Al verla pasar, la gente se paraba y callaba como si viese una procesión. Un hombre delgado, de barba negra, con el jubón desgarrado desde la espalda a la cintura, corrió hacia ella cruzando la plaza de la iglesia.

—¿No sois mi hermana, señora? Tenéis su voz.

Ella se sobresaltó, como si la hubieran despertado de golpe, y le miró,

pensando: «Lo conozco con toda certeza; se parece a alguien...». Él sonreía, con una amplia sonrisa siniestra a su pesar, pues no tenía dientes.

—¿Sicart? —dijo—, Sicart, ¿eres tú?

Él se quedó con la boca abierta, con su pobre sonrisa titubeante, tenía como un dolor acorralado, extrañado, en el fondo de sus ojos.

—Estamos en Tolosa desde Pentecostés. A Renaud lo acaban de matar, justo antes del alba, en el puente viejo.

Ella se arrojó a sus brazos.

—Ven conmigo, venid los dos a mi

casa, Imbert y tú. Mi marido recibió la consolación ayer por la noche.

Gentiane no lloraba, sino que pensaba: «¿Cuándo dejaremos de pagar con nuestra sangre? ¿No nos habremos merecido el paraíso...? Su cuerpo está ahora pisoteado por los caballos, en el lodo de la orilla».

* * *

Porque una bala de piedra le rompió el cráneo a un hombre sonaron tantos clarines y tambores y trompetas y timbales en la ciudad, al día siguiente de San Juan, que no se hubiera oído tronar. Los gritos de alegría se convierten en

cantos, los cantos suben hasta convertirse en gritos.

¡Sí, viva Tolosa! Que ha arrancado el milagro de manos de Dios y del demonio. Muerta la bestia, muerto el verdugo, el hombre de la cruz de sangre. Toda la ciudad lo ha visto desde lo alto de las murallas. Su cuerpo no estaba hecho de hierro, su cabeza no era tan dura como la piedra, todos la han visto reventar como una cáscara de nuez, todos han visto el cerebro derramarse y los dientes volar en pedazos.

Sus amigos se han llevado la carroña para envolverla en ropas blancas y tejidos bordados. Que lo

adornen y lo embalsamen, no le harán una cabeza nueva. Que le lloren y honren, tienen todo el derecho. Nunca se recuperarán de esa pérdida, una vez han abatido al buitre ¿quién teme a una bandada de cornejas? El viento se ha girado, el fuego que han encendido se vuelve sobre ellos.

La muerte se llamaba Simon de Montfort, pero han matado a la muerte. Han matado a la humillación.

Las iglesias queman fuegos de mil cirios por san Juan, san Étienne y san Serin. ¡Sí! El papa de Roma que nos traicionó no dirá que a su mercenario le han faltado capillas ardientes, no hay

mujer tan pobre que no dé su último ochavo para celebrar la muerte del soldado del Anticristo.

No han sabido quitarnos nuestra riqueza, el padre y el hijo, el conde anciano y el conde joven, tan despojados y traicionados por la Iglesia y los reyes. Las piedras de las calles se han levantado por ellos, los arados y las layas se han convertido en espadas.

La victoria no ha llegado todavía, es como el resplandor rosáceo que se extiende en el horizonte, antes de la aurora. No ha llegado todavía, no está lejos, el cielo cada vez se aclara más, el sol todavía no ha desandado nunca su

curso.

En la época de la vendimia habrá más tiendas francesas delante de Tolosa. Nos tocará acorralarlos y pasar a la guarnición por el filo de la espada, ni las murallas de Carcasona ni las de Narbona serán lo bastante fuertes para protegerlos. En cada castillo que han tomado hay diez hombres libres por cada traidor, cien burgueses por cada cruzado. Y de los bienes que han robado no se llevarán a su país con qué comprar un par de guantes.

Loado sea Dios, pues esta felicidad nos viene de Él.

Bérenger d'Aspremont renovaba el equipo de sus hombres, ya que de todos los mercaderes de Tolosa los armeros eran con toda certeza los más ricos y los mejor aparroquiados. Durante el asedio les había llegado de España y de Aquitania tanta mercancía y acero bueno y resistente que condes y caballeros podían elegir. Las herrerías y los talleres dejaban de trabajar, qué listos los franceses que habían creído no dejar ni una sola arma en la ciudad si no en sus propias manos. Las damas acompañaban a sus maridos y amantes, les ayudaban a escoger las armas, a falta

de ocasión, como antes, de elegir pieles y joyas; pocas eran las mujeres con amantes tan ricos como para regalárselas, y el surtido no era grande. Habían aprendido a entender de cotas de mallas, corazas y guantes de combate.

Bérenger quería para sí un casco pintado de negro y un escudo que fuera liso como un espejo, sin más ornamento que el arco de clavos de cobre. Gentiane estaba a su lado, sus ojos radiantes de codicia erraban de una armadura a otra. El pequeño Ricord, a quien llevaba de la mano, forcejeaba tanto por ir a jugar con los objetos brillantes que veía en la tienda, que al final su padre tuvo que

cogerlo en brazos.

—Para él compraremos un casco dorado con hebillas esmaltadas —dijo—, y una camisa de acero de Toledo.

—Seguramente —repuso el comerciante, que extendía sobre el gran cofre cotas novísimas de mallas brillantes—, ese niño tan guapo gustará más a las damas que Lancelot y Gauvain. ¡Fijaos cómo le placen ya los adornos de caballero!

Gentiane se dijo que Bérenger, en cambio, no gustaría nunca más a las damas. En su rostro carcomido nacía una piel nueva, tan cicatrizada y desigual que algún día, en el mejor de los casos,

parecería un hombre desfigurado por la viruela. «¡Ay, las damas poco me importan! Al fin y al cabo no son tan difíciles, pero es una lástima ver un bello rostro tan degradado. Se han borrado para siempre tantas cosas bonitas de la tierra, que nuestro país se asemejará todavía por mucho tiempo a un jardín castigado por el granizo.

»Nos enviarán otros ejércitos, nuestros campos no han dejado de arder. Nuestro obispo, que Dios lo maldiga, ha ido a París para volver a predicar la guerra santa contra nosotros».

—Vida mía, prometí a Jesucristo que

no depondría las armas antes del día de la paz. Sé que no me ha purificado para sustraer mi cuerpo del peligro, sino para que sea más digno de defender mi fe. Pues no podemos vencer por la cólera y el odio, sino por el amor de toda criatura; ahora ya no odio a nuestros enemigos más que a un adversario al que podría enfrentarme en un torneo. En realidad, hacemos la guerra como el campesino labra su campo, y hay que volver a empezar cada año; nuestra pena será grande, pero no tenemos elección.

—¿No podré encontrar la paz? —se lamentó Gentiane—, La sangre de nuestros muertos me quema el corazón,

nunca podré perdonar. ¿Queréis que me retire a un convento, ya que no tenéis necesidad de mujer? Allí no correré peligro, nuestros enemigos estarán más ocupados en protegerse a sí mismos que en perseguir a los cristianos.

Bérenger la miró pensativo, por encima de la mesa donde ardía una gran lámpara de llama vacilante.

—¿Puedo deciros algo, vida mía? Ya no siento por vos amor carnal, pero me resultará difícil separarme de vos. Ricord y el niño que va a nacer os necesitarán. Si queréis quedaros en mi casa, será un placer para mí, pues todavía tenemos que combatir mucho

juntos.

—Ya sé —declaró Gentiane, levantando la cabeza— que ahora tendré que ser el intendente de vuestras propiedades, la gobernante de vuestros hijos, ¡yo que soñaba con amores tan altos, que la tierra me parecía demasiado pequeña! Mientras duraba la batalla, podía vivir, pues cuando se tienen los nervios tensos como cuerdas de arco no hay tiempo para pensar.

»Ahora, mi corazón grita de angustia. Hemos aquí, ante el dragón de siete cabezas, hemos derribado una o dos, y las demás viven todavía y las derribadas volverán a crecer. Nunca

emperadores ni reyes osarán levantar la voz por nuestra tierra excomulgada; por habernos defendido, somos traidores y rebeldes; y mientras no acaben con la Ramera, seremos como hombres que luchan con armas defectuosas. El hedor de su espíritu de prostitución nos sofocará; mientras luchamos contra los soldados, los clérigos y obispos nos apuñalarán por la espalda.

—¿Por qué hablas mal de la fe de nuestro conde? —le reprochó Bérenger—. El papa que reina ahora es malo, otro tal vez sea menos duro. Y no todos los obispos son traidores.

Gentiane se levantó, con el rostro

ardiente.

—¿Cómo queréis que eduque a nuestros hijos? —dijo—. ¡A mí no me bautizaron, mis padres no me enseñaron a adorar trozos de hueso podridos y pedazos de pan sin levadura! He tenido que dejar que llevaran a mi Ricord a las fuentes bautismales, él que recibió el nombre de mi padre, porque tenemos que vivir como todo el mundo y mirar la Iglesia del diablo como la tienda de un taller, quien no pase por ella es como un hombre que camina completamente desnudo.

»Y si nuestro conde tiene que someterse, junto a los grandes barones,

por respeto a las antiguas costumbres y por temor al gran embustero que está sentado en Babilonia, hace de todos nosotros unos embusteros; pues yo tendré que decir a mis hijos: "No odiéis la cruz, que es un objeto abominable, inclinaos ante ella aunque esté roja con nuestra sangre. Posternaos en las iglesias, que son las moradas de Satanás, honrad a los obispos que han traicionado a nuestro país".

»¿Cómo queréis que viva así? Habéis sido investido con el fuego del espíritu y ya aceptáis esta vida de falsedad, creéis que el mal puede cesar de ser el mal. No tengo nada en contra,

puesto que es vuestro deber de soldado, ¡pero mi padre prefirió vivir como vagabundo perseguido y rebajarse al rango de los salteadores de caminos, que mancharse con un juramento prestado a la cruz! Por amor a nuestro conde iréis a las iglesias y os descubriréis la cabeza delante de las reliquias, y diréis: "Esto no es nada, sólo es la sumisión del cuerpo, mi alma no se ha manchado". ¡Pero los hombres que han recibido el espíritu se dejan quemar vivos antes que mancharse con el menor contacto impuro!

—¿Qué queréis de mí? ¿Cuándo me dejaréis en paz? —se lamentó Bérenger

—, ¿Acaso he nacido para predicador? ¿Puedo servir a mi señor y llevar a la vez el hábito negro? ¿De qué modo queréis que viva, si vuestras exigencias son tales que hacéis un crimen de mi fidelidad al conde y de la obediencia a las leyes del país? No soy el único, todos mis amigos piensan como yo; una vez acabe la guerra el conde nos concederá la franquicia de vivir según nuestra fe. Una vez acabe la guerra, renovaré mis compromisos y me entregaré a Dios sin retorno. No puedo prometeros nada más.

—Ya os lo dije hace tiempo, Bérenger. Dios quiera que nuestros hijos

vean el final de esta guerra. Tomáis el mal camino diciendo: «Mañana será el momento de volver sobre mis pasos». Decís que debéis servir a vuestro señor, vos que no deberíais servir más que a Jesucristo. Puesto que nuestro obispo os lo permite, quiero creer que no hay nada malo en lo que hacéis; pero yo no soy un soldado. Quiero educar a nuestros hijos de manera que sepan que la fe de sus padres ha sido siempre la fe verdadera, que no tengan que sonrojarse ni llamarse herejes. Les llevaré a mi tierra, pues mis hermanos van a retomarla. Venid a vernos cuando queráis. Pues ha llegado el momento, vida mía, en que tenemos

que resistir y edificar nuestras casas sobre la roca más sólida; empezamos a conocer lo que es la lluvia, los torrentes y el viento.

—Muy bien, querida —aceptó Bérenger—. Puesto que ése es vuestro deseo, haré que os lleven en cuanto vuestros equipajes estén listos. Si el niño que ha de nacer es varón, ¿qué nombre le daréis?

—Renaud. Pero si es una niña la llamaré Raymonde, como me habéis pedido.

Él tomó el candelabro y acompañó a la joven hasta la puerta de su cuarto. Pensó: «Aunque no me hubiera

prometido no conocer mujer, no podría desearla. Hemos pasado por pruebas tan crueles que mi deseo se me ha vuelto odioso como las quemaduras de mi rostro. La amo tanto que ya no podría servirme de ella para el placer de mi cuerpo. Pues nuestro amor es duro como el acero bien bañado, ahora sé que me ama con toda la dureza de su corazón».

Al volver a la sala de guardias donde dormía con sus soldados, sacó de su cofre de viaje el libro, que ahora leía cada noche, y lo abrió al azar (todavía no se había curado del deseo supersticioso de hacer preguntas a Dios). Leyó:

Luego vi unos tronos. Se sentaron en ellos y se les dio el poder de juzgar; vi también las almas de los que fueron decapitados por el testimonio de Jesús y la palabra de Dios, y a todos los que no adoraron a la bestia ni a su imagen, y que no aceptaron la marca en su frente y en su mano; revivieron y reinaron con Cristo mil años.

Los demás muertos no revivieron hasta que arribaron los mil años. Es la primera resurrección.

Dichoso y santo el que participa en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene poder sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo

y reinarán con él mil años.

Bérenger cerró el libro. Las palabras que acababa de leer se grabaron en letras de fuego en la pared. Pensó que la marca de la bestia es fuerte, y terrible el poder de la carne. La Ramera se adorna con tanto oro y joyas y luces resplandecientes, música, cantos, incienso y mirra; lleva como brazaletes coronas de reyes, se rodea de cascos, de lanzas, de espadas y de oriflamas, por toda la tierra va gritando: «¡Nadie me iguala en esplendor y santidad!».

«Tan grande es su fuerza que yo, lavado de su marca por el bautismo,

estoy a punto de dejarme marcar de nuevo, y de decir: "Soy un hombre de carne, he de comerciar con las ramera". Pues esta Ribaude ha sido amada por príncipes y reyes; yo también, sin quererlo, la he amado, por el sonido de las campanas de mi barrio y sus altares pintados y dorados cubiertos de cirios. ¿Qué responderemos a quienes participaron de la primera resurrección? Hemos luchado por nuestro país y por nuestra fe, pero como débiles; en lugar de dar testimonio sencillamente hemos llevado a cabo nuestro oficio de matadores de hombres...».

Apagó la lámpara y se echó sobre el

suelo cubierto de paja. Durante mucho rato, ante sus ojos abiertos, se alzaron los tronos donde los hombres y las mujeres quemados vivos resplandecían vestidos de fuego. ¡Oh, no les traiciones, no te abismes en las humillaciones sin fin de las segundas muertes que acechan a las almas inacabadas! Hoy se ha encendido en la tierra un fuego que no se puede dejar de mirar hasta tener los ojos quemados.

II. MONTSEGUR

Abril de 1243

Arsen vivió más de veinticinco años en el peñasco de Montsegur.

Había aprendido que el corazón no se cansa de amar, que es como un árbol que florece y da frutos cada año, la flor de hoy es parecida a la de hace veinte años, en Dios no existe el cansancio.

Había recorrido el país, a pie o a lomos de mula, curando enfermos,

instruyendo a las mujeres, siempre seguida de su compañera ciega que tenía el don del canto y de la palabra y que hacía llorar a las pecadoras más endurecidas. Pasaron buenos años: de Niort a Fanjeau, de Minerve a Cabaret, pudieron visitar los nuevos conventos, asistir a asambleas más numerosas que antes de la guerra y mucho más fervientes. Arsen pensaba: «Entonces, ha sido necesaria esta prueba para fortalecer la fe de los cristianos. Nuestros amigos no han muerto en vano».

Tuvo la dicha de encontrarse con muchos de sus antiguos fieles del

Minervois y de Saissac, que al verla lloraban como si hubieran visto a sus madres. El recuerdo de los días amargos vividos juntos y de los amigos desaparecidos no era una herida sino más bien una alegría; he aquí el niño a quien Renaud arregló el caballo de madera, hecho un hombre, y todavía se acuerda. Esta mujer que un día había escondido a Fabrisse bajo unos espinos... ¡Cómo se rieron después los dos! «Qué ligera era esa buena dama, no era más menuda que otra y pesaba como un niño... Ligera como la hierba de los campos, mi compañera, ligera como una llama, desde vuestra marcha no siento el

peso de mi vida, es como si vuestra sangre corriese por mis venas». En su celda, sobre el peñasco, Arsen encontraba el calor sereno y eterno de los muertos. Durante el rezo, tenía la impresión de no estar sola con Esclarmonde, hasta el punto de medir sus movimientos por temor a golpear el hombro de Renaud... Dios sabe que en vida Renaud ocupaba bastante espacio, muerto era todavía más alto y más ancho, su oración era como un trueno callado, una avalancha de silencio. Arsen nunca hablaba de aquello con su compañera.

Esclarmonde era una muchacha

ardiente. Hablaba de la muerte como de un encuentro deseado con el Amado, lo anhelaba con tanto fervor que muchas veces el obispo Pierre, sucesor de su tío abuelo, había tenido que conminarla a alimentarse, a velar con la lámpara en la mano en lugar de correr indiscretamente delante del Esposo.

Arsen quería bien a su compañera como se quiere bien a las flores primaverales, pues era la única que conocía lo que había de frescor pueril en esa virgen seca, exaltada y dolorosa. A pesar de su saber y de sus dones, Esclarmonde caía en éxtasis ante el canto de un mirlo, y, cuando entraba en

casa de un creyente, temía que la juzgaran maleducada porque, como no veía a las personas, no podía saludarlas como conviene.

A veces preguntaba a Arsen:

—¿Sabéis de qué modo moriremos?

—¿Cómo he de saberlo?

—Si es en el fuego, prometedme que me cogeréis de la mano o, si nos atan, que me hablaréis todo el tiempo que podáis.

—En ese momento —repuso Arsen — no tendréis más necesidad de mí.

—No es que tenga miedo, pero en mis sueños veo con tanta frecuencia un gran fuego encendido, y tanta gente

arrojada a él, que a causa de mi enfermedad me angustio por no encontraros.

—Sois como una niña —dijo Arsen con ternura—. ¿Quién de nosotros no ha soñado con grandes fuegos?

Nuevas hogueras se encendían por todo el país. Monseñor Pierre, obispo de Carcasona, se encontró entre los primeros quemados, con gran solemnidad, por orden del rey de Francia. La guerra se había avivado tanto que volvía a ser difícil viajar. Arsen era como un lobo blanco, resultaba muy fácil reconocer a su compañera ciega, demasiado difícil

protegerla; por todas partes donde habían pasado, Esclarmonde se había hecho notar por su voz y su rostro inspirado. Y el peñasco de Montsegur estaba ahora tan poblado de hermanos y novicios que a menudo tenían que alimentarse de bayas y madroños. En el pueblo de abajo escaseaban los víveres, había que ir a mendigar en las aldeas vecinas.

De nuevo, las cosechas ardían y los colgados y los mutilados se sucedían a centenares a lo largo de los caminos, el hambre cubría el país con su gran manto de duelo. De nuevo el soldado de cruz

roja estaba allí, lanza en mano, delante de las murallas de las ciudades y los pueblos. ¡Dios, ninguna peste ni plaga de langostas vuelve con tanta rapidez, los niños nacidos en plena guerra no han acabado de echar los dientes, las viñas vueltas a plantar comenzaban apenas a dar frutos! Los clérigos y los obispos les han llamado, y los han guiado, y les han abierto las puertas de las villas; el país se ha vendido por los diezmos, por las prebendas y los privilegios.

¿Qué hacer contra estas gentes malditas? Hay tantos que han muerto enfermos por los caminos que sus cadáveres apestan a una legua, y su rey

Luis, no el León sino más bien el Buitre, recibió una recompensa tan bella de su Dios que volvió a su tierra con los pies por delante, cosido en una piel de buey. Y siempre vuelven, como si en su propia tierra fueran tan desgraciados que tuvieran que robar la de los demás. Uno quiere vengar a un padre, otro a un hermano, a un amigo, otro quiere recobrar su bien robado a los señores legítimos... Pues los ladrones ahora se convierten en los robados, y los hombres restituyen la tierra de sus padres a los soldados de paso que la habían arruinado.

Ésa es ahora la justicia, ésa es la ley. El verdadero amo del país se convierte en ladrón, lo juzgan por haber protegido su bien y tiene que devolverlo a quien no lo ha poseído jamás. Se le culpa por lo que debería loarse a todo hombre; al haberse defendido le tratan de agresor, por haber protegido a los suyos pasa por traidor.

Si hacen semejante ultraje al propio conde, ¿no condenarán al país a un calvario? Pues la nueva paz trae la nueva justicia; los inocentes serán culpables, sólo los embusteros dirán la verdad, las víctimas serán castigadas,

los ladrones indemnizados, honrados los hombres sin honor. Fidelidad llevará el nombre de traición y traición el nombre de fidelidad. Todo ello por la gran falsedad del papa Gregorio, quien, no contentándose con haber hecho instalar guarniciones francesas incluso en Tolosa, entrega el país a los dominicos como se entrega un rebaño a los lobos.

¡Desgraciado quien vive en tiempos semejantes, desgraciado quien ha luchado durante veinte años para llegar a vivir esto!

En la pequeña sala blanca del castillo de Montsegur, el obispo

Bertrand ordenaba a los nuevos elegidos. Eran tan numerosos los hombres y mujeres vestidos de negro que rezaban por los postulantes que no cabían en la sala, sólo los mayores tenían acceso, los demás se quedaron en el cercado del patio, con los fieles venidos a Montsegur para pasar las Pascuas, y los hombres de la guarnición y sus familias.

Los postulantes eran unos veinte; solamente la mitad eran ancianos. Necesitaban más que nunca nuevos predicadores. En los trece años que hacía que los clérigos y los franceses habían firmado la paz, la Iglesia había

padecido como no lo hizo en los tiempos de la cruzada, pues los siervos del demonio habían conseguido levantar a hermanos contra hermanos por miedo a la prisión y al fuego. Habían torturado y quemado a tantos cristianos que en las villas no quedaba ya nadie que consolase a los moribundos, y en los campos un hereje apenas podía morar en el mismo sitio un mes seguido.

—Os envió entre lobos. Os envió a la hoguera ardiente, a la boca del infierno. Que vuestro corazón no se inquiete, pues así trataron a los profetas que vivieron antes que vosotros. Si moráis para siempre en el amor de

Cristo y guardáis sus mandamientos, ni el fuego ni ningún otro suplicio tendrán poder sobre vosotros, pasaréis a través de ellos enteros e intactos y sin mácula, saldréis lavados con la sangre del cordero.

»Pues su mandamiento es que amemos sin medida y sin fin, hermanos, el amor es ahora la vía más difícil, la que lleva con más seguridad a la muerte del cuerpo. Ha llegado el tiempo en que el amor de Dios ha tomado en esta tierra el rostro de la muerte. Todo hombre que os vea sabrá que pagaréis con vuestra vida el derecho a hablar de Dios. Los que no han nacido del demonio creerán

en vuestras palabras, pues las que nos llevan a la muerte no son palabras vacías.

»Guardaos de profanar vuestro ministerio con palabras vanas, ateneos a la única Palabra, explicada en el espíritu de los antiguos y de los padres de nuestra Iglesia. En tiempos como los nuestros, hermanos, la mies que sembraréis arraigará en los corazones con saetas de fuego; ni los pájaros ni los campos ni las zarzas podrán nada contra ella.

»Que os guíe la prudencia de la serpiente, no rompáis el instrumento antes de que haga su servicio. Pero que,

a la primera llamada, Cristo os encuentre dispuestos a testimoniar a fin de que el exceso de prudencia no se achaque nunca a la debilidad; no olvidéis que nuestros hermanos que aún no han sido iluminados miden la verdad de nuestras palabras por nuestro desprecio a la muerte. Pues el desprecio a la muerte no es un bien en sí, pero para las almas unidas a la carne es la única prueba de una fe sincera. Los tiempos en que vivimos son tales que quien se compromete con la vía arriesga su vida allá donde vaya, allá donde se encuentre, y a todas horas del día y de la noche.

»No tentéis a los débiles. Evitad entrar en las casas, exigir hospitalidad o servicios, si no es de parte de los fieles probados en la fe. Y ni siquiera a éstos les pidáis demasiado, pues corren el riesgo de pagar la fidelidad con su libertad o su vida; también corren el riesgo de flaquear bajo la amenaza y condenarse al traicionaros.

»Si alguna vez os someten a tortura y la debilidad de la carne os obliga a hablar, os autorizo a nombrar a los muertos, pues para nuestros enemigos los muertos son una presa deleitable y en su vana superstición creen poder hacer daño a las almas ensañándose con

la podredumbre y las cenizas. No obstante, no lo hagáis sin necesidad imperiosa, con el fin de no hacer sufrir a los seres queridos del difunto en sus bienes y sus afectos. Si os infligen sufrimientos tales que de buena fe no creéis tener la fuerza de callar, os autorizo a rechazar todo alimento para apagar vuestro cuerpo hasta la muerte; más vale reducirse así que denunciar a los que confían en vosotros.

»Que sólo el amor de Cristo os guíe. Que, a partir de ahora, no se mezcle con ninguna consideración terrenal, las desgracias y los reveses que hemos sufrido en los últimos meses

ampliamente nos lo han demostrado: ni las lágrimas, ni el buen derecho, ni el amor por una patria carnal han resistido contra el poder del demonio. Que sólo Cristo sea para vosotros la alfa y la omega, el primero y el último, el único propósito, la única vía y el único Salvador.

Condujeron a los nuevos iniciados a las celdas del peñasco para que se prepararan allí a su misión. Los fieles, hombres de guerra en su mayoría, comentaron con un respeto teñido de amargura el discurso del obispo; si había que renunciar a luchar, ¿cómo podían esperar vivir como personas?

Trece años hacía que Bérenger d'Aspremont había sido desposeído de sus bienes y cinco que le habían condenado a muerte por contumacia; llevaba la vida vagabunda de sus iguales, yendo de Cerdaña a Cataluña y de Corbières a Ariégeois, hospedado tan pronto en casa de un pariente de su mujer como durmiendo al raso. Desde que tres años antes, frente a Carcasona, recibió una herida en la pierna que le dejó un poco cojo, las ocasiones de luchar se le escapaban de las manos, las esperaba, las buscaba, hablaba de ellas

durante días entre amigos... Cuando uno carga con una familia, tiene que encontrar qué comer al menos una vez al día; en una tierra pobre no se da trabajo a cualquiera.

En el pueblo de Montsegur, a la sombra del gran peñasco, uno se olvida un tanto de las miserias de todos los días. La esperanza es tenaz como la sarna. Uno se dice: el emperador será quien venga a liberarnos, el rey de Inglaterra llevará un ejército de Gascuña para asediar Carcasona... Los franceses no se quedarán, nunca nadie ha disfrutado tanto tiempo de unas tierras robadas.

Gentiane de Montgeil era una gran dama a pesar de sus vestidos, tan remendados y zurcidos que ya no se veía la tela. En la casa para mujeres creyentes donde se hospedaba con su hija durante las fiestas de Pascua tenía derecho al puesto de honor, y las mujeres con vestidos de galones y cinturones dorados le cedían el paso. Condenada a la hoguera por contumacia al tiempo que su marido, pasaba por una de esas mujeres piadosas que, sin estar bautizadas, casi tenían la dignidad de cristianas. Hablaba en voz alta y no dejaba que nadie olvidase que su madre tenía una celda en el peñasco desde

hacía veinticinco años; ni que su padre había sido despedazado a hachazos en la plaza mayor de Carcasona por matar a más de trescientos cruzados; por derecho, pertenecía a la mejor nobleza del país. Era tan respetada que a menudo tomaba la palabra en público, y hablaba bien.

«¿De dónde sacan el cuerpo y el corazón la fuerza para no abdicar? Nunca hubiera creído —pensaba Gentiane— que viviría tanto tiempo, y no me siento más vieja que cuando dejé mi casa por primera vez. En absoluto más vieja, aunque tengo cerca de cincuenta años. Hemos esperado la vida,

cada día decíamos: "Mañana". Mañana la victoria, mañana la felicidad, mañana el reposo. Nos hemos acostumbrado, lo decimos siempre. Y desde hace treinta años el cerco no ha hecho más que cerrarse a nuestro alrededor. Decíamos: "Quiera Dios que nuestros hijos vean el final de esta guerra". Ahora tenemos que decir: "Quiera Dios que nuestros hijos no vean el final, y que nuestros nietos tengan todavía la fuerza de resistir...". No podemos pedirles eso, es demasiado cruel.

»Hemos tenido una vida cruel, pero libre.

»De la libertad nuestros hijos no

conocen más que esto: hambre, miseria, fatiga. Somos honrados y respetados, pero nuestros mejores amigos no nos reciben de buena gana en su casa. Basta con un mozo descontento, con una muchacha acobardada... Muchas personas nos dicen: "No sé si puedo contar con mis criados". ¡Ay, pronto no sabrán si pueden contar consigo mismos!

“El ascenso hacia el castillo era duro; Bérenger tenía que apoyarse en su bastón, pues su pierna herida se cansaba pronto. Por delicadeza, los jóvenes se esforzaban por caminar también lentamente. Aquel día la muchedumbre de peregrinos era grande, como todos

los días desde Pascua a la Ascensión; ese año más que de costumbre. Sabían que en poco tiempo el ejército cruzado del senescal de Carcasona iba a ocupar el país, sin duda para largos meses.

Gentiane caminaba al lado de su marido, con los ojos levantados hacia el castillo que, erigido sobre la roca, evocaba un gran navío echado al cielo.

—¿Pediréis esta vez la gracia de entrar en probación, Bérenger?

—No creo, vida mía. Todavía soy un hombre válido, mi pierna no me impedirá luchar si es preciso. A vos no os retengo; si quieren aceptaros aquí, estaréis mejor que en el valle.

—Hemos estado demasiado tiempo juntos para separarnos ahora. Si os prenden, prefiero que me prendan con vos.

Él se encogió de hombros.

—Si quisieran ejecutar a todos los condenados por contumacia no encontrarían suficiente madera para las hogueras. Se contentan con dejarnos llevar esta vida.

Gentiane miró a sus hijos, que les seguían de cerca, deteniéndose en las curvas serpenteantes para contemplar el amplio valle y la pesada masa del monte Thabor.

Eran cuatro: Ricord, Raymonde,

Bernard de Frémiac, el marido de Raymonde, e Izarn, el hijo que Bérenger había tenido a los cuarenta años cuando, empujado por el demonio, se había unido a una concubina. Los cuatro tenían la gracia un tanto ruda de los animales montañeses: la pierna ágil, el ojo seguro y siempre al acecho, la cabeza alta, erguida sobre los hombros. Desde la cuna les habían enseñado tanto a amar el bien y a odiar el mal, que no buscaban más que bien y mal en todo lo que veían. Eran ardientes y sentían avidez de vivir, y el espíritu no les decía que tenían derecho a la vida. La vida estaba allá arriba, sobre el gran peñasco donde se

levantaba el castillo, estaba encerrada en el obispo, los diáconos y los buenos hombres; estaba en el conde, en el rey de Aragón o en el emperador de Alemania; estaba en las llamas de las hogueras y en las prisiones. Estaba en las canciones y en las plegarias, y en la sangre de los enemigos de Dios.

La vida se hallaba tan lejos y tan alta que se habían acostumbrado a recorrer con la vista los horizontes y a despreciar profundamente su propio cuerpo. También ellos estaban condenados por contumacia, salvo Izarn, que todavía no tenía catorce años en la época del proceso. Para ellos, era una especie de

título honorífico. Muchos de sus compañeros estaban en el mismo caso y no lo llevaban peor. Solamente era preciso no dejarse ver demasiado por las villas.

Cualquiera de los tres jóvenes, si alguna vez se encontraba con un hermano pecador, se hubiera precipitado sobre él para cortarle la garganta, y con alegría; y sin embargo eran muchachos sanos, sin maldad ni orgullo, como lo son a menudo los niños acostumbrados a la vida dura. Afortunadamente, ninguno de ellos había tenido ocasión todavía de cometer una buena acción de ese tipo. Gentiane pensaba: «Cuando faltemos

nosotros, se perderán». A causa de aquello, no quería abandonar el mundo.

Con una emoción recogida, Gentiane contempló a la anciana desconocida en que se había convertido su madre. Seca, casi endeble, con la piel dura como el pergamino, los ojos seguían siendo grandes entre las profundas arrugas de sus párpados, los dientes todavía sólidos bajo los labios marchitos pero firmes. No era un rostro hermoso, era como el vestigio de un rostro más bello de lo que lo fue el de Arsen.

Desde detrás de los pliegues del velo negro, los ojos sonreían,

desbordantes de candidez y buen humor; volver a ver a los suyos siempre era una fiesta para ella. Los recibía como si fueran ellos quienes le hicieran un honor. La celda era demasiado pequeña, los visitantes tenían que apretujarse quisieran o no sobre la plataforma de piedra que había en la entrada, encima de una pequeña hondonada donde crecían los avellanos.

—Esta parte del peñasco se ha convertido en un auténtico pueblo —explicó Arsen—, las santas crecen aquí como champiñones. ¡Qué cola para recoger agua en el pozo!

En efecto, en cuanto llegaban al pie

de los muros del castillo, los visitantes se sentían embargados por aquel olor a santidad que reinaba en la cima del peñasco; un olor que, cerca de las cabañas amontonadas las unas sobre las otras, era más bien penetrante y sin embargo diferente al olor humano corriente; el sudor y el aliento de aquellos ayunadores perpetuos parecían oler a cera vieja, o a resina, o a manzanas ácidas, y uno se acostumbraba enseguida. Pero la presencia de tantos seres modelados por la oración embriagaba como un vino demasiado áspero. El más incrédulo de los hombres no podía resistirse mucho tiempo, hasta

el punto que los ignorantes decían que el lugar estaba hechizado.

Bérenger y los jóvenes se sorprendieron al ver a la anciana sonreír y hablar de cosas banales, después de haberlos bendecido solemnemente. Y cada una de sus palabras tenía para ellos un sentido oculto, como si procedieran de un mundo del que ellos no participaban en absoluto. Se sentían bendecidos por Dios porque ella se alegraba de verles.

—No podré alojaros a todos, porque no tenemos espacio —dijo—, y hace demasiado frío para dormir fuera... — Posó la mirada pensativa en cada uno de

los cuatro jóvenes, por turnos, y exclamó—: ¡Qué niños más hermosos!

Eso debería de ofenderles, porque no eran niños, Ricord pasaba de los veintiséis años, pero los ojos de la anciana, radiantes de ternura cálida y sosiego, les hacían pensar que eran realmente niños a su lado, y menos que eso.

—Ricord —continuó con labios temblorosos—, Ricord, ¿todavía no estás casado, a tu edad...?

El joven se encogió de hombros con una media sonrisa que significaba: ¿cómo podría estarlo?

—Se le ha metido en la cabeza —

dijo Bérenger— casarse con la hija del carretero de Chalabre. Pero por lo visto somos demasiado bajos para pretender a la hija de un carretero. Debería conformarse con una muchacha noble, como ha hecho Bernard.

Lanzó una mirada afectuosa y cómplice a su yerno. Tenía por los tres chicos y la muchacha una pasión tan fuerte que se sentía, a su pesar, culpable hacia ellos.

Arsen bajó los ojos. Ella no se sentía culpable, pero sí molesta ante aquellas gentes que, a su parecer, pagaban demasiado cara su fidelidad a la fe. No es justo condenar a muerte a

fieles que no están bautizados ni investidos, es igual que pedir cien escudos a quien no debe más que diez. ¿Podía tratarse de hereje a un hombre que había recibido el bautismo de los moribundos y a continuación había retomado la vida militar? «En nuestro tiempo sólo condenaban a los cristianos...». Sicart e Imbert, sus dos hijos supervivientes, tuvieron que enrolarse en una tropa de mercenarios aragoneses como simples soldados. ¿Tendrían que beber de aquel cáliz también esos apuestos muchachos de rostros claros y dorados? Pues es la miseria, más a menudo que la crueldad

del corazón, la que lleva a los hombres a hacerse salteadores.

Bérenger hablaba. Estaba lúgubre por una vez, y desanimado; pensaba en las mismas cosas que Arsen.

—Mientras vivía en el pecado — explicaba— era honrado por los hombres, rico, estaba rodeado de amigos y seguro de mis derechos. En el Toulosain tengo familiares y amigos que son de nuestra fe y que han prestado juramento cada vez que se lo han exigido; y que ahora van a misa los domingos y comulgan tres veces al año; por eso han conservado sus bienes y pueden donar a la Iglesia y ayudar a los

buenos hombres. Sin contar con que viven en casas y que pueden casar a sus hijos como les place.

»Yo he cometido muchas acciones que son pecados para Dios pero que no lo son a los ojos de los hombres. Nunca he violado ninguna ley de mi país. Puedo decir con toda franqueza, señora, que no me han reprochado otra cosa que mi fe; ninguna violencia, ni rebelión, ni saqueo; y en el proceso, según he sabido, no me han encontrado falta alguna, más que el haber recibido el bautismo cuando me hirieron, y el haber albergado y protegido a cristianos. Eso no lo he escondido nunca, más de cien

personas nos han denunciado a mi mujer y a mí. De todo ello no nos lamentamos, prefiero llevar la vida que llevo a que me obliguen a ir a misa todos los domingos.

»Aunque pensamos que si el conde llega a retomar los castillos que el rey de Francia le robó y a echar a los pecadores, al menos una parte de las sentencias serán revocadas, y dejarán a los hijos vivir como les plazca y ponerse al servicio del señor que deseen... Pues incluso una mala justicia deben hacerla hombres de espíritu sano, y no locos, no se puede dejar que toda esta juventud se pudra viva en los

bosques y en las cavernas. Y ahora que el conde se ha sometido como no lo había hecho nunca todavía, y que no tiene más justicia, por así decirlo, que la Inquisición, no sé de qué lado volverme, pues si nosotros, que hemos aguantado tanto tiempo, tenemos que huir a Lombardía, tanto valía que lo hubiéramos hecho cuando todavía tenía dinero y los niños eran pequeños.

Arsen meneó la cabeza.

—Sé que la vida es dura para los pobres en los países extranjeros, pero en Lombardía no os impedirán vivir según la fe.

Ante aquello, Ricord se irguió y se

sonrojó; sus ojos, ardientes de un fuego sombrío, miraban de lado, como si no se atreviera a dirigirlos hacia su abuela.

—Mientras haya enemigos de Cristo en el país —dijo con voz ronca—, nos quedaremos.

Su padre frunció las cejas y se sonrojó a su vez por lo que consideraba una falta de tacto y una fanfarronada. Con todo, era un grito del corazón.

—No, Bérenger, dejadles hablar delante de mí —solicitó Arsen—, apenas he oído sus voces. Y Dios no me concede a menudo la alegría de ver a mis niños.

Los jóvenes no tenían miedo; no

estaban intimidados, sino recogidos. La anciana era su mayor riqueza en este mundo, su orgullo, su herencia, su parte de Dios. Vieja, muy vieja, tenía más de setenta y cinco años, ellos la imaginaban casi centenaria; tan vieja que la fuerza del espíritu se había acumulado en ella, se había multiplicado y aumentado, y había hecho de ella un gran imán que atraía hacia sí las almas como limaduras de hierro. El parentesco de la carne es poca cosa; pero no tan poca cosa que no pudieran decir: «Nuestra pariente. También está nuestra carne y nuestra sangre en la montaña santa, también nosotros somos de la familia de los que

allá viven». Bernard e Izarn, que no tenían ningún parentesco de sangre con la anciana, pensaban como los otros dos; el vínculo que les unía era todavía más fuerte que el vínculo de la sangre.

Allí estaba ella, plegaria viva, reliquia, sacramento, protectora humilde y tierna, protectora que ellos hubieran protegido con el precio de sus vidas (puesto que la fuerza de Dios no es la del mundo). ¿Hablarle? Pero si ella lo sabía todo por adelantado. Raymonde no hubiese osado levantar la voz ni siquiera para decir: «Me gustaría quedarme a vuestro lado». ¿Quién merecía tal honor? Ni siquiera su madre, apenas

aquella mujer ciega, alta y delgada, que se desplazaba por la cabaña con sus gestos bruscos y graciosos de corzo cautivo.

Gentiane y Raymonde se quedaron a pasar la noche en la celda de las buenas mujeres, los hombres fueron a buscarse un refugio en la montaña con otros visitantes; en realidad, en la estación de Pascua la montaña bullía de gente, en las celdas de los buenos hombres sólo había sitio para los ancianos y los enfermos. Los peregrinos acampaban por el peñasco cerca del sendero, encendían fuegos para calentar las galletas y los

pescados ahumados recibidos como regalo o traídos del pueblo. En realidad, nadie se acostumbra al hambre; eran numerosos los que decían a toda prisa sus dos u ocho *Pater noster* para empezar a comer antes.

Después de recitar sus oraciones, Arsen fue a sentarse al umbral; con la edad casi había perdido la costumbre de dormir. En la celda, Esclarmonde rezaba en voz alta; Raymonde, echada en el suelo, dormía. Gentiane la tapó con su capa, pues la noche era fresca, salió y se sentó a los pies de su madre.

Por el cielo corrían nubes largas y finas, persiguiendo una media luna

blanca y brillante. Un ruido de voces sordas, de cantos, de oraciones, llenaba la noche; la montaña parecía vivir con más ardor todavía que a pleno día. Las dos mujeres veían, a algunos pasos de sus pies, el sendero que desaparecía en un precipicio sin fondo; a su izquierda se alzaba el castillo, gran puerta negra en el cielo gris. Sobre la muralla, unos centinelas cruzaban señales luminosas con los hombres del torreón.

—¿Todos los días encienden tantas antorchas? —preguntó Gentiane.

—No... Pero ya sabes lo que pasa ahora, los soldados no están tranquilos. Nos asediarán dentro de unas semanas,

los obispos y los clérigos recluían milicias por todo el país.

Gentiane suspiró.

—Estaréis separados del país durante todo el verano. Será una gran desgracia para todos nosotros.

—Hija, no se quedarán sólo en verano, sino también en invierno; aquí sabemos bastante bien lo que ocurre en los consejos de los malvados. Dentro de un mes no quedarán en la montaña más que los que estén obligados a quedarse, pues no habrá más lugares seguros que el propio castillo y las cabañas que están debajo. Mi compañera y yo tendremos que marcharnos de esta casa

para ir a vivir en la de una buena dama que vive en la esquina de la muralla oeste. Para mí —añadió tristemente— es un poco como si cambiara de país. Al menos estaremos más cerca de la casa de oración.

—¡Madre, no tomarán el castillo!

—No es nada fácil de tomar. Pero harán mucho daño, tengo esa corazonada. Cristo se ha manifestado demasiado en estos lugares, y por eso dicen que no hallaremos paz. La bestia se arma con todos sus dientes y todas sus garras porque no le es posible soportar todo lo que en la tierra habla de Dios. A nosotros, en realidad, no puede

hacernos nada; pero tengo el corazón en duelo por aquéllos que nos ha confiado el Señor, pues devorará a muchos.

Gentiane dejó caer la cabeza sobre las rodillas de su madre.

—Estoy cansada —repuso—, no me avergüenza decirlo, pues incluso con pesos de veinte libras en las manos y en los pies seguiría caminando. Nos han cortado todos los caminos, incluso el del exilio; hemos llegado a un grado tal de pobreza que donde estamos mejor es en nuestras montañas... más cerca de los lobos, en realidad, que de los hombres.

»Madre, mi hija ha tenido dos niños. El segundo vivió tres meses enteros. Le

lloró mucho, pues la carne se agarra por fuerza a su propia carne. Si tiene más hijos, ¿qué haremos? Hasta yo lloro a veces de hambre. Nuestros hijos, a pesar de todo, han servido hasta ahora; pero los señores que nos querían bien se han adherido todos. Preferiría verles muertos que convertidos en salteadores, ¡y vos sabéis que no lo digo por dureza de corazón! La mitad del tiempo vivimos de la caridad de la Iglesia, lo que no es muy decente, pues no somos viejos ni estamos enfermos.

»Sólo ahora he comprendido que la vida de cristiano en esta tierra no puede ser más que ésa: miseria sin fin y sin

esperanza, sin propósito y sin salida. Mientras teníamos esperanza no éramos cristianos, sino paganos como los demás. Madre, ya que solamente estamos condenados por nuestra fe, esta condena es justa según las leyes del mundo. Está dicho: "Os perseguirán por mi causa". Eso al menos es seguro, no nos persiguen por nada más.

»He querido hacer cristianos de nuestros hijos, y enseñarles que nada cuenta más que la verdad de Cristo y la Iglesia. Pero ellos se dicen: "Nos armaremos con cuchillos afilados y con lanzas sólidas, y arremeteremos contra los enemigos de Dios". Sólo piensan en

eso. Para ellos nuestra vida hambrienta y humillada no es una vida, y yo ni tan sólo tengo fuerzas para decirles: "Es justo que no tengáis otra vida". Porque es justo, madre, pero al mismo tiempo es injusto, ni yo sé cómo explicároslo, pues yo también me quiebro la cabeza en vano.

»Ya que de todos los inocentes ellos son los más inocentes, puros de toda mancha (aunque a Ricord le bautizamos, pero la culpa es mía), educados en la fe, no conocen otro mal que las debilidades corrientes de la carne. Cristo tuvo piedad de los niños, a quienes no hay que escandalizar, y de

los desnudos y de los hambrientos, y de los que están en prisión... De los niños no dijo: "Obligadles a tener todavía más hambre y más frío, y a ir a prisión y a subir a la hoguera". Él no lo dijo, ¿he de decirlo yo?

—Ya no tienen elección —dijo Arsen.

Gentiane permaneció mucho rato sin responder; seguía con los ojos la luminosa danza de señales reanudada más bellamente todavía sobre el tejado del torreón; a juzgar por la amplitud de los focos, debían de hablar con alguien del pueblo, abajo. «Hasta en este lugar de inmensa paz —pensó— no nos dejan

más libertad que la de derramar sangre».

—Debería decir: «Dichosos los que nunca han tenido elección». Han crecido forzosamente en la vida buena; por otra parte, no había en ello ni fealdad ni traición. Pero que Dios tenga piedad de los pequeños que le digan un día: «Señor, no hemos golpeado, no hemos buscado, no hemos tenido que vender nuestros bienes para adquirir la perla carísima; todo estaba ya vendido».

»Madre, esta vida agota los corazones como un sol demasiado ardiente seca las plantas. Nuestros corazones llevan mucho tiempo quemados; ya no siento odio por

nuestros enemigos, sino un desprecio insaciable como el hambre. Nunca seré una cristiana, y sé que tenemos que ser fieles a Dios sin esperar la salvación, porque nuestros enemigos de este siglo son tales que jamás podremos amarles ni perdonarles.

—No saben lo que hacen —declaró lentamente la anciana—, Olvídate del hombre malvado para no ver más que la fiera feroz que es en realidad; nos entregan a las fieras como hicieron con los cristianos de los primeros tiempos. A fieras más inteligentes y crueles que los leones, pero no más culpables; sólo su amo es culpable. El jefe de estos

hombres perdidos, que ellos llaman Domingo, era, dicen, semejante a un perro adiestrado para ladrar muy fuerte y devorar a los cristianos. ¿Puedes despreciar de corazón a un perro? Un animal puede darnos miedo; puede incluso hacernos débiles a causa de ese miedo; pero en sí mismo no es nada. Hay que saber amar su miseria carnal y compadecer al alma perdida que acaso grite de dolor al sentir que mora en un cuerpo de animal.

—¡Ay, yo no tengo vuestro discernimiento, para mí un hombre no será nunca un animal! Madre, quieren enviar un ejército a tomar este castillo y

quemar a nuestro obispo y a todos nuestros buenos hombres, y a todas las mujeres cristianas que están aquí, y a vos, madre, a vuestra compañera y a las madres y a las abuelas de tantos amigos nuestros. Y de este castillo quieren apoderarse para mancillar y profanar el lugar donde venimos a rezar, y para burlarse a su manera de nuestra fe. Antes devoraban los cuerpos, ahora devoran los cuerpos con sus almas; y los animales no hacen eso.

—¿Y cuándo tomarán este castillo? ¿Cuántos cristianos no han quemado ya, y entre los más fuertes en palabra y en actos? No tenemos por qué temerles, son

ellos quienes nos temen.

—Madre, ¿qué será de nosotros si nos quitan hasta este refugio?

—Está dicho: «Las puertas del infierno no tendrán fuerza sobre ella». La piedra sobre la que se edificó la Iglesia no es, que yo sepa, el peñasco de Montsegur, ni ningún otro peñasco, por fuerte que sea.

—Sí, ya lo sé —dijo Gentiane—. Pero nosotros estamos en la tierra y esa piedra está en el cielo.

Por la mañana, una niebla de blancura resplandeciente cubría el valle, y la montaña surgía de ella, clara y

dorada como el primer día de la creación. El castillo recién pintado y rodeado por su débil cinturón de cabañas grises y de estacas semejaba un gigantesco pájaro que hubiera hecho su nido en la punta del peñasco. Sus enormes ventanas brillaban al sol naciente como ojos.

Para no perturbar las oraciones de las santas mujeres, Gentiane y su hija habían descendido hacia el sendero. Abrazada a un pino casi suspendido en la ladera del peñasco, Raymonde miraba abajo; precipicios por todos lados, murallas hechas de pinos y robles, cortados por salientes rocosos, y un mar

de niebla al fondo. El sueño había alejado del rostro de la joven toda huella de cansancio y de tristeza; con todo y ser pálida y delgada, ojerosa y de labios agrietados, resplandecía de frescor. Su mirada maravillada parecía descubrir signos mágicos o danzas de hadas entre los juegos de los velos de la niebla en los árboles azules. Raymonde era esbelta como un muchacho y ágil como una cabra; tenía los pies, desnudos, duros y negros, y las trenzas semejantes a dos colas de perro mojadas. Se reía de ello, con su bonita despreocupación de muchacha enamorada y sana que duerme todas las

noches entre los brazos de su amado. «Una joven feliz —pensaba Gentiane—. La vida dura es un viento que atiza las llamas del amor». Bernard, casado desde hacía siete años, estaba tan loco por su compañera como el primer día de sus esponsales; nunca había conocido a otra mujer.

Repartidos entre las gruesas piedras en torno al fuego apagado, los jóvenes se disponían a levantar el campamento después de recitar convenientemente sus oraciones; se abrochaban los cinturones, ataban los cordones negros en torno a la pantorrilla y se sacudían la ropa llena de musgo húmedo. Eran unos veinte, todos

de la misma sangre o, mejor que eso, hermanos en el mismo amor y en el mismo odio. Algunos llevaban zapatos de cuero fino y polainas nuevas, rojo vivo o violetas o verdes, pero nadie les envidiaba ni despreciaba por ello; el azar había hecho de ellos católicos provisionales, el azar, mañana, podía arrojarles a prisión o a Tierra Santa, o, sencillamente, al gran señorío de los bosques y de las rocas donde sus ropas nuevas tendrían mucho tiempo para desteñirse... No eran como sus padres, ellos no se pasaban el tiempo previendo, esperando o desesperándose. La vida no se acaba con veinte años, les debían el

milagro. En tres años el país se había sublevado dos veces, dos veces había faltado muy poco; a la tercera va la vencida, o a la cuarta. El enemigo no era real, el enemigo estaba lejos, en Roma, en París, en Carcasona, en los conventos, en los palacios, en todas partes donde no estaban ellos; y sólo ellos eran reales, ellos y sus amigos. Se creían fuertes como el mundo.

Subían por grupos hacia el castillo, cruzando saludos con los soldados de la torre de vigía que se alzaba en medio de las rocas, rodeada de inmensas estacas muy nuevas, descortezadas hacía tan poco que todavía olían a resina. En esa

montaña se respiraba la libertad, se saboreaba en el pan de los buenos hombres, se hallaba en todas las miradas. ¿Quién iba a creer que tomarían nunca aquel lugar? Los perros pueden ladrar, ¡que vengan! Serán bien recibidos.

Bérenger miraba de lejos a sus tres muchachos perdidos entre la multitud de sus compañeros; y aquella mañana no sentía ni lástima ni tristeza... Le invadía la paz severa que subía de las celdas, que parecía hacer palpitar lentamente los corazones de las rocas. «Mis hijos sacrificados, mis hijos rechazados del mundo, excomulgados y proscritos;

condenados por todas las justicias de nuestro país. Condenados por nada, condenados por las faltas de sus padres. Nunca les hemos pedido su opinión. Consideradlo, Señor, acaso podía yo decirle a mi hijo: "Ricord, preséntate en el convento de los dominicos de Tolosa para aguardar tu turno entre la muchedumbre, ante la puerta... Ve a decir que siempre has detestado nuestra fe y que quieres obedecer a la Santa Iglesia. ¿Nombres? Mis padres. Tus padres, se burlarán, están lejos, nombra a los que conoces en la ciudad. ¿Muertos? Ya los conocemos, nombra a los vivos. Y no sólo uno o dos, sino diez

o veinte o treinta; si no dices bastantes mejor que no vengas, no olvides que no has venido de pleno buen grado, que te han convocado, que te han denunciado como creyente. Tú no te librarás, la prisión perpetua o tantos nombres como queramos exigirte. Tu arrepentimiento no es sincero, eres un perro que vuelve a su vómito".

»¿A eso expondría yo a mis hijos, Señor, como tantos otros han hecho? Si lo hubiera hecho, me los habrían enviado por dos o tres años a Tierra Santa, ya habrían vuelto, estarían en servicio regular en el ejército del conde. Un mal momento que pasa, la

humillación se olvida, son jóvenes... No lo pensé, seguía creyendo que nuestro conde sabría protegernos y expulsar a los malditos. Han sido más fuertes que él, helo que se une a ellos para destruir nuestra Iglesia. A nosotros, que le hemos servido a despecho de todo. Despojados, perseguidos, traicionados, nosotros le servimos; no sólo queríamos nuestros bienes, Dios lo sabe, sino el respeto de nuestra fe.

»Nuestro amo legítimo nos traiciona, piensa: "Por su fe maldita mi país se ha perdido". Que Dios le perdone, su padre no habría dicho eso, podría buscar a vasallos más fieles que nosotros hasta el

Juicio final. Ahora ya no somos sus vasallos, sino los de vuestra purísima Iglesia, que no os han fallado nunca.

»Es mejor, Señor, que estén a vuestro servicio en lugar de al del conde; es cierto que vos no nos dais caballos, ni cotas de mallas, ni dinero; vuestro servicio es fidelidad y pobreza. Ahí están, investidos con la rica armadura que Jesucristo promete a los que le sirven: sin camisas, con sólo vestido, y aun roto en todas las costuras.

»Los jóvenes discutían entre ellos, con la gravedad de su edad, una gravedad prestada que también parecía romperse bajo una insolente alegría de

vivir. Una sangre gozosa corría por sus venas, todo estaba permitido, todo prometido por adelantado, su vida era bastante dura para concederles todos los derechos. Rostros oscurecidos por el sol, cabellos retorcidos por el viento, lavados por la lluvia, mejillas llenas de cortes por las malas navajas; una mirada confiada y dura cuyo fuego haría a cualquiera bajar los ojos.

Hablaban con los soldados de la torre de vigía, muchachos como ellos, nobleza de los bosques, carne de prisión, hermanos en Cristo. Hablaban del asedio. Todo el mundo estaba resignado a lo que pasaba en Carcasona,

sabían el día que tendrían que levantar el campamento y evacuar el pueblo de abajo, cuáles serían los caminos practicables y con qué milicias de burgueses se podría contar; no todos los cruzados eran enemigos por fuerza.

Lo que no sabían era lo más importante: el buen emperador Federico iba a levantar un gran ejército y a bajar por el Ródano, pues quería ocupar Provenza y de ahí caer sobre los franceses por la retaguardia. Ese día el conde llamaría otra vez a todos los desterrados y no quedaría ni un dominico en el país, los masacrarían a todos, cada uno podría hacer una capa

blanca para su amante con sus hábitos blancos... El papa en su palacio dorado tiembla ante el emperador, pues le ha ultrajado tan gravemente que nunca habrá paz entre ellos.

Abrirían las prisiones, dejarían a los exiliados volver a sus casas, castigarían a todos los traidores.

—No, a todos no. Sólo a los mayores.

—¿Es que tú los conoces?

—No, amigos, no castigarán a nadie; la vergüenza les bastará... Esos días subiremos hasta la puerta del castillo de Montsegur a caballo de cruzados, y regalaremos a nuestro obispo el botín

conquistado.

«En realidad no lo creen —pensaba Bérenger—, ¿quién va a creerlo? Tienen la cabeza sobre los hombros. No se lo creen, pero a su edad se quiere que haya justicia en este mundo. Dichosos los hambrientos de justicia. Éstos están hambrientos por ellos, pero no solamente por ellos».

Arsen bendijo a sus hijos antes de la marcha.

—Presiento que no volveremos a vernos —dijo—, pues soy vieja, y nos esperan días difíciles. Tú, hija, la única que me recuerda todavía al compañero

que tanto amé, no nos olvides a tu padre y a mí. Pues ya hace muchos años que él murió, y como me llamaba aquel día siento que me sigue llamando; y si, a pesar de mi edad, he de perecer también en el tormento, no sé a qué nombre llamaré junto con el de Dios. Mi débil carne ha amado mucho, y la mirada y la voz de los amados que me han dejado viven en mí como granos en un terrón de tierra. Tú vivirás en mí, hija, mientras me quede una gota de sangre, como tus hermanos muertos, como tus hermanos perdidos por los caminos de la desgracia. El día de mi muerte te llamaré y tú me oirás.

»No sé lo que diré ese día, pero sé que tu padre, en manos de su verdugo, me dijo que no tenía odio, sino solamente amor, amor sin razón, sin fin y sin comienzo. El amor nunca está perdido, nunca es en vano, nunca muere; si he vivido tanto tiempo es para poder decírtelo mejor. Nunca, ni en la tierra ni en el cielo, seremos vencidos si hemos amado hasta el final.

—Pedid a Dios —dijo Gentiane, doblando la rodilla— que nos conceda la gracia de amar así.

Abrazó a Arsen y a su compañera ciega, luego subió hacia el castillo. Le parecía que su madre no moriría nunca,

o bien que ya estaba muerta. Las dos cosas eran una, vivía por los siglos de los siglos con su amor inquieto, tembloroso, inmutable y testarudo, su inquebrantable amor semejante al fuego y al agua, su amor demasiado paciente. «Nadie puede nada contra ella. Entonces, ¿por qué me duele tanto el corazón cuando pienso que pueden entregar a las llamas su vieja carne reseca? Me duele tanto que daría mi vida por impedirlo. ¿Cuál es el poder de la carne?». ».

—Bérenger —repuso—, ¿no dice nuestro Señor, en san Lucas: «Que quien no tenga espada venda sus ropas y

compre una espada»?

El hombre se encogió de hombros.

—A nosotros no nos queda nada que vender.

Las armas que le quedaban estaban ocultas en una caverna a cuatro leguas de allí, en un bosque cercano a Chalabre. Yen efecto, era poca cosa.

—Bérenger, cuando los discípulos le mostraron sus espadas, él dijo: «Esto basta». Y sin embargo no bastó; y le dijo a Pedro que volviera a envainar la espada. ¿Qué quería hacer con esas espadas, pues?

—Monseñor Raymond dice que ahí se trataba de las dos espadas

espirituales que son fe y caridad, y que era como una parábola.

—No obstante, eran espadas de verdad, Bérenger. Eran demasiado pocas, pero no dijo que las tiraran.

—Tampoco tiraremos nunca las nuestras. Pero tenemos tan pocas que también ellas acaban por convertirse en una especie de parábola, más que ser armas verdaderas.

—Este castillo no se entregará jamás, Bérenger. Incluso en este mundo permite Dios que haya signos visibles que hablen de él. De otro modo, no habría salvación para las almas.

El hombre movió lentamente la

cabeza gris.

—No habléis así. Los hijos pueden decir eso, nosotros no. Aunque nos ocurriese una desgracia semejante, Dios no sería más rico ni más pobre.

—¡Pero nosotros, Bérenger, nosotros nos volveríamos más pobres que Job! Dios no permitirá que nos lo quiten.

(El castillo de Montsegur fue tomado un año después. Quemaron a cerca de doscientos herejes investidos, además de a unos veinte creyentes convertidos en el último momento; entre los herejes se encontraban el obispo Bertrand Marty, los diáconos Raymond Aguilher, Raymond de Saint-Martin, Guillaume,

Clamens, Pierre Bonnet y un elevado número de cristianos conocidos y desconocidos).

III. LOS FIELES

1246

Dos años después de la toma de Montsegur, Bérenger y Gentiane d'Aspremont vieron el fin de su vida errante. Sus hijos ya no estaban con ellas; servían en una compañía de soldados al margen de la ley, como ellos, que pasaba de Corbières a Rosellón y de Rosellón a Cerdaña, y vivían en la región. No era difícil

franquear el paso que separa al proscrito del salteador de caminos; basta con tener hambre de verdad y poseer armas. Estos soldados humillados conservaban una fe que les hubiera movido a caminar diez leguas de caminos de montaña en pleno invierno para ver a un buen hombre de paso en la región; pero esos buenos hombres eran cada vez más raros. Los pecados del soldado son grandes, sobre todo los del soldado a quien nadie paga.

Bérenger, demasiado viejo y cansado para esa vida, iba de pueblo en pueblo y se ganaba el pan como podía; sabía leer y escribir y comprendía el

latín, enseñaba a sus huéspedes canciones que sabía o que componía él mismo, lo que le valía el apodo de «trovador». Gentiane todavía tenía voz, pero no cantaba más que en presencia de mujeres. Desde luego, no podían quedarse más de dos semanas en el mismo burgo, la gente sospechaba que eran contumaces.

Con todo, fue en un bosque donde les prendieron, en el transcurso de una batida dirigida por el baile del señor de Mirepoix. Buscaban a una mujer hereje que, por otra parte, ya se había marchado de la región. El jefe de la pequeña tropa de hombres armados

distinguió a Gentiane, encaramada a una roca que dominaba el camino. Bérenger, sentado detrás de la roca, no los había visto.

Ella hizo ver que se encontraba mal y suplicó a su marido que fuera a buscar agua; la fuente estaba a más de un cuarto de legua.

—¿Cómo voy a dejaros si os veo en este estado?

—Por Dios, vida mía, no os demoréis, id rápido si no queréis que muera. Corred, aguantaré hasta vuestro regreso.

Él cogió la cantimplora.

—¿Cómo puedo dejaros? Tembláis

de fiebre.

—Es de sed. Id. ¿Acaso queréis que muera?

Mientras él se alejaba, ella dijo a media voz:

—Bérenger.

Él se volvió y ella le hizo gestos de que corriera. Luego, Gentiane se dirigió al camino. «Si buscan a una mujer hereje, no irán más lejos cuando me hayan visto». Los hombres del baile la alcanzaron pronto.

—¿Sois vos la llamada Braïda de Bélesta?

Ella dijo que sí.

Su engaño no le sirvió de nada;

como el lobo que se deja coger al seguir el rastro de su hembra prisionera, Bérenger acudió por sí solo a entregarse al baile, adivinando que su mujer no se había desvanecido en el aire durante su ausencia. Los enviaron a los dos a Tolosa con escolta.

Por el camino tuvieron tiempo de discutir la situación. Durante los altos nocturnos les dejaban bajo la vigilancia de un solo guardián, después de haberlos encerrado en una cueva. En casos semejantes la Iglesia recomendaba a los fieles todavía no investidos que se sometieran a las leyes del siglo y que no diesen testimonio más que si se sentían

impulsados por un deseo irresistible; y en ese caso aún era mejor abstenerse, a menos que encontrasen en la prisión a un cristiano que pudiera concederles el bautismo *in extremis*.

—Con sesenta años —repuso Bérenger— no me deshonraré ni abjuraré de mi fe. Yeso para pasar unos años de mi vida en prisión. ¿Es eso vida?, decidme. En el mejor de los casos en el interior de la muralla, donde viven treinta o cuarenta por habitación. Ponen espías; con toda seguridad nos quemarían como relapsos al cabo de un mes del juicio.

—Bérenger, cuando era joven quería

ser una mártir de Dios, ya lo sabéis de sobra. Pero el martirio no es un precio de torneo y no se descuelga con la punta de una lanza. El Dios de nuestros enemigos se complace con los tormentos y los gritos y los humos de las hogueras, pero el verdadero Dios no. ¡Guardémonos de pecar gravemente al ir a su festín con vestimentas sucias!

—¿Estarán menos sucias si abjuramos?

—Ni menos ni más. Estamos cargados de años y de pecados. Fijaos, ya habláis de ello como si se tratara de vuestro «honor». Y no tenéis para nada en cuenta mi tormento, ¿queréis que vea

cómo el fuego os come vivo ante mis ojos?, ¿queréis verme quemada y que toda la ciudad asista a mis gritos de dolor? Una muerte semejante no es hermosa, es fea, es la cosa más fea que hay en el mundo.

—Lo que hagáis vos lo haré yo — afirmó Bérenger—, ¡No quiera Dios que yo os empuje a la muerte, a una muerte semejante! Pero creo que Dios os ha concedido nuevas luces, puesto que antes no hubierais hablado así.

—Sí, puede que sea culpable de temer los tormentos. Mi valor no está quebrado, tal vez sencillamente mi amor por vos se haya hecho mayor. Tantas

criaturas que he amado han sufrido esta muerte que mi corazón está como desollado vivo por ello; y por mucho que sé que mi madre es una bienaventurada y una glorificada, cuando pienso en lo que han hecho con su cuerpo, tengo que morderme los labios para no gritar. La edad no me ha endurecido, amor mío, me he vuelto un verdadero acerico, tan pinchado y agujereado por todos sitios que no queda espacio limpio... Aunque sea en prisión, quiero vivir unos años más con vos, la separación llegará pronto.

—No sabéis en absoluto lo que queréis, loco amor mío. Estabais

dispuesta a dejarme solo y a hacer este camino sin mí.

—Sí, en el momento no pensé en nada más que en evitar que os prendieran. ¿Por qué os habéis entregado vos mismo? ¿Pensabais que me causaríais una gran alegría?

—Supongo que yo tampoco pensé en nada más... En realidad, no sé en lo que pensé.

En Tolosa, los esposos de Aspremont pasaron dos meses en prisión antes de ser interrogados, lo que era bastante duro, pues faltaba espacio; no había sombra de calabozo libre, a los

recién llegados los aparcaban de cualquier manera en una suerte de refectorio, donde eran más de sesenta y tenían que acostarse prácticamente los unos sobre los otros. Como estaban en la bella estación, moscas, mosquitos, pulgas y piojos les devoraban hasta tal punto que muchos decían: más vale acabar de una vez por todas. Pues si hablaban de construir nuevas prisiones, no sería para el día siguiente.

El día que, por fin, convocaron a los dos esposos ante el tribunal del Santo Oficio, estuvieron a punto de desmayarse al salir al aire libre, se

sintieron como ahogados. Les era indiferente que les llevaran por las calles, vestidos con harapos y cadenas en los pies; pensaban: «Gran Dios, que esto dure mucho tiempo, que no nos devuelvan pronto a prisión».

Delante de la puerta del convento de los predicadores, Gentiane se dio cuenta de que temblaba. Todavía no había visto nunca a aquellas personas de cerca, se hacía una idea tal de su fuerza diabólica que temía que la hechizaran con sólo verlos.

Bérenger tenía que entrar primero.

—Sobre todo no penséis en mí —le dijo ella—. Responded como juzguéis

oportuno.

En una estancia limpia y blanca, delante de hombres bien afeitados, vestidos con ropa buena y blanca de cruces rojas y capas negras, a Bérenger le costó recordar que era caballero de buena familia tolosana. Le leyeron su juicio y su condena en latín; él dijo:

—No hace falta la traducción, lo he entendido.

—... Si bien nuestra Santa Madre Iglesia —prosiguió entonces el escribano que leía el acta de acusación — os ha reconocido a vos, noble Bérenger, una vez señor de Aspremont, como un hombre notoria y públicamente

difamado de vinculación irrefutable con la depravación de los herejes llamados cátaros, de lo cual disponemos de testimonios formales de más de ciento quince testigos.

»Si bien, dada vuestra negativa obstinada a someteros a la Iglesia y a comparecer ante el presente tribunal para justificaros de los crímenes que os han reprochado, ésta os ha declarado infame, excomulgado e indigno de toda misericordia, y repudiado de su seno para entregaros al brazo secular.

»Y si bien habéis sido condenado por ello legal y regularmente por la justicia del siglo a ser quemado vivo

como hereje y rebelde; si bien os habéis sustraído voluntariamente durante años a la autoridad maternal de la Santa Iglesia, y habéis en consecuencia merecido plenamente esta condena; estimando que no debe cerrar sus brazos a ningún pecador arrepentido, y no deseando rechazar definitivamente a ningún hombre antes de haberlo escuchado; nos, hermano Pierre, monje de la orden del bienaventurado Domingo, os adjuramos, en el nombre de nuestra Santa Madre Iglesia, que renunciéis a los errores a los que os han inducido los malos pastores, que rechacéis la pestilencia herética y regreséis al seno de la Iglesia

católica, a fin de que vuestro cuerpo sea salvado de las llamas terrenales y vuestra alma de las llamas del infierno.

«¿Qué les diré? —pensó Bérenger—. ¡Si pudiese decirles que me arrepiento!». Permaneció allí, sin abrir la boca, esforzándose por comprender bien que estaba jugándose la vida, que la negativa a hablar significaba la muerte para el mismo día o para el siguiente. No sentía odio, ni pesadumbre; no lograba ni tan solo pensar en su mujer, ni siquiera en Dios. Todo lo que había amado, venerado u odiado hasta ahora le parecía de pronto carente de sentido.

«Palabras. Me dejaré matar por unas palabras». Hacía tiempo que las palabras depravación herética, pestilencia, infamia, error y crimen habían dejado de ser injurias para convertirse en jerga de cancillería; hacía mucho tiempo que las palabras no significaban nada, pues aquellos malditos habían matado la mentira al mismo tiempo que la verdad. Un hombre privado del derecho a la palabra no tiene nada de lo que renegar. Muchas personas honorables habían abjurado como si tendieran su bolsa al bandido bajo la amenaza del cuchillo... con la conciencia tranquila.

Miraba ante sí, al vacío, con una leve sonrisa molesta que parecía decir: «No os lo toméis a mal si no sé qué responder». Su aspecto miserable, su cara desfigurada, sus cabellos tan desteñidos como sus ropas, debieron de inspirar la piedad de uno de los asistentes del juez, que pidió a su superior permiso para dirigir la palabra al acusado.

—¿No es motivo de profunda tristeza —arguyó— veros a vos, antes caballero y ciudadano de buena reputación, antes uno de los más apuestos hombres de vuestra parroquia, de los mejores equipados y más

cortesés, reducido a un estado tal que los que os han conocido no pueden creer lo que ven sus ojos? ¿Cometeréis la locura de tratar de perseverar en una fe que os ha reducido a una condición tan lamentable?

Ante aquella persona que le hablaba como a un hombre, Bérenger recobró un tanto su seguridad.

—No es mi fe la que me ha reducido a donde estoy —hizo notar—. Es la vuestra. No fuimos nosotros quienes empezamos la guerra.

—¿Es eso todo lo que tenéis que decir en vuestra justificación? —preguntó el juez en tono glacial.

Bérenger le miró y sintió miedo. Aquel hombre era anciano, tan anciano que con sus sesenta años Bérenger se sentía casi un joven frente a él; su rostro lampiño, exangüe, labrado con arrugas profundas y netas, tenía ya la frialdad de la tumba; los ojos serenos y cansados, con el peso de cientos de condenas a muerte decididas sin compasión, poseían un poder que no es muy común en los ojos humanos, la muerte vivía en ellos más presente que en el hacha de un verdugo.

—Claro que quiero someterme a la Iglesia —repuso Bérenger, titubeante—, nunca he sido un hereje. Pero no puedo

hacer penitencia si no me garantizan la vida a salvo y la prisión común donde pueda vivir con mi mujer. Estoy casado legalmente.

El inquisidor recordó que la propia mujer estaba excomulgada y condenada y todavía no había hecho penitencia, pero que, con todo, la indulgencia de la Iglesia no medía el castigo por la gravedad de la falta sino por la sinceridad del arrepentimiento. Si el procesado daba pruebas certeras de su vinculación a la Iglesia, su sentencia se revocaría y la pena de muerte conmutada en reclusión perpetua, siempre que el procesado no volviera a caer en sus

extravíos pasados.

—Yo no soy un hereje —dijo Bérenger—, Hace años que no veo a ningún hereje. Han condenado y matado a todos los que conocía.

—¿Hay que consignar que este hombre se niega a hablar? —preguntó el escribano.

—Esperaremos al próximo interrogatorio. Basta por hoy. Que firme su declaración, simplemente; si su arrepentimiento es sincero, hablará.

Bérenger se aproximó al pupitre para leer el papel preparado por adelantado donde el escribano acababa de insertar su nombre. Nunca un escrito

le había resultado tan difícil de leer, las letras bailaban y se nublaban ante sus ojos; las lágrimas le llenaban los párpados y le daba vergüenza secárselas con la mano. Cogió una pluma que le tendían y, bruscamente, sin pensar en lo que hacía, trazó una gran cruz sobre el papel y arrojó la pluma.

—Ya tengo bastantes pecados encima —dijo con voz ronca—, No añadiré éste.

Le hicieron saber que a partir de ese momento debía considerarse como relapso y que no le autorizarían a presentar apelación. Él se encogió de hombros y lanzó una mirada indiferente

al anciano que reinaba en su sillón con gradas. Ahora aquel hombre no podía hacer nada más contra él, y ya no le temía.

Gentiane esperaba en el pasillo con otros quince acusados (la mayoría contumaces) y vio que los guardianes se llevaban a su marido; él trató de sonreírle, esperando que no adivinase nada. «Las mujeres están locas —pensó—, si sabe que yo no he cedido sería capaz de hacer otro tanto, sólo por amor a mí... —Ella le inspiró compasión: flaca, febril, con los ojos extraviados, los cabellos pegados a las sienes por el sudor y mal tapados con una pequeña

toquilla gris raída hasta la trama—. ¿Qué es la vida, para que yo desee tanto que ella viva, aunque sea en la miseria, la humillación y el miedo?».

—... Gentiane, hija del noble Ricord, coseñor de Montgeil en tierra de Sault, rebelde y jefe de salteadores, desmembrado en Carcasona en tiempos del conde de Montfort; y de Arsen de Cadéjac, hereje investida, quemada bajo el castillo de Montsegur; casada con el noble Bérenger, de Tolosa, en otro tiempo señor de Aspremont, caballero; acusada de haber pasado tres años en un convento de mujeres herejes de Foix; de haber adorado a herejes diversas veces

durante la estancia en Tolosa; de haber vuelto a caer, tras una boda católica, en sus errores, de haber asistido con un fervor extremo a la heretización de diversas personas, y en especial a la de su esposo, gravemente herido durante el asedio de Tolosa (en esta última ocasión cinco testigos atestiguan que los herejes Arnaud y Guiraud fueron convocados por la insistencia y el deseo expreso de la acusada).

»ítem, testimonios numerosos y concordantes atestiguan que dicha noble Gentiane había, tanto antes como después del matrimonio, proferido en repetidas ocasiones maldiciones e

injurias abominables contra la Santísima Iglesia Romana, nuestro santo padre el papa y monseñor el obispo de Tolosa; que ha llevado su malignidad y maldad hasta arrastrar a su esposo a la perversa creencia, hasta negar el santo bautismo a su hija legítima, Raymonde, y asimismo a un bastardo que su esposo había tenido de la joven Saurine Mercier; la cual fue igualmente pervertida por la acusada y contaminada con el veneno de la herejía hasta el extremo de obstinarse en la falsa creencia hasta la muerte...

»ítem, la dicha Gentiane, no contentándose con saludar y honrar con extrema veneración a los herejes que en

su perversidad iba a ver a todos los lugares donde sabía que podía encontrarlos, tenía como un honor el recibirlos en su casa, llevarles recados, atraer a numerosas personas a sus sermones; y, por medio de discursos irrepetibles y súplicas, incitaba a personas católicas o reconciliadas con la Iglesia a abandonar la verdadera fe para convertirse a la abominación herética... y más de diez testigos han reconocido haber sido inducidos al error por los discursos de la dicha Gentiane; ítem, la acusada ha llevado su diabólica malignidad hasta el punto de prohibir a un sacerdote católico la

entrada en la alcoba de la señora de Miraval, pariente suya, cuando ésta estaba agonizando; y a escupirle a la cara al ministro de Dios y tratarlo de idólatra, de traidor y de vendido.

»ítem, la acusada ha declarado en repetidas ocasiones que los hermanos de la orden de san Domingo eran satélites del diablo y encarnaciones visibles de Satanás, y que no es ilegítimo quitarles la vida; ítem...

Gentiane escuchaba atentamente, tratando a veces de adivinar de qué persona habían obtenido los jueces una u otra información; aquellas revelaciones le causaban una piedad teñida de

amargura. Pero ya no tenía miedo. El acto de acusación, interminable y solemne como una letanía, le forjaba una armadura de acero: «Es de ti de quien hablan, he aquí la verdad de tu vida proclamada en juicio. ¡Dichosos los que son juzgados por actos de los que tienen derecho a sentirse orgullosos!».

A la abjuración del juez, que le preguntaba si quería arrepentirse para librarse de las llamas terrenales y de las del infierno, ella respondió con una mirada asombrada y altiva.

—Entonces, ¿no habéis oído lo que acaban de leer? —dijo—. Tengo más de cincuenta años. ¿Acaso se aprende a

mentir a mi edad? ¿De qué me debería arrepentir? Sólo me reprocháis buenas acciones.

—Vuestro marido —repuso el inquisidor, lentamente— no ha sido tan obstinado como vos.

Ella le dirigió una mirada perturbada, fascinada ella también por el frío mortal que desprendía; nadie contempla sin turbarse a un hombre que posee un poder tan inmenso.

—Lo prefiero así —arguyó ella, a media voz—. Prefiero que él viva. Aunque quisiera, yo no podría deciros más.

—Sabéis —dijo el juez— que una

condena por contumacia no os sustrae a la obligación de responder de las faltas que habéis podido cometer desde el día de la condena.

Entonces, Gentiane se sonrojó, luego se puso muy pálida y echó la cabeza hacia atrás.

—¡He cometido menos de las que hubiera debido, pero más de las que necesitáis! —gritó—. Aunque, si queréis someterme a tortura, sabed que no diré ni una palabra de verdad.

¡Me he aprendido de memoria los nombres de cien personas que no han existido nunca!

Los monjes cruzaron una mirada

desanimada; conocían lo bastante a ese tipo de mujeres. El juez dio la orden de que se llevasen a la condenada e hicieran pasar a la persona siguiente. Gentiane d'Aspremont pertenecía de pleno derecho a la justicia secular; el resto era obra del veguer y del verdugo.

Aquel día, condujeron a cuatro personas al Prado del Conde, tres hombres y una mujer. Los demás regresaron a prisión, salvo dos que se quedaron para interrogatorios más largos.

En el patio de la prisión, Gentiane tuvo la sorpresa de encontrarse con su

marido; estaba tan trastornada por lo que acababa de sucederle que casi le había olvidado, creía que él se había salvado. Entonces le vio, contra la pared, hablando con dos hombres encadenados como él. Había una hilera de soldados en el patio, con hachas y lanzas.

«¡Ah! Miseria —pensó—, ¡es por nosotros! Tienen tiempo de llevarnos allá antes de vísperas. Señor, Señor, no recibiré vuestro bautismo en esta vida, ¿es justo? Mirad, muero a causa de VOS».

La hicieron acercarse a los tres hombres, todavía no se atrevía a creer que Bérenger estaba allí por la misma

razón que ella. Se miraron un instante, con el mismo reproche mudo, la misma gratitud. Con esa breve mirada se dijeron más de lo que se habían dicho en treinta años de sufrimientos y luchas vividas uno junto al otro.

Los rostros de los tres hombres brillaban de sudor, sus ojos extrañamente ojerosos y dilatados parecían tener dificultades para ver lo que les rodeaba, sus mandíbulas pendían. Se pusieron tensos para calmar sus manos, cuyo temblor regular hacía tintinear las cadenas.

—¿Os han torturado...? —preguntó Gentiane. No sabía que su rostro no

tenía mucho mejor aspecto.

—Tanto vale que se den prisa —dijo Bérenger con una voz entrecortada que su mujer no le conocía. Parecía buscar las palabras.

—Hay algunos —dijo uno de los hombres— que pagan al verdugo para que les estrangule en el momento en que sube el humo. Incluso para eso hay que ser rico.

Era un zapatero de Saint-Resémy; un relapso. El otro, un contumaz, hombre de unos cuarenta años, hijo de banquero, preso hacía dos días, parecía todavía muy aturdido por la brutalidad de aquel pasaje de la vida a la muerte.

—Si supiera quién me ha entregado... —repetía—. Mi hermano no puede ser, de todos modos. Quizá mi cuñada...

—Bérenger, tengo la cabeza vacía. Pensaba decirte tantas palabras en este día, y se ha acabado... no las recordaré nunca jamás.

—Estamos locos los dos. Yo iba a firmar el papel, no sé qué me lo impidió.

—Entonces, debía ser así. Tantos otros han pasado por ello...

«Padre nuestro, que estás en los cielos, sea santificado tu nombre. Venga a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad...». Los cuatro condenados

recitaron la oración, por turnos, durante diez minutos largos, cada uno esforzándose por dominar su voz y por que no se le pasara el turno. Luego, se los llevaron para que los vistieran con camisas de condenados y capuchones de papel. Así sentían tener derecho al nombre de herejes; creían, a su pesar, ser víctimas de un estúpido desprecio. Diez años hacía ya que aquella justicia loca reinaba en el país, y todavía no estaban acostumbrados. A todo hombre le gusta ver que respetan las costumbres de su tierra; es contrario a las leyes y cruel quemar a los no consolados.

Gentiane miró con tristeza sus largas trenzas caer al suelo, a sus pies; llenas de piojos, por desgracia, pero todavía bonitas y negras, con apenas algunas briznas blancas.

«Madre, ¿también os las cortaron a vos? No habrán tenido tiempo, os prendieron a todos tal como estabais, con vuestros auténticos hábitos, vuestros auténticos rostros. Todos juntos... Madre, ¿os acordáis de la noche en que fui a echarme sobre la tierra todavía negra de cenizas de la gran hoguera? En ese lugar, santo entre todos, supliqué a Dios que hiciera morir mi cuerpo, pues

aquella noche las almas de los santos de Dios me hablaban en voz alta, y estaba rodeada de las llamas del espíritu como un ataúd de los cirios de una capilla ardiente... Aquella noche, Cristo me dijo por vuestra voz: "Hija, otro te rodeará y te llevará adonde no quieres ir". ¡Ay! Si el bienaventurado apóstol Pedro no quería ir a la muerte, ¿cómo iba a quererlo yo?»

Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Nuestro pan sobresustancial, dánosle hoy. Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores... ¡Ah! Yo no les perdono, y

las mías no me serán perdonadas; como las vírgenes locas iré a llamar a la puerta cerrada. Señor, Señor, sólo he sabido ser fiel según la ley de este mundo».

La procesión avanzaba a lo largo de las calles, con soldados, tambores y voceadores, hombres vestidos de blanco con la cruz roja en el pecho cantaban en voz alta las alabanzas de Dios, precedidos de una gran cruz dorada, bien levantada en el aire, brillante bajo el sol.

Los cuatro condenados, para darse ánimos, también cantaban; les habían

quitado las cadenas para ponerles un gran cirio entre las manos. Les habían puesto los vestidos de penitentes como si vistieran a muñecos de paja para quemarlos o colgarlos, el día de feria, pues en realidad ya no eran personas sino simples pedazos de carne para quemar, destinados a tomar parte en el espectáculo para edificación de los fieles.

A lo largo de las calles y en las ventanas, los ciudadanos se apresuraban, intimidados y curiosos a la vez, un tanto decepcionados, pues sabían que ninguno de los cuatro era un hereje; decían: «No son más que pobres diablos

a quienes han cogido porque no tenían nada mejor entre manos». De un hereje esperaban siempre sabe Dios qué milagro.

Aquéllos cantaban, con el desafío desesperado de hombres que se embriagan de sonidos para huir del miedo. No eran hermosos: rostros grises, tensos, chupados por la edad y la angustia. Decían: «La que va delante es una mujer». Se veía en la marcada esbeltez del cuerpo, en la gracia nerviosa del paso. Una mujer noble y que casi tenía un rostro de hereje. El caballero Bérenger d'Aspremont, de quien algunos todavía se acordaban en

el barrio de la Daurade, no tenía de caballero más que la gran estatura y el mentón casi afeitado. «¡Qué lástima! Un hombre a quien se vio durante el asedio echar a tres caballeros cruzados por el puente viejo. ¿Cómo permite el conde que se haga esto? Un hombre que llevaba trajes con galones bordados de oro grandes como la mano...».

«¿Habría podido pensar que moriría en mi ciudad? Las campanas tocan por mí esta vez, como el día de mi boda. ¡Ay! Pobre compañera, sin ella no estaría aquí. Pobre mujer demasiado orgullosa».

Los recuerdos se le agarraban a la

garganta, los recuerdos de las alegrías erróneamente despreciadas: «Los bonitos trajes de fiesta, las danzas en salas pintadas y tapizadas de flores, las armaduras doradas de los torneos, la música de las veladas y las llamadas del cuerno de caza, los senos blancos de sus amantes... Mi vida fue hermosa y engalanada con todas las alegrías que el hombre desea, a esas alegrías no renuncié de buen grado, sino obligado por la ley del honor.

»Me robaron mi vida. Todos vosotros, buenas gentes de Tolosa que no actuasteis como yo, mirad a este loco. Se ha pasado el tiempo

atravesándose con todas las lanzas con que le apuntaban, diciendo: "No puedo actuar de otro modo".

»Es verdad, Señor, que no podía actuar de otro modo. Me hubiera gustado, pero no podía».

«Dios mío, por todos los mártires y los justos —pensaba Gentiane—, Dios mío, por todos los quemados de nuestra tierra; por el señor Pierre, obispo de Carcasona, por el señor Guillaume, obispo de Albi; por el señor Bertrand, obispo de Tolosa, nuestro queridísimo padre, por el señor diácono Jean... y por la señora Agnès, y la señora Béatrix y la señora Guillelme, y por la noble

doña Serrone, mi tía abuela, por mi querida amiga Béatrix de Miraval..., por el señor diácono Aicart, que era tan guapo de rostro, por el señor Raymond de Ribeyre, que era puro y brillante como un ángel del cielo, por la noble y bella doña Hélis, que cantó y sonrió en el fuego... por mi honrada madre, vuestra sierva Arsen, que me quiso tanto; por todos los demás, Señor, que han pasado por este padecimiento, por todos ellos, que ahora saben lo que es, y que lo recuerdan, y que en toda la eternidad no lo olvidarán; por ellos, os conjuro en su nombre, yo que no sé rezar; por sus manos cargadas de

vuestro Espíritu Santo y reducidos a cenizas, ¡por tantas manos puras que no nos tocarán jamás para purificarnos! Piedad, Señor, pues no sabemos adonde vamos ni lo que Satanás hará con nuestras almas, sabemos al menos que ante los hombres no hemos renegado de VOS».

A los pies de la hoguera, el clérigo del Santo Oficio leyó en voz alta las sentencias; a Gentiane y a Pierre Bousier, el hijo del banquero, les preguntaron si persistían en sus errores; los otros dos, en tanto que relapsos, no tenían derecho a aquella última oportunidad.

—No somos juglares que dicen un día esto y otro aquello para divertir a las gentes. Si quisiera abjurar lo habría hecho esta mañana —dijo Pierre Bousier.

Gentiane se contentó con negar con la cabeza; rezaba.

«Sea santificado tu nombre. Venga a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Nuestro pan sobresustancial, dánosle hoy. Hoy y ningún día más. Hoy, que veremos el fin del mundo. No nos dejes caer en la tentación. Líbranos del mal. Líbranos...».

Bérenger subió el primero a la pila

de leña.

«Buenas gentes de Tolosa, tened piedad de nosotros, pues no sufrimos por robo ni por asesinato ni por traición, sino solamente por los pecados corrientes que todo el mundo comete, ¡y por la fe de Jesucristo! ¡Sabed que nuestra fe es tan buena que preferimos morir a abandonarla!».

El verdugo le empujó violentamente hacia el poste.

—¡Vamos, viejo, no vale la pena que desafines! Enseguida tendrás todo el tiempo para gritar.

Bérenger se volvió hacia él, con una extraña sonrisa: pensativa, asombrada,

casi tierna.

—Gracias, hermano. Buena suerte.

El verdugo se estremeció y retrocedió, como golpeado por una barra de fuego al rojo.

«Me toma por loco —se dijo Bérenger—. Es cierto que he hablado como un loco. ¡Si supiera...! Es hermoso, un hombre; un hombre vivo, un hombre que verá el sol mañana, él mismo no comprende lo hermoso que es. Un hombre, sea lo que sea... ¡Y pensar que yo he tenido un oficio de matador de hombres!».

Gentiane miraba el fuego crepitar y prender suavemente las ramitas de los

haces de leña. Tiraba con tanta fuerza de las cuerdas que tenía sangre en los codos y en los puños. «Es una locura, ¿cómo pueden atarme así, cómo pueden quedarse ahí, mirando tranquilamente, y no hacer nada para sacarnos de aquí, cómo pueden mirar sin entender...? Señor, ¿qué puede un alma destruida por un miedo semejante?».

»Cuando una casa se quema, todos corren a salvar a los animales, si pueden. ¿Qué hacéis? ¿Por qué no lo hacéis, todos vosotros, que nada sabéis del fuego, más que para cocer vuestras comidas? Ni uno solo moverá un dedo, ¡están en un espectáculo de feria! —

Miraba, detrás de los soldados, a los hombres de blanco que cantaban la gloria de Dios, sus cruces brillantes, enarboladas—. ¡Ay, su Dios de feria, su Dios de mascarada, su Dios bebedor de sangre que nos ha triturado en su boca!

»¡Señor, Señor, si uno solo de estos hombres dijese ahora: "Desatadlos y llevadlos a prisión", me convertiría a su fe! Por un solo grito de piedad vendería mi alma. Nadie lo sabe, nadie comprende que donde estamos nosotros no cuenta más que la piedad, y que una voz diga: "Desatadlos".

»Se pegó al poste y encogió los hombros y las piernas como para

hacerse más pequeña, para esconderse; el fuego prendía la camisa y le parecía que toda su piel se levantaba y reventaba. «Mis manos, mis manos, ¿por qué me han atado las manos? Duele demasiado.

»Gritó:

—¡Bérenger!

Lo tenía tan cerca que ladeando la cabeza habría podido tocarle el hombro. Le dirigió una mirada enloquecida, ebria de dolor, a través de una bocanada de humo. Él tenía los ojos desorbitados y todos los músculos del rostro tan tensos que no la reconoció. Luego, Gentiane le vio tratar de sonreírle.

Por un instante, olvidó dónde estaba; sabía únicamente que les ocurría a los dos algo terrible pero inevitable. Dijo, como sorprendida:

—Nos quemamos.

Él murmuró, en un estertor:

—Con todo, no es tan duro como pensaba.

A su lado, una voz cascada gritó:

—¡Si hay un cristiano entre vosotros, buena gente, que rece por nosotros! ¡Que rece por nosotros! ¡Morimos por la Iglesia!

«Ah, ¿por qué grita? —pensó Gentiane—, ¿para qué? El orgullo de los hombres. Nos morimos».

«Acordaos de nosotros, Señor, en vuestro reino.

»Los fieles que no adoraron a la bestia y que la bestia mató.

»Los fieles que os sirvieron porque no podían actuar de otro modo, que vivieron en un tiempo en que se pagaba con la vida el derecho de ser hombres.

»Recordad a los que dieron más de lo que podían, más de lo que tenían; más de lo que tenían que dar. No podían actuar de otro modo.

»Pues este dolor es demasiado profundo para soportarlo, ya no son más que animales que gritan, y no hombres».

De los cuatro quemados, Gentiane murió la primera. Bérenger, que había logrado soltarse la mano derecha para protegerse el rostro, pudo ver con sus ojos medio cegados la cabeza deformada, ensangrentada y humeante de su compañera desplomarse hacia delante, por encima de las cuerdas calcinadas; el fuego la seguía lamiendo, crepitando y chisporroteando, ella ya no se estremecía.

El dolor ya no estaba allí, se había destruido a sí mismo. Bérenger no sabía si le comía el calor o el frío, si el humo que se extendía ante sus ojos era rojo o

negro, si todavía oía gritos. «Dios mío, todavía vivo, qué difícil es morir.

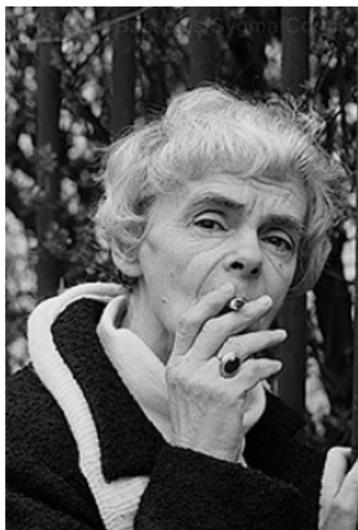
»Dios mío, por todos los quemados de este mundo, piedad. Dios mío, por todos los que han amado algo más que el mundo, por todos los que han amado. Por todos los que tenían algo verdadero que amar».

Pues fueron uno de cada mil, y en cien años no quedaron más que diez mil en todo el país.

Y entre los que les miraban quemarse, nadie se atrevió a decir: «Les han condenado injustamente».

París, mayo de 1959.

Fin



ZOÉ OLDENBOURG. Escritora francesa de origen ruso, se especializó en novela histórica con la que obtuvo diversas menciones, adquirió notoriedad a partir de haber ganado el *premio Femina* en 1953 con su libro *La piedra angular*, una novela ambientada en el

siglo XII.

Nacida en San Petersburgo en 1916, cuando tenía nueve años su familia emigró a Francia. Impulsada por su padre, un novelista frustrado, comienza a escribir muy joven y con doce años compuso un drama lírico en cinco actos. Posteriormente estudió teología mientras sus inquietudes artísticas se centraban en la pintura y en la decoración. Se casó en 1947 y vivió básicamente de las traducciones.

La historia era su gran pasión y muchas de sus obras tienen como escenario la Edad Media, entre ellas figuran *Barro y cenizas*, *Las Cruzadas*, ,

Los quemados, La alegría de los pobres y La hoguera de Montsegur. Los problemas de la emigración rusa en Francia también ocuparon su quehacer literario. A ella dedicó obras significativas como *Réveillés de la vie* y *Joie-souffrance*. Este último está entre sus mejores libros y describe la primera emigración rusa a Francia tras la revolución de 1917.

Murió en Francia en 2002.